

Alain Decaux



EL ABORTO de DIOS

*Una biografía de
san Pablo*



ALAIN DECAUX

El aborto de Dios

Una biografía de san Pablo

Colección
GRANDES PERSONAJES

ABORTO DE DIOS, EL

Alain Decaux, 1a. ed.

BEATA LAURA MONTOYA

Manuel Díaz Álvarez, 1a. ed.

FLORECILLAS DE JUAN PABLO II, LAS

Domenico de Rio, 1a. ed.

KAROL WOJTYLA

Luigi Accattoli, 2a. reimpr.

TERESA DE CALCUTA

T. T. Mundakel, 1a. ed.

PAPA BENEDICTO XVI

Michael Collins, 1a. ed.



A Bernard Decaux, mi hermano

Título original	Título traducido
<i>L'avorton de Dieu, une vie de saint Paul</i>	<i>El aborto de Dios, una biografía de san Pablo</i>

Autor	Traducción
Alain Decaux	Luis Alberto González
© Perrin / Desclée de Brouwer	Impresor
Passage de la Boule Blanche	Sociedad de San Pablo
75011 Paris- Francia	Calle 170 No. 23-31 - Bogotá

ISBN
958-692-957-4
1a. edición, 2006
Queda hecho el depósito legal según
Ley 44 de 1993 y Decreto 460 de 1995

© SAN PABLO	Distribución: Departamento de Ventas
Carrera 46 No. 22A-90	Calle 17A No. 69-67 - A.A. 080152
Tel.: 3682099 - Fax: 2444383	Tel.: 4114011 - Fax: 4114000
E-mail: editorial@sanpablo.com.co	E-mail: direccioncomercial@sanpablo.com.co
http://www.sanpablo.com.co	

BOGOTÁ - COLOMBIA

“Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; fue sepultado y resucitó al tercer día, según las Escrituras; se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron. Luego se apareció a Santiago; más tarde, a todos los apóstoles. Y en último término se me apareció también a mí, como a un

ABORTO.

Pues yo soy el último de los apóstoles: indigno del nombre de apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios. Mas, por la gracia de Dios, soy lo que soy; y la gracia de Dios no ha sido estéril en mí”.

(1Co 15, 3-10).

Abreviaturas de los textos citados

Dt	Deuteronomio
Is	Isaías
Ex	Éxodo
Gn	Génesis
Lv	Levítico
Hch	Hechos de los Apóstoles
1Co	1ª Epístola a los Corintios
2Co	2ª Epístola a los Corintios
Col	Epístola a los Colosenses
Ef	Epístola a los Efesios
Ga	Epístola a los Gálatas
Flp	Epístola a los Filipenses
Rm	Epístola a los Romanos
1Ts	1ª Epístola a los Tesalonicenses
2Ts	2ª Epístola a los Tesalonicenses
1Tm	1ª Epístola a Timoteo
2Tm	2ª Epístola a Timoteo
Tt	Epístola a Tito
Lc	Evangelio de Lucas
Mt	Evangelio de Mateo

Acontecimientos contemporáneos de la vida de san Pablo

19 de agosto del 14	Muerte del emperador Augusto. Tiberio emperador.
26-36	Poncio Pitato prefecto de Judea
33-34	Tiberio vuelve a unir la tetrarquía de Filipos a la provincia de Siria.
36	Vuelta de Pilato a Roma
37	Muerte de Tiberio Calígula emperador. Da a Herodes Agripa I –que se convierte en rey– las tetrarquías de Filipos y de Lisanias. El rey Aretas toma el control de Damasco.
39	Herodes Agripa I recibe de Calígula las tetrarquías de Galilea y de Perea.
41	Asesinato de calígula. Claudio emperador. Al recibir de él Judea y Galilea, Agripa I reconstituye el antiguo dominio de Herodes el Grande.
44	Muerte de Herodes Agripa I.
49	Caudio expulsa a los judíos de Roma.
50	Herodes Agripa II obtiene el principado de Calcis y el título de rey. Galión procónsul en Corinto.
52	Félix procurador de Judea.

53	Herodes Agripa II cambia Calcis por los antiguos tetrarcados de Filipos y Licias.
54	Asesinato de Claudio. Nerón emperador.
60	Festo procurador en Judea.
64	Incendio de Roma.
68	Muerte de Nerón.
70	Toma de Jerusalén por Tito. Incendio del Templo

CAPÍTULO I

Una ciudad que no carece de fama

Esta historia comienza con una complicidad de asesinato, un linchamiento, de esos que tanto han visto los siglos. Tiene un nombre: lapidación.

Procedente de una prescripción tanto legal como religiosa, la ejecución no requiere de ningún verdugo, solamente de hombres comunes y corrientes que tratan de impregnarse de odio hasta el desencadenamiento de todos sus instintos. Cada uno de los actores se arma de piedras para arrojarlas sobre el blanco viviente. Cada vez más rápido, cada vez más fuerte: una ejecución que va acompañada de un juego de puntería.

Es el año 34 de nuestra era, en las afueras de la ciudad de Jerusalén; el hombre golpeado por estas piedras no se esfuerza en escapar. De rodillas, inmóvil, ora. Se escuchan estas palabras:

—¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!

Los golpes que dan en el objetivo se multiplican. El cuerpo se llena de vetas de trazos oscuros o sangrientos. Los huesos se quiebran. Para transpirar más cómodamente, los ejecutantes arrojan sus vestiduras a los pies de un joven que, sin dudarlo, “aprueba”¹. ¿Lo hace con un gesto o de viva voz?

Una piedra golpea al lapidado en toda la cabeza. Aún tiene la fuerza de murmurar:

—Señor, no les tengas en cuenta este pecado...

¹ El “fue uno de los que aprobó este asesinato” (*Hch* 8, 1).

Cae. Muere. Se llama Esteban. Con alguna anterioridad, la pequeña comunidad cristiana de Jerusalén lo había escogido para ser uno de los *Siete* encargados de administrarla. Acusado de haber pronunciado “palabras de blasfemia contra Moisés y contra Dios, fue llevado ante el sanedrín. No contento con confirmar su fe, la proclamó. De toda la asamblea el grito no dejó de escucharse:

–¡Lapídenlo!

El joven que guardó sus vestidos se llamaba Saulo. Venía de Tarso, en Cilicia.

Me he aficionado a Pablo de Tarso desde hace más de cuarenta años. Más exactamente desde que uno de mis amigos me dijo: “¿Sabes que san Pablo no conoció a Jesús? Desde entonces me he planteado este interrogante. Me he “reencontrado” con él en los lugares donde vivió, por donde pasó, se detuvo, predicó a Cristo a los judíos², evangelizó a los paganos, escribió cartas que se volvieron fuentes fundamentales del cristianismo. Lo he “visto” presa del odio, arrojado en prisión, flagelado varias veces y sobrevivir a una lapidación. He conocido Éfeso antes que Tarso, Tesalónica antes que Jerusalén, Roma antes que Corinto. De esta herejía cronológica, he visto surgir un personaje que desafía toda medida. He dudado durante veinte años en consagrarle un libro. ¿No sería que, para no tener que afrontar este asunto temible, me dediqué a contar a los niños la Biblia y la vida de *Jesús*?

El hombre es inmenso. Loco por Cristo: *apostolus furiosus*. Sobrecogedor por su fe-ardiente. Desconcertante por sus contradicciones. Perseguidor despiadado de los cristianos –sus métodos prefiguran los de las policías políticas del siglo XX– y reconocedor del Hijo de Dios cuando, en el camino de Damasco, Jesús se dirige a él. Apóstol autoproclamado. Místico y estratega. Hombre de carácter. Padece mil muertes cuando sus creencias son puestas en duda pero no renuncia a ninguna de ellas. Fue el único en comprender que el cristianismo no tendría porvenir sino dirigiéndose

² Las normas de redacción dudan acerca de la manera de escribir judío, con mayúscula inicial o minúscula. Escogí la segunda forma ya que la palabra, en este libro, se va a encontrar mezclada continuamente con la palabra cristiano, la cual excluye la mayúscula.

a los paganos. Fue un epistológrafo grandioso. Genial autor de conversiones. Arquitecto del cristianismo –inventor, dijo Reimarus en el siglo XVIII, fundador, replica Nietzsche en el XIX–, impone su visión de Cristo y forja, mucho antes de la escritura de los Evangelios, las leyes que regirán la Iglesia.

En cada página de la vida de Pablo, cuando uno cree haber retenido una certeza, se encuentra con lo contrario. Parece regocijarse en borrar las huellas que deja tras de sí. Agota a sus biógrafos y a veces los exaspera. Éstos lo perdonan porque él es único.

Tarso se extiende a lo largo del Taurus, cadena gigantesca que, al sur de la actual Turquía, sobresale del Mediterráneo en varios centenares de kilómetros. Medio siglo antes del nacimiento de Saulo –primer nombre de Pablo– vivían en estas montañas: elefantes, leones, leopardos, avestruces, hienas, onagros (asnos salvajes), osos, jabalíes, panteras. Desde Roma, el 2 de septiembre del año 51 a.C., el edil Celio, quien necesitaba animales salvajes para el espectáculo que tenía que ofrecer al pueblo, escribía a Cicerón, por entonces gobernador de Cilicia: “Habiendo enviado Patiscus diez panteras a Cuirio, sería vergonzoso que tú no me enviaras muchas más”. Cicerón, ¿habrá resuelto hacerlo?

Esta fauna disminuyó, pero a principios del siglo I, cuando Saulo viene a este mundo, está lejos de ser aniquilada. Dondequiera que se han repelido los animales salvajes, han surgido los bandidos.

En la época en que va a nacer Saulo, Octavio –sobrino segundo e hijo adoptivo de César– llega al término de catorce años de una guerra encarnizada contra Antonio, Casio, Bruto, llevada a cabo, dice el historiador de Roma Dion Casio, “con más vigor que el de ningún hombre, con más prudencia que la de un anciano”. Una vez *imperator*, el senado le confiere el nombre sagrado de Augusto y el título de *Princeps senatus*, renovado cinco veces, la penúltima vez en el año 3, la última en el 13. Entre los años 3 y 13, el nacimiento de Saulo viene a aumentar la población de Cilicia, provincia sobre la cual se ejerce, aplastante, la omnipotencia del Imperio Romano.

–Yo soy judío, ciudadano de Tarso, una ciudad no desconocida de Cilicia³.

Así se expresará, en el año 51 de nuestra era, el mismo Saulo, convertido en Pablo. No hay mención alguna de la fecha de su nacimiento. Hay que entenderlo: esta especie de sombra que nos sigue a lo largo de la vida –apellido, nombre, edad, lugar de nacimiento– es totalmente ajena a las costumbres del siglo I. Careciendo de señales más precisas, se estima hoy que Saulo podría haber nacido entre los años 6 y 10 d.C. Algunos se detienen ante una fecha intermedia, el año 8, aproximación a la que me uno gustoso. Calculemos: esto hace de Pablo, a los diez años, una especie de hijo menor del Cristo que incendiará su vida. Jesús no escribió nada, pero habló mucho. Pablo habló menos pero escribió mucho. No tanto como para que conociéramos bien su familia y su infancia; pero sí lo suficiente, como para que pudiéramos seguir sus huellas y –mejor aún– tratar de compenetrarnos con él. A esto se agrega una oportunidad insigne: su encuentro con el médico Lucas, escritor de talento, el cual, movido por su admiración, se hizo su cronista. La suma de los escritos de Pablo y de Lucas, desemboca en una restitución del personaje, casi sin equivalente en la historia de la antigüedad⁴. El pensamiento de Pablo nos parece infinitamente mejor conocido que el del emperador Tiberio, su contemporáneo. Privilegio del cual se regocija el biógrafo.

Tarso, ¿carece de fama? Opulenta ciudad portuaria, merece muchísimo más que una falsa modestia. Describamos un poco el mapa de la Turquía actual. Al oriente y en el fondo del Mediterráneo, sus costas descienden perpendicularmente hacia el sur como si ellas quisieran cercar de repente el gran lago que contribuyeron a formar. Presidiendo este ángulo casi recto que se prolonga hasta Siria y el Líbano, se encuentra Tarso. Con cierta audacia, el alemán Dieter Hildebrandt, exégeta original de san Pablo, escribe: “El lugar está bien escogido”. Esperando, quizá, la admiración de alguien, explica: “El lugar, tal como está situado, da la impresión de que un genio de la historia de las religiones, sin haber reflexiona-

do lo suficiente, ha dirigido su lápiz sobre uno de los antiguos mapas del mundo y ha escapado por unos milímetros el punto donde el Oriente y el Occidente se encuentran en una unión secreta”. Una imagen particularmente eficaz.

La descripción más antigua de Tarso data del primer siglo. Estrabón la muestra “situada en un llano”, no lejos del mar: “El río Cidno corre en medio de la ciudad, costeano el gimnasio de los jóvenes. Como la fuente del río no está lejos de la ciudad, y ya que éste atraviesa gargantas escarpadas justamente antes de llegar allí, sus aguas son frías y rápidas. De ahí que éstas sean de gran ayuda para los animales y los hombres que sufren de reumatismo”.

Esta ciudad, fundada por los Hititas hacia el 1.400 a.C., ha sido conquistada, devastada, dominada por muchos pueblos: asirios, macedonios, seléucidas, armenios. Allí se vio a Ciro, rey de los persas. Alejandro Magno, galopando hacia el Asia y la gloria, se bañó en las aguas demasiado frías del Cidno y por poco muere ahí. Roma la anexó en el año 64 a.C. e hizo de ella la capital de la provincia de Cilicia. Fue la ciudad predilecta de Pompeyo, César y Cicerón. En el 41 a.C., una joven reina, suntuosamente vestida, dotada de una nariz que ingresó en la historia, descendió allí de una nave de guerra “adornada de oro y púrpura” para conquistar a Antonio.

Siempre se celebra a Cleopatra en Tarso, hoy una ciudad de ciento ochenta mil habitantes y sembrada de contrastes: tiendas portátiles sin edad aplastadas entre los inmuebles modernos; asnos sobrecargados, indiferentes a los camiones de diesel; vendedores de motos al lado opuesto de reparadores de tapices, acurrucados; mezquitas envejecidas por los siglos, perdidas entre las vías de sentido único. En medio de la avenida principal vi flotar, en la cima de un asta muy grande, la bandera turca con su rojo adornado con la estrella y la medialuna, que anunciaba la puerta monumental de la cual se afirma acogió a la última reina egipcia. Su construcción –según los arqueólogos– es muy posterior a la visita de la soberana. No importa: abandonando a Pablo por un instante, me detuve a soñar en esta mujer rara, amada por César y Antonio.

De repente, en el umbral de ciudad antigua –música rechinante y olores de especias–, una pancarta: *St Paul's wall excavation* (excava-

³ Hch 21, 39.

⁴ Ver las *Fuentes* al final de esta obra.

ción del muro de san Pablo). Defendido por un enrejado –la entrada se paga–, percibo una zanja larga en el fondo de la cual subsisten muros en bastante buen estado. ¿Es de maravillarse que allí se haya reconocido oportunamente la casa de Pablo? Los expertos admiten que estos muros son romanos pero explican que sólo se trata de un punto de agua potable protegido con obras de albañilería.

Me sentía bastante inspirado como para seguir buscando en otra parte: excavando el suelo hace pocos años, los arqueólogos turcos exhumaron una vía romana en perfecto estado. Se alarga unos doscientos metros antes de hundirse en la tierra todavía sin escombrar. Las ganas eran demasiado fuertes: bajé a esta obra en construcción, caminé sobre las losas intactas, convencido de que el caminante místico –como lo llama el guía del mismo nombre– lo había recorrido un día para lanzarse a pie a la conquista de las almas.

Del río Cidno, sólo queda un arroyo de aguas verduscas, que al cambiar de curso, se desliza perezosamente hacia el mar. Sin él, ¿habría existido Tarso? Él lo unió al Mediterráneo y lo hizo ser un puerto colmado de riquezas de los tres continentes. En este río cruzaron pesados veleros, unos deslizándose mar adentro, otros procedentes de Alejandría, Éfeso, Corinto, Roma, España.

En invierno el clima es suave, en verano la canícula llega pronto. Busco en un ribazo desaparecido al niño Saulo. Me lo imagino acercándose a montones de mineral de hierro extraído de las minas del Tauro, a los fardos de lana proveniente de los carneros de la llanura ciliciana, a los rollos de tejidos –lana y lino–, a los amontonamientos de madera de construcción bajados a flote de los montes de la Táuride, a las hileras de tinajas desbordantes, unas del excelente vino de Cilicia, otras, cubiertas preciosamente de aromas y perfumes.

Una paradoja: esta ciudad que sólo parece existir por y para el comercio, rebosa de una vida intelectual intensa. Estrabón –otra vez él– la garantiza: “Los habitantes de Tarso son tan apasionados por la filosofía, tienen un espíritu tan enciclopédico, que su ciudad terminó por eclipsar a Atenas, Alejandría y a todas las demás ciudades que se podrían enumerar por haber dado origen a alguna secta o escuela filosófica”. Los tarsenses tienen el orgullo de su

ciudad pero la dejan gustosos: “Los que son del país no se quedan sino que se van a otras partes para perfeccionarse. Y una vez que han terminado su formación, se instalan allá, y casi no vuelven a su país. En las otras ciudades que hemos mencionado, excepto Alejandría, sucede lo contrario”. ¿Saldrá ganando el llamamiento del gran espacio sobre el amor a la ciudad?

Veo al pequeño Saulo estirar su cuello para percibir, meditando a lo largo del río, la filosofía de Artenodoro, antiguo preceptor de Octavio y –llegado al umbral de la vejez– instalado por éste como cabeza del gobierno local a fin de liberar la ciudad de los saqueos de un tal Boecio, “mal sacerdote, mal ciudadano”. Expulsado de la ciudad con sus cómplices, el tal Boecio la hizo cubrir de inscripciones injuriosas, de las cuales han quedado éstas: “Los actos pertenecen a los jóvenes, los consejos a los hombres maduros y las mascotas a los ancianos”. Un filósofo griego en los negocios: ¿qué mejor puede desear una ciudad, aunque sea romana?

Tarso justifica cien veces la alabanza que ya le había otorgado antaño Jenofonte: “ciudad grande y feliz”. Naciones, religiones, lenguas, todo esto cohabita. Sin choque alguno.

“Circuncidado el octavo día, de la raza de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos; para la Ley, fariseo”⁵: orgullosamente, Pablo se presenta así a sus contemporáneos. Si no se puede dudar de que sus padres hayan sido también judíos fariseos, falta saber en qué momento llegaron a Tarso. San Jerónimo, que tenía la información de Orígenes, teólogo nacido en el siglo I y maestro no puesto en duda de la escuela catequética de Alejandría, creía que “los padres de Pablo eran originarios de Giscal, provincia de Judea”. Él precisó: “Cuando toda la provincia fue devastada por los ejércitos romanos, y los judíos dispersos por todo el universo, éstos fueron trasportados a Tarso, ciudad de Cilicia”. Hasta él llegó a suponer que Saulo, nacido en Judea, había llegado a Tarso siendo bebé.

“¡Soy ciudadano romano!”. Pablo apelará toda su vida a esta dignidad que había heredado de su padre. En esa época sólo habría unos cuatro o cinco millones de ciudadanos romanos en el Imperio,

⁵ Flp 3, 5-6.

es decir, un diez por ciento de la población total. La existencia de judíos ciudadanos romanos en esa época no puede ponerse en duda. César concedió este derecho a Antípater, quien la transmitió a Herodes el Grande, su hijo. Flavio Josefo, fariseo como Saulo, e instalado, es verdad, en Roma, recibió de Vespasiano la misma dignidad. Tiberio Alejandro, judío de Alejandría, sobrino del famoso Filón, tenía –se cree– su ciudadanía romana, por su padre. La utilizó con una habilidad notable para ingresar en la administración imperial. Integrado en el orden ecuestre, fue nombrado prefecto de Egipto en el 66 y estuvo en la primera fila de quienes llevaron a Vespasiano al poder. Floro, gobernador romano de Judea, incurrió en la censura por haber hecho flagelar y crucificar judíos con rango ecuestre, lo que confirma la presencia de ciudadanos romanos en la élite judía de Jerusalén. En Éfeso, Delos y Sardes, los judíos ciudadanos romanos fueron dispensados del servicio militar, lo que, en la escuela del Señor de La Palisse, prueba que éste existía.

En sus *Antigüedades judías*, el sutil Flavio Josefo, historiador del pueblo judío, mostró que, en los países colonizados o controlados por los romanos, sus hermanos en religión representaban un vínculo útil y eficaz con pueblos menos interesados en adaptarse a las leyes y costumbres de los conquistadores. Esto no dejó de crear, a veces, entre los judíos romanizados, problemas de conciencia. El mismo Flavio Josefo se presenta durante mucho tiempo como un descuartizado entre sus dos pertenencias. Hasta el día en que se volvió un intermediario entre Roma y Judea, proclamándose –nunca se está tan bien servido como cuando uno mismo lo hace– el “salvador” de su pueblo. No hay que perder de vista que los judíos eran considerados por Roma como un grupo coherente –la “nación judía”–, favorecido a medida que se inclinaba más y más hacia ella.

Tanto a los judíos como a los demás, la ciudadanía romana podía ser atribuida a título individual o colectivo. Era transmisible. Bastaba con que el padre, al nacimiento de un hijo, lo declarara ante la autoridad responsable: el niño se convertía en el acto en ciudadano romano. La ciudadanía se probaba esencialmente con testimonios. Se recomendaba que se estableciera, bajo la forma de

tabletas unidas entre sí con una cuerda fuerte, un duplicado de su fe de nacimiento. Transportar un documento tan voluminoso no era cómodo. De esto no hay ninguna alusión en las Epístolas, menos aún en los Hechos.

¿Fue el padre de Pablo el primero de su familia en estar dotado con la ciudadanía romana? Es poco probable: ¿se haría un honor tan buscado a judíos recién emigrados de Palestina? Se puede creer, con Jean-Robert Armogathe, que semejante favor demuestra que los beneficiarios debían haber estado instalados en Tarso después de varias generaciones. Así que los padres de Pablo no vinieron de Giscal. Pablo sí nació en Tarso, como lo afirmó a Lucas. “No se ve por qué razón, señala Michel Trimaille, habría Lucas inventado este lugar de origen”. Lo siento por Orígenes y san Jerónimo.

La concesión de la ciudadanía se debía, la mayor parte de las veces, a una oportunidad política aprovechada a tiempo. A raíz del conflicto sangriento que enfrentó a Octavio y Antonio a Bruto y Casio, Tarso se declaró favorable a la causa de los primeros. Esto, en primer lugar, le valió las iras de Casio, ¡y qué iras! Según el historiador griego Apiano, la ciudad debió pagar la “suma exorbitante” de mil quinientos talentos (un talento = 25,8 kilos de plata) y poner en venta, no sólo todos los bienes de la ciudad, sino –queda uno estupefacto– vender también como esclavos a una gran parte de la población. En segundo lugar: habiendo encontrado a Tarso “exangüe y arruinado”, Antonio lo dispensó de toda contribución de guerra. Vencedor de Antonio en Actium, Octavio será aún más generoso: colmará la ciudad de sus beneficios.

En medio de los tumultos frecuentes que señala Dión Casio, fue suficiente que un judío tarsense, notable ya por su comodidad, haya sostenido de manera especial al clan vencedor para que este favor se justificara.

En adelante, todo administrador responsable, en cualquier nivel, debe respetar a un ciudadano romano. La vida de Pablo, en varias ocasiones, cambiará por eso.

La familia –aparentemente sin esfuerzo– se mezcló dentro de esta Diáspora que, desde muchos años antes, llevó a los judíos lejos de la Palestina: al Asia, a Europa, al Africa. *Diáspora*, palabra

griega, significa dispersión. Todos los judíos deportados por Nabucodonosor en el año 586 a.C., no aprovecharon de la autorización de volver a su tierra concedida por Ciro (538 a.C.); algunos no quisieron renunciar a los negocios florecientes que habían creado en Persia. Al helenizar el Medio Oriente, Alejandro y sus sucesores favorecieron las salidas hacia las regiones donde se hablaba griego. Egipto, según Filón, contaba ella sola con un millón de judíos, y Alejandría se había convertido en la ciudad judía más grande del mundo. Otros se establecieron en Grecia, Roma y diversos lugares.

La primera mención de una comunidad judía en las riberas del Tíber data del 139 a.C.: el magistrado Cornelio Hispano denuncia los ritos y el culto susceptibles de “infectar la moral romana”. En el 59 a.C., Cicerón critica esta “superstición bárbara” y, evocando el proceso del prefecto Flaco, se admira del gran número de judíos que asisten allí: “Tú sabes qué muchedumbres tan grandes son, cómo se presentan como un solo cuerpo, qué influencia la que tienen en las reuniones”⁶. A comienzos del primer siglo, sobre los cincuenta y cinco millones de habitantes del imperio, se cuenta un millón de judíos en Oriente y el mismo número en el resto del mundo conocido. Bajo el reinado de Augusto, Estrabón –siempre él– subraya que en tiempos de Sila (hacia el 85 a.C.) este pueblo había “invadido ya todas las ciudades”, agregando que “difícilmente se encontrará un lugar en el cual este pueblo no haya sido acogido y no se haya convertido en dueño”. Hacia finales del siglo primero, Flavio Josefo afirma, no sin orgullo: “No hay pueblo en el mundo que no posea algunos elementos de nuestra raza”. César se declara amigo de los judíos. Augusto y Tiberio se enojan cuando saben que se les molesta. En el siglo I, los judíos disponen en el Imperio romano de una jurisdicción propia –aunque limitada– y se admiten sus reglas alimenticias. Son dispensados del servicio en el ejército, a fin de no obligarlos a quebrantar el sabbat. En Roma –suerte única–, son autorizados a celebrar su culto con la condición de aceptar las formas: se desea que se reconozca a los sacrificios celebrados en honor de Yahvé el valor de homenajes al emperador-

dios. Mejor aún: se colecta un impuesto anual para el Templo de Jerusalén en toda la Diáspora, y ordenanzas de la época de Augusto autorizan a los judíos la recolección y envío de esta contribución. Cada uno encuentra allí su cuenta.

¿Existe un gran interrogante sobre las relaciones de Israel y la Diáspora! En la antigüedad ya se planteaba –ciertos “viejos judíos” miraban con desdén a los expatriados– y se sigue planteando aún hoy. Para abordarla, Schalom Ben-Chorin, judío erudito del siglo XX, quiso hacer un paralelo entre el caso de Jesús y el de Pablo. Ve en Jesús a “un representante típico del judaísmo palestino”: se diría hoy que es un *Sabra*. Sólo habla hebreo o arameo; la fuente de su cultura es la Biblia hebrea y sólo se dirige a los judíos. Nada que ver con el caso de Pablo quien afirma haberse hecho judío con los judíos y griego con los griegos “a fin de poder ser *todo para todos*”. Tal diligencia conduce a Ben-Chorin a discernir en él “la actitud característica del judío de la Diáspora, del *judío vínculo de unión*, del ciudadano de dos mundos [o quizás sea más exacto decir “de tres mundos”], el mundo judío, el mundo helenístico y el mundo romano”.

Confrontado con el descubrimiento de Jesús, Pablo deberá librar un combate permanente por la supervivencia de su existencia judía en el seno del cristianismo.

¿Qué se sabe de estos judíos de Tarso a comienzos de nuestra era? Muy numerosos, no se les aparta; ningún texto hace alusión a un barrio judío. Acceden gustosos a la administración de la ciudad que los acoge sin resistencia. Practican libremente su religión en una ciudad donde abundan los cultos, en primer lugar el –oficial– de Roma: desde el segundo año de su reinado, el emperador Augusto se hizo dios. En esta ciudad romana de cultura griega, los templos consagrados a los dioses del Olimpo ocupan el primer lugar, pero las “religiones de misterio” también tienen allí derecho de ciudad. Nacidas en Anatolia con Cibeles, en Tracia con Dionisio, en Egipto con Isis y Osiris, en Siria con Adonis, en Irán con Mitra, ellas excitan los sentidos con “la emoción de los símbolos, la embriaguez de los cantos y las danzas alegres de las fiestas”⁷. Los devotos de Mitra se bañan con la sangre de un toro aún palpitan-

⁶ *Pro Flacco*, 28.

⁷ Ricciotti, Giuseppe.

te, los de Adonis permiten en su templo voluptuosos abrazos. Un judío de la Diáspora está dispuesto a abrirse a las sutilezas de la filosofía griega, pero considera reprochable, y hasta horroroso, el espectáculo de las licencias emanadas del paganismo.

De esta impresión que seguirá a Saulo toda su vida, se encuentra una huella explícita en la carta que dirigirá mucho más tarde a la joven comunidad cristiana de Roma: “Se ofuscaron en sus razonamientos y su insensato corazón se entenebreció; jactándose de sabios se volvieron estúpidos, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles. Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonraron entre sí sus cuerpos”⁸. Esclarecedor.

De la infancia de Jesús, se sabe al menos que Él “crecía en sabiduría y en estatura” y que “estaba sometido a sus padres”⁹. De Saulo, nada. Si acaso, la vida de un niño judío de este tiempo se parecía a la de todos los demás. Somos libres de ver en Saulo a un niño frágil y lloroso, salido del vientre de su madre sentada en “una silla de partos” y asistida por parteras. Lluven las felicitaciones: ¡*Alabado sea Dios!* Un niño, esto quiere decir que el Altísimo ha bendecido la casa. Apostemos a que, en el nacimiento de la hermana del bebé, la expresión de alegría ha sido más opaca¹⁰. Se lee en el Talmud: “¡Falsos tesoros son las niñas! Por tanto, ¡se las debe vigilar todo el tiempo!”.

Las Escrituras hacen remontar hasta Abraham la práctica de la circuncisión de un niño, ocho días después de su nacimiento: “Ustedes deben circuncidar la carne de su prepucio, lo cual se convertirá en el signo de la Alianza entre mí y ustedes. Serán circuncidados, a los ocho días, todos sus varones de cada generación, lo mismo que los esclavos nacidos en la casa o adquiridos a precio de plata de origen extranjero, sea el que fuere”. En el siglo I, en

⁸ Rm 1, 21-24.

⁹ Lc 2, 51-52.

¹⁰ Saulo tenía al menos una hermana, casada, quizás un hermano que él llamaba Rufo, pero que, en el contexto de las Epístolas, parece más bien haber sido un hermano adoptivo.

cada comunidad, un especialista –el *Mohel*– procede a practicarla según un método explícito: “Hacer la incisión, desgarrar la membrana, absorber la sangre y poner sobre la piel un emplastro de aceite, vino y comino”.

El nombre recibido el día de la circuncisión –*Shaul*– recuerda al primer rey de Israel, un hombre incontestablemente grande, de la tribu de Benjamín. Se volverá Saulo, *Saulos* en griego, y mucho más tarde Pablo. Desde el momento en que el niño está en edad de hablar, su padre comienza a enseñarle los Diez Mandamientos. Luego el jefe de familia se cubre con un chal para la oración, blanco bordado de azul, el *taliss*: el blanco y el azul son hoy los colores del Estado de Israel. Cada día, el pequeño debe repetir los mismos versículos: “Bendito seas, Adonai, Dios de Abraham y Dios de Isaac y Dios de Jacob, Dios grandísimo, autor del cielo y de la tierra, nuestro escudo y escudo de nuestros padres, nuestra confianza de generación en generación”. Cada día, las mismas palabras, la misma forma, el mismo ritmo, la misma belleza. La presencia de Yahvé invade al niño.

A los cinco años –gran novedad– Saulo descubre la escuela. Lo miro trotando con una túnica que roza sus rodillas, mientras pequeñas trenzas de cabellos danzan sobre sus sienes, obligación proveniente del Pentateuco: “No rapen en redondo sus cabelleras”¹¹. Nada de pupitre. Se escribe sobre las rodillas. Cada escuela judía posee un texto de la Torá consignado en rollos de pergamino. Balanceándose de atrás hacia delante, los niños recitan las páginas de ella con una voz tan fuerte que a veces se cambia en clamor. Esta memorización les permitirá, hasta la muerte, conocer perfectamente las reglas cuyo olvido significaría una falta grave.

¿Habrá Pablo frecuentado una escuela griega? La tradición no incitaba a la familia a tal cosa. Él estudió en una escuela judía, pero en griego. En Palestina, desde el siglo IV a.C., el arameo se convirtió en la lengua vehicular en detrimento del hebreo. En la Diáspora, la enseñanza que proporcionan las sinagogas, se hace en griego. Los textos sagrados son aprendidos en griego, lo cual no excluye una primera lectura en hebreo. Pablo descubrió la Biblia

¹¹ Lv 19, 27.

en la versión llamada “Los Setenta”, versión griega compuesta en el siglo III antes de nuestra era en Alejandría. Todo demuestra, en efecto, que su cultura religiosa tiene ahí su origen. Los exegetas –a los cuales nada escapa– descubrieron allí la palabra “pecado” con el significado que Pablo le dará, lo mismo que las expresiones “herencia divina” o “paso por la tierra”. Los primeros conceptos teológicos cristianos sobre el Dios único, su Palabra –*logos*, el Verbo– y la aspiración a una Iglesia universal “se apoyan en fórmulas de los Setenta”¹².

Otro rasgo que pesará bastante sobre sus opciones futuras: su pertenencia al fariseísmo. *Fariseo, hijo de fariseo*. Para comprender el judaísmo del siglo I, es preciso volver a Flavio Josefo, quien distingue, desde la época de Jonatán (hacia el año 160 a.C.), “filosofías” o sectas “que pensaban de manera diferente sobre las cosas humanas. Se les llamaba fariseos, saduceos, esenios”. Los saduceos se engreían de su descendencia de la familia aaronita. Era una especie de aristocracia ligada al Templo, cercanos al poder romano, y de donde provenía la mayor parte de los sumos sacerdotes. “Los fariseos, continúa diciendo Flavio Josefo, impusieron al pueblo, como proveniente de la sucesión de los padres, normas de derecho que no están inscritas en las leyes de Moisés y que la secta de los saduceos rechaza por eso mismo, diciendo que no se debe tener por legal sino lo que está escrito, y que uno no está obligado a observar lo que viene de la tradición de los padres”. Evidentemente, Flavio Josefo no siente ninguna estima hacia los saduceos “quienes no convencieron sino a los ricos, sin lograr seguidores en el pueblo”. No es –muy por el contrario– el caso de los fariseos. “Tienen tanta autoridad sobre la multitud que se les cree al instante, aun cuando hablen contra el rey y el sumo sacerdote”.

Cuando se lee a Flavio Josefo –sin él faltaría la explicación de muchos puntos de la sociedad en la cual vivió Pablo–, no cabe duda de que sus preferidos fueron los esenios. Les concede mucho más espacio que a los dos anteriores juntos.

Aún hoy, quedamos perplejos ante la obligación de respetar seiscientos trece mandamientos que pesaban sobre los fariseos.

No es una razón para desconocer la reivindicación constante que ellos expresan en esa época: quieren considerar la Ley como un instrumento en vez de una sujeción y repiten que ésta no debe ser considerada como el patrimonio único de los sacerdotes: cada uno, por sí mismo, puede aspirar a la santidad. Los fariseos tratan de liberarse del partido sacerdotal, de los reyes Herodes helenizados y de los sacerdotes saduceos acaparados en su suficiencia. Ellos se consideran “justos, puros”, conocedores de la Ley. Están al lado del pueblo, abren escuelas, acogen a los enfermos y a los pobres. Contrariamente a lo expresado por los saduceos que niegan la supervivencia del alma, ellos creen en la resurrección de los muertos. ¿Iban a ser los cristianos muy diferentes?

En relación con lo que sabemos de Saulo en la edad adulta, se tiene la tentación de atribuirle, desde la infancia, un carácter difícil, inclusive una tendencia a la rebeldía. En la medida, no obstante, en que un joven “gruñón” no era sometido rápidamente al silencio por la autoridad absoluta de un jefe de familia judío y por los castigos corporales que derivaban de esto. Si estamos dispuestos a creerlo un joven piadoso, es por el hecho de su pertenencia al fariseísmo. También a causa de que la jornada de un judío –grande o pequeño– se sitúa totalmente bajo el signo de la oración.

Desde la salida del sol, Saulo se vuelve en dirección al Templo de Jerusalén –todo judío la conoce– y pronuncia su primera oración: “Escucha Israel, nuestro Dios es el verdadero Dios, el único Dios”. Al menos tres veces –por la mañana, por la tarde y por la noche–, agradece a Dios por los favores que le concede. Cada día se esfuerza en pronunciar el mayor número de “bendiciones”. Es imposible saber, claro está, si el niño Saulo se plegó gustosamente –o al contrario– a este ritual. Se excluye que él no haya ido cada semana a la sinagoga con sus padres a celebrar el sabbat. ¿Dejaré pasar por alto prestar a Saulo esos impulsos que lo precipitan a uno a lo imprevisto, con el corazón latiendo fuertemente, con la respiración entrecortada, hacia este Dios del cual se siente de repente la presencia absoluta?

Tradicionalmente, los judíos acomodados de la Diáspora hacen educar a su progenie en varios idiomas. Para Saulo, dos lenguas de la infancia: el hebreo, aprendido por obligación, y el griego, su len-

¹² HARI, Marguerite y DOGNIEZ, Cécile.

gua materna, muy apreciada según el caso: se la recibía en las rodillas de la madre. La que se habla en la mayor parte del imperio es la *koiné* (“común”): el griego que todos comprenden. Los Hechos de los Apóstoles admiten que él también sabía el arameo¹³, pero no utiliza en sus Epístolas sino unas cuantas palabras de esta lengua –*abba* o *maranatha*–, que pertenecen al fondo tradicional de los primeros cristianos. No se encuentra ningún texto suyo en latín, pero debemos recordar que vive en una ciudad en la cual todo lo oficial es romano: poder, ejército, policía. Todos deben, pues, arreglárselas –al menos– en la lengua de la administración, la cual, por otra parte, se ve a menudo en la obligación de usar el griego para hacerse comprender. ¡Una bella revancha de la patria de Sócrates sobre los conquistadores romanos!

Las cartas de Pablo –las famosas epístolas– son todas escritas en griego. Él leyó a los buenos autores ya que los cita: al poeta ateniense Menandro, al poeta cretense Epiménides, al estoico Aratos. Los puristas han escrutado sus textos con lupa: se descubren allí, palabras familiares, neologismos –¡los mismos, con frecuencia, que los de Cicerón!–, pero ninguna de esas afectaciones que revelan una lengua aprendida con esfuerzo. El griego de Pablo es muy fluido.

De su morada, de la cual ignoramos todo –probablemente una de esas casas cúbicas rodeadas de jardines que abundaban en Oriente–, estamos en libertad de imaginar el olor de la cocina, el cual encanta a un niño judío al volver de la escuela: el del pan caliente salido del horno, alimento esencial de los judíos de Palestina y de la Diáspora¹⁴; el del pescado que se asa. Sobre una hoguera de leña, un cordero da vueltas en su asador. Una esclava despluma palomas para la cena. Se cocinan legumbres en aceite de oliva: pepinos, habas, lentejas. ¿Cómo Saulo no iba a deleitarse con la golosina máxima: las langostas, las cuales, según un tratado de la época, existían unas ochocientas especies comestibles y que se comen cocidas en agua y sal, como hoy los camarones o langostinos?

¹³ Hch 21, 40; 22, 2.

¹⁴ En hebreo “comer pan” es el equivalente de “tomar una comida”.

Todos estos manjares sazonados –alcaparras, comino, azafrán, cilantro, menta, anís–, delicias que vuelven agua la boca.

Saulo no pudo haber olvidado los prohibidos: el puerco vil, la liebre condenada, los otros animales tolerados solamente si fueron desangrados. Sus padres no dejaron de darle la explicación: “El alma de toda carne es la sangre”. Se correría un gran peligro si uno absorbiera el alma de una bestia.

En sus cartas, Pablo evoca el oficio que, aun en lo más fuerte de su apostolado, no cesará de ejercer nunca: *skenopoios*. Este vocablo se puede traducir por “fabricante de tiendas” o por “tejedor de telas para tiendas”. La tradición farisea prescribe a un padre enseñar a su hijo una actividad manual¹⁵. ¿De quién, sino de su padre, aprendió Saulo su oficio? El biógrafo ha de verlo, reservando cada día, en su empleo del tiempo, un espacio en el taller en medio de los compañeros que lo inician en los secretos de su técnica y –¿por qué no?– de su arte. Debe evocar también a un padre vigilante que supervisa de lejos esta iniciación. Un padre así, hace pensar en uno de esos notables judíos de la Diáspora de los cuales se encuentran muchos ejemplos alrededor del Mediterráneo. La prosperidad de Tarso nació con los artífices de los textiles. Además de las telas bordadas y los delicados linos, los rudos tejidos en piel de cabra son unas de las especialidades de la Cilicia¹⁶. Por lo demás, la sociedad antigua presentaba una necesidad prioritaria de tiendas. Éstas eran requeridas en todas las circunstancias de la vida: desde abrigo para una sola persona y como toldos para las carretas y los barcos, hasta las inmensas tiendas de pompa, semejantes a nuestros capiteles y que pueden abrigar hasta cuatrocientas personas.

El mercado es inmenso. Los fabricantes de tiendas son legión y, según Dión Casio, su mismo número suscita debates contradictorios: “Se dice que se han vuelto demasiado numerosos y se pretende que sean responsables de problemas y desórdenes. Y luego, de nuevo, se les trata como parte integrante del Estado y se les respeta”.

¹⁵ “Es bueno estudiar la Ley al mismo tiempo que se dedica a una profesión” (Rabino Gamaliel: *Mischna Awot*).

¹⁶ De ahí vienen los cilicios que ciertos cristianos místicos llevarán en su piel para mortificarla.

A raíz de sus viajes misioneros, Pablo estará a menudo en contacto con los artesanos y comerciantes de textiles: Lidia, mercader de púrpura en Filipo, tejedores en Corinto, tintoreros o negociantes de lana en Éfeso. Cuando va a comenzar a evangelizar la Licania, seguirá –como por una especie de reflejo– la ruta recorrida tradicionalmente por los comerciantes de Tarso que iban a comprar la lana de las cabras de Tauro.

No se puede uno escapar de la imagen del niño Saulo paseando su curiosidad en el taller donde se apresuran los obreros de su padre. El tejido tiene cierto olor, sobre todo cuando está formado de piel de cabra. Saulo no lo olvidará, Cortan, cosen, ensamblan. Si también se trabaja el cuero, surge otro olor. Para quien ha recorrido el Oriente, se excluye el que estos obreros manuales hayan trabajado en silencio: apóstrofes de toda clase, réplicas que desencadenan la risa, cantos a gritos para celebrar el sol, el viento, el mar y –necesariamente– el amor.

Cuando las tiendas son dirigidas hacia los barcos que las transportarán, sin duda Saulo corre tras las carretas –¿qué niño no lo hace?– y ayuda con su fuerza juvenil a amontonar los bultos en los muelles.

¿Era Saulo un alumno brillante? Seguramente. Sin esto el padre no habría venido a reunir a la familia para anunciarle que su hijo, habiendo aprendido de su religión todo lo que Tarso podía enseñar, iría en adelante a continuar sus estudios en Jerusalén, ciudad faro del judaísmo.

Veo a esta familia judía, escuchando en silencio la exposición magistral de su jefe. Nadie se mueve, ni siquiera la madre a pesar de las probables lágrimas que no alcanza a reprimir. La escogencia de Jerusalén no puede extrañar, pero muy seguramente causa impresión: un adolescente que llega a la ciudad de David no es solamente un estudiante sino también un peregrino. *Aliya* es el término hebreo para evocar esta “subida”.

A propósito, ¿qué edad tiene Saulo? Lucas nos dice que él llegó a Jerusalén “desde su primera juventud”¹⁷. ¿Qué significa prime-

ra juventud? La tradición nos proporciona un elemento de apreciación cuando define las etapas del rabinismo: un joven judío supera la de la Biblia a los cinco años; a los diez la de la Mischna; a los trece, la práctica de los mandamientos; a los quince, el Talmud; a los dieciocho, las bodas.

¿Se puede uno imaginar a un Saulo casado en el momento de irse a estudiar a Jerusalén? La lógica nos lleva a la “primera juventud” y nos hace inclinar hacia la edad de quince años.

Como consecuencia, tomaremos el año 23 como el probable para la salida de Tarso.

Hace nueve años que el emperador Augusto murió y que reina Tiberio. En ese año, un cierto Jesús –*Yeshu'a*– trabaja la madera en Nazaret, aldea oscura de la cual no hay mención alguna de su existencia por algún contemporáneo. Él debe estar en sus veintisiete años.

En el instante en el cual el joven Saulo se lanza hacia su destino, todo debería convencernos de que habita en él una llama ardiente y que una fuerza misteriosa lo mueve. Dejemos de soñar. No sabemos nada sobre lo que él es, nada de lo que experimenta. Nada de lo que piensa.

¹⁷ Hch 26, 4.

CAPÍTULO II

La piedra angular

A su izquierda el Tauro. A la derecha el mar. Mientras camine hacia Adana, Saulo se sentirá en Cilicia. En casa. Empezó la marcha un domingo por la mañana, precaución a la cual un judío nunca falta y que permite viajar seis días completos antes de detenerse a causa del cercano *sabbat*. Ya su alforja le fastidia la espalda: basta media jornada de caminata para que todos los viajeros se reprochen el haberla cargado demasiado. Es seguro que a la ropa indispensable, él habrá agregado los juguetes que tanto aprecian los jóvenes de quince años. ¿Viaja en invierno? Se envuelve en una capa, sencilla pieza de tela atravesada por un hueco para la cabeza, su *chaluk*, túnica de lana que flota muy por debajo de las rodillas sin alcanzar nunca el suelo. Para evitar molestias, se la remanga hasta la cintura. ¿Viaja en verano? Enrolla la capa en su alforja. ¿Le pesa no haber contratado uno de esos barcos que, regularmente, parten de Tarso hacia Cesarea Marítima? Podríamos apostar que no. No me imagino que su padre haya soñado con concederle esta comodidad: *‘Aliya* obliga.

Dondequiera se circule en esta época, hay una queja continua: baches en los cuales se rompen los carruajes, caminos inundados, lodo en el que uno resbala y a veces se atasca, caídas en los abismos, trazado de los caminos deficientemente definidos, tonterías de los guías, peligro de bandoleros y bestias feroces, nocividad de las “aguas mortales”, tormentos causados por los mosquitos, de cuyas picaduras se presiente que pueden propagar las epidemias: Plinio invita a defenderse de ellos por medio de fumigaciones. Hay que agregar a todo lo dicho, la barrera de las lenguas, los alber-

gues donde le responden mal y nunca hay puesto, unos con una su-
ciedad tan repugnante que se les huye. Saulo descubre todo esto.
No muy contento, a decir verdad.

Al dejar Adana hacia Antioquía, atraviesa el puente colosal –tres-
cientos diez metros de largo– construido por los romanos sobre
cada uno de los dos brazos de la desembocadura del río Sarus. Dos
mil años después, catorce arcos subsisten de los veinticuatro ori-
ginales.

¿Es consciente del pasado de los lugares por los cuales pasa? Se-
guramente no. Para él la historia se resume en la Biblia. El primero
de los judíos es Abrahán. Conoce de memoria la vida de éste pero
es incapaz de fecharla y, por otra parte, no piensa en ello. De esta
Siria en la cual penetra, ¿cómo va a saber que los reyes de Ebla,
veinte siglos antes, establecieron allí un imperio, el más antiguo de
Asia? Ya que se hace mención de los asirios en la Biblia, Saulo sabe
que ellos sometieron la región definitivamente, que destruyeron
las ciudades y deportaron a sus habitantes. Algo le dice el nombre
de Alejandro puesto que este conquistador era griego y celebrado
en Tarso. Que haya habido allí numerosos reyes judíos, lo cree fir-
memente porque la Biblia los nombra.

Al no hacer la Biblia mención de otros reyes más recientes, sólo
habrá retenido el nombre de Herodes I que ha resonado hasta en
Cilicia y a quien algunos denominan el Grande. Ese Herodes de-
bía su corona a los romanos. Su reino, al morir –hace más de vein-
te años–, fue repartido entre sus tres hijos. Cada uno de ellos, con
la aprobación romana, sólo obtuvo migajas. En adelante, los roma-
nos reinan como dueños en Jerusalén. Un procurador –o prefec-
to– ejerce el poder en nombre del emperador. ¿Conoce Saulo el
nombre de Pompeyo? Quizá sí, ya que todo el mal viene de ahí: en
el año 63 a.C., el rival de César, luego de vencer a los piratas que
infestaban el Mediterráneo, atacó a los reyes que reinaban en el
Asia Menor y los sometió. Hizo así de Siria, una provincia roma-
na. Cuando se apoderó de Palestina, descubrió un país desgarrado
por la guerra civil: varios príncipes se disputaban el poder. He ahí,
pues, el que hizo el trabajo romano que sitió a Jerusalén, se apode-
ró de ella, penetró en el Templo y –oh sacrilegio– violó el santua-

rio. Seguramente esto le fue narrado a Saulo, pero –tiene quince
años– ¿y se acordará?

Cada viajero trata de mezclarse con otros con los cuales se sien-
ta contento de recorrer un tramo del camino. Siempre se aprende
algo de los acostumbrados al recorrido. Ellos suelen dar consejos
prácticos sobre el estado de la vía, las emboscadas que hay que evi-
tar, los peligros de los que hay que protegerse.

De repente, ante él, el deslumbramiento. ¡Antioquía! Nunca an-
tes, este adolescente tan orgulloso de su ciudad natal, podría haber
pensado que existía una ciudad como ésta. Hay que imaginarla ex-
tendiéndose entre el Orontes y las pendientes del Silpios, atravesa-
da de lado a lado por una avenida de cuatro kilómetros de larga
bordeada de pórticos, con innumerables calles que serpenteaban
entre colinas, vallecitos, barrancos, torrentes, rocas, cascadas, gru-
tas, jardines. Flavio Josefo es tajante: Antioquía, metrópolis griega
implantada en Oriente, es la tercera ciudad del mundo después de
Roma y Alejandría. Veo a Saulo extasiado delante del teatro tallado
en la roca misma de Silpios, ante el circo de doscientos metros de
largo, el inmenso foro y, edificado sobre una isla del Orontes, el pa-
lacio imperial.

¡Quinientos mil habitantes! Saulo se pierde en una muchedum-
bre de gente siempre afanada y –al menos en apariencia– encan-
tada de vivir. El orador Libanos presentará a Antioquía como la
ciudad luz por excelencia: “El sol es remplazado durante la noche
por otras luces. La noche y el día no se diferencian entre nosotros
sino por el modo de iluminación. Los trabajadores diligentes ape-
nas sí notan la diferencia y continúan su trabajo de forja alegreme-
te; y cualesquiera lo desee, puede cantar y bailar toda la noche, de
modo que Hefesto y Afrodita comparten con él las horas”.

Saulo tiene que elegir su camino: continuar hacia el este para
tomar la pista transjordana –inicio probable de una futura vía ro-
mana– o dirigirse hacia el sur. Apuesto a que prefirió el sur. Para-
lela al Mediterráneo, corre una ruta abierta por los egipcios hacia
el 2000 a.C. Primero concebida para el transporte a lomo de asno
o de mula, más tarde se encontró recorrida por pesadas carretas
de madera tiradas por onagros y, cuando se importaron camellos

de Mongolia, por las caravanas. Una pista tan frecuentada es apta para los peatones. Tiene un nombre apropiado para hacer soñar a un muchacho: el *Camino del Mar*.

Al salir de Antioquía, Saulo sabe ya que debe tener mucha paciencia en espera de un convoy o de una caravana. Viajar de otra manera sería una locura: se expondría a ser presa de los bandidos, listos a despojar a quien se les aparezca, y a degollar para acallar los gritos. Para una multitud de mendigos profesionales, de soldados desertores, de esclavos fugitivos, robar se ha vuelto una costumbre tal que “si no pueden saquear a los demás, escribe irónicamente el inevitable Flavio Josefo, se atracan mutuamente”. En esta ruta, las caravanas se internan permanentemente en los dos sentidos. Basta, para tener el derecho de mezclarse con ellas, con indemnizar al jefe. Saulo lo hizo.

A la monotonía, y hasta el aburrimiento, que amenazan, dos antidotos: el joven fariseo no puede transgredir las obligaciones de oraciones aprendidas desde su infancia. Ellas lo entrenan a refugiarse en el pensamiento del Creador de todas las cosas. Segundo derivativo: la curiosidad que lo devora a uno a los quince años y la admiración que surge de una etapa a otra.

El morral de Saulo se hace más pesado, sus piernas le pesan cada vez más dolorosamente. Nos encontramos, a cuatro o cinco días de camino de Antioquía, el sitio de Laodicea (hoy Latakia), célebre por la fecundidad de sus culturas; algunos días más y la pista comienza a bordear el río Adonis, el cual, en época de lluvias, arrastra un extraño color rojo vivo proveniente del mineral de hierro que le sirve de lecho. Más lejos, la montaña se hunde en picada en el mar y hay que introducirse en un túnel cuya perforación ha exigido, mucho antes de los romanos, una labor sobrehumana. Estos subterráneos, relativamente numerosos en esa época, fueron detestados por Séneca: “No hay nada más largo que esta prisión, nada más oscuro que estos antorcheros, cuyo efecto es, no el de hacernos ver en las tinieblas, sino el de hacerse ver ellos solos”. Saulo, como él, ha debido quejarse del polvo: “Éste forma torbellinos sobre sí mismo... y recae sobre los que lo habían quitado”¹.

¹ Citado por Jean-Marie André y Marie-Françoise Baslez.

He aquí a Biblos y su puerto fenicio ampliamente abierto sobre el mar. He aquí a Beritus (Beirut), tan apreciado por su clima que el emperador Augusto le concedió el nombre de su querida hija: Julia Augusta Félix. He aquí a Tiro, la famosa, regada por los ríos del Anti-Líbano. Allí se cruza todo lo importado o exportado: la plata, el hierro, el trigo de Siria, los caballos de Armenia, el estaño de Cornuallo, el plomo de España, el cobre de Cilicia. Maravillosa confusión de escogencia que, lástima, no le concierne en nada a Saulo. En Cesarea Marítima, puerto edificado por el rey Herodes el Grande, dejamos el Mediterráneo para dirigirnos al este hacia Jerusalén. Faltan unos sesenta kilómetros de recorrido. Dos jornadas de camino. Cuando Saulo logra su objetivo, habrá andado setecientos cincuenta kilómetros de Tarso a Jerusalén.

Ninguna región del mundo, en el siglo XXI, nos es tan presentada reiteradamente, como ésta. Los árabes e israelitas contemporáneos, que se desgarran y se matan, nos han reconducido directamente al Antiguo y al Nuevo Testamento. Los nombres de Jerusalén, Gaza, Hebrón, son familiares a nuestros niños. Los enfrentamientos de hoy jalonan, tanto los recorridos del rey David como los de Jesús. Pienso en Paul Dreyfus, gran reportero, quien tuvo que “cubrir” la guerra de los Seis Días. Al buscar, para su periódico, el conteo de carros de combate destruidos y de aviones abatidos, se sintió llevado a un pasado en el cual había habido enfrentamientos con una violencia semejante. Desde entonces se propuso tenazmente, encontrar “testigos” desaparecidos desde hace dos mil años. Entre éstos, Pablo de Tarso lo ha conmovido mucho más fuertemente que los demás, ya que él también había errado entre dos campos. A pesar de que las balas silvaban a su alrededor, decidió consagrar su vida a volver a trazar su itinerario. Yo le debo mucho.

Ahí está, ante nuestros ojos, el joven Saulo. Deja el *Camino del Mar* para introducirse en la llanura de Sharón, cuyos campos de trigo, los olivares de ramas pesadas y los viñedos en oferta proclaman la opulencia. Él sube por las orillas de las primeras colinas, estos montes de Judea cubiertos de encinas y trementinas, de enebros y cipreses. Poco a poco, las pendientes se desnudan, la piedra aparece. Saulo olvida toda su fatiga porque el final se acerca. Se ad-

mira al mismo tiempo: en Tarso cantaba la gloria de Jerusalén sin soñar por un instante que la ciudad de David se podría encontrar en plena montaña.

A la vuelta de un camino, aquí está, “encaramada entre el cielo y la tierra”, la ciudad sagrada.

¿Quién podrá olvidar su primera visión de Jerusalén? La mía, tanto tiempo soñada, fue completamente insólita. Algunos días antes de la Navidad de 1965, luego de haber sobrevolado las arenas de Jordania, un avión, gastado por los años, tuvo que dejar en el aeropuerto de Amán, a un pequeño grupo de franceses resueltos a desafiarlo todo para asistir a la misa de medianoche en la basílica de Belén. Algunos soldados jordanos vestidos con uniformes de corte muy *británico*, nos introdujeron, de manera más bien cordial, en un autobús. El mantenimiento de la vía sufría visiblemente por una ausencia de crédito. Amontonados en las barandas, fijábamos obstinadamente el parabrisas, con la esperanza de que, en cada recodo, aparecerían las fortalezas deseadas. Todavía era de día. La mayoría de nosotros nunca habíamos visto Jerusalén.

Entramos a la ciudad sin saberlo. La noche había llegado de repente. La iluminación urbana, también, carecía de medios. Ninguna luna creciente, ni una sola estrella que nos permitiera discernir, al menos, la apariencia de una iglesia, la sombra de una sinagoga o algo que se pareciera a un minarete. Saliendo de repente de la luz de las linternas, todo lo que percibimos fue una patrulla de la Legión árabe que desfilaba con pasos cadenciosos. Se nos hizo bajar y, habiendo recuperado nuestras maletas, se nos condujo a un edificio en el cual, –por fin– nos esperaba la luz. Al abrir la puerta, unas religiosas manifestaron su emoción con sonrisas que se reservan a las personas de la familia que vuelven de una larga aventura.

Estábamos en un colegio cuyos alumnos, a causa de las vacaciones, habían dejado libres los dormitorios. A las primeras luces del día, me encontré de pie frente a la ventana abierta, descubriendo por primera vez una calle de Jerusalén. Se trataba de la parte árabe de esta ciudad cortada en dos desde el día en que el ejército israelita había admitido que ella no podía ponerse de acuerdo con los soldados de Glubb Pacha. El armisticio del 3 de abril de 1949 ha-

bía hecho surgir, en medio de la ciudad, un muro casi infranqueable, cercas con minas, corredores colmados de disputas, vigilantes armados colocados aquí y allá. Para descubrir la ciudad israelita –en lo cual me empeñaba–, fue preciso que trepara sobre una colina, desde la cual se adivinaba, del otro lado, una actividad intensa. La algarazara de los obreros de construcción, el ruido de los motores y los pitos nos devolvía a nuestro propio silencio.

Me gustó este silencio. Sostenido por el espectáculo de las murallas dentadas construidas por los cruzados y los mamelucos, me volví a encontrar en la ciudad a la cual José y María habían llevado al Templo, para ser presentado al Señor, al niño Jesús; donde, una vez cumplido su trayecto, había muerto clavado en una cruz. Por la mañana temprano, me veía bastante solo en las callejuelas que casi no habían cambiado después de dos mil años. A veces, los guías jordanos comentaban como para que los oyéramos los textos de la Biblia y del Evangelio. Los arqueólogos no habían aún demostrado que la *Via dolorosa* no era la *Via dolorosa*. Los tenderos musulmanes vendían con convicción rosarios y “cruces de Jesús”. En el sótano de un convento –la ciudad estaba llena de ellos–, se me mostró el enlosado de la corte donde Jesús había escuchado su sentencia ineluctable, mientras los soldados romanos lo vigilaban jugando a los dados: me lo “probaron”, señalando, gravado en la piedra, un tablero de damas.

¡La explanada de las mezquitas! ¡El monte de los Olivos! No he olvidado nada. En Belén tuvimos nuestra misa de medianoche. Atraída, más por la curiosidad que por la piedad, una multitud se apiñaba en la nave. En la elevación, los soldados del rey Hussein, presentaron armas. De toda esta asamblea extraña, ellos nos parecieron los más recogidos.

¿Cómo imaginarse a Saulo ante los muros de Jerusalén? Impregnado como está de la Ley, empapado de la historia de Israel, de sus profetas, de sus reyes, de sus héroes, uno quisiera verlo explotar en gemidos y caer de rodillas. Tal visión corre el riesgo de ser muy novelesca. Pablo de Tarso no fue nunca un sentimental.

De la ciudad de David, los rabinos colmados de orgullo no cesan de repetir: “Quien no haya visto Jerusalén no ha visto jamás

una ciudad bella". La observación de desprecio de Cicerón –Jerusalén no es sino una "bicoca"– no está confirmada por ninguno de los contemporáneos. Fuera de los aductores de agua de los que carecía cruelmente, Herodes el Grande la dotó de la fortaleza Antonia, la que, desde sus torres macizas, dominaba la explanada del Templo, del palacio real, alrededor del cual, en la ciudad alta, se aglomeraban las moradas de los ricos y de los cortesanos, las torres de Mariamna, de Hípico, de Fardel. Esta ciudad inexpugnable estaba construida enteramente, junto con la muralla de cuatro kilómetros y medio que la rodeaba, de la misma piedra color cáscara de huevo que se extraía de las colinas circundantes.

De las puertas fortificadas, ¿cuál escogió Saulo? ¿La del Occidente, llamada también puerta de los jardines? En este caso, apenas la atravesó, habrá andado a tientas entre una red apretada de calles, callejuelas, tan estrechas a menudo que dos asnos ensillados no podían cruzarse por allí. Ninguna simetría, ninguna perspectiva, viviendas totalmente disparatadas: si las de los ricos se beneficiaban con sus techos de teja, las de los pobres –infinitamente más numerosas– se contentaban con una cubierta de cañas envueltas en tierra seca. Sinagogas por todas partes. Saulo va a necesitar tiempo para contarlas: cuatrocientas ochenta, una por cada cincuenta y dos habitantes! Nada de esto tendrá en cuenta cuando haya descubierto el Templo.

¿Habríamos guardado el recuerdo de la Jerusalén de Herodes si éste no hubiese jurado –apuesta grandiosa– edificar allí su obra maestra? El día en el cual, el año 20 a.C., puso la primera piedra del Templo, este rey sanguinario mereció el calificativo de "Grande". Cuando Saulo penetra allí, los trabajos aún no han terminado. Después de más de cuarenta y tres años, bajo el control de mil sacerdotes, diez mil obreros participan en esta empresa faraónica. En el recinto –491 metros de longitud por 310 de anchura– erigido en el lugar donde se levantaba el Templo de Salomón, ¡cuántas maravillas! Enormes muros plantados en la tierra de la misma colina, sostienen el conjunto². Cualquiera que atravesase alguna de las ocho puertas monumentales, se sobrecoge ante la visión de una espe-

cie de espaldar gigantesco. Los atrios se encadenan sucesivamente: el de los gentiles –los no judíos– donde éstos pueden acceder y donde deambula, charla, comercia la población de la ciudad; el atrio de las mujeres; el de los hombres; el de los sacerdotes. Más allá, el altar de los holocaustos; más lejos aún, el Santuario y –apoteosis– el Santo de los Santos, al cual, sólo el sumo sacerdote tiene derecho de entrar.

Madera, piedra, mármol, metales preciosos: todo se conjuga para deslumbrar. Desde las primeras luces del día hasta la puesta del sol, miles de personas se codean allí: judíos piadosos ávidos de orar o curiosos impacientes de descubrir algo nuevo. Cuando llega la época de las grandes fiestas religiosas –sobre todo la de la Pascua y la de las Tiendas–, multitud de peregrinos acuden a este lugar desde toda la Diáspora, sin que se entienda bien hoy en día, cómo podía estar allí tanta gente. Flavio Josefo afirma que, en un solo año, 250.600 corderos fueron inmolados, lo que, a razón de un animal por cada diez peregrinos –y aun si él exagera–, correspondería a dos millones de judíos. Todos ellos se mezclan, se codean, se empujan, con sus vestimentas y colores yuxtapuestos: los modestos de los judíos de Palestina, con los abigarrados de los de la Diáspora: *akals* negros y rojos, velos blancos, amarillos o con rayas multicolores. Algo único.

En esta ciudad que ha debido angustiar al adolescente por serle desconocida –acordémonos de nuestros quince años– ¿alguien lo espera? Uno no puede imaginarse a su padre, fabricante de tiendas, abandonando a su retoño en la naturaleza, sin haberle previsto un albergue. La hermana de Pablo vive en Jerusalén. Sabemos que ella tiene un hijo que, llegado el momento, volará a socorrer a su tío en peligro. ¿Cómo dudar de que ella haya acogido a su hermano, al menos hasta el momento en el cual irá a alojarse en casa del profesor que lo espera? No sin emoción, Saulo –convertido en Pablo– evocará más tarde sus años de aprendizaje: "Fue en esta ciudad donde me eduqué y donde recibí, a los pies de Gamaliel, una formación estrictamente conforme a la Ley de nuestros padres"³.

² Existe una parte de esto aún hoy: el Muro de las Lamentaciones.

³ Hch 22, 3.

Una de las figuras más respetables del rabinismo de este tiempo, es Gamaliel, un fariseo en quien el autor de los Hechos de los Apóstoles ve a “un doctor de la Ley estimado por todo el pueblo”⁴. Hasta tal punto que la tradición judía lo distinguió con la palabra *rabban* que sugiere una idea más fuerte que rabino o *rabbi*⁵. Su abuelo, Hillel el Anciano, es conocido por haber fundado en Jerusalén una academia en la cual su liberalismo fue famoso. Las cartas de Gamaliel que circulan hasta en Cilicia esparcen un modo de pensamiento que asocia con frecuencia la Ley judía con la filosofía griega, coexistencia menos sorprendente de lo que podría parecer. En la época de los Macabeos, había judíos que reclamaban ya un parentesco con Esparta. Los reyes Herodes hicieron de Jerusalén una ciudad ampliamente abierta al helenismo. En el Templo, las inscripciones que permiten la localización se dan en tres lenguas: hebreo, griego y latín. En varias sinagogas de Jerusalén, se ora en lengua latina o griega.

Es preciso, pues, detenerse ante la imagen de Saulo sentado “a los pies” de su maestro. A la manera de las escuelas filosóficas, ¿lleva Gamaliel a sus discípulos a deambular afuera, por ejemplo al Templo? Es poco probable. Un maestro judío recibe a sus alumnos en casa. Así se crea un vínculo que ya no se podrá desatar. Desde el primer día, Gamaliel no ha dejado de formular la primera regla que se convertirá en una ley para sus discípulos: “Concédete un maestro y así evitas la duda”. Los alumnos deben llamarlo “padre”. Al lado de él, Saulo aprende a manejar con la misma facilidad el griego, el hebreo, el arameo. Sabrá tanto de derecho como para aparecer ante sus contemporáneos como un jurista de formación. A esto se agregarán aun algunos conocimientos de medicina: en el transcurso de sus viajes, se le verá cuidar a los enfermos. Pero lo esencial sigue siendo el conocimiento exhaustivo de la Biblia.

Las Epístolas demuestran a un Pablo literalmente impregnado de los libros santos. Conocedor de los escritos apocalípticos, de ellos citará a menudo los temas primordiales⁶. Cuando proclama-

rá que la resurrección debe ser el centro de la fe, no hará otra cosa sino participar en la creencia de los fariseos sobre un juicio después de la muerte, el cual castiga a los malos con una “prisión eterna” y autoriza a los buenos a volver a vivir. En la época de Gamaliel, se cree con gusto en criaturas intermediarias entre Dios y el hombre, tales como los demonios y los ángeles, convicción que comparte, además, la mayor parte de los intelectuales helenizados⁷.

¡Prohibido poner en duda una sola palabra del maestro! La palabra de Gamaliel es la Verdad y ésta no se discute: “El discípulo debe ser como una cisterna que se acaba de arreglar en su revestimiento interior y que no deja escapar una sola gota de agua”⁸.

“Yo progresaba en el judaísmo, escribiré Pablo, sobrepasando la mayoría de los de mi edad y mi raza a causa de mi celo desbordante por las tradiciones de mis padres”⁹. Un recuerdo sin modestia, pero convincente. Los estudios de Saulo fueron largos y hay quienes piensan que duraron demasiado. Al escuchar hablar a Pablo al final de su carrera, el procurador de Judea Porcius Festo exclamará “alzando la voz”:

—¡Tú estás loco, Pablo! ¡Con todo lo que sabes, te estás volviendo loco!¹⁰.

Saulo estudió en una ciudad ocupada pero no sumisa. El pueblo judío tolera cada vez menos la presencia romana. Poco después de la llegada del joven Saulo, bajo el mandato de Poncio Pilato —entre los años 26 y 36—, y mientras continúa el reino de Tiberio, se reprimieron movimientos populares. Ya no se habla de otra cosa ni se sueña sino en sacar a los romanos. Un samaritano dirige la sublevación armada invocando a Moisés el Libertador; Judas de Gamala coordina la acción subversiva de los zelotes. Personas que resisten, *ante litteram*, desconocidas, vaticinan, se presentan como investidas de poderes sobrenaturales e incitan a la rebelión. Lo carismático está de moda: algunos se declaran favorecidos con dones

⁷ NEUSNER, J. B.

⁸ Afirmación de Johanan ben Zakay que canta las alabanzas de su discípulo Eliécer.

⁹ Ga 1, 14.

¹⁰ Hch 26, 24.

⁴ Hch 5, 34.

⁵ SIMON, Marcel.

⁶ La Biblia. Escritos intertestamentarios (1987).

espirituales extraordinarios (profecía, visión, glosolalia¹¹) otorgados por el espíritu de Dios. El judío medio ya no sabe a cuál falso profeta creerle. Sectas penitenciales ven el día bajo la inspiración de los discípulos ardientes de Juan Bautista, decapitado en el año 28. En su retiro del mar Muerto, los esenios tratan de alcanzar el absoluto.

Nunca como ahora se ha evocado a Elías: ¿su vuelta no debe preceder la venida de este Mesías esperado con una impaciencia cada vez más afiebrada? Mesías viene del hebreo *Maschiah* (en arameo *Meschiha*) y significa “ungido, marcado con la unción real, consagrado por el Señor”. El vocablo es antiguo. Para Isaías, el Mesías “golpeará al país con el poder de su palabra y con el aliento de sus labios... La justicia y la caridad serán el cinturón de sus lomos”.

No cabe duda: El Mesías liberará a Israel del yugo de los romanos que lo han esclavizado. Se cantan salmos: “Felices los que vivan el día del Mesías, porque verán la dicha de Israel y de todas las tribus reunidas.

O este otro: “Que llegue, que se cumpla la promesa de Dios hecha anteriormente a los Padres y que, por el santo nombre, ¡Jerusalén se levante de nuevo!”. En las calles de la ciudad de David, cada galope de los jinetes romanos –clámides rojas que flotan sobre las corazas–, hace nacer un nuevo clamor, una nueva cólera.

Donde Gamaliel, el estudiante Saulo ¿ha oído solamente hablar de un tal Jesús de Nazaret, quien en Galilea, recorre ahora valles y montañas llamando a los judíos a acercarse a Dios y observar mejor la Ley?

Acerquémonos más a la cronología. Existe la probabilidad de que Saulo haya llegado en los años 20 a Jerusalén. Según un calendario verosímil, en el otoño del año 27 Jesús recibe el bautismo de manos de Juan el Bautista y comienza a predicar inmediatamente. En el mismo año, Saulo tiene diecinueve años. Que haya oído hablar del personaje singular cuyo nombre no sale casi de los alrededores del lago de Tiberíades, sería sorprendente. En la Pascua

del año 28, Jesús –como profeta del Reino– llega por primera vez a Jerusalén. Ocasiona un escándalo al pretender arrojar a los mercaderes del Templo. Su palabra convence a cierto número de fieles pero sigue siendo un no-acontecimiento. ¿Ha sido percibida por los oídos de Saulo, recluido donde su maestro como si estuviera en otro mundo? Ciertamente, se puede admitir que Gamaliel, muy cerca de la jerarquía de los sacerdotes, haya sido informado de la cólera de los cambiadores y mercaderes de animales de los sacrificios y que haya entretenido con tales excentricidades a sus alumnos. Para creerlo, se necesita muy buena voluntad.

En la Pascua del año 30, Jesús vuelve a Jerusalén. Esta vez molesta a tanta gente que la jerarquía se inquieta. Todo termina en el Gólgota¹². Ese día, a las doce, clavan al condenado en una cruz que llevaba, como señal de burla, un rótulo con estas palabras: *Jesús nazareno, Rey de los judíos*. La ejecución se cumplió en Jerusalén, al otro lado de la puerta de Efraín, al pie de la colina de Gareb. A las tres de la tarde, después que un legionario le atravesó el costado derecho con una lanza, el condenado dejó de vivir. Del *praefectus* romano Poncio Pilato, sus amigos obtienen la autorización de llevarse el cadáver. Antes de la noche –lo exige la hora del sabbat– la piedra en forma de rueda prevista para tal efecto se corre delante de la tumba.

El asunto causa poco ruido. Es verdad que este Jesús cuenta con fieles, discípulos, nadie dice que sean partidarios –¿sin éstos se le hubiera condenado?– pero, en una ciudad de veinticinco mil habitantes, ellos no son más que algunos centenares.

El evangelista Lucas afirma que, en el camino que siguió este Jesús, se reunió “una gran multitud de gente¹³: en primer lugar gente movida por una curiosidad malsana, que en toda época, se apresura a ver las ejecuciones; los mismos que, algunas horas antes más bien gritan a Pilato: “¡Crucifícale!”; en fin, más allá de la desesperación, perdidos en esta muchedumbre, sus amigos, sus discípulos y, sin duda, algunos de los Doce que luego serán llamados apóstoles.

¹¹ La glosolalia permitía –se creía– comunicarse en una lengua ininteligible a los no iniciados.

¹² El viernes 7 de abril del 30, si se adopta la cronología de los sinópticos.

¹³ Lc 23, 27.

Al anuncio de que Jesús había expirado, algunos de sus discípulos no pudieron vencer el temor y se encerraron. La mayoría desaparece, sobrecogida por el horror de la cruz –suplicio de los esclavos–, anonadada por la muerte de aquel cuya menor palabra resuena en su memoria. Tres días de lágrimas, de dudas horribles y, de repente, se transmite de boca en boca la increíble noticia: *Cristo ha resucitado*.

También los discípulos vuelven a nacer.

A los veintidós años Saulo sigue estudiando. La probabilidad está en que esta vez él haya conocido la ejecución del Nazareno. ¿Se habrá conmovido? No más que ante la suerte de otro falso mesías. Visto el número de éstos, sería perder el tiempo. La inmensa mayoría de los habitantes de Jerusalén reaccionan como él.

Saulo necesitará de mucho tiempo para saber que el sumo sacerdote, ante el cual fue conducido Jesús, le preguntó si él era verdaderamente “el Cristo el Hijo del Bendito”. Él respondió:

–Lo soy y ustedes verán al Hijo del hombre sentado a la diestra del Todopoderoso y que vendrá sobre las nubes del cielo.

Cuando un falso mesías es desenmascarado o ejecutado, el pequeño grupo que lo seguía se dispersa. No es el caso con éste.

¿Cuántos son estos “cristianos” de Jerusalén?

Seguramente muy pocos. La cifra dada por los Hechos de los Apóstoles, de cinco mil convertidos después de Pentecostés no es verosímil. Hay que pensar que “el número de reunidos fue más modesto y que la pequeña comunidad fue creciendo progresivamente”¹⁴. La fe en la resurrección de Jesús aparece como el patrimonio de sus discípulos más cercanos, de las mujeres, de los miembros de su familia y de algunos otros solamente. Ellos quieren proseguir con la obra del resucitado. Para hablar de Jesús, se reúnen dándose el nombre de “hermanos”. Se trata, en su mayor parte, de galileos que vinieron a Jerusalén siguiendo a Jesús. ¿Por qué, a pesar de los peligros y probablemente las molestias por falta de dine-

ro, se empeñan en quedarse allí? ¿Será porque están convencidos de que Jesús volverá en su gloria al lugar donde fue crucificado?

De esta pequeña comunidad, sabemos solamente que la mayoría vendió sus bienes y lo pusieron en común, que oran y comen juntos. El apóstol Pedro, en su primera Epístola, los muestra “compasivos, animados de amor fraterno, misericordiosos, humildes”, y Lucas los ve tomando “su alimento con alegría y sencillez de corazón”¹⁵. Van cada día al Templo. ¿Por qué habrían de renunciar a esto? Son judíos y Jesús dijo: “No crean que vine a abolir la Ley o los Profetas; no vine a abolir sino a dar cumplimiento”¹⁶.

Donde Gamaliel, el soplo del Dios de la Biblia habita en Saulo. Comenzamos a descubrirlo devorado por la certidumbre, seguro de que no puede haber salvación fuera de la obediencia a la Ley judía, y listo a desarrollar una ira santa frente a los que la violen.

Ahora bien, la pequeña comunidad de los fieles de Jesús se acrecienta. Está en camino de bosquejar una organización. Jesús confió solemnemente a Pedro, un expescador del lago de Tiberiades que abandonó sus redes para responder a su llamamiento, la misión –*Pedro, tú eres Piedra...*– de asegurar la perennidad del mensaje predicado en el transcurso de su vida pública. Juan sigue siendo el “discípulo que Jesús amaba”. Con el consentimiento de todos, estos dos hombres se han apoderado de las riendas.

Sin haberlo premeditado en lo más mínimo, uno y otro van a hacer saltar el cerrojo de una discreción que los fieles, hasta ese momento, consideraban preferible. El acontecimiento se traslada al Templo a donde los dos apóstoles se acercan diariamente. Ese día, habiendo echado a sus espaldas el *taliss*, entran por la Puerta Bella¹⁷. No lejos de la entrada, un mendigo profesional, parálítico desde su nacimiento y muy conocido de los transeúntes, se desgaña reclamando dinero. Pedro se detiene y lo mira a la cara:

–No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te doy: en nombre de Jesucristo nazareno, ¡anda!

¹⁵ Hch 2, 46.

¹⁶ Mt 5, 17.

¹⁷ Hch 3, 2.

¹⁴ Introducción a la obra de Pierre Geoltrain colectiva *Orígenes del cristianismo*, 2000.

¿Cuántas veces escuchó a su maestro proferir una orden idéntica? Y el hombre se levanta. La multitud de judíos lo ve “saltando y alabando a Dios”, hasta el pórtico de Salomón y el atrio de los gentiles donde se alinean ciento sesenta y dos columnas. Escándalo. El comandante del Templo y varios sacerdotes acuden. Se apoderan de Pedro y de Juan. Al no poder juzgarlos enseguida –la noche se acerca–, se les arroja, dentro del Templo, en una pieza prevista para casos como éste. Se les retira a la mañana siguiente para llevarlos ante la suprema autoridad judía: el sanedrín. El sumo sacerdote Anás preside la asamblea de los sacerdotes, de los ancianos y de los escribas. Se empuja hasta allí, asustado, al enfermo, que anda rápidamente. Sentados en este lugar solemne, ordenados en semicírculo, se agitan –comenzando por Caifás– varios de aquellos que hicieron condenar a Jesús. Se examina a los sospechosos por el asunto de la víspera:

–¿A qué poder o a qué nombre recurrieron ustedes para hacer esto?

Respuesta de Pedro, a quien vemos gustoso, dotado de la solidez y de la anchura de espaldas, adquiridas al remar en su barca y recoger las redes:

–Sépanlo, pues, ustedes y todo el pueblo de Israel, ha sido por Jesús el nazareno, crucificado por ustedes, resucitado de entre los muertos por Dios. Gracias a él este hombre se encuentra ahí, delante de ustedes, curado. Es él la piedra que ustedes, los constructores, rechazaron: ella se convirtió en piedra angular...

Lucas da testimonio: “Ellos comprobaron la afirmación de Pedro y de Juan, dándose cuenta de que eran hombres sin instrucción y gente cualquiera, estaban admirados¹⁸.”

¿Una pesada condena va a ser la respuesta a tanta audacia? De ninguna manera. En estos tiempos difíciles, el sanedrín considera que el asunto no es tan importante como para arriesgarse a provocar uno de esos tumultos a los que los romanos tienen tanto horror. Se contentan con soltar a Pedro y Juan prohibiéndoles “pronunciar o enseñar el nombre de Jesús”.

La réplica llega de manera contundente: ¿Qué es lo justo delante de Dios? ¿Escucharlos a ustedes o escucharlo a él?

Nadie abre la boca. Al retirarse los dos hombres advierten:

–No podemos callar lo que hemos visto y oído.

La cesura que acaba de ocurrir señala un giro esencial en la historia del cristianismo. Los fieles de Jesús que, hasta ese momento, seguían practicando la religión judía al no encontrar ninguna contradicción con su nueva fe, descubren de repente un conflicto con aquellos para quienes Jesús no es más que un agitador justamente condenado. Al inquietante crecimiento en el número de los “cristianos”¹⁹ responde la inflexibilidad de la autoridad judía. Convencidos de tener que enfrentar lo prohibido y deber seguir predicando públicamente las enseñanzas de Jesús, Pedro y Juan van a ser arrestados de nuevo.

Esta vez se arriesgan a una larga pena de prisión²⁰. En la reunión, se levanta un hombre: Gamaliel. Lo han leído bien. Él clama:

–Israelitas, tengan cuidado con lo que van a hacer en el caso de estas personas... ¡Les digo que no se ocupen más de estas gentes y las dejen irse! Si, en efecto, de los hombres viene su resolución y su empresa, ésta desaparecerá por sí sola; si es de Dios, ustedes no la podrán hacer desaparecer. ¡No se arriesguen a encontrarse en guerra con Dios!²¹.

Pedro y Juan *solamente* serán azotados.

Ya no nos admiramos, en el siglo XXI, de ver jóvenes que estudian durante más de diez años. Concedamos estos diez años a Saulo. Habrá quienes, sin embargo, encontrarán que diez años son demasiados en el siglo I, cuando la esperanza de vida casi no sobrepasa los veinticinco años. En primera línea de aquellos que se interrogan figura André Chouraqui, israelita de origen francés, cuya autoridad en estas materias es considerable. No sólo ha traducido

¹⁹ El término *cristiano* sólo aparecerá varios años más tarde en Antioquía. Aquí se emplea para comodidad del lector.

²⁰ Los judíos, por orden del ocupador romano, no tienen derecho a pronunciar condenas a muerte.

²¹ *Hch* 5, 35-39.

¹⁸ *Hch* 4, 7-13.

el Antiguo Testamento al francés sino que se ha enfrentado al Nuevo, del cual piensa que “vincula, en un sistema único, dos universos, el de los hebreos y el de los griegos, en páginas a las cuales él confiere una belleza excepcional”. Basta con leerlo: “A partir del texto griego, conociendo las tácticas de técnicas de traducción del hebreo al griego y las resonancias hebreas de la *Coiné*, he tratado, en cada palabra, en cada versículo, de tocar el fondo semítico, para luego volver al griego que era necesario reencontrar, enriquecido con una sustancia nueva, antes de pasar al francés”. Según André Chouraqui, “Schaoul de Tarso, Pablo, el Apóstol judío de los Gentes, es sin duda el genio judío más poderoso de su tiempo”.

Según él, todas las realidades de la vida de Pablo confirman que “éste nunca rompió con sus raíces y prácticas bíblicas y talmúdicas que conocía mejor que otro gran judío de su tiempo, Filón de Alejandría”. André Chouraqui escruta los escritos paulinos con la ciencia que impregna todos sus trabajos bíblicos: éstos demuestran el estrecho paralelismo de sus deducciones con la exégesis bíblica. Algo que subrayaba ya, algunos años antes, F. Amato, profesor en el seminario de San Sulpicio, cuando veía a Pablo cansado con “razonamientos sutiles a la manera rabínica”. No contento con reconocer en Pablo a “un judío formado en las disciplinas de los rabinos”, André Chouraqui nos conduce directamente a una conclusión que va más allá de una hipótesis: Pablo habría sido un rabino. Habría ejercido a lo largo de los años 30, en una de las sinagogas de Jerusalén. Monseñor Giuseppe Ricciotti, al trazar el retrato psicológico de Pablo según el contexto católico de hoy, parece no dudar cuando escribe: “En el rabino Saulo, la gran idea es la Ley y la tradición judaica”.

¿A quién podría parecerse este adulto ahora en la fuerza de la edad? No se le puede negar un verdadero vigor físico: lo prueban las caminatas agotantes e incesantes que desencadenará en el curso de tantos años y la fuerza manifestada luego de sus naufragios –sufrió tres– hasta el punto, en el transcurso de uno de ellos, de ser capaz de nadar un día y una noche antes de ser salvado.

Cuando lo leemos, cuando lo escuchamos –porque lo escuchamos al leerlo–, comprobamos en sus palabras tal poder que, de una le concedemos la inspiración de un Demóstenes en el apogeo de

su elocuencia y la presencia de un Moisés dando la orden de retirarse a las olas.

Los *Hechos de Pablo*, redactados anónimamente hacia el año 150, nos hacen caer en tierra: “Ahora bien, él vio venir a Pablo, un hombre de pequeña estatura, con la cabeza calva, las piernas arqueadas, vigoroso, las cejas juntas, la nariz ligeramente aguileña”. No puede uno menos que extrañarse con la tradición, casi inmutable desde los primeros bosquejos orientales, de la imagería paulina: flaco, calvo, barbado. Es preciso, además, preguntarse sobre el valor que podemos conceder a este texto pronto relegado al rango de apócrifo. Había desaparecido totalmente cuando, en 1896, un legajo de papiros surgió de las arenas de Egipto. A lo largo de todo el siglo XX, el descubrimiento de otros manuscritos –de diversas procedencias y épocas– permitió reconstruir una parte notable del texto y conocer su título completo: *Hechos de Pablo según el apóstol*. La obra parece haber tenido como ambición narrar la vida misionera del apóstol, sin retomar sin embargo, la versión que dan los Hechos de los Apóstoles redactados por Lucas, testigo indiscutible de la vida de Pablo. Cuando se piensa en los reproches tan a menudo reiterados respecto al hombre de Tarso, no puede uno menos de admirarse al descubrir que los *Hechos de Pablo* se revelan feministas, una particularidad que, por otra parte, permitió a Tertuliano denunciar al autor: “Si hay ciertas personas que pretenden que los *Actos de Pablo* llevan este título equivocadamente, porque defiende el derecho de las mujeres a enseñar y bautizar, que sepan esto: fue un presbítero²² de Asia quien forjó esta obra como si completara la autoridad de Pablo por medio de la suya; seguro y habiendo confesado que obró así por amor a Pablo, dejó su cargo”.

La confesión del culpable no parece haber convencido a todo el mundo. Willy Rordof, reconocido especialista en los apócrifos, vuelto a contar “las alusiones frecuentes pero puntuales en los *Hechos de Pablo*, proporcionadas por muchos autores tanto del Oriente como del Occidente”. En el siglo VI, se las utiliza todavía. En el siglo X, el retórico Nicetas de Paflagonia aun hace uso de ellas. Todas estas señales nos conducen a admitir que la descripción física

²² Forma antigua de sacerdote.

de Pablo, corresponde a una imagen fuertemente implantada, en vastos territorios, en las primeras generaciones de cristianos.

No sobra aislar una frase de estos *Hechos* que completan el supuesto retrato de Pablo: “Unas veces aparecía como un hombre, otras tenía el rostro de un ángel”. Así pues, hay una movilidad de la expresión. ¿Habrá que ver en esto una prolongación del lugar común de la antigüedad que, opone fácilmente la fealdad física a la belleza del espíritu? Demasiado feo, Sócrates no dejaba de seducir por eso a los jóvenes. Un análisis conciso de los textos, debido a Jean-Robert Amory, permite enfatizar en Pablo, el papel de las manos y la fuerza de la mirada. Las manos: “El gesto del cómplice, cuando guarda los vestidos de los verdugos de Esteban; el gesto del Apóstol que agrega al final de las cartas sus ‘caracteres gruesos’²³; el gesto del mártir cuyas manos están cargadas de cadenas”. En Antioquía de Pisidia como en Jerusalén, el movimiento de sus manos trata de apaciguar la hostilidad de la muchedumbre. ¿La mirada? Lucas insiste en varias ocasiones sobre su intensidad: “El verbo empleado, *atenizein*, es un vocablo raro, casi particular de los *Hechos*; significa: ‘Fijar su mirada con insistencia’”. Es así como Pablo mirará a los miembros del sanedrín. Y a muchos otros.

Hay una pregunta que parece insólita pero se debe hacer: ¿Se casó Pablo? Sabemos ya que un joven judío era dedicado a la edad de trece años a la práctica de los mandamientos, a los quince al Talmud, mientras a las dieciocho lo esperaban *las bodas*. La tradición viene desde tiempos remotos.

Ésta no tuvo su origen solamente en razones religiosas sino en una realidad psicológica: más allá de los dieciocho años, se corría el riesgo de ver al muchacho desviarse en aventuras peligrosas. El matrimonio lo protegía. Por lo demás, la Torá invita formalmente al judío a fundar una familia. Se vería mal que Saulo se excusara. La dificultad está en que en sus cartas, no hace ninguna alusión a este matrimonio y tampoco Lucas en los Hechos de los Apóstoles. En la Primera Epístola a los Corintios, se presenta como si no tuviera necesidad de una mujer y desea –tanto peor para los casados–

que “todos los hombres sean como yo”, agregando: “Digo, pues, a los solteros y a las viudas que es bueno permanecer así, como yo”. La palabra griega *agamos*, que se traduce aquí por soltero, significa no casado, dicho de otra manera, sin cónyuge, y designa a aquellos que nunca han tenido mujer, los viudos y los esposos separados. Haga el lector el balance. Casado, ¿habrá Pablo –en una época desconocida– perdido a su mujer? Que se sepa: los historiadores y los exegetas que creen en este matrimonio son sólo una minoría pero su empeño es sólido.

Los cristianos comienzan, decididamente, a hacer demasiado ruido. La aparición de “corrientes” hizo más compleja, aun confusa, una situación hasta entonces perfectamente clara. La presencia, en el seno de la joven comunidad, de judíos venidos de la Diáspora, abiertos a amplios horizontes y políglotas, no podía menos que marcar la diferencia con los judíos autóctonos, más replegados sobre ellos mismos, que hablaban arameo en casa y que leían la Biblia en hebreo en el Templo. Cuando los primeros son denunciados por los segundos como *helenistas*, se percibe con la ironía la mezcla de la molestia. En virtud del mismo proceso, los otros escucharán llamarse *hebreos*. Fuerza y peligro de las palabras.

Del primer incidente nacido de esta situación, Lucas ha recogido el eco: “El número de discípulos aumentaba y los helenistas comenzaron a recriminar a los hebreos porque las viudas estaban olvidadas en el servicio diario”. Se trata aquí de las comidas tomadas en común, en recuerdo de aquella que Jesús había compartido con sus discípulos la víspera de su muerte.

En régimen de vida comunitaria, tal trato no puede ser considerado como algo insignificante. Los apóstoles toman el asunto en serio: no hay que aceptar que algunos puedan sentirse frustrados o humillados. Los Doce no pueden –ni quieren– desentenderse a todo momento de responsabilidades espirituales y administrativas ya pesadas. “Los Doce convocaron entonces la asamblea plenaria de los discípulos y dijeron: ‘No parece bien que nosotros abandonemos la Palabra de Dios por servir a las mesas. Por tanto, hermanos, busquen entre ustedes a siete hombres, de buena fama, llenos de Espíritu y sabiduría, y los pondremos al frente de este cargo; mientras que nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio

²³ Los “caracteres gruesos” son las líneas que Pablo traza personalmente en la parte inferior de ciertas cartas suyas dictadas a un amanuense.

de la Palabra'. Pareció bien la propuesta a toda la asamblea y escogieron a Esteban, hombre lleno de fe y de Espíritu Santo, a Felipe, a Prócoro, a Nicanor, a Timón, a Pármenas y a Nicolás, prosélito de Antioquía; los presentaron a los apóstoles y, habiendo hecho oración, les impusieron las manos"²⁴.

Imposible equivocarse en eso: estos siete hombres son de origen helénico, inclusive siendo el último un griego convertido. La buena voluntad manifestada por los Doce desemboca en una paradoja: para demostrar la igualdad entre los cristianos, se crea, en el seno de la primera Iglesia, un Estado en el Estado: toda vez que los helenistas se quejan, ¡pues que se las arreglen entre ellos! Fueres por la consagración conferida con la imposición de las manos, aquellos a quienes se llamará los *diáconos*²⁵ van, más allá del servicio de las mesas, a darse una misión potencialmente independiente. Flavio Josefo calificará a los fieles de Jesús de "secta helénica". Esteban va a hacer que se hable de él más que de los otros.

Joven, ardiente de impaciencia, radiante, sin esquivar ninguna audacia, "lleno de gracia y de poder": así se presenta ante nosotros. Quizás venga de Alejandría, ya que, por una parte, su estilo se parece al de Filón, venerado por la población judía de la enorme ciudad. La posteridad vio en él al promotor de una elección revolucionaria: la Ley judía no debe preferirse a las enseñanzas de Jesús.

En la doble fidelidad en la cual se obstinaban los cristianos hebreos, Esteban creyó ver adormecerse la herencia de Cristo. Él va a despreciar "la astucia ligada a la divulgación de la verdad". No se contenta con defender esta verdad, la divulga desde los tejados. En la casta de los carismáticos, se nos muestra obrando "prodigios y signos notables entre el pueblo".

La independencia llamativa de Esteban no tarda en inquietar a los cristianos hebreos, y mucho más a la jerarquía del Templo. La secta que proviene de un carpintero galileo no ha provocado hasta el momento sino pocos incidentes. Bastó con hacer azotar a dos agitadores para que no se volviera a escuchar hablar de nada. ¡Pero este Esteban!

²⁴ Hch 6, 2-6.

²⁵ La palabra no se encuentra en los Hechos de los Apóstoles.

Es aquí donde nos encontramos con Saulo de Tarso. Alimentado en el helenismo *pero* apegado a la Ley con todas las fibras de su cuerpo, que él se haya vuelto –con muchos otros– contra Esteban, helenista *pero* hereje, se inscribe en la lógica más perfecta.

Ya es demasiado. Se denuncia a Esteban por haber "proferido blasfemias contra este santo lugar –el Templo– y contra la Ley". Se amotina el pueblo, los ancianos, los escribas. Se apoderan de Esteban, se le lleva ante el sanedrín. En esta multitud se ha colado Saulo de Tarso.

La muchedumbre se alborota, acusa: "¡Le hemos oído pronunciar palabras blasfemas contra Moisés y contra Dios!". Desconcertado, el sumo sacerdote –¿será todavía el eterno Caifás que no dejará su sede sino en el año 36?– indaga:

–¿Es esto así?

Esteban no esquivo nada. Muy por el contrario.

–¡Hermanos y padres, escuchen! El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham cuando estaba en Mesopotamia, antes de habitar en Harán. Y él le dijo: *Deja tu país y tu familia y ve al país que te mostraré*.

Después de tal exordio, nadie puede extrañarse de que todo pase allí: Isaac, Jacob, los doce patriarcas, José en Egipto, Moisés y la hija del Faraón, la huida de Egipto, el Becerro de oro, los Diez Mandamientos, la instalación en la Tierra santa, las tribus, los reyes, David, Salomón y su Templo. ¿Cuánto dura esta letanía: dos o tres horas? Una pregunta crece a medida que el orador se expresa: ¿a dónde quiere llegar este hombre? Ya no queda más tiempo para escucharlo. Esteban presenta a Moisés como un modelo que sus hermanos judíos desconocieron:

Pensaba hacer comprender a sus hermanos que Dios, por su mano, les traía la salvación; pero ellos no lo entendieron... Ese Moisés que ellos habían rechazado con estas palabras: *¿Quién te ha establecido jefe y juez?*, es el mismo que Dios envió como jefe y libertador, por intermedio del ángel que se le apareció en la zarza. Fue él quien los hizo salir de Egipto.

Esteban insiste:

—Es él, Moisés, quien dijo a los israelitas: *¡Dios les suscitará entre sus hermanos un profeta como yo!*

Y los judíos no escucharon a Moisés, el judío más grande de la historia. Esto es tan claro como el agua de la piscina de Siloé. El profeta anunciado por Moisés ya llegó, es el Mesías; los jueces del Sanedrín lo rechazaron, él también. Cuando Esteban llegó a este punto, podemos apostar a que se hizo oír un grito de ira. Éste se renovó cuando Esteban, evocando la construcción del templo de Salomón, ve en ella un signo de la ceguera de los judíos, de su falta de reconocimiento comprobado de la voluntad divina. Dios no necesita una morada edificada por la mano del hombre. Él lo ha hecho oír por la voz de los profetas: *El cielo es mi trono y la tierra el escabel de mis pies. ¿Qué casa van a construirme?*²⁶.

Esteban ya no se controla:

—Hombres de dura cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos, ustedes resisten siempre al Espíritu Santo; son como sus padres. ¿A cuál de los profetas no han perseguido sus Padres? Hasta mataron a aquellos que anunciaron de antemano la venida del Justo, ¡aquel mismo que ahora ustedes traicionaron y asesinaron! ¡Ustedes recibieron la Ley promulgada por ángeles y no la han observado!

Fijando “su mirada en el cielo”, Esteban hace caso omiso de las injurias que llueven de todas partes:

—¡Veo los cielos abiertos y al Hijo del Hombre de pie a la derecha de Dios!

Entre aquellos que Lucas señala “rechinando los dientes”, en medio del delirio del odio que recusa la imagen de Jesús “de pie a la derecha de Dios”, ¿qué hace Saulo de Tarso? Jamás habría él imaginado que alguien osara llegar hasta semejante blasfemia. La grandeza de Dios es hasta tal punto inconmensurable que un judío no tiene ni siquiera el derecho de escribir su nombre. Para alejar todo deseo, aun inconsciente, de articularlo, se le designa por medio de consonantes impronunciabiles. La idea insoportable de este

carpintero elevado a la diestra del Todopoderoso hiela la sangre del tarsense.

Cuando se les llevó a este muy famoso Esteban, los miembros del Sanedrín pensaron que lo debían juzgar. Y he aquí que, ante sus propios ojos, ¡se lanzan contra él, se apoderan de él, lo arrastran a la fuerza! “Lo sacaron de la ciudad y lo lapidaron”²⁷.

El quinto Libro del Pentateuco prescribe: “Si se encuentra en medio de ti, en alguna de las ciudades que te da el Señor tu Dios, un hombre o una mujer que hace lo que es malo a los ojos del Señor tu Dios, transgrediendo su alianza, y que se va a servir a otros dioses y se prosterna delante de ellos, delante del sol, la luna o todo el ejército de los cielos, lo que yo no he ordenado, si te comunican esta información o la escuchas decir, harás indagaciones profundas; una vez establecido el hecho, verdaderamente, de que esta abominación ha sido cometida en Israel, llevarás a las puertas de la ciudad al hombre o mujer que haya cometido esta maldad, los lapidarás y morirán”.

Las indagaciones prescritas no se llevaron a cabo. El *hecho* está comprobado. Saulo de Tarso seguirá a los ejecutores hasta la muerte de Esteban.

²⁶ Is 66, 1-2.

²⁷ Los extractos del discurso de Esteban son tomados de Hch 7, 2-58.

CAPÍTULO III

El camino de Damasco

En las calles de Jerusalén, hay gentes que huyen, otros que las persiguen, las capturan. Se mezclan las imprecaciones con las injurias, las amenazas, los gritos de terror o de dolor. Se trata de una cacería a los cristianos. Hacia la prisión se empuja la pieza de caza. No se perdona ningún barrio. Este movimiento popular de judíos contra judíos ha durado mucho tiempo, tanto de día como de noche. Todos los detalles se deducen de los propios escritos del instigador.

Se le ve correr por toda la ciudad. Su furia causa temor. Él estimula, arrastra, paga de su propio bolsillo. A quines deseen saber quién es este joven desconocido –de unos veinticinco años–, la respuesta no se hace esperar: es un tarsense, su nombre es Saulo.

Allí está, efectivamente. La cólera que le ha provocado el discurso de Esteban no se ha calmado, muy por el contrario. A la aprobación que con su presencia ha dado a la lapidación, ha sucedido un odio sin moderación. Estos cristianos que han pasado tanto tiempo desapercibidos, se han convertido en enemigos que hay que combatir. En una carta que escribirá, veinte años más tarde, a una comunidad cristiana de Anatolia central, expresará: “Ustedes ciertamente han oído hablar de mi comportamiento de antaño en el judaísmo: con qué frenesí perseguí a la Iglesia de Dios”¹. Según el Diccionario de la Academia francesa, la palabra *frenesí* significa: “Pasión llevada a una violencia extrema y que limita con la locura”².

¹ Ga 1, 13.

² Novena edición.

La persecución comenzó el mismo día de la lapidación de Esteban: “En aquel día estalló una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén”³. De ésta conservará Pablo la obsesión, durante toda la vida. Volverá a ella en cinco ocasiones en sus cartas: tres veces en la que se dirige a los Gálatas, una vez en la Primera Epístola a los Corintios y una más en la Epístola a los Filipenses. Las palabras empleadas no sólo definen una violencia verbal, sino, sin ambigüedad alguna, física. Es preciso interrogar a Lucas, el gran testigo: Pablo hizo arrestar, o él mismo arrestó, a hombres y mujeres, y los desgraciados, puestos en prisión, fueron “un gran número”.

A través de Lucas sabemos que Pablo multiplicaba las operaciones mientras el sumo sacerdote “las promovía”⁴. Lucas describe a Pablo “excesivamente loco de cólera” y “respirando siempre amenazas y muerte contra los discípulos del Señor”⁵.

A Lucas, igualmente, debemos la confirmación de la palabra *asesinato* pronunciada por Pablo en un discurso al pueblo de Jerusalén: “Yo era un partidario feroz de Dios, como ustedes lo son hoy y, perseguí a muerte a este Camino [los cristianos], hice encadenar y echar en prisión a hombres y mujeres”⁶.

¿A muerte?

En su carta a los Gálatas, Pablo no oculta de ninguna manera que él quería *destruir* la Iglesia de Dios, dicho de otra manera, a los cristianos⁷. “Yo, que era antes blasfemo, perseguidor y violento...”⁸, escribirá. Imposible desde entonces, rechazar la imagen de un Saulo incapaz de dominarse, sembrando el terror en las callejuelas de Jerusalén y hasta en las sinagogas.

Que se haya entonces aplicado a estos cristianos los treinta y nueve azotes –el *makkot arbaim*–, cuyo uso figura explícitamente en el “derecho a castigar” de las sinagogas, se convierte en una lógica amarga.

³ Hch 8, 1.

⁴ Hch 6, 1.

⁵ Hch 9, 1.

⁶ Hch 22, 4.

⁷ Ga 1, 13.

⁸ 1Tm 1, 13.

Tal encarnizamiento por parte de un futuro santo ha parecido tan extraño que algunos se han preguntado si él no ocultaba “un malestar antiguo” en el ejercicio de su religión. Dicho de otro modo, Pablo ya se habría alejado del judaísmo. Absurdo. Llegado de Tarso a Jerusalén para comprender mejor su religión y enseñarla sin duda algún día, las lecciones recibidas de Gamaliel le permitieron alcanzar su meta. Después del asunto de Esteban, Saulo se autoproclamará el “guardián de la tradición”. Esto quiere decir judaísmo y no otra cosa.

Una pregunta viene irresistiblemente al pensamiento: estos cristianos que Pablo arrestó, ¿los maltrató, torturó, los condujo aun a la muerte, sin escucharlos? Es imposible que estas personas no hayan tratado de explicarse, intentado hacerle comprender el sentido de la fe que él les negaba. ¿Su corazón se había endurecido tanto que permanecía insensible a las quejas de un hombre, a las lágrimas de una mujer? Tanto como él, estos cristianos apelan a la Ley judía, repiten que el judío Jesús había sido anunciado por los Profetas, que él no vino a la tierra sino a rescatar los pecados de los hombres, hacer reinar la paz entre ellos, y sembrar el amor en el horizonte de todas las naciones. ¿No lograron a la larga traspasar su coraza? Antes de vivir el acontecimiento principal de toda esta historia, el interrogante debe permanecer presente en nuestra mente.

Mientras unos “hombres piadosos” sepultan sin ruido los despojos de Esteban, los cristianos de Jerusalén, aun perdonados, tratan como pueden de escapar a la persecución. Las autoridades judías no han pensado todavía en hacer custodiar las puertas de la ciudad: precipitándose a las afueras, los cristianos se dispersan a través de Judea e inclusive Samaria. Tendrían que estar muy aterrizados para haberse introducido en una provincia que era objeto de una gran repulsión para los judíos. ¿No juraban los rabinos, que el agua de este país era “más impura que la sangre de un cerdo?”. El Evangelio conserva la huella de este odio cuando evoca el escándalo suscitado por la conversación inesperada, cerca de un pozo, de Jesús con una samaritana.

Los cristianos que se habían protegido “iban de lugar en lugar, anunciando la buena nueva de la Palabra”⁹. El caso del helenista Felipe, uno de los Siete, es conmovedor. Apenas llega a Samaria, se dedica a “proclamar a Cristo”. Muy pronto la región entera comenta los milagros que él ha llevado a cabo, de los cuales los Hechos fijan los límites: “espíritus impuros” que salen de los cuerpos de aquellos que sufren, enfermos que recuperan la movilidad. “Hubo una gran alegría en la ciudad”¹⁰.

El rumor llega a Jerusalén donde los apóstoles han querido permanecer. Evidentemente, ellos rehúsan un abandono que podría poner en peligro el edificio –todavía tan frágil– nacido de la palabra de Jesús. Además, el Sanedrín no los ha molestado aún: en ningún momento ellos se han mostrado partidarios de Esteban y su presencia constante en el Templo confirma su adhesión a la fe hebrea.

Cuando son comentados a Pedro y a Juan los éxitos de Felipe, comprenden que su “hermano” necesita refuerzo. Dejando la Iglesia de Jerusalén en manos de los demás apóstoles, los dos hombres deciden acompañarlo.

Ante las súplicas de los samaritanos que les piden se les permita acceder al bautismo, los apóstoles se ven expuestos a un dilema: el primero de todos los que les espera. Los samaritanos son judíos separados de la fe oficial. Pedro y Juan deben considerarlos, no solamente impuros, sino herejes. ¿Tienen ellos derecho de romper con la condenación pronunciada antaño en su contra? Parece que no dudaron: “Les impusieron las manos y los samaritanos recibieron el Espíritu Santo”¹¹.

“Rebosando furor contra ellos, los perseguía hasta en las ciudades extranjeras”¹².

En sus cartas, Pablo habla dos veces de Damasco, ciudad ilustre: al principio de la Epístola a los Gálatas y al final de la Segun-

da Epístola a los Corintios. Lo que sabemos es que una comunidad cristiana –todavía frágil– se encuentra establecida allí. La fe en Cristo se ha esparcido relativamente pronto en Siria. El nuevo culto ha debido reclutar entre los numerosos judíos establecidos desde mucho tiempo atrás en la ciudad: desde el siglo IX a.C., se encuentra allí un bazar judío. Flavio Josefo afirma que Damasco cuenta, a principios del siglo I, con cincuenta mil judíos. Lo cual es mucho.

En el momento en el cual Saulo decide ir allá, la pequeña comunidad cristiana está compuesta –uno se imagina– sobre todo de helenistas convertidos por los allegados de Esteban¹³. Encerrado en su odio, ¿habrá ido Saulo a pedir a Caifás “cartas para las sinagogas de Damasco”, declarando que “si él encontraba allí adeptos del camino”¹⁴, hombres o mujeres, él los traería, encadenados, a Jerusalén”? Sin razón Lucas así lo creyó: el Sanedrín no ejercía ni la más mínima autoridad sobre las sinagogas de Damasco. Cuando más, se puede admitir que Saulo se haya provisto de un aviso destinado a advertir a los judíos de Siria del peligro que representaban estos rebeldes.

El verano calcina la escasa hierba. Bajo un sol despiadado, he aquí de nuevo al hijo de Tarso en camino. Aunque la región es provincia romana desde hace setenta años, no es segura. Los reyes herodianos y nabateos, en conflicto sin cesar, impiden a Roma hacer reinar allí una seguridad que sea digna de su gloria. En la búsqueda por controlar todo el tráfico de las caravanas entre Arabia y la costa siria, los nabateos señalan con frecuencia puntos, siendo el principal la ocupación de las montañas que dominan a Damasco: excelente base de partida para emprender incursiones o ataques a la ciudad. Después de los años 30, la guerra se eterniza en el país. Desde el año 33 ó 34, Damasco rehúsa la autoridad de Roma.

Para atravesar una región llena de guerrilla, Saulo tiene que viajar necesariamente en grupo. Las caravanas son numerosas; él se ha unido a una de ellas. De Jerusalén a Damasco se cuentan unos doscientos ochenta kilómetros. Yendo rápidamente –y se camina

⁹ Hch 8, 4.

¹⁰ Hch 8, 5-8. Se trata, sin duda, de la ciudad de Sebasta, construida por Herodes el Grande.

¹¹ Hch 8, 17.

¹² Hch 26, 10-11.

¹³ QUESNEL, Michel.

¹⁴ El término “camino” designa, en el caso presente, los miembros de la comunidad de fieles de Cristo.

con rapidez–, levantándose temprano –y se levanta temprano–, un viaje así requiere de siete a ocho días. Las caravanas se cruzan muy de cerca remontando el valle del Jordán.

Ante los ojos de Saulo, el lago de Galilea despliega todo su esplendor. El tarsiense pasa por Tiberíades y Cafarnaún, sin sospechar nada de aquel que, pocos años antes, propuso allí a muchedumbres admiradas, palabras imperecederas. Trepa las pendientes del Golán y, a 700 metros de altura, avanza sobre una estepa guijarrosa. Casi siempre sopla allí un viento áspero que –única ventaja–modera un poco el ardor del sol.

A la izquierda de las caravanas, se despliega la enorme barrera del Anti-Líbano. Visible desde todas partes con sus 2.814 metros y su cima nevada –aun en verano–, se reconoce al Hermón, montaña sagrada.

La meta ya no está lejos. Parece que el paisaje se invierte. Platanales desarrollados, palmas ruidosas, fuerte olor a rosas y jazmines, vergeles por entre los cuales corre el agua de los canales de irrigación: todo lo que necesita un viajero saturado de aridez. Damasco está cerca.

De repente, lo indecible. Una luz violenta envuelve a Saulo. Se le ve titubear luego cae derribado en el polvo del camino. Corren hacia él, lo rodean. Lentamente abre los ojos pero éstos solo encuentran la noche. Saulo está ciego.

Olvidémonos de Rubens, Caravaggio, Miguel Ángel, quienes lo muestran cayendo del caballo: no siendo oficial romano ni de la corte del reyezuelo Herodes Antipas, sólo puede andar a pie.

Ante la realidad de lo que le acaba de ocurrir, él mismo se expresó en varias ocasiones en términos de los cuales hay que meditar cada palabra. Ninguna ambigüedad ante sus ojos: encontró a Jesús. A los Gálatas: “Mas, cuando Aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo, para que le anunciase ante los gentiles...”¹⁵. A los

Corintios: “¿No vi a Jesús, nuestro Señor?”¹⁶. A estos mismos: “En último lugar, *también se apareció a mí*”¹⁷.

Lo que le ha sido entregado es tan preciso que su recuerdo estará por siempre grabado en su memoria. El encuentro le permanecerá tan palpable que él lo asemejará a aquel con el cual los Doce fueron favorecidos después de la resurrección de Jesús. Al desear, más tarde, que se le considerara lo mismo que a Pedro, Juan, Andrés, Mateo, Tomás, Bartolomé y los otros, él se autodenominará como apóstol, palabra que quiere decir “enviado”: audacia que le parece bien. No obstante, la función de los Doce ha sido definida el día en que se reemplazó a Judas: los apóstoles debían poder dar testimonio de que Jesús resucitado era, “en su cuerpo y en su persona”, el mismo “con el cual ellos habían vivido”. Abramos el Apocalipsis: el cristianismo “reposa sobre doce asientos que llevan cada una el nombre de cada uno de los doce apóstoles del Cordero”. Nadie previó un décimo tercero. Se observará que no sólo una vez, en los Hechos, Lucas no da a Pablo la calidad de apóstol. Lo cual no impide a Pablo, en las direcciones de sus cartas, de volver sin cesar sobre ese “título”. A los Romanos: “servidor de Jesucristo, llamado a ser apóstol... Jesucristo nuestro Señor, de quien hemos recibido la gracia de ser apóstol”¹⁸. A los Corintios: “llamado a ser apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios”¹⁹. A los Gálatas: “un apóstol, no por parte de los hombres, ni por un hombre, sino por Jesucristo y Dios el Padre”²⁰.

Él lo dice –y lo repetirá– que su vocación nació en este lugar: “Si alguno está en Cristo, es una nueva criatura. El mundo antiguo pasó, una nueva realidad está ahí”²¹.

Sobre las circunstancias del encuentro, Saulo no aporta ninguna precisión, ningún detalle que pueda relacionarse con el de la anécdota. Nada saldrá de sus labios que sea indigno de tal privile-

¹⁵ Ga 1, 15-16.

¹⁶ ICo 9, 1.

¹⁷ ICo 15, 8.

¹⁸ Rom 1, 1. 4.

¹⁹ ICo, 1, 1.

²⁰ Ga 1, 1.

²¹ 2Co 5, 17.

gio. Lucas se cuidará –una oportunidad para el biógrafo– de seguir el ejemplo de su maestro. Los Hechos no pueden casi ponerse en duda ya que vuelven, en tres ocasiones, sobre el camino de Damasco y Lucas modifica cada vez su relato. Si se tratara de un documento formado con todas las piezas por razones apologeticas, se hubiera ingeniado en producir tres versiones idénticas.

Comparemos estas versiones. La primera se inscribe en su lugar en el relato de la vida de Pablo recogido por Lucas: “Sucedió que, yendo de camino, cuando estaba cerca de Damasco, de repente le rodeó una luz venida del cielo, cayó en tierra y oyó una voz que le decía: ‘Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?’. Él respondió: ‘¿Quién eres, Señor?’. Y él: ‘Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer’. Los hombres que iban con él se habían detenido mudos de espanto; oían la voz pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Le llevaron de la mano y le hicieron entrar en Damasco”²².

El segundo relato es sacado de un discurso pronunciado por Pablo, en el año 58, ante el pueblo de Jerusalén que le era hostil: “Pero yendo de camino, estando ya cerca de Damasco, hacia el mediodía, me envolvió de repente una gran luz venida del cielo; caí al suelo y oí una voz que me decía: ‘Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?’. Yo respondí: ‘¿Quién eres, Señor?’. Y él a mí: ‘Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues’. Los que estaban conmigo vieron la luz, pero no oyeron la voz del que me hablaba. Yo dije: ‘¿Qué he de hacer, Señor?’. Y el Señor me respondió: ‘Levántate y vete a Damasco; allí se te dirá todo lo que está establecido que hagas’. Como yo no veía, a causa del resplandor de aquella luz, conducido de la mano por mis compañeros llegué a Damasco”²³.

La tercera versión recoge las palabras dirigidas por Pablo, en Cesarea Marítima, en el palacio del gobernador romano Festo, al rey Agripa. Ya no habla a judíos en el colmo de la excitación, sino a un personaje importante: “Y al mediodía, yendo de camino vi, oh

rey, una luz venida del cielo, más resplandeciente que el sol, que me envolvió a mí y a mis compañeros en su resplandor. Caímos todos a tierra y yo oí una voz que me decía: ‘Saulo, Saulo. ¿por qué me persigues? Te es duro dar coces contra el aguijón’. Yo respondí: ‘¿Quién eres, Señor?’. Y me dijo el Señor: ‘Yo soy Jesús a quien tú persigues’”²⁴.

Comprobemos: en el primer texto, una luz envuelve a Saulo y él oye una voz; sus compañeros oyen la voz sin ver nada. En el segundo, él oye la voz, los compañeros perciben la luz pero no oyen la voz. En el tercero, él sólo escucha la voz y sus compañeros sólo ven la luz.

Estas variaciones podrían inquietar. Examinándolas de cerca, uno se da cuenta de que como todo un dialoguista consumado –que lo es– Lucas hace hablar a Pablo. Los malos autores dramáticos atribuyen un mismo lenguaje a todos sus personajes: el suyo propio. Los demás diversifican el estilo, el sentido y el tono según cada papel. Lucas se encarga, pues, de la primera versión de la cual él es el narrador. En las otras dos, hace hablar a su héroe de la mejor manera como para que pueda convencer a auditorios diferentes: la multitud en Jerusalén, el rey Agripa en Cesarea.

Lo importante es referirse al mismo Pablo: Jesús se le apareció. Creo útil citar de nuevo el texto del tarsense puesto como exergo de este libro: “Enseguida él [Jesús] apareció a más de quinientos hermanos a la vez; la mayoría vive aún y algunos han muerto. Luego se apareció a Santiago, después a todos los apóstoles. En último lugar, también se me apareció, a mí, el abortivo”.

Uno de los comentadores más avisados de Pablo, Jürgen Becker²⁵, llega hasta considerar que, de la sola aparición de Jesús – así hubiese sido muda–, Pablo pudo deducir “el sentido del envío y de la misión” que le fueron confiados. ¡Toda una teología! Que esto haya suscitado reservas y aun dudas, no es de extrañar. Una vez más el Encuentro pertenece a lo irracional, la explicación positiva ya no es necesaria. Los racionalistas refutan tal razonamiento. Desde hace dos mil años, los cristianos lo aceptan.

²² Hch 9, 3-8.

²³ Hch 22, 6-11.

²⁴ Hch 26, 13-15.

²⁵ Profesor de exégesis del Nuevo Testamento en Kiel.

Para descubrir “el sentido del envío y de la misión”, se impone el escrutinio de los textos. Ante todo lo esencial: “Yo les he transmitido, en primer lugar, escribe Pablo a los corintios, lo que yo mismo recibí, a saber: Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras. Fue sepultado, resucitó al tercer día, según las mismas Escrituras. Se apareció a Cefas [Pedro], luego a los Doce”²⁶.

Estas pocas líneas que leemos –de las cuales conocemos el contenido– sin la menor sorpresa, son de una importancia capital, aun diría, desmedida. Ellas son, nada menos, que *el testimonio más antiguo de la Resurrección de Jesús*. La Epístola a los Corintios, de la cual es extraído el pasaje que acabamos de leer, fue redactada entre los años 55 y 57. El Evangelio de Marcos –el primero de los cuatro– habrá sido escrito, por temprano, entre el 65 y el 70. El texto volverá a tomar fielmente el esquema trazado por Pablo. Hacia el 80, Mateo y Lucas harán lo mismo. ¿Es acaso útil subrayar el significado de esta simple comprobación? Ésta hace de Pablo la primera fuente escrita del cristianismo.

A los Gálatas él les recuerda: “Este Evangelio que yo les he anunciado no es de hombre; y, además, no fue por un hombre por quien me fue transmitido o enseñado, sino por una revelación de Jesucristo”²⁷. Ninguna ambigüedad: lo que él enseña viene del encuentro. Por intermedio de Lucas, él llega a precisar las palabras que oyó: “He aquí por qué me he aparecido a ti: para constituirte servidor y testigo tanto de las cosas que de mí has visto como de las que te manifestaré. Yo te libraré de tu pueblo y de los gentiles, a los cuales yo te envío, para que les abras los ojos; para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios; y para que reciban el perdón de los pecados y una parte en la herencia entre los santificados, mediante la fe en mí”²⁸.

Es verdad que la Epístola a los Gálatas es muy posterior a la visión de Damasco, pero la alusión a la misión universal de Pablo fascina.

¿Se le condujo “de la mano”, verdaderamente, como lo afirma Lucas, hasta Damasco? Al sufrir una ceguera repentina y ante la incapacidad de disponer de alguna señal, expuesto –aun si se le sostenía– a tropezar con las piedras del camino a cada instante, se puede creer que él debió ser subido a una de las monturas que no debían faltar en la caravana.

Es así como se puede ver a Saulo de Tarso entrar a Damasco: sacudido por el animal, sumergido en una inconsciencia colmada de reminiscencias, atormentado por una angustia tanto más terrible cuanto, en su segundo estado, no tiene fuerzas para combatirla.

Al surgir del desierto sirio, entre los últimos contrafuertes del Anti-Líbano y el macizo del djebel Druzo, Damasco se impone –ayer lo mismo que hoy– como una de las ciudades más atrayentes del Oriente. Los nombres con los cuales se la ha adornado reflejan los sueños que ella ha suscitado: “grano de belleza del mundo”, “cáliz en medio de las flores”, “halo de luna sobre la tierra”. Hasta el fondo del Occidente, los damascos, los corsés de Damasco, las espadas damasquinas, las armaduras damasquinas se han vuelto legendarios.

Los viajeros están encantados de descubrir allí “una isla de verdor”. Aun antes de entrar en la ciudad, albaricoques y viñas se alternan hasta donde se pierde la vista. Una vez se pasa por las murallas, la frescura de los jardines que irrigan las aguas del Barada se extiende hasta las terrazas de las casas.

En el cuarto milenio antes de nuestra era, el sitio ya estaba habitado por el hombre. Tabletillas provenientes de Egipto y de Mari, mencionan la existencia de una civilización en el siglo XI a.C. Una inscripción del templo de Karnak cita a Damasco en el número de ciudades conquistadas por Tutmosis III. Convertida en capital de la poderosa monarquía aramea, la ciudad fue anexada por el rey David, helenizada por Alejandro Magno, conquistada en el año 65 a.C. por Pompeyo, quien hizo de ella la residencia del legado de Siria.

Yo atravesé esta puerta de Oriente por la cual Saulo entró –hoy la Bab Sharqui–: una torre voluminosa, sin decoración, con tres aberturas. Me encaminé por una larga vía rectilínea, la cual, desde hace veinte siglos, se introduce en la ciudad. Lucas recordó su existencia: “Había en Damasco un discípulo llamado Ananías. El

²⁶ 1Cor 15, 3-5.

²⁷ Ga 1, 11-12.

²⁸ Hch 26, 16-18.

Señor le dijo en una visión: 'Ananías'. Él respondió: 'Aquí estoy, Señor'. Y el Señor: 'Levántate y vete a la calle Recta y pregunta en casa de Judas por uno de Tarso llamado Saulo'²⁹.

Con una longitud de unos dos kilómetros y treinta metros de anchura, esta *calle Recta* de los romanos conducía a un templo. La rodeaban pórticos que se apoyaban sobre columnas con capiteles corintios. Hoy es irreconocible: las tiendas han usurpado la alineación y han reducido grandemente la anchura original. Se vende de todo: tapices, tejidos, joyas, bandejas de cobre, armas blancas. Hay una mezcla de ruidos, olores, el encanto de las antiguas calles árabes.

Es inútil tratar de encontrar allí algún recuerdo concreto de Saulo. La calle Derecha subsiste pero la casa del judío Judas ha desaparecido. Sin embargo, a trescientos metros de allí, se muestra la "casa de Ananías", o mejor, el santuario construido en los siglos V o VI por los Bizantinos. Luego de varias reconstrucciones y restauraciones –la última en 1973–, la presencia de Pablo queda reducida a la nostalgia.

En casa de Judas, Saulo se quedará tres días. Nada de comida, nada de bebida. Sin que la mínima luz llegue a sus ojos muertos.

Quizás en la historia del mundo, no exista un episodio que haya provocado tantos comentarios, tantas interpretaciones diferentes o contradictorias. Algunos, además, se contentan con denominarlo pura y simplemente como el *Acontecimiento*³⁰.

¿Se tendrá la audacia de querer sugerir las angustias por las que el hombre de Tarso pasó durante estos tres días? Una comparación –temeraria– me viene a la mente: el combate de Jacob y el Ángel.

Tratemos, como si fuera un informe policíaco, de yuxtaponer las noticias que poseemos de Saulo el día del Acontecimiento: 1°. *Edad: unos 26 años; 2°. Estructura pequeña, de apariencia enclenque. No goza tampoco de una fuerza física cierta; 3°. Nacido judío en el extranjero, proclama su pertenencia al pueblo hebreo; 4°. Fariseo de estricta observancia. 5°. Ha adquirido con un profesor eminente un conocimiento excepcional de la Biblia y de la Ley; 6°. Lenguas: grie-*

go, hebreo, arameo; 7°. Se ignora si es casado o si lo ha sido; 8°. Desde hace algunos meses manifiesta sentimientos violentos y presenta, respecto a los cristianos, un sectarismo inclemente; 7°. En el momento del Acontecimiento, sigue poseído de este odio.

¿Es lógico que una visión –así hubiese sido desmesurada–, o una voz –aunque fuese sobrenatural–, puedan conducir a un cambio radical que se va a comprobar en Saulo? Según el exegeta modernista Alfred Loisy, "el sistema nervioso de Pablo era eminentemente excitable y sobreexcitado", lo cual demuestra la persecución que acababa de presidir en Jerusalén. Esta primera visión –habrá otras– "se produjo en un organismo bien preparado para experimentarla o más bien para producirla". Alfred Loisy explica: "Después de haber colmado su imaginación con este Mesías que él no quería, tuvo un buen día la impresión de estar delante del Jesús que él perseguía; lo vio, pensó verlo como sus fieles decían, que él estaba en su gloria, y como varios de ellos lo habían visto; se apoderó de él la idea de que Jesús era verdaderamente el Cristo, y se volvió creyente". Lo que se puede objetar al autor –lo cual se hizo cuando vivía–, es que Saulo no podía ser llenado de la persona de Jesús ya que él apenas lo conocía.

Hagamos un gran desvío y pasemos a Daniel Rops: "Ahí está el hecho, irrecusable, como lo será para san Francisco de Asís y para Juana de Arco: no fue en el limbo de una conciencia más o menos perturbada por la demencia, donde resonó el llamamiento que debía arrancar a Saulo de sí mismo; fue en la realidad misma de las cosas de la tierra, en un camino de Asia, bajo el duro sol de un día de julio".

De los contactos que Saulo pudo tener en Jerusalén con los cristianos que perseguía, Jürgen Becker saca la siguiente hipótesis: "Las discusiones que Pablo tenía con ellos le permitieron conocer su doctrina y su nota cristológica. Pero he aquí que este Jesús se le aparece resucitado. Desde entonces, las cosas se volvieron claras para él; no era Pablo quien debía cambiar a los cristianos en nombre de la Ley o perseguirlos, sino que le correspondía a él comprender a Dios de una manera nueva, al revés de su apego a la Ley. Era él quien tenía que cambiar, ya que este Jesús, sobre el cual los cristianos se basaban para justificar sus transgresiones a la Ley, es-

²⁹ Hch 9, 10-11.

³⁰ BEN-CHORIN, Schalom.

taba vivo”. Vivo puesto que se le había aparecido: “Fue así como él se sintió enviado como apóstol para obrar en las naciones sin tener en cuenta la Ley”.

El razonamiento de Jüngen Becker va más lejos: “Si el Dios que resucita los muertos lo ha [a Jesús] elevado al lado de él, entonces el Dios de los padres y el Dios de la Ley se ha vuelto *el Padre de Jesucristo*”.

Recordemos que, en el Antiguo Testamento, Dios habla casi continuamente a los hombres. Ordena a Noé construir un arca. En tiempos de Abrahán llega hasta descender sobre la tierra –acompañado, es cierto, de dos ángeles– para anunciar a Sara que va a dar a luz; la hace reír y se molesta con esta risa. En la cima del Sinaí, entrega a Moisés las Tablas de la Ley. Los Profetas recogen su palabra. Lejos de admirarse, los lectores de la Biblia –es decir, todos los judíos– juzgan que estas intrusiones son perfectamente naturales. El escritor alemán Leo Baeck, judío, se ha preguntado si la primera impregnación de Saulo no fue el motor de su metamorfosis. Para un judío como él, “una visión tenía forzosamente el significado de un llamamiento, llamado a comprometerse en una nueva vía. En adelante no tenía derecho a quedarse en el antiguo camino. Si un griego hubiese conocido semejante visión, habría reaccionado con la reflexión, con la meditación sobre ese asunto, hablando o escribiendo sobre el tema. Jamás habría escuchado el mandamiento judaico: parte, debes ponerte en camino. Los griegos no tenían un Dios único con todos los derechos sobre ellos y con el poder de hacer de ellos sus mensajeros. Solamente el judío ha tenido siempre conciencia de que una revelación implica una misión, de modo que la disponibilidad inmediata de seguir el camino prescrito es el primer testimonio de la fe. Pablo sabía ya que la función apostólica le era asignada en nombre del Mesías.

Esto puede explicar muchas cosas. No todas.

El excelente Ananías pertenece a la abundante comunidad judía de Damasco y sin duda se convirtió poco después al cristianismo. Antes de obedecer al Señor que le ordena ir a devolverle la vista a Saulo, él respingó:

–Señor, he oído a muchas gentes hablar de este hombre y contar todo el mal que él ha hecho a tus santos en Jerusalén!

Réplica sin vuelta de hoja del Señor:

–Ve, porque este hombre es un instrumento que he elegido.

Ananías no piensa seguir discutiendo y corre a casa de Judas. Encuentra a Saulo orando.

–Saulo, hermano mío, le dice, el Señor me envía, este Jesús que se te ha aparecido en el camino que seguías, a fin de que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo³¹.

Le impone las manos y, al momento, unas membranas³² se desprenden de los ojos del ciego. Saulo pasa en un momento, de la noche en la que tenía a Jesús, a la luz de su fe en Él. El episodio se integra, con detalles siempre idénticos, en la primera tradición cristiana. Retomemos la lectura de Lucas: “Recobró la vista y luego recibió el bautismo”. Pablo confirma haber recibido este bautismo: “Todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu y en un solo cuerpo, judíos o griegos, esclavos u hombres libres, y todos hemos bebido de un solo Espíritu”³³. Y luego: “¿Ignoran ustedes que todos nosotros, bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte?”³⁴.

El agua del bautismo no se ha secado todavía y Pablo tiene hambre. “Después, dice Lucas, cuando se alimentó, recobró la fuerza”.

Nadie puede aventurarse a querer explicar cómo el Acontecimiento se “decantó” en Saulo; cómo, poco a poco, él explicitó el mensaje de éste. No conoce Damasco, ciudad imponente, superpoblada, que no se parece en nada a Jerusalén, en su arquitectura, sus costumbres, su lengua. No interesa qué individuo se encuentre allí desorientado. ¿Qué puede pasar con alguien que sale cautivo de un tumulto de ideas y de impresiones que lo agreden sin tregua?

³¹ Hch 9, 13-17.

³² Otras traducciones proponen “escamas”.

³³ 1Co 12, 13.

³⁴ Rm 6, 3.

Algunos objetan que se trate de san Pablo y que tal angustia se le debía haber evitado. Proclamada en el año 258, la santidad no indica de ninguna manera que el encuentro con Jesús haya hecho salir a Saulo de su condición de hombre³⁵. Los razonamientos dignos de un filósofo griego de los que abundan sus cartas, sus entusiasmos, sus amarguras, sus cóleras, sus esperanzas, sus dudas, nos lo hacen infinitamente cercano. Que Pablo se haya sentido guiado por una fuerza superior, es algo que difícilmente se puede contradecir, pero, en la historia de las religiones, es el caso de muchos otros. La simple razón ordena aquí –y ordenará– al historiador, que investigue cómo *el hombre* Pablo reaccionó en esto como en todas las cosas.

Apenas bautizado, Pablo busca la puerta de una sinagoga: Lucas lo muestra así. Precipitarse hacia uno de los templos de su fe judía es apenas lógico. Frente a una gran desgracia, un peligro amenazante, una interrogante obsesiva, ¿qué creyente –aun tibio– no se ha sentido llevado a entrar a un lugar de culto para orar allí?

Lucas quiere creer que Saulo proclamaba en las sinagogas “que Jesús era el Hijo de Dios”³⁶. ¿Verdaderamente? Los Hechos, es cierto, describen el estupor de los oyentes que reconocen en este predicador inesperado al perseguidor número uno de los cristianos de Jerusalén. “Pero Saulo se afirmaba más y más y confundía a los habitantes judíos de Damasco probándoles que Jesús era ciertamente el Mesías”³⁷. Tanto mejor para ellos y mejor para él.

La Academia francesa enumera cinco sentidos de la palabra confundir. Nos detenemos en el tercero: “desconcertar, turbar, colmar de estupor o de confusión”. Es así, precisamente, como vemos a los judíos de Damasco. El propósito de Saulo los dejó confundidos.

Hago la pregunta al lector: ¿cómo nos hubiéramos conducido, usted y yo, si semejante suerte nos hubiera llegado? Apuesto a que nos habríamos precipitado hacia Jerusalén para reconocer nuestro error y proclamar la luz en la cual acabábamos de ser bañados. Nos

³⁵ Desde el año 258, san Pablo es festejado el 29 de junio, al mismo tiempo que san Pedro.

³⁶ *Hch* 9, 20.

³⁷ *Hch* 9, 22.

hubiéramos preocupado de informar a los perseguidores, quienes, en nuestro nombre, se obstinaban en perseguir con ahínco a los desafortunados. Habríamos hecho abrir las prisiones en las cuales éstos se lamentaban. Habríamos, con toda humildad, buscado la información sobre este Jesús que nos acababa de favorecer con don tan inaudito. Los hombres que habían escoltado al Nazareno desde los primeros días de su vida pública, vivían en Jerusalén. Les habríamos suplicado contarnos todo lo que sabían.

Saulo no lleva a cabo nada semejante. Sin dar aviso a nadie, desaparece de Damasco. *Exit* Saulo. Tal comportamiento parece una deserción. ¿Habría sentido miedo? Sería algo lógico: en Jerusalén, acababa de suscitar ¡muchos sufrimientos y mucho odio! ¿O sería que ya no soportaba el peso gigantesco que lo abrumaba de repente? En el monte de los Olivos, Jesús mismo ha suplicado a su Padre que le evitara la agonía que le esperaba. Lo mismo que nosotros, los primeros cristianos no comprendieron esta huida. ¿La prueba? Los Hechos de los Apóstoles guardan un silencio absoluto sobre la estadía de Saulo en Arabia. Por un giro de pasapasa, tanto más asombroso cuanto que sólo puede ser deliberado, Lucas quiere ignorar el exilio en Arabia y, las dos permanencias en Damasco, él las vuelve una. Después de “un tiempo bastante largo”, él muestra a Saulo ¡yendo a Jerusalén a visitar a Cefas (Pedro) y a Santiago, “el hermano” del Señor!

En una perspectiva única, nuestro estupor podría esfumarse, aun anularse: en efecto, ¿qué necesidad tenía este Saulo, impregnado para siempre de una presencia *incommensurable*, de correr a Jerusalén para buscar conocer lo que él estaba ya seguro de saber para siempre? “Que Pablo no haya ido a Jerusalén, dice Dieter Hildebrandt, es y no cesa de ser la señal de que él *lo supo todo de una vez*”.

¿Puede uno, basado en la relación entre Dios y los hombres, aprenderlo todo en “el espacio de una voltereta”, como diría André Frossard? Si se tiene fe, sí.

Antes de su partida, Saulo no pidió, pues, consejo a nadie. No sólo no lo oculta sino que lo reivindica. Sin este orgullo grandioso, Saulo de Tarso no habría llegado a ser san Pablo. De esto se encuentra la huella en la Epístola a los Gálatas: “Lejos de acudir a al-

gún consejo humano o de subir a Jerusalén al lado de quienes eran apóstoles antes que yo, salí para Arabia”³⁸. Según la crítica contemporánea, la Epístola debió haber sido escrita en el 56 ó 57, es decir, veinte años después de la partida precipitada de Damasco. En este tiempo, Pablo tratará de reforzar su propia autoridad para ser escuchado mucho más. ¿Cómo llegar mejor a esto sino mostrándose, después del Acontecimiento, libre de toda influencia y de toda autoridad? Cada uno recompone, como se dice, a los cuarenta años su propia biografía. En el 56 y 57, Pablo habrá pasado ya los cuarenta.

Él camina.

La “ruta de los reyes” –nombre milenario– alarga bajo sus pies su pista empedrada. Derecho hacia el sur, ésta permite alcanzar el puerto de Akaba. Los ojos ardientes por el sol, en medio del horno que asalta el cuerpo y seca la boca, ¿puede el hombre de Tarso desconocer que sigue a la inversa el camino de los hebreos cuando regresaron del Éxodo? Sin duda, como más tarde Lawrence y sus beduinos, él evita caminar en pleno mediodía, prefiriendo las alboradas y los crepúsculos.

Marcha durante días y días.

La Arabia de los contemporáneos de Saulo designa una región precisa: el país de los nabateos. Originarios de una de las numerosas tribus que eran nómadas en la región, parece que se instalaron, entre el siglo VII y el VI a. C., en este reino de Edom conocido como la cuna de Herodes el Grande. Para asegurar su predominio sobre los pueblos circundantes, estos viajeros del desierto supieron hacer uso de un medio que nadie habría esperado de ellos: la irrigación. En las extensiones áridas ellos hicieron brotar las mieses. Sin sobrepasar casi unas decenas de miles de individuos, fundaron una de las más brillantes civilizaciones de su tiempo.

Sus caravanas –ya que el único medio de transporte era el camello– surcaron el Oriente. Bajo el rey Aretas III, mil quinientas toneladas de incienso eran transportadas cada año a Roma. Plinio describió estas caravanas que llevaban “los caparazones de las tortugas de Malaca y el nardo”³⁹ del Ganges, la corteza de canela del

Himalaya [...] y de las Indias, diamantes y zafiros, marfil y algodón, índigo, lapislázuli, y sobre todo pimienta, dátiles y vino, oro y esclavos”.

Reino singular del cual es imposible fijar los límites. En su apogeo, se extendió hasta la actual Jordania, una parte de Siria y los desiertos del Este. La capital de Aretas III era Petra.

Lo recuerdo. Para escalar la montaña, desde cuya cima se puede descubrir mejor a Petra a la salida del sol, mi señora y mis hijos habían dejado el hotel en plena noche. Mi cardiólogo me había prohibido tal clase de exploraciones, yo sólo calculé la hora de juntarme con ellos en el valle. Al comenzar la mañana, habiendo huido de las mulas ofrecidas en abundancia, seguí a pie el camino por el cual se accede a estas maravillas. Luego de haber seguido el lecho del *wadi* Músa, e imitando el ejemplo de Saulo, me deslicé por entre dos paredes de roca, cada una con una altura de cien metros. Un kilómetro más lejos surgió uno de los sitios más prodigiosos del mundo: Petra, la ciudad roja.

Claro, el nombre viene de piedra, palabra griega. El milagro nació de la fuerza del agua, del viento y de los sobresaltos de la naturaleza: todo junto esculpió la arenisca y la caliza y yuxtapuso los colores, del amarillo estriado con azul al escarlata, del malva al verde oscuro. El hombre se fijó allí desde hace diez mil años. Desde el siglo III a.C., fascinados por esta decoración, los nabateos lo sembraron de centenares de monumentos, templos y tumbas a menudo esculpidas en la montaña misma.

Cuando Saulo llega a Petra, estos nabateos atraviesan momentos difíciles. El tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, desposó la hija de Aretas IV, su rey. Después de lo cual, fue dominado por una loca pasión hacia Herodías, la mujer de su medio hermano. Repudiada, la hija de Aretas le fue devuelta sin ninguna otra forma de proceso. Lo cual, como es de suponerse, no fue del agrado del rey de los nabateos. Muy tentado de hacer que su yerno, que lo había ofendido, restituyera por la fuerza lo que había adquirido por medios ilícitos, tuvo que renunciar a ello por temor de incurrir en la cólera de los romanos, fieles aliados de Herodes. Aretas IV se contentó con causar miles de molestias a los judíos de la región. Evi-

³⁸ Ga 1, 16-17.

³⁹ Hierba india olorosa de la cual se extraía un perfume famoso.

dentemente, Saulo cae bastante mal. Solo se quedará en Arabia durante tres años.

¿Qué hizo él allí?

Ciertos Padres de la Iglesia han creído que se dirigió a esta región con el solo fin de evangelizar a los nabateos. El argumento que ellos presentaban nos sorprende aún hoy: ¿cómo podría Saulo haberse *callado*, después del Acontecimiento? Es verdad. ¿Habrá que deducir, sin embargo, que el detentor de tal secreto, haya elegido confiarlo a los nabateos? ¿Debemos ver a este hombre pequeño predicar en una lengua que ignora, a gentes que no conoce? ¿Estaba listo, además, a evangelizar a otros fuera de los judíos, cuando él no se sentía con fuerza –la salida de Damasco es la señal– de convencer a los de Siria?

Algunos han recordado la conversión de san Agustín, quien experimentó la necesidad de un “tiempo de pausa” para poner orden en el “tumulto” –él también– de sus pensamientos y sentimientos. Se ha citado a Nietzsche: “Cualquiera que algún día sea portador de un mensaje importante, se callará durante mucho tiempo; cualquiera que desee producir el rayo, debe ser por mucho tiempo una nube”. Se ha recordado la predilección de los profetas, de los eremitas, de los estilistas por el desierto.

¿Habrá Saulo querido, entonces, huir de la pregunta temible que quizás obsesionaba su espíritu: *Y si fuese un sueño?* La debió rechazar con un grito de espanto. Tuvo que sentir de nuevo, habiéndola perdido, la presencia del Señor, para volverla a perder aun –y reencontrarla–.

Preguntas sin respuesta. La sola indicación sería nos viene, esta vez también, de Pablo. Vuelto a Damasco, el habrá de sufrir serios disgustos de parte del enviado de Aretas IV. Para que lo persiga hasta allí a causa de su resentimiento, es preciso que este rey nabateo haya estado anteriormente en contacto con él y que entre los dos haya surgido un conflicto grave.

Sigamos con el asunto. Al volver en sí, después del Acontecimiento, Saulo se dirige a los judíos ya que sólo conoce a éstos. Ellos lo rechazan. Es imposible volver a Jerusalén: se vengarían de él por el trágico error al cual arrastró a sus conciudadanos. Sólo

queda partir. No interesa a dónde. Sin otra meta que la de dejar atrás este peso enorme. ¿Y el Acontecimiento? Lo llevará en su corazón. Al salir de Damasco, sólo queda prácticamente el desierto. Allí se introduce. Del dinero que llevaba de Jerusalén, le queda lo necesario para vivir algún tiempo. ¿Después? Ningún problema. Él es tejedor de tiendas. En Arabia, como en otras partes, se necesitan tiendas. Cuando comience sus viajes de apostolado, será exactamente lo que hará: al entrar a una ciudad, se pondrá a tejer.

Se ha dicho que la cólera del rey Aretas podría haber sido de carácter comercial. ¿Un conflicto de Saulo con proveedores o clientes cercanos al rey? Cuando se precisa la amenaza –¿miedo a la prisión?–, Saulo vuelve a Damasco. No hay ningún documento que sostenga esta hipótesis. Sin embargo, se mantiene.

Llegará el día en el cual Pablo comparará lo que ha recibido con un tesoro, sin dejar de reconocer su fragilidad: “Este tesoro, lo llevamos en vasos de arcilla, para que este incomparable poder sea de Dios y no de nosotros”⁴⁰.

¿Acaso no es el hombre también un vaso de arcilla?

⁴⁰ 2Co 4, 7.

CAPÍTULO IV

Quince días para conocer a Jesús

Del Atlántico hasta la Mesopotamia, de Tingi (Tánger) hasta el fondo de Egipto, la *Pax romana* extiende su hegemonía, su omnipotencia, su protección.

En su isla de Caprien el refinamiento de una de las doce villas que él ha hecho edificar para cubrir su libertinaje, Tiberio, el viejo emperador, vive sus últimos días. Llevado al poder por la fuerza por Augusto, había suscitado muchas esperanzas. Poco a poco, el ejercicio desenfrenado del poder absoluto perpetuó en todas partes la suspicacia y el temor. Protegido por una guardia con mil ojos, dirige a su ministro Seján, ejecutor en Roma de sus malas obras, una ráfaga de decretos de muerte, de la cual se espanta el senado. ¿Cuándo el emperador despiadado dejará esta vida?

¿Fue Capri o Roma, desde donde Vitelio, legado de Siria, recibió la instrucción de poner fin a las usurpaciones del rey Aretas? Se dejó fácilmente que los nabateos tomaran a Filadelfia, ocuparan Gerasa, anexaran a Gamala. Que ahora acentúen su presión sobre Damasco, es algo que raya en lo insoportable.

En marzo del año 37, guiándose por la lógica militar de Pompeyo, las legiones de Vitelio se acercan a esta ciudad que tiembla entre la amenaza nabatea y el peligro romano. Para calmar a Aretas, los damacenos hicieron saber que la moneda romana iba a dejar de circular en la ciudad. Para protegerse de Vitelio, declararon a Damasco en pie de guerra, reforzaron sus defensas, cerraron sus puertas. Sin duda Saulo logró deslizarse allí en el último momento.

Enfrascado en su versión que quiere ignorar los tres años pasados por Saulo en Arabia, Lucas muestra a su héroe volviendo a to-

mar sus predicaciones en Damasco, como si él no hubiera salido de la ciudad. Describe a sus oyentes judíos, cada vez más exasperados por la afirmación reiterada de que “Jesús es Hijo de Dios”. Debemos entender a estos judíos: nadie nunca antes dejó oír que el Altísimo pudiese tener un hijo. ¡Ni una palabra en los Profetas, ni un versículo en el Libro santo! Escándalo.

¿Y los cristianos de Damasco? La lógica exige que, después de tres años, se hayan multiplicado y que el relato de las persecuciones dirigidas por el tarsense, haya sido transmitido, naturalmente amplificado, a los nuevos conversos. Lejos de creer en un Saulo seguro de sí mismo, lo vemos obsesionado por su execrable reputación y sin saber qué hacer de él.

“Estos judíos se pusieron de acuerdo para hacerlo perecer. Saulo se enteró entonces de su complot. Llegaron hasta vigilar las puertas de la ciudad, día y noche, para poder matarlo¹”: esto es lo que Lucas cree saber. La versión de Pablo es muy diferente: “En Damasco, el etnarca del rey Aretas hizo vigilar la ciudad para arrestarme²”. En el imperio romano, el título de etnarca designaba a un gobernador de provincia. El enviado de Aretas, era, pues, un personaje importante. Según la tradición nabatea, las regiones conquistadas o controladas se convertían en distritos autónomos confiados, la mayor parte del tiempo, a miembros de la familia real. Que el etnarca de Aretas haga vigilar la ciudad confirma la extensión de los agravios alimentados por el rey en el encuentro con Saulo y muestra, al mismo tiempo, que los nabateos controlaban Damasco.

La pequeña frase de Pablo aclara el episodio de un nuevo día: la hostilidad de los judíos no fue la causa esencial del peligro que corría. Era del etnarca de quien él quería sustraerse. La continuación de la narración no deja ninguna duda: “Por una ventana, en una escueta, fui descolgado muro abajo. Así escapé de sus manos”.

La historia de la cesta ha causado revuelo en el mundo. Ella figura en todas las guías de viaje, se la encuentra en los labios de los acompañantes de todas las lenguas que muestran, en los muros,

los vestigios de una torre cuadrada cuyos cimientos –enormes piedras– subsisten todavía hoy. Repiten a cual más el mejor:

–¡Fue por ahí por donde san Pablo fue descolgado en una cesta!

“Él surgió de las aguas divinas embargado de un fuego tal, dice de Pablo san Juan Crisóstomo, que ni siquiera esperó la enseñanza de un maestro”. A este punto de su historia, el fuego brilla por su ausencia. Saulo no deja de desconcertar. Impaciente por naturaleza, muestra demasiada paciencia. Después del Acontecimiento, se le esperaba en Jerusalén: se va para Arabia. Se hubiera querido en Damasco, que el mensajero de Cristo pusiera la cara: huye en una cesta. En ese tiempo, ¿sería Saulo de Tarso el hombre más solo del mundo?

Presiento que el lector se halla cada vez más intrigado por todos estos textos que ha leído: ¿Hay seguridad acerca de su autenticidad? ¿Cómo llegaron hasta nosotros?

En el Nuevo Testamento, los textos canónicos están dispuestos en un orden inmutable: el Evangelio según san Mateo, el Evangelio según san Marcos, el Evangelio según san Lucas, el Evangelio según san Juan. Vienen luego los Hechos de los Apóstoles, después las Epístolas de san Pablo, las Epístolas de los otros apóstoles y por último el Apocalipsis.

Sacamos de esta disposición una idea ya formada: la publicación de los Evangelios debe ser anterior a la de los Hechos y al apostolado de Pablo. Error. El lector lo sabe: en el momento del Acontecimiento, ningún texto evangélico había sido difundido. Faltaría mucho tiempo para ello.

Que algunos testigos de la vida de Jesús hayan conservado por escrito algunas de sus conversaciones, no se puede excluir. Con la condición de que esto haya sido redactado inmediatamente. La noción de notas tomadas en el acto, familiar en nuestra época, no corresponde en nada a las condiciones de la escritura antigua. En el siglo I, la escritura es un oficio ejercido por profesionales que se enorgullecen de su nombre: escribientes o amanuenses. Éstos adquirieron su ciencia después de largos estudios y, para ejercerlo, exigen un salario. Sólo el escribiente es capaz de redactar sin borrador. Se sirve a veces –más raramente de lo que se cree– de ta-

¹ Hch 9, 23-24.

² 2Co 11, 32.

bletas de cera sobre las cuales, con la ayuda de un estilete, graba lo que se le ordena escribir. Cuando se quiere abordar un texto más extenso –las Epístolas de Pablo, por ejemplo–, hay que disponer de un material cuya descripción ha llegado hasta nosotros: una plancha sobre la cual se fijaban cazos (recipientes redondos) que contenían la tinta; un estilete con la punta seca que marcaba las alineaciones; un raspador para borrar.

El escribiente fabrica sus propias tintas: negra, a partir del negro de humo, roja a partir de tierra ocre. Sus plumas –*calames*– provienen de juncos o cañas. Además de la tableta de cera, puede escoger entre el papiro y el pergamino, ambos costosos. Una especie de papel, el papiro se compone de bandas sacadas del tallo de una planta cultivada en Egipto, y yuxtapuestas para obtener hojas de veinte a cuarenta centímetros de lado. Ambas caras pueden ser utilizadas. El pergamino, más caro pero más sólido, no es más que una piel de animal –cordero, cabra, antílope– que se ha curtido y blanqueado. Michel Quesnel, cuyo estudio sobre este asunto merece una referencia, concluye que “tal material permitía escribir unas tres sílabas por minuto, es decir, setenta y dos palabras por hora”.

¿Se imagina uno a los apóstoles transportando semejante aparato en su morral y sirviéndose de éste, en la etapa, para dar una forma escrita a las palabras de Jesús? Provenientes casi todos de ambientes muy sencillos, la mayoría no sabe leer ni escribir. Ellos se habrían reído a carcajadas si alguien hubiese afirmado lo contrario. No se les hubiera ocurrido discutir, por el contrario, si se les hubiese presentado como maestros en la transmisión oral. Era entonces la costumbre general: los judíos fortalecían su memoria hasta la hipertrofia, al aprender de memoria los versículos de la Ley. La mejor prueba de esto son los apóstoles.

La fecha de los Evangelios y de las Epístolas de san Pablo ha sido objeto de innumerables trabajos. Hay un consenso hoy en día alrededor de los años que son más convincentes aunque aproximativos. Después de la muerte de Pedro y Pablo, Marcos, el primero de todos, redactó su Evangelio, entre el 65 y 70; el segundo, atribuido a Mateo, uno de los doce, escrito primitivamente en hebreo y adaptado al griego por un autor desconocido, vio la luz en los

años 80, lo mismo que el de Lucas, quien no conoció a Jesús pero se dedicó a una búsqueda profunda con los testigos de su vida; el último, el Evangelio de Juan, probablemente el más joven de los apóstoles, monumento del espíritu, demasiado diferente de los demás, es el resultado de una maduración muy larga. Se sitúa su redacción hacia los años 90.

Es preciso volver a la pregunta que –legítimamente– nos preocupa más: ¿cómo nos pudieron ser transmitidos estos textos? Si la existencia de las Epístolas de Pablo es atestiguada en el año 150, ningún manuscrito de la misma época nos ha llegado. El primer manuscrito de los Evangelios, el *Vaticanus*, está fechado en el 331. Tal espacio de tiempo nos inquieta. Si los primeros documentos que se refieren a Luis XIV vieran la luz solamente hoy, ¿estaríamos seguros de su veracidad? Tres siglos entre la redacción de los Evangelios y el primer manuscrito que los reúne, ¡son algo enorme! Muchos creyentes están obsesionados con esto.

Se equivocan. Su inquietud debería referirse a todos los grandes textos de la Antigüedad, ya sean griegos o latinos. Entre el tiempo en el cual escribió Eurípides y aquel en el que aparecieron las primeras copias que conocemos, transcurrieron dieciséis siglos. Para Sófocles, Esquilo, Aristófanes, Tucídides, catorce siglos. Para Platón, trece. Para Demóstenes, doce. Para Terencio, siete. Para Virgilio –el más favorecido–, cuatro. ¿Hay alguien que sostenga que las obras de Sófocles no son de él sino de algún monje falsario de la Edad Media?

Por mucho tiempo esto ha sucedido con el Antiguo Testamento que no conocíamos sino gracias a copias tardías. Ya no es el caso: el descubrimiento, después de la Segunda Guerra mundial, de los manuscritos originales del mar Muerto, ha hecho aparecer largos pasajes de la Biblia. Con algunas breves diferencias, éstos son idénticos a las copias tardías. Algo para tranquilizar a los más escépticos.

Yo agregaría que, una colección de papiros griegos, copiados alrededor del año 200 –los *Papiros Chester Beatty*–, nos restituye una Biblia casi completa, incluidas las Epístolas de Pablo³.

³ *Biblioteca Chester Beatty*.

El proceso de la supervivencia de los textos antiguos es claro. Hay que saber que la sola Epístola a los Romanos en papiro, debería exigir un rollo de tres a cuatro metros de largo. La fragilidad extrema del soporte de estos textos los hizo desaparecer poco a poco. Los últimos supervivientes debieron perecer a manos de los monjes cuando éstos los volvieron a copiar en pergamino.

Pablo murió antes de haber podido leer un solo Evangelio. Uno siente malestar cuando encuentra estas frases en una de sus Epístolas:

“Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: ‘Esto es mi cuerpo que se da por ustedes; hagan esto en recuerdo mío’. Asimismo también la copa después de cenar diciendo: ‘Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre. Cuantas veces la beban, háganlo en recuerdo mío’”⁴.

Integradas al Evangelio, estas líneas de Pablo son pronunciadas ahora cada día en el curso de todas las celebraciones eucarísticas. En el mundo entero.

¿Cuándo va Saulo a admitir que es tiempo de conocer al Hijo del Hombre en su realidad terrestre? ¿No ve que su fe cojea en una sola pierna? Siempre le hace falta haber escuchado a quienes vieron a Jesús, que se encontraban allí, cuando le condujeron a la mujer adúltera destinada a la lapidación y le oyeron pronunciar estas palabras: “Que aquel que no ha pecado, le lance la primera piedra”. Le hará falta la respuesta de Jesús a su madre cuando, en Caná, ella le pidió dar fin a la confusión de los huéspedes que carecían de vino: “Mujer, no ha llegado mi hora”. Le faltará saber que Jesús, como hijo afectuoso, cambió, con todo, el agua en vino. ¿Cuándo va a ir Saulo a informarse allí donde es preciso?

Un texto un tanto oscuro de Pablo nos inquieta: habría tenido que esperar tres años para volver a Jerusalén. ¿Tres años agregados a los tres de Arabia? Igual de extrañados que nosotros, los especialistas llegaron a una explicación verosímil: los tres años deberían ser contados a partir del Acontecimiento; involucrarían el

exilio en Arabia y las dos estadias en Damasco⁵. Respiramos y, satisfechos, cuadramos el paso con el del viajero que se pone en camino.

Porque Saulo, por fin, marcha hacia Jerusalén.

Hela ahí, esta ciudad, a la vez temida y añorada, inmutable en sus murallas de piedra, corazón de la nación judía donde se reencontran, en los mismos días, en las mismas fiestas, todos los que acuden a su Templo a adorar al Eterno. Centenares de miles de peregrinos cantan y oran siempre en el recinto sagrado. Llenos del Altísimo, regresan entonando los versos del himno mil veces repetido: “El Eterno es quien vela sobre nuestra partida, y quien protege nuestro retorno. Mi socorro viene del Eterno que ha hecho los cielos y la tierra”.

El Saulo algo cansado, que regresa a la ciudad de David, no puede dejar de sentir de nuevo la intensidad de estas fuerzas vivas, el vigor de esta religión milenaria y, como contrapartida, la fragilidad de aquellos que creen en Jesús. Lo que ignora es que el flujo inmenso de peregrinos que se agrupan a su alrededor, abriga en adelante una corriente invisible. Las familias que regresan a “Mesopotamia, Judea y Capadocia, el Ponto y el Asia, Frigia, Panfilia, Egipto y Libia cirenaica –¡bella enumeración de Lucas!⁶– llevan con ellas el secreto confiado por algún pariente, un amigo o algún desconocido: *el Mesías ha venido a la tierra*. Esta “expansión espontánea” prolonga la dispersión que se ha llevado a cabo después de la ejecución de Esteban. A imagen de Felipe, los cristianos helenistas buscaron un refugio lejos de Jerusalén o regresaron apresuradamente a sus países de origen. A su vez, ellos esparcieron la historia de este Mesías crucificado que, puesto en la tumba, resucitó al tercer día.

Así se confirma paulatinamente la profecía de Jesús dirigida a los Doce el día de la Ascensión: “Ustedes son mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea y Samaria, hasta las extremidades de la tierra”.

⁵ Ver el razonamiento convincente de Jürgen Becker. El monumental trabajo científico de éste, no puede menos que suscitar la admiración y, de parte mía, la gratitud.

⁶ *Hch* 1, 9.

⁴ *1Co* 11, 23-25.

Lucas muestra a Saulo tratando, en Jerusalén, de reunirse con los fieles, “pero todos le tenían miedo, y no llegaban a creerlo un discípulo verdadero”⁷. Entra aquí, por primera vez, un personaje que se volverá a encontrar en múltiples etapas de la vida de Pablo. Los Hechos lo presentan así: “José, llamado Bernabé⁸ por los apóstoles, era un levita⁹ originario de Chipre”. Será él quien introducirá a Saulo a los apóstoles. De este encuentro del cual esperábamos todo, no tendremos derecho, por parte de Pablo, sino a esta simple alusión: “Subí a Jerusalén a conocer a Cefas y me quedé con él quince días, sin ver, no obstante, a ningún otro apóstol, sino sólo a Santiago, el hermano del Señor”¹⁰.

¡Quince días solamente para conocer al Señor! “Increíble pero cierto”, exclamaban los pequeños periódicos que yo leía en mi niñez. No sabría decirlo mejor. No dudamos de que las preocupaciones de la comunidad hayan absorbido el tiempo de Pedro y Santiago, pero ¡aun así!

¿Qué habrá podido aprender Saulo en tan pocos días? ¿Las palabras de Jesús que Pedro, de tanto repetirlas, las sabe de memoria? ¿El recorrido del Señor en Galilea y en Judea, esbozado a grandes rasgos? Las primeras fases de una teología balbuciente, los progresos de la nueva comunidad, los obstáculos encontrados. La conversión que él obtuvo –él, Pedro– al bautizar al centurión romano Cornelio. ¡Un pagano! ¿El ex pescador del lago de Tiberíades trató de hablar de sus amigos y de sí mismo, arrojando sus redes para correr tras este desconocido que de una vez reconocieron? Nada de todo esto parece haber interesado a Saulo. Adepto, antes que de la letra, de la historia no anecdótica, no le llaman la atención los detalles.

En las Epístolas de san Pablo, Cristo irradia en cada página; Jesús pasa desapercibido. Ninguna alusión a las parábolas que las gentes sencillas escuchaban con tanta avidez.

⁷ Hch 9, 26.

⁸ Literalmente: el hombre del consuelo.

⁹ Miembro de la tribu de Leví dedicada al servicio del Templo.

¹⁰ Ga 1, 18-19.

Nada sobre el discurso de la montaña, nada sobre las pescas milagrosas, nada sobre las curaciones, nada sobre este Templo del cual fueron arrojados los mercaderes y donde el hijo de María predicó antes de ser crucificado. Para Pablo, “en Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, sino poniendo en nosotros la palabra de la reconciliación”¹¹. Jesús no necesita ninguna biografía.

No solamente Pablo reconoce que él no ha visto, en el transcurso de estos quince días, más que a Pedro y Santiago, sino que reclama se le crea: “Lo que les escribo, lo digo delante de Dios, ya que no es una mentira”. Si él refuerza de tal manera la afirmación, es para imponer la idea –esencial a sus ojos– de que no *necesitaba* tener otras.

No hay que menospreciar, sin embargo, su encuentro con Santiago. Aun si no se quiere tomar al pie de la letra a aquellos que en esa época –prácticamente todos– lo llaman “hermano del Señor”, su pertenencia a la familia de Jesús no presenta casi duda. Su influencia se revelará como considerable, no sólo en la primera Iglesia, sino también, paradójicamente, sobre los fariseos no convertidos, edificadas por su rigurosa devoción al judaísmo. Cuando el primado de Pedro se debilitará, Santiago se pondrá a la cabeza de los discípulos de Jesús. Se le designará como “primer obispo de los hebreos”. El caso de este cristiano resuelto a permanecer plenamente judío, será ponderado por Pablo, cuando él mismo tendrá que declarar su elección. Vendrá el día en el cual lo encontrará en su camino, porfiado en anonadar los efectos de su misión. Religión desafortunada, que apenas nacida va a dividirse y a combatir contra sí misma.

Se ve a Saulo, al final de su corta estadía, tomar seguridad poco a poco y pasearse por las calles con Pedro y Santiago. Algo que no deja de chocar fuertemente a los cristianos que lo perciben. En varias ocasiones, trata de explicarse ante estas gentes tan claramente hostiles. “Discutía con los helenistas, pero éstos intentaban matarlo”¹². Ellos no habían olvidado. Lo que Saulo temía llegó: su re-

¹¹ 2Co 5, 19.

¹² Hch 9, 29.

putación de perseguidor se le convirtió en una túnica de Neso¹³. Afortunadamente, no todos querían causarle daño: sabiendo que deseaban hacerle una mala jugada, quizá la peor, “los hermanos lo condujeron a Cesarea”¹⁴. Información que no se debe descuidar: De Cesarea Pablo va a ser “devuelto por la Iglesia a Tarso”. Fracaso en Damasco, fracaso en Jerusalén, fracaso en Cesarea, ya es demasiado.

Para ser justos, busquemos el sentido, en lengua griega, del verbo devolver. *Exapostellein* puede significar “alejado”, pero en los Setenta y en otros textos contemporáneos, toma el sentido de “enviado en misión”.

Es esto lo que Pablo parece evocar cuando escribe: “Luego me fui a las regiones de Siria y Cilicia”¹⁵. En este caso, los hechos se deducirían de ellos mismos: habiéndose Saulo reunido con Pedro y Santiago, habría obtenido de ellos una especie de misión apostólica a llevar a cabo en las provincias vecinas de su ciudad natal. Tarso figuraría como base de partida.

Ningún texto nos informa sobre la acogida de sus padres: ¿brazos abiertos, lágrimas de felicidad, inquietud ante este extraño que vio a Dios? Con rapidez, se habrá puesto a cortar y coser tiendas en el taller paterno: no se le puede imaginar viviendo a expensas de sus padres. Hasta se puede suponer que su padre, ya envejecido, le habrá confiado responsabilidades mayores. Se le ve discutiendo acerca de demoras en las entregas, precios, o sencillamente –estamos en Oriente– comerciando.

Uno de sus biógrafos lo describe, durante estos tres años, “recorriendo su provincia para vender sus mercancías y anunciar el Evangelio, algo así como los propagandistas de biblias que en el sur americano, hacían el oficio de charlatanes o de vendedores de elixeres”¹⁶. ¿Fue entonces cuando se esbozó la unicidad de su destino, la eventualidad de hacerse al mismo tiempo artesano y predicador del Evangelio?

¹³ Es decir, en un mal del que no podía liberarse. (Nota del traductor).

¹⁴ *Hch* 9, 30.

¹⁵ *Ga* 1, 21.

¹⁶ ARMOGATHE, Jean-Robert.

Una vez más, él hace nacer en nosotros cierto malestar. Aun si, de tiempo en tiempo, deja Tarso para tomar contacto con alguna comunidad en embrión, estos años de retiro en familia, en la más “burguesa” posición, es algo muy difícil de explicar. El Acontecimiento, ¿no hierve en su espíritu, en su memoria, en su corazón? De la mesa familiar a los cuidados de su trabajo, ¿acaso terminó por no pensar más en él, aunque sin sacarlo deliberadamente de su memoria, como se hace con un libro que uno ordena en la biblioteca sabiendo que, si se le presenta el caso, hay cómo referirse a él? La pregunta sigue completa ¿por qué razones se demora tanto Saulo en Tarso?

Luego de la muerte de Tiberio en el año 37 –por fin–, un emperador loco reina en Roma: Calígula. Bisnieto de Augusto, hijo del popular Germánico y de Agripina, hijo adoptivo y sucesor de Tiberio, reconocido sin dificultad por el senado y por el ejército, su desequilibrio naciente le sugirió la idea de ofrecerse a la adoración de sus súbditos como el “Nuevo Sol”.

Paulatinamente esta extravagancia se transformó en locura furiosa. No sólo nombró como senador a su caballo preferido, sino que comenzó a odiar a los judíos. En Oriente, el antisemitismo imperial encontró un hogar propicio. Un despiadado *pogrom* devasta, en el año 38, Alejandría, ciudad judía por excelencia. En Antioquía, se rodea el barrio judío, hay matanzas y pillajes. Las tensiones entre la autoridad romana y la comunidad judía alcanzan el paroxismo cuando Calígula –en el 40– exige que se erija su estatua en el recinto del Templo de Jerusalén. Un año más tarde, un tribuno de la guardia pretoriana, abatirá al loco en su palacio.

Por miedo a ser masacrado a su vez, su tío Claudio –epiléptico, tartamudo, desprovisto de toda voluntad– se agazapó en un escondrijo del mismo palacio. Descubierta por los pretorianos, fue al momento proclamado emperador. Los discípulos de Yahvé van a poder respirar por fin: un edicto de Claudio confirma a los judíos de Alejandría la libertad de practicar su religión y hace saber a los de Antioquía su voluntad de tolerancia: sus derechos serán escritos en tablas de bronce. Al disponer de sus propios jefes, la comunidad judía de Antioquía goza en adelante de una legislación particular que protege los derechos familiares y las reglas del cul-

to, sin dejar por eso de reconocer que sus miembros son ciudadanos totalmente.

En la misma época, las conversiones al cristianismo se multiplican. Éstas van a presentar problemas, no sólo a la jerarquía judía, cada vez más irritada, sino en el seno mismo de la nueva comunidad de los discípulos de Jesús.

Después de la tormenta que siguió a la lapidación de Esteban, una parte notable de los cristianos helenistas expulsados de Jerusalén, se refugió, en efecto, en Antioquía. Todo lleva a creer que es uno de los Siete, Nicolás, quien fundó una comunidad cristiana. Prudentes, sus miembros no “anunciaron la Palabra” en primer lugar sino sólo a los judíos. Pronto observaron que gran número de paganos mostraban un interés insólito por la religión de Moisés. Algo aún más extraño: no se trataba de casos excepcionales. Estas gentes eran tan numerosas que se comenzó a darles un nombre: los “temerosos de Dios”.

Para comprender lo que este apelativo significa, es preciso imaginarse a un “griego” que, desde la niñez, ha vivido en el culto de los dioses del Olimpo y, al momento de ofrecerles sacrificios, sólo ha tenido la molestia de elegir. Nombra a los mismos dioses tanto en griego como en latín: Zeus o Júpiter, Dionisio o Baco. Se dirige a esta familia múltiple con la agilidad de espíritu que le procura una cultura ancestral. Todos pasan por allí: Juno, Hermes, Venus, Eros, Apolo, Afrodita, Marte, Minerva. Nuestro hombre conoce todo acerca de su existencia o de su función en la naturaleza, sus méritos, sus vicios –porque ellos los tienen–, sus enfrentamientos, sus amores, su progenitura. Nada más seductor, nada más atractivo, nada más propicio para suscitar un sueño, pero nuestro griego comienza a cansarse de las hazañas de estos dioses demasiado humanos. De ahí a alejarse de ellos, sólo habrá un paso, pero, por fidelidad, no ha querido pensar en eso. Esto hasta el día en que se le susurró al oído que cierta gente de la ciudad creía en un Dios único. ¿Único?, replicó este griego mostrando curiosidad. ¿Quién es, qué ha hecho este Dios? Se le responde que él ha creado el universo y todo lo que vive en éste. Él vela por los hombres, los preserva de las trampas que los amenazan, los recompensa si hacen el bien y los castiga en caso contrario. El griego casi no puede creerlo.

Pregunta quiénes son los fieles de ese Dios. Se le responde que los judíos. Como todo el mundo, el griego sabe de su existencia, pero ¿dónde se les puede ver? En una sinagoga. Sucede que el “temeroso de Dios” –a quien sería mejor denominar: “buscador de Dios”– pasa el umbral de la casa privada donde se reúnen los judíos: la idea de un lugar edificado con el único propósito de orar juntos no está aún implantada en su mentalidad.

Al descubrir en este medio insospechado un terreno propicio, los cristianos se arriesgan a reclutar allí. Logran reunir gente más allá de lo esperado. A los “temerosos de Dios” listos a hacerse judíos para descubrir al Dios único, ellos le proponen a Jesús, Dios y hombre, judío pero infinitamente más cercano que los personajes de la Biblia que hasta entonces ellos trataban de abordar. El razonamiento es muy sencillo: es inútil pasar por el judaísmo para encontrarse con Jesús. Vaya a él directamente.

El problema de las conversiones de los paganos sobrepasa las simples preguntas sobre la obediencia a los ritos. Él obliga a una opción fundamental: desde su más tierna edad, los fieles de Jesús de origen judío han obedecido la Ley. ¿Qué va a pasar con los paganos que van a pedir el bautismo ignorando todo acerca de esta Ley? ¿Hay derecho de admitir “gentiles” en la Iglesia de Cristo? Esta pregunta temible va a ser expuesta a los ancianos de Jerusalén controlados por el severo Santiago. ¿Se permite vivir en contacto con griegos, escitas u otros, gentes que no han sido circuncidadas? ¿Cómo tolerar que los discípulos de la Ley, al compartir sus comidas, corran el riesgo de tocar carnes de animales matados por fuera de las reglas?

El alejamiento al exagerar el alcance del debate, todo esto, anunciado en Jerusalén, comienza a despedir un olor a azufre ante Santiago y los suyos. No hay tiempo que perder: para observar esto de cerca, es preciso enviar a Antioquía un “investigador” de toda confianza. Lo encuentran. Es Bernabé, el mismo que introdujo a Saulo ante Pedro y Santiago. “Hombre recto lleno del Espíritu Santo y de fe”, no sólo se le ha escogido a causa de su origen chipriota que lo hace cercano a Antioquía por la distancia, sino sobre todo, por su conocimiento de la mentalidad antioquena.

Apenas llega, Bernabé se pone a trabajar. No quiere reconsiderar las conversiones que se han obtenido de los paganos, sino que se propone –para examinar cuidadosamente la sinceridad de los compromisos– encontrarse con cada nuevo cristiano. Entre los paganos convertidos de Antioquía, Bernabé descubre una fe profunda que le encanta: “Cuando llegó y vio la gracia de Dios se alegró y exhortaba a todos a permanecer, con corazón firme, unidos al Señor”¹⁷. Pronto va a comprobar que, en esta inmensa ciudad, la tarea está por encima de sus fuerzas.

¿Qué hacer?

Algo que parece evidente es que le haya venido el recuerdo de este Saulo tan complejo, odiado por tanta gente pero que, en Jerusalén, lo había conmovido. Se informa: ¿qué ha pasado con él? Regresó a Tarso donde fabrica tiendas; se le ha confiado una vaga misión de delegado apostólico. ¿Quién se la ha encomendado? Pedro y Santiago. Bernabé ya no lo duda más: ha encontrado al hombre del destino. Lucas relata esto en nueve palabras, porque para él, todo está claro: “Bernabé salió entonces a buscar a Saulo en Tarso”.

Demos rienda suelta a nuestra imaginación. Llegada de Bernabé a Tarso. Información acerca de la casa de Saulo. La puerta a la cual toca. Dirigido por la madre al taller. Color local. Pedazos de tienda que Saulo cose o el mercado que negocia. Duda mutua al momento de reconocerse: ¡Cómo cambia uno! El giro interesante que ha tomado la calvicie de Saulo. Naturalmente vienes a dormir a mi casa. Qué pena molestar. Nada de eso. Los padres. Los pequeños platos en los grandes. Exposición de Bernabé. Silencio. Pregunta de Saulo, muy sensata: ¿cuándo partimos? Mañana.

¿Quién puede decir que esto no haya pasado así? Las grandes empresas comienzan con frecuencia a partir de pequeñas cosas. Me gusta el comentario de la historiadora Marie-Françoise Bazez: “La oportunidad le llegó de Antioquía y de Bernabé”. Excelente ocasión de dar a Bernabé el nombre bajo el cual se convirtió en santo.

¹⁷ Hch 11, 23.

Saulo tiene treinta y cinco años. Camina.

Bernabé también camina.

¿Cómo su conversación no iba a tratar –ante todo– sobre el debate fundamental de Antioquía? Lógicamente todo debería haber conducido al tarsense, alumno del tolerante Gamaliel, hacia los helenistas. Sin embargo, éstos, después del asunto de Esteban, lo odian. La respuesta de Saulo a las preguntas que pudo haberle hecho Bernabé, no debió hacerse esperar: su encuentro con Jesús hizo de él un cristiano sin anular nada de su judaísmo. Lo esencial que de éste ha conservado y la orden que ha recibido, es hacer conocer *a todos los hombres* que el Hijo de Dios fue crucificado para rescatar las culpas *de todos los hombres*. Excluir a los paganos por la razón que sea, sería una gran falla. Bernabé puede contar con un hermano que, impregnado en la cultura griega, formado en el artesanado y los negocios, se sentirá cómodo en todas partes para anunciar a Cristo.

Cuando se anda, no solamente se intercambian ideas generales. Se pide y se da información. Se habla de Herodes Agripa I, a quien su compañero de libertinaje, Calígula, hizo rey confiándole Palestina del Norte, Galilea y Perea, a las cuales Claudio ha agregado Judea y Samaria: ¡el reino del abuelo Herodes el Grande reconstituido! En su celo por hacerse apreciar de súbditos reacios, Agripa se dedicó a perseguir a los cristianos. Santiago, hijo de Zebedeo, murió “por la espada”: el primero de los apóstoles en derramar su sangre. Pedro ha sido arrestado de nuevo pero –Bernabé lo puede jurar– un ángel le abrió las puertas de su prisión. Una vez libre, hizo que advirtieran a Santiago, hermano del Señor, lo mismo que a los Ancianos. Éstos se resguardaron en un lugar seguro.

¿Agripa? Mientras en abril del año 44 pronunciaba un discurso en la tribuna real, “el ángel del señor lo hirió”¹⁸. Flavio Josefo no tuvo información de la misma muerte: “Él entró al teatro a la aurora, vestido de una túnica toda de plata y de un tejido admirable... Entonces sufrió males del intestino y murió tres días más tarde”. Lucas agrega que “devorado por los gusanos, expiró”. El ángel del

¹⁸ Hch 12, 23.

Señor de Lucas, golpeó fuertemente. Y después, he aquí a Antioquía.

¿Se preocupa Saulo, del pasado de la ciudad que vuelve a visitar? No es su estilo. ¿Qué le va a interesar que Antioquía haya sido fundada tres siglos antes por Seleuco I, llamado el Vencedor, que se haya convertido en la capital del Imperio seléucida, que trece soberanos hayan reinado hasta el año 64 a.C., época en la cual Pompeyo despojó a Antíoco XIII de su trono? El genio seléucida sacó un gran partido de su posición única en el Mediterráneo. Muy pronto, la ciudad atrajo a los negociantes, los comerciantes, los armadores, los banqueros. Así nació la más cosmopolita de las ciudades, colmada de riquezas y de pasiones extremas. En el siglo II a.C., el Imperio seléucida irradiaba ya desde Grecia al Hindou Kouch. Rival de Alejandría, Antioquía contaba con quinientos mil habitantes. En el siglo I de nuestra era, cuando Saulo la visita, sólo ha cambiado muy poco.

Es muy difícil para el tarsense aprehender las contradicciones de tal ciudad. Al evocar a Seleucia, el puerto de Antioquía, Juvenal se indignaba de ver allí, cada año, embarcarse “seres corrompidos” nacidos de una “podredumbre secular”, listos a caerle a Roma para infectarla. Esta entrada en materia sin ambigüedad alguna inspirará a Renán. De fuentes, de las cuales no se le ha escapado ninguna, ha sacado de Antioquía una descripción sorprendente. La vemos como la “ciudad de las carreras, de los juegos, de las danzas, de las procesiones, de las fiestas, de las bacanales” donde reinan “un lujo desenfrenado, todas las locuras del Oriente, las supersticiones más malsanas, el fanatismo de la orgía”.

En la gran avenida que atraviesa la ciudad de lado a lado, ruedan “las oleadas de una población fútil, ligera, cambiante, sediciosa, a veces espiritual, ocupada en canciones, parodias, bromas, impertinencias de toda clase”. Renán adivina allí “algo así como una embriaguez, un sueño de Sardanápalo”, donde transcurren “en desorden todas las voluptuosidades, todos los desenfrenos, sin excluir algunas delicadezas”.

Cuidémonos del maniqueísmo: en la ciudad de todas las locuras, se admira y lee a Aristóteles, se representa a Aristófanes y

Eurípides, las escuelas son las más cotizadas del Oriente Próximo, las bibliotecas rebosan de obras. Desde lejos, se viene a admirar los templos donde se ora.

Que uno de los debates más decisivos de la historia del cristianismo se haya llevado a cabo en un marco semejante y en tal clima, es algo que nos deja, después de veinte siglos, incrédulos. Sin embargo, así fue.

El primer motivo de admiración de Saulo en Antioquía debió ser, seguramente, descubrir el nombre que llevarían sus hermanos en adelante: “Fue en Antioquía donde, por primera vez, el nombre de *cristianos* se dio a los discípulos”¹⁹. No importa la creencia a la que se pertenezca, uno no puede dejar de emocionarse, al ver surgir un nombre llamado a tan prodigioso porvenir y que involucrará tanta fe, santidad, espíritu de conquista en el mejor y –a veces– el peor de los términos. La fuente del vocablo es el griego *cristianos*, formado de *Christos*: Cristo. Extrañamente, fueron los medios no cristianos los que lo forjaron. Los interesados que se designaban hasta entonces como *hermanos*, *santos*, *creyentes*, *discípulos*, *la Vía*, parecen que lo acogieron sin reticencia ya que se apresuraron a adoptarlo. El biógrafo se siente aliviado de poder escribir, por fin, cristiano, sin perífrasis, advertencias, comillas o notas explicativas.

Quizás tengamos que ver en adelante a Saulo a través de los mosaicos y pinturas que, verosímilmente nacidos de retratos más antiguos, nos entregan la imagen invariable de un hombre de mirada dominante, flaco, calvo, de frente amplia y una barba recortada en punta.

¿Presiente él que el porvenir de la Iglesia está a punto de jugarse? Ésta se organiza en todas partes. En Antioquía, corresponde a un grupo de cinco hombres ejemplares –al lado de la “Asamblea”– dirigir la comunidad. En medio de tales autoridades, Saulo figura solamente como un discípulo diligente. Aunque recomendado por Bernabé, él tiene que pasar la prueba. Los discípulos de Esteban están lejos de haber olvidado al perseguidor de Jerusalén. Los demás, ¿saben solamente lo que le sucedió en el camino de Da-

¹⁹ Hch 11, 26.

masco? Saulo ha debido, durante un período bastante largo, renunciar a engreírse: exponerse a dudas –lógicas y verosímiles– sobre el Acontecimiento, le hubiese sido insoportable. Sus cartas lo demuestran: se siente siempre en la dependencia inmediata de Cristo. De esta certeza, ya nunca se desviará.

Durante todo un año, Saulo vive con Bernabé en comunidad carismática, ayunando y orando en compañía de los “permanentes” de la Iglesia local. Predica en las sinagogas pero también –algo que es nuevo– fuera de la ciudad. Una tradición, evocada durante mucho tiempo en Antioquía, lo mostraba hablando cerca del Panteón y principalmente a auditorios romanizados. Se siente mejor predicando que bautizando. Día tras día, mes tras mes, Bernabé puede convencerse de la excelencia de su elección. De que Saulo haya experimentado su influencia profundamente, no cabe la menor duda, como tampoco de la amistad que los unirá por mucho tiempo. Uno y otro permanecen célibes mientras otros entre los jefes de la Iglesia –como Pedro y Santiago– son casados. Bernabé, sin embargo, procedente de una rica familia de Chipre, se obstinará, como Saulo, en trabajar con sus propias manos para no ser una carga para la comunidad. En la lista de los cinco miembros principales de la comunidad cristiana de Antioquía, Bernabé tiene derecho al primer puesto, Saulo al último.

¿Será porque busca perdidamente la luz, la razón por la cual Saulo va a ser sorprendido por lo que algunos señalan como un estímulo manifiesto, y otros como el más insólito de los llamamientos al orden? “Es algo que le cae a uno encima”, dicen los que lo han experimentado. La visión que Saulo recibe, lo marcará para siempre. Rehusando por humildad, expresarse en primera persona del singular, la evocará más tarde en estos términos: “Conozco a un hombre en Cristo que, hace ya catorce años, –¿en su cuerpo o fuera de él?, no lo sé, Dios lo sabe–, fue arrebatado hasta el tercer cielo²⁰.

“Y sé que este hombre –en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe– fue arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables

²⁰ La tradición judía nombraba de cinco a diez cielos. Siete es la cifra más corriente. El paraíso estaba situado generalmente en el tercer cielo.

que el hombre no puede pronunciar. De ese tal me gloriaré; pero en cuanto a mí, sólo me gloriaré en mis flaquezas. Si pretendiera gloriarme no haría el fatuo, diría la verdad. Pero me abstengo de ello. No sea que alguien se forme de mí una idea superior a lo que en mí ve u oye de mí. Y por eso, para que no me engría con la sublimidad de esas revelaciones, fue dado un aguijón a mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engría. Por este motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mí. Pero él me dijo: ‘Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza’.

Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por eso me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones y las angustias sufridas por Cristo; pues, cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte”²¹.

A aquellos que van repitiendo por ahí que los beneficiarios de visiones no relatan sino penurias, ¡qué respuesta!

Un aguijón en la carne. La expresión ha hecho correr ríos de tinta. Todas las enfermedades que pueden golpear a un ser humano han sido propuestas: artrosis, tendinitis, ciática crónica, gota; taquicardia, angina de pecho; picazones, prurito, sarna, ántrax, furúnculos, hemorroides, fisura anal; eczema, lepra, zona; peste, rabia, fiebre de Malta, erisipela; gastralgia, cólico; enfermedad de la piedra; otitis crónica, sinusitis, traqueo-bronquitis; retención urinaria, uretritis; paludismo, filariosis, tiña; cefalea, gangrena, supuración, absceso, hipo crónico, convulsiones; epilepsia.

Última hipótesis, la de moda –¿pero se trata de una enfermedad?–, la homosexualidad. ¿Qué escoger? Como Pablo atravesó victoriosamente pruebas sin número y no encontró la muerte, a una edad respetable, sino bajo la espada del verdugo, hay que excluir las enfermedades que matan con certeza: la peste, la lepra, la rabia, la gangrena; aquellas que lo habrían debilitado demasiado como para que pudiera continuar su misión por mucho tiempo: la angina de pecho, el paludismo, la supuración, inclusive un hipo comparable con el que sufrió Pío XII. Más sencillamente, se

²¹ 2Co 12, 2-10.

debería volver al sentido de la palabra y a lo que ésta sugiere. Un aguijón es un cuerpo cualquiera, particularmente de madera, que se introduce en la piel accidentalmente y que puede producir, luego de ciertos movimientos, un dolor agudo. En caso de que haya ocurrido, habría que imaginar un anzuelo que permaneció en alguna parte del cuerpo durante casi toda una vida. La mayoría de los nombres evocados no entran en este cuadro. Quedan, en primer lugar, los dolores artríticos; si, en las primeras películas de Chaplin, los reumáticos hacen reír, los que sufren tal enfermedad nunca se divierten con ella. Ciertas artritis se revelan como verdaderos martirios; en tiempo de Pablo nada las podía aliviar. Se podría añadir a la lista, los cólicos nefríticos recurrentes. Una carta de Pablo hace alusión a una enfermedad que lo inmovilizó varios meses. No se trata del anzuelo. Las enfermedades son ocasionales, el aguijón es permanente.

El aguijón no debe ocultar lo esencial: el hombre que ha experimentado la visión que él evoca en la Segunda Epístola a los Corintios, sale de allí conmovido hasta el fondo del alma. Los grandes místicos han inventado palabras raras para relatar el favor del cual han sido objeto.

Estamos seguros de que la visión llegó en tiempo conveniente. Nació un nuevo Saulo. Mientras la mayoría de los cristianos de la primera generación estiman que lo más importante es, para un judío convertido, persuadir a los demás judíos de que se reúnan con el Mesías, Saulo confirma su otra ambición: hacer conocer el mensaje de Cristo a quienes no son judíos.

Se discute siempre entre judíos cristianizados. Los que rehúsan transigir con la Ley, acentúan su desacuerdo con los que quieren a todo precio abrirse al mundo. En una y otra parte, hay exasperaciones, encarnizamientos. Saulo se afirma como uno de los más ardientes entre los “liberales”. El enfrentamiento va a encontrar su lugar de predilección: la circuncisión.

Que el asunto deba ser propuesto, es algo que no se niega en el campo de Pablo y Bernabé. Sencillamente él se pregunta: los paganos que piden el bautismo no han sido circuncidados como lo quiere la Ley. ¿Es preciso, antes de recibirlos entre los fieles de Je-

sús, entregarlos al cuchillo del rabino no importa cuál sea su edad, veinte, treinta, cuarenta años? Los paganos sienten repugnancia ante esto. ¿Se le va a privar a Cristo, de la fe que ellos testifican?

Cada uno permanece firme en sus posiciones.

Un día en el que Bernabé, Simeón, Lucio de Cirene, Manaén y Saulo se reúnen para celebrar el culto del Señor, perciben juntos una orden que sienten venida de otra parte. Es clara: *Resérvenme, pues, a Bernabé y Saulo para la obra a la cual los tengo destinados.*

“Entonces, después de haber ayunado y orado, les impusieron las manos y les enviaron. Ellos, pues, enviados por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia y de allí navegaron hasta Chipre”²².

Así que por segunda vez, Bernabé va a jugar un papel esencial en la vida de Saulo. Luego de haberlo sacado de su retiro de Tarso, va a conducirlo al país que mejor conoce ya que allí nació: Chipre.

²² Hch 13, 3-4.

Donde Saulo se convierte en Pablo

Tres cristianos se encaminan hacia Seleucia, puerto de Antioquía: Bernabé, Saulo y un joven de nombre Marcos, primo del primero y quien hará hablar de él; se le va a atribuir uno de los Evangelios, algo que no puede considerarse como cosa de poca monta. Estamos en la primavera del 45.

Diecinueve siglos más tarde, en compañía de Cornelio Scheffer a quien dedicó su *San Pablo*, Ernesto Renan partirá también de Antioquía hacia Seleucia. La marcha, escribe, es de “una pequeña jornada”. Nosotros, automovilistas, somos devueltos a la realidad por un caballero, exseminarista cuádragenario, obsesionado por la duda y acechado por la gordura.

Sigamos a estos tres cristianos cuya túnica se hace pesada con el polvo, y este Ernesto Renan que imagino vestido gustosamente como un viajero de Julio Verne¹. El autor de *El Porvenir de la Ciencia* observó los mismos paisajes que Saulo. Del año 45 a 1861, estamos seguros de que éstos han cambiado muy poco. Renán atravesó y describió caseríos más bien alejados –cosas y personas– de las ciudades bíblicas. Se convierte así en una fuente para abordar los itinerarios de Saulo, luego de Pablo. La prueba: “La ruta sigue a la distancia la ribera derecha del Oronte, cabalgando sobre las últimas ondulaciones de las montañas de la Piería, y atravesando a

¹ Encargado en 1860, por el gobierno imperial, de una misión arqueológica en Siria, Renan visita la Palestina vecina en abril y mayo de 1861, y relata su propia visión de Jesús, “hombre incomparable, tan grande que no quiero contradecir a aquellos que, sorprendidos por el carácter excepcional de su obra, lo llaman Dios”.

vado las numerosas corrientes de agua que por allí descienden. Por todas partes hay bosques de mirtos cortados, madroños, laureles, encinas verdes; ricas aldeas están suspendidas de las crestas vistosamente cortadas de la montaña”. Treinta y dos kilómetros separan a Antioquía de Seleucia. A mitad de camino, la ruta atraviesa un desfiladero desde donde se divisa el mar. “Las cimas boscosas de las montañas de Dafne forman el horizonte del costado sur”.

Se espera que los emigrantes afeminados señalados por Juvenal, no hayan obstaculizado demasiado el sitio del embarque y que el viento que cae de las montañas, no haya provocado sobre el golfo esa “fuerte marejada” señalada por Renan, cuando los “malecones, el muelle formado de bloques enormes” existían aún. En el siglo XXI, sólo quedan vestigios de esto –muelle y murallas– cerca de la aldea turca de Magaraçik.

A pesar de que su barco se introduce mar adentro, nuestros tres cristianos pueden considerar delante de ellos “el bello arco circular formado por la costa en la desembocadura del Oronte”; a su derecha, “el cono simétrico de Casio”; a su izquierda, “las pendientes quebradas del monte Corifeo”; detrás de ellos, “las nieves del Tauro y la costa de Cilicia que encierra el golfo de Issus”². Ernesto no se embarcó. Se contentó con saludar, desde la arena gris de la playa, el mar al cual se lanzaron los tres conquistadores de Cristo.

Una simple observación: Saulo y Ernesto fueron tratados de renegados.

Al establecer en el siglo I, el catálogo de pruebas físicas que pueden afligir al hombre, Séneca sitúa los naufragios al mismo nivel de los incendios y los deslizamientos de tierra. Durante toda la Antigüedad, los viajeros prefirieron el transporte marítimo, infinitamente más rápido y menos agotador que el terrestre, pero nunca desconocieron los riesgos. Eran tan reales y frecuentes los peligros, que se promulgaron edictos sobre las reglas que los podrían

² Debo aquí rendir tributo a la memoria de Renan, salido de su gabinete de trabajo y de las bibliotecas para afrontar regiones en las cuales escasos europeos se arriesgaban sólo por razones comerciales. Veo en él al precursor de los historiadores modernos ávidos de extraer la verdad con la contemplación de los lugares.

paliar, en parte, siendo la más exigente la de navegar solamente en la estación bella –de mayo a septiembre– a fin de que los marineros y pasajeros no se convirtieran en “el juguete de los vientos”. Los textos de la época maldicen la avidez de los armadores: la mayor parte de los naufragios tenían como origen la sobrecarga del navío tanto en mercancías como en viajeros. En el año 64, si Flavio Josefo naufraga en el Adriático, es porque su nave embarcó a seiscientos pasajeros.

Ningún navío está diseñado para recibir exclusivamente pasajeros. Se acogen además de las “mercaderías”, palabra genérica que designa las mercancías y los animales, sobre todo, bovinos y ovinos. A los grandes transportadores, *naves onerariae*, se oponen los cabotajes, *naves orariae*. Cuando Bernabé, Saulo y Marcos se embarcaron, sabían de antemano que no dispondrían de ningún arreglo particular. Debieron llevar al menos una cobija y una estera para dormir, aun en el puente. Muy excepcionalmente, podría suceder que la parte trasera del navío, levantada en forma de toldillo, contara con algunas cabinas –*dietae*–, siempre reservadas a los pasajeros de clase. En el mejor de los casos, se arregla para el vulgo, una tienda destinada a protegerlo de los ardores del sol. Algunos se ven relegados “al fondo de la tilla”, algo muy poco envidiable ya que la bodega recoge todas las aguas del barco, incluidas las más malolientes: la palabra “sentina” lo resume todo. El pasajero debe proveerse de alimento para todo el viaje; el capitán sólo proporciona agua potable.

Bernabé –jefe de la expedición– debió pagar al armador el precio de la travesía. El viajero que no reservó su puesto a tiempo puede, a último momento, negociar con el capitán, algo que conlleva regateos interminables. Para una distancia relativamente corta –76 millas, 214 kilómetros–, el *oneraria* escogido por nuestros tres cristianos es probablemente un barco más redondo que largo, dotado de un solo mástil, al cual se amarra una vela rectangular menos alta que ancha.

No hay timón sino, en la parte trasera, dos largos remos fijados, por una y otra parte, en la popa, en “huecos de guía” y unidos por “cuerdas” fijadas a una barra, el *clavus*, por medio del cual el timonel dirige el navío.

Viajeros como los demás: así debieron haber visto a los tres hombres, los que se embarcaron con ellos. Nosotros sabemos que se emprende una “expedición de Alejandro a la inversa”, que del Oriente, va a conducir a Pablo hasta el Lejano Occidente, y a la muerte bajo la espada del verdugo. Hasta aquí, el mensaje de Cristo no se ha hecho oír sino en la ribera del Mediterráneo oriental. Va a resonar ahora en dos continentes.

No dudamos ni un solo instante que Saulo experimenta profundamente la voluntad de evangelizar a los paganos. ¿Va él, como los apóstoles, a “contar” a Jesús a aquellos que no lo conocen? No es capaz de eso. ¿Se inquieta ante esta dificultad? Él, que sólo se ha preocupado, durante años, del tejido, del modo de fabricar tiendas y del beneficio que esto le podía aportar, ¿no ha experimentado de golpe el sentimiento de ser presuntuoso? Lo dudo. Aun si por algún tiempo él ha podido relegar el Acontecimiento, también le ha concedido todo su lugar. Le corresponde comunicar a todos, lo esencial: *Cristo resucitó*. Si Jesús venció la muerte, fue para salvar a los hombres. Todos: “Los paganos son admitidos a la misma herencia, miembros del mismo cuerpo, asociados a la misma promesa en Jesucristo”³. Si la muerte se encuentra para cada uno al final del camino, el miedo, al momento de caer, deriva de la amenaza de lo desconocido. Pablo clama: *Cristo les trae la salvación*. Insiste: se pueden dejar todos los caminos, aun los peores. No hay falta que no pueda ser perdonada. ¿Muerte, dónde está tu victoria? Pablo se ha convertido en el mensajero de “la buena nueva de Cristo”, más sencillamente, la Buena Nueva: “A mí, el menor de todos los santos, me fue concedida esta gracia: la de anunciar a los gentiles la inescrutable riqueza de Cristo, y esclarecer cómo se ha dispensado el Misterio escondido desde los siglos en Dios, Creador de todas las cosas”⁴. Tal es el tema que él quiere transmitir a aquellos hacia quienes va. Lo hará en su propio lenguaje, y éste será tan exigente, a veces tan difícil de comprender que uno se pregunta cómo tantas personas lo entendieron y recibieron. He ahí otro misterio.

³ Ef 3, 6.

⁴ Ef 3, 8-9.

Unas treinta horas acurrucados o extendidos entre bultos y bolsas en un puente sonorizado con mugidos y balidos: es el tiempo que Bernabé, Saulo y Marcos han pasado a bordo. Observando la prohibición que se impone a todos los viajeros de mar, se han abstenido de comer pescado y mantener relaciones sexuales. El último punto no concierne a los dos primeros, ya que se han establecido en el celibato. Parece que hay que excluir el que un joven destinado a la canonización –san Marcos– haya podido, en lo tibio de la noche, dejarse tentar por una bella criatura. Nunca se sabe.

El día ha comenzado. A lo lejos se dibujan, en el resplandor de su blancura, las riberas escarpadas de Chipre. Blancas también, las casas que, en el puerto de Salamina, se destacan sobre el fondo azul del cielo⁵. Aunque romana desde el año 58 a.C., la isla sigue siendo casi totalmente griega: por su idioma, su escritura, su modo de vida. Algo que no desagrade al casi-griego Saulo. En cuanto a Bernabé, vuelve a su isla, y con eso se dice todo.

Hoy en día subsisten, al norte de Famagusta, vestigios que recuerdan la antigua grandeza de la ciudad: termas, un gimnasio, un teatro romano. Saulo los vio. La comunidad judía de Chipre era particularmente próspera: Flavio Josefo lo afirma precisando que ella enviaba vino de Chipre al Templo de Jerusalén. El principal recurso de la isla, son las minas de cobre. Su rendimiento es tal que Roma confió el gobierno de la isla a un procónsul. Herodes el Grande, siempre cuidadoso de acrecentar su poder y de redondear su fortuna, obtuvo de Augusto “la mitad de las ganancias de las minas de cobre de Chipre y la dirección de la otra mitad”. No es cobre lo que Bernabé, Saulo y Marcos han venido a buscar en Chipre.

“Llegados a Salamina, ellos anuncian la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos”⁶. Como se ve, no pierden un minuto. Que se hayan dirigido con prioridad a los judíos de la ciudad, numerosos desde la época de los ptolomeos, anuncia un método –singularmente eficaz– del cual más tarde Pablo hará su principal fuerza de marca. Para evangelizar a los paganos, se comenzará siempre

⁵ No hay que confundirla con la isla griega de Salamina, que a lo largo del Pireo, vio la derrota de Jerjes por la flota ateniense.

⁶ Hch 13, 5.

por predicar a los judíos. De este hecho, la Diáspora se va a revelar como el agente principal de la expansión del cristianismo.

La rapidez de los judíos en acoger a sus correligionarios se volvió proverbial. ¿Que un viajero judío llega de alguna parte? Busca el barrio judío, e inmediatamente, lo reciben con los brazos abiertos. En la Edad Media, el judío Benjamín de Tudela llega a recorrer toda Europa “sin haber visto nada más que judíos”. ¿Por qué debería haber sido de otro modo en la Antigüedad?

Es sábado, día del sabbat, cuando nuestros misioneros se acercan a la sinagoga. Se les rodea, se les pregunta sobre sus familias, el país de donde vienen. Se está ávido de escuchar noticias; los viajeros las traen. El mismo Jesús procedió así: “Él entró, siguiendo la costumbre el día del sabbat en la sinagoga, y se levantó para hacer la lectura”⁷. Bernabé y Saulo se cuidan de hablar demasiado pronto de un Mesías llamado Jesús. Es mejor dejar pasar una semana.

No puedo creer en un encantamiento general que haya seguido a su toma de la palabra y del cual Lucas se hace eco. Pensemos que vienen a anunciar a creyentes, educados en una religión milenaria que de ningún modo ha envejecido, que les es preciso modificar todo el telón de fondo de su fe. Algunos habrán rehusado escucharlos, otros habrán protestado. De tal comportamiento que se convertirá en el pan diario de Bernabé y Saulo, éstos no se sentirán afectados: si algunos desean saber más, ellos lo consideran como un éxito. Un solo convertido significa una victoria. Algunas veces el asunto resulta mal. Un oyente se enfada, grita por la supuesta impostura y el sacrilegio. Esto se traduce en violencia, llegando incluso a los castigos que se reservan a los herejes, los azotes reglamentarios por los rabinos o la flagelación específicamente romana administrada por los lictores: “De los judíos, dice Pablo, he recibido cinco veces treinta y nueve golpes, tres veces he sido flagelado”⁸.

Dos rutas se ofrecen a los viajeros. ¿Van ellos a escoger la de la alta meseta montañosa, la más directa, que sigue el curso del Pe-

dias? Esto representa ciento cincuenta kilómetros a vuelo de pájaro a través de una montaña cuya escalada no evoca ni una pizca de placer. Si se acerca el verano, se está seguro de sufrir los calores insoportables, de los cuales, ya en el siglo I, el poeta Marcial se quejaba.

Todo lleva a pensar que el trío escogió el otro camino: el de la costa. Es verdad que hay que recorrer cincuenta kilómetros más, pero además de que éste es incomparablemente más cómodo, ofrece una ventaja que nuestros misioneros no dejarán pasar: atraviesa por ciudades dotadas de sinagogas, Citium, Lárnaca –situada en medio de paisajes que inspiraron a Homero– y Amatus.

Se da la vuelta a los macizos montañosos de Trogodos. Nuestros misioneros recorren unos treinta y cinco kilómetros por día, velocidad ligeramente inferior a aquella que se nos presentaba en las escuelas de mi infancia, como la velocidad media de un hombre a pie: cuarenta kilómetros por día.

No los compadezcamos demasiado. En primavera, el aire es ligero, los paisajes encantan. A su izquierda, en las pendientes de las montañas con cimas aún blanqueadas, los árboles, los cerezos o manzanos, están en flor. Las viñas, artísticamente podadas, anuncian los racimos de los cuales se hará un vino sabroso. Los naranjos ofrecen frutos que uno presume jugosos. Los olivares proclaman la promesa de ese aceite excelente que se exporta lejos.

A la derecha de los caminantes, el mar, tapizado de innumerables cabos y promontorios, despliega todos los matices de azul, agregando el ruido de la resaca a la fascinación del espectáculo.

Cuanto más camina el trío, tanto más se aflige: fuera del culto de Apolo celebrado al norte de Currium, la isla vive completamente bajo el signo de Afrodita. Nacida, según la leyenda, de la espuma de los mares, la diosa griega del amor fue asimilada oportunamente a la Venus de Roma; la conquista romana del 58 a.C. no perturbó en nada su culto, sus templos, sus sacerdotes y sus fieles. Salamina, Amatonta, Idalión y Pafos, principales ciudades de la isla, siguen siendo sus devotos. Se celebran sus amores incontables, su sensualidad sin límites, –aun sus infidelidades– y los hijos que le han dado sus amantes: Armonía, Eros, Anteros, Priapo, Hermafro-

⁷ Lc 4, 16.

⁸ 2Co 11, 24.

dita. Favorece abiertamente los amores ilícitos: una coartada para tanta gente. ¡Qué comodidad, Afrodita!

En las alturas del Amatonta se levanta su santuario más frecuentado, tanto por los habitantes de la isla, como por los extranjeros, ávidos de participar en las fiestas que allí se celebran. Jóvenes sacerdotisas exhiben un entusiasmo religioso que va, en ciertos días de grandes multitudes, hasta un verdadero stakhanovismo⁹. ¿Cómo acabar una fe así, que halaga tan bien los deseos, los instintos y las debilidades de los hombres? ¿Cómo oponerle los rigores y las prohibiciones de una Ley que, por ser la de un Dios único, corre el riesgo de suscitar el terror? No hay duda de que tales preguntas debieron obsesionar a Pablo. Hasta el día en que comprendió que eran numerosos los que inconscientemente cansados de un relajamiento tan antiguo, buscaban nuevas reglas.

En cada puerto, el comportamiento piadoso se reitera. En la sinagoga, es probable que Bernabé, debido a su doble primacía –jefe de misión y chipriota– sea el primero en tomar la palabra, y privilegia la imagen concreta de Jesús. Él lo presenta predicando amor y perdón tanto en las rutas de Galilea como en las de Judea, curando a los enfermos, resucitando a los muertos y, en el momento en el cual podría haber sido rey, eligiendo morir en la cruz para salvar a todos los hombres.

Luego viene el turno de Pablo. Experimenta poca confianza en sus medios oratorios: Él mismo reconoce que “su palabra es nula”¹⁰. ¿Qué importa? Bernabé ha hablado del hombre Jesús. Vayamos a lo esencial: demostremos que este Jesús es el hijo de Dios y Dios al mismo tiempo. De la anécdota se pasa a la abstracción. Nadie ha puesto en duda su fuerza demostrativa, mas, para algunos de aquellos que lo escuchan, esto es duro. Afortunadamente tienen puntos de referencia: Saulo se apoya sobre todo en la Biblia, lo que siempre suscita un vivo interés entre los oyentes judíos. El subraya los pasajes que anuncian la venida de un Mesías y afirma que se aplican de manera muy exacta a la persona de Jesucristo. Desarrolla de modo muy convincente –como lo hará en sus cartas– el tema de

la Resurrección, epicentro de su razonamiento. Puede ser que las palabras se atropellen en su boca pero los que lo escuchan se conmueven ante este hombre pequeño que tartalea, porque su fe es muy fuerte. ¿Y Marco? Habrá que pensar que, por el momento, se limita a escuchar a Saulo. Más tarde, aprenderá otras cosas oyendo a Pedro.

¿Obtiene el trío conversiones? Los hechos las suponen. Sin más. Uno soñaría con una redada magnífica, nuevos cristianos que se volcarían en masa en pos de los tres hombres. Contentémonos con soñar. Los caminantes arriban por fin a la nueva Pafos, ya que la antigua fue destruida por un temblor de tierra: el emperador Augusto, en persona, ordenó la reconstrucción. Allí reside el procónsul romano Sergio Paulo.

Durante mucho tiempo se creyó no conocer a este alto funcionario romano sino por los Hechos que citan al “procónsul Sergio Paulo, un hombre inteligente”¹¹. Era muy poco. Investigadores pacientes nos permiten hoy atribuir a este romano rasgos mucho más precisos¹². Al pertenecer a la tercera generación de colonos instalados en las llanuras anatolianas, Paulo es originario de Galacia central. Propietario en Vinicio de un vasto dominio, prefirió confiar su explotación a libertos y empezar una carrera en la administración imperial: un día será senador. Si ningún documento confirma su nominación como procónsul en Chipre –empleo bastante mediocre a los ojos de Roma–, se sabe que su predecesor permaneció en el puesto de julio del 43 a julio del 44: el mandato duraba un año. El encuentro de Sergio y de Saulo se sitúa, pues, lógicamente entre julio del 44 y julio del 45.

En Pafos, la magia tiene derecho de ciudadanía. No faltó nada para que se le concediera el rango de religión. Sus defensores se refieren a doctrinas que hunden sus raíces en Egipto o en Mesopotamia. El procónsul acoge de buena gana en su palacio a un mago más solicitado que los demás: un cierto Elimas, llamado también Bar-Jesús, lo cual indica su origen judío. Después de haberse divertido con sus juegos de manos, Sergio entabla con él uno

⁹ Esfuerzo colectivo para acrecentar la producción. (Nota del traductor).

¹⁰ 2Co 10, 10.

¹¹ Hch 13, 7.

¹² Cf. MITFORD, T. B. y HALFMAN, H.

de esos debates que enloquecían a los intelectuales de la Antigüedad. En esa época, “los filósofos se transformaban en sofistas y los sofistas en magos”¹³. Esto es tan cierto que, habiendo conocido la presencia en Pafos de tres predicadores de un dios desconocido, Sergio Paulo –“hombre advertido” según Lutero– se propuso encontrarlos. “Invitó a Bernabé y Saulo, y manifestó el deseo de oír la palabra de Dios”¹⁴. Se creará, más bien, que estando aburrido en su isla, el procónsul quiso distraerse llamando a estos insólitos visitantes. Despojado de todo, el trío se ve de la noche a la mañana lanzado a un lujo del cual ninguno tenía la menor idea. Acogida, saludos, preguntas. Bernabé explica. Y Paulo se admira: ¿quién es pues este Mesías? En el trasfondo de la escena, el mago Elimas se enerva. Él también vino a informarse; ¿y si se tratara de competidores desleales? De repente explota: ¡que esta gente presente las pruebas de lo que dicen! ¡Y que el procónsul no se fie!

La violencia que Saulo lleva en sí, y que trata de calmar de la mejor manera posible, se despierta súbitamente. Su rostro muestra el enojo. Estalla como un trueno:

–Tú que estás amasado en astucia y maniobras secretas, hijo del Diablo, enemigo jurado de la justicia, ¿no vas a dejar de falsear la rectitud de los caminos del Señor?

“Al mismo instante, dice Lucas, la oscuridad y las tinieblas lo invadieron y él daba vueltas a la redonda buscando un guía”. ¿Un milagro de Pablo? Todos los hipnotizadores de alguna experiencia obtienen resultados similares. Sobre su ímpetu, Lucas agrega: “Cuando vio lo que pasaba, el procónsul se volvió creyente”. Admirable al leerse pero poco convincente. La historia no registra, en este tiempo, ninguna conversión de un personaje de tal rango. Si hubiera sido el caso, el interesado sería celebrado hoy en los altares. Sucede que Lucas toma sus deseos por realidades.

De estas entrevistas memorables va a derivar un acontecimiento rico en consecuencias: *Saulo va a cambiar de nombre*. Pide que lo llamen Pablo y así se llamará indefinidamente. De Paulo a Pablo, no se puede negar la relación. ¿La influencia del procónsul

habrá sido así de intensa? Algunos –entre los cuales san Jerónimo– han avanzado la hipótesis de una adopción de Saulo por el romano. Suposición gratuita: si cierta intimidad parece haber nacido entre los dos hombres, ella sigue siendo más filosófica que religiosa. La inmersión en un territorio tan profundamente griego, ¿no habrá llevado a Saulo a abandonar su nombre judío? Paulo, en griego, significa pequeño: fuera de la realidad de su estatura exigua, ¿quiso él confirmar a sus propios ojos su condición de siervo reducido a la nada a causa del infinito poder de Dios?

A decir verdad, bajo los estandartes romanos, coexisten tantas naciones, pueblos y lenguas que la substitución de un nombre por otro es algo común y corriente y medio de integración. El ejemplo más evidente es el de Simón, jefe de los apóstoles, quien primero se volvió Cefas y más tarde Petrus¹⁵. Por un tiempo el tarsense será Saulo *llamado* Pablo. Con rapidez, Saulo desaparecerá y sólo quedará Pablo. Adiós al recuerdo del primer rey judío.

Otro cambio decisivo: En Chipre, se ve a Pablo pasar insensiblemente del segundo lugar al de jefe de misión. La transición se indica con la discreción querida por los Hechos. En su Epístola a los Gálatas, Pablo la confirmará. Con una modestia digna de admirar, Bernabé se oculta sin discusión. ¿Comprende él que el carácter completo de Pablo lo determina a ser el maestro? Hasta aquí los textos hablan de “Bernabé y Saulo”. En adelante, sólo se mencionará a “Pablo y Bernabé”.

En Pafos hacen escala los barcos que salen en todas direcciones. Basta con escoger. Además, ya es hora, ya que la época fatídica se aproxima –el otoño del 45– que prohíbe los viajes por mar. Entre otros destinos, se propone Efeso. Hay seguridad de encontrar allí, como en todas partes del Asia Menor, muchos judíos. Parece que Pablo no piensa en esto. Prefiere Ataleia. Es inútil preguntar acerca del iniciador de la decisión: el nombre de Sergio Paulo viene enseguida a la mente, el hombre de Anatolia central, quien posee grandes bienes y relaciones que no dejarán de ser muy útiles.

¹³ HOLZNER, Joseph.

¹⁴ Hch 13, 7.

¹⁵ *Kepha* es el nombre común arameo para “roca”. Primero fue traducido al griego por *Petros*, el cual fue luego transpuesto al latín bajo la forma *Petrus*.

Bastarán sólo treinta y seis horas de navegación para saludar el golfo de cuyo fondo se yergue la majestuosa Ataleia. Todos los marinos del Mediterráneo saben encontrar allí, en período de tempestad, un asilo incomparable.

Busqué a Ataleia en Antalia el sitio turco más vendido hoy en día, por las agencias de turismo. De la presencia romana, sólo encontré la puerta de Adriano, impresionante propileo de mármol blanco cuyo único defecto, con relación a la historia de Pablo, es el de haber sido edificado sesenta y seis años después de su muerte. En el museo, las salas frías y griegas están por encima de las efigies de algunos emperadores. En cuanto a la *Bailarina*, sensual bacante de 2,25 metros de alta, en mármol blanco y negro, vale la pena el desvío, aunque dudamos mucho de que Pablo se hubiese tomado el trabajo de hacerlo.

Difícil, en medio de esta ciudad balneario de setecientos mil habitantes, más europea que turca, imaginar a los misioneros de Cristo deambulando por sus calles. El único lugar del cual estamos seguros, admiramos en común, es el alto acantilado, al fondo del golfo, que los viajeros tienen ante sus ojos antes de que su barco aborde. En tiempos de Pablo, él formaba el cimientó sobre el cual la ciudad había sido edificada. Lo mismo pasa hoy.

La región en la cual acaban de desembarcar Pablo, Bernabé y Marcos se llama Anatolia¹⁶. Allí reinan los romanos como dueños. No sólo los pueblos lo consienten sino que se alegran de esto. La mayoría se sometió sin resistir a la conquista. Antiguas unidades políticas, como las de Frigia, Carie y Lidia, han desaparecido. También los reinos de Pérgamo, Bitinia y del Ponto. Toda esta parte del imperio implora el favor de ser designada como “amiga de César”. Las ciudades suplican que les sea otorgado el título de “metrópolis” o de “muy ilustre”: Tácito y Diógenes Casio lo atestiguan. El culto de Augusto ha llegado a ser la religión dominante. Se erigen por todas partes templos a los emperadores-dioses. ¿Culto sincero? Hay que inclinarse más bien por una tontería generadora de ventajas.

De Ataleia, el trío entra, a menos de media jornada de marcha, a la ciudad de Perga. En las *Verrinas*, Cicerón denunció los saqueos

¹⁶ El nombre de Asia Menor sólo data del siglo X.

del cuestor Cayo Verres: ¿acaso no llegó él hasta arrancar el revestimiento de oro de la diosa Artemisa, protectora de la ciudad? De la apariencia de Perga, se ignoraba casi todo hasta 1946, año en el cual los arqueólogos turcos comenzaron a exhumar el maravilloso sitio que dormía bajo tierra. Cuando la visité, se seguía trabajando.

Nada puede dar una mejor idea de lo que era una ciudad romana en Asia Menor. Pablo la vio encarcelado en sus murallas. Allí entró entre dos torres helénicas de doce metros de altura y, salvo si él escogió decididamente permanecer insensible ante el mundo exterior, no pudo menos de sentirse impresionado por su majestad. Al ampliar la ciudad, los romanos se propusieron conservar los vestigios del antiguo recinto: ¡gracias, romanos!

Apenas pasa por la puerta monumental, una avenida cubierta de mármol se ofrece a las miradas del tarsense y sus compañeros: trescientos metros de longitud, veinte de anchura, se extiende a lo largo de un canal por donde el agua corre en abundancia. Los pórticos permiten a la vez, caminar a la sombra y hacer las compras en las tiendas. Si Pablo se sintió enfermo en Perga, habrá podido consultar un médico cuyo consultorio se abría en el este, en el trigésimo nono puesto, partiendo de la puerta monumental: un mosaico lo confirma hoy en día.

Nadie puede ignorar el mayor edificio de Perga: el impresionante ninfeo que se levanta al fondo de la avenida. Al pie de la acrópolis, en dos pisos, recoge las aguas de las fuentes vecinas para ofrecerlas al canal. ¿Cómo es posible que Pablo no haya andado, a la derecha de la gran avenida, por el piso en mosaico del ágora—cuadrado, de setenta y cinco metros de lado—, donde se reunía, en las horas frescas, toda la ciudad? Él tuvo que haber pasado bajo una de las puertas de mármol que permitían acceder a las calles adyacentes. Los templos paganos no lo habrán detenido, seguramente. Lo que más le habrá gustado, sin duda, ha debido ser la sinagoga. De ésta se informaron, Pablo, Bernabé y Marcos. “Ellos anunciaron la palabra en Perga”, dice Lucas. ¿Dónde sino allí, debieron hacerlo ante sus hermanos judíos?

Sorpresa: cuando salgan de la ciudad, ya no serán sino dos. Marcos los abandonó. Parece que se exasperó por el cuadro horroroso

que le debieron haber presentado del viaje que seguía; al menos es lo que se afirma generalmente. Yo propondría una explicación diferente. No todo el mundo es Bernabé. Es muy posible que la personalidad cada vez más egocéntrica de Pablo se haya revelado a la larga como algo insoportable para el joven. Al anuncio de esta deserción, uno puede imaginar bastante bien, mientras el otoño del 45 llega a su fin, cómo debió ser la despedida: las lágrimas de Marcos, la conversación conciliadora de Bernabé, los gritos de Pablo.

CAPÍTULO VI

A la conquista de Anatolia

Recorriamos la excelente carretera que, desde la salida de Antalia, se eleva rápidamente hacia el norte. Literalmente la han cavado en la montaña. En la parte de atrás del auto, Anne-Hélène, mi hija menor, y su amiga Aurora no apartaban sus ojos de los bosques frondosos que se extendían por ambos costados de la vía. Impregnadas como estaban del sentido de nuestro viaje, ¿buscaban también las sombras de Pablo y de Bernabé? Micheline Pelletier, mi esposa, con una cámara fotográfica siempre lista a su lado, conducía. Yo tenía todo el tiempo para escrutar la inmensidad salvaje del Tauro en el cual nuestros dos misioneros, hace veinte siglos, se habían adentrado. Me los imaginaba en caminos apenas trazados, jadeando en el centro del bosque, con los rostros arañados por las ramas, trepando con dificultad las pendientes abruptas, deslizándose sobre rastros de rocas que descendían rápidamente hasta el fondo de los barrancos.

Para afrontar los peligros y necesidades de semejante expedición, debieron haberse equipado: calzado fuerte, una capa con capucha —el *birrus*— y un sombrero de ala ancha: el *petase*. Uno adivina que la tela de la tienda indispensable, fue escogida con un cuidado meticuloso, por algún conocido. Habrá que cocinar, así que tuvieron que llevar un mínimo de accesorios. Imposible empacar todo esto en alforjas. Aquí interviene el asno o la mula: estas bestias ideales de carga tienen los cascos muy firmes en la montaña. Alquilar uno de ellos o inclusive comprarlo no es algo que arruine: los viajeros sólo tendrán que ocuparse de ellos mismos. El indispensable bastón les ayudará y, según la ocasión, les permitirá tener

alejados tanto a osos como a lobos u otras fieras que pululan en estos parajes. Sin olvidar a los bandidos, quienes agazapados en sus guaridas, tienen en jaque a la policía romana, la cual, sin embargo, es muy eficaz en todo el imperio.

Sin descanso pesa el abrumador telón de fondo que ha señalado nuestro propio viaje, las mismas cimas nevadas hasta bien entrado el verano. Se entiende que no hay ningún mapa, ninguna brújula, ningún cartabón. Inútil creer en algún poste indicador. Sólo quedan las estrellas, pero hay que esperar la noche y rezar para que las nubes no cubran el cielo. Aún hoy, las ciudades son raras: Pablo y Bernabé pudieron haber andado muchos días sin encontrar un ser humano. La perspectiva de un albergue se cambia, la mayor parte de las veces, en falsa esperanza. De vez en cuando, un cortijo o una casa de leñador. Raramente se rehúsa la hospitalidad a los viajeros: la granja está siempre ahí con su paja acogedora. Cada vez que ellos se detienen, se abastecen lo mejor que pueden: pocas cosas ya que tienen poco dinero. Llenan su calabaza con leche de cabra, algo que romperá la monotonía del agua de las fuentes o los arroyos.

Cuando las costas son menos ásperas, las pendientes menos peligrosas, se entretienen en conversaciones con los mercaderes. Banalidades, observaciones sobre el tiempo que hace, las dificultades de la travesía, las necesidades naturales. De pronto, una confianza que se le escapa a pesar suyo. Largos espacios de silencio cubiertos seguramente con oraciones. ¿Cómo podría ser de otro modo con hombres tan intensamente motivados? Dirigirse directamente al Señor, confiarle todo lo de ellos, ofrecerle su persona, implorar su ayuda, solicitarle a veces su socorro: todo esto se sitúa en la lógica de tal proyecto. Por falta de eco, el diálogo con Dios se puede volver corto. Entonces, las oraciones aprendidas desde hace mucho tiempo vienen a sus labios. Sólo pueden ser oraciones judías: aún no existen plegarias cristianas. La primera de éstas, el Padrenuestro, enseñada por Jesús, sólo aparecerá mucho más tarde, cuando se publiquen los Evangelios. Ni Pablo ni Bernabé debieron ver en eso algún inconveniente: el mismo Jesús recitaba oraciones judías. Su tranquilidad de ser cristianos sin cesar de ser judíos, sólo toma mayor fuerza.

Veo a Pablo, siempre algo endeble pero musculoso a causa de las distancias recorridas, empeñado, casi agresivo.

Lo que a él y a Bernabé los ha llevado, motivado, sostenido, es la certeza de obrar de acuerdo con una orden que les ha venido de Dios. No se podía aplazar ni un solo día, el anuncio de que el Mesías –el *Hijo de Dios*, insiste Pablo– había visitado a los hombres y que, desde entonces, una esperanza inmensa se abría ante todos. La historia de los místicos –grandes y pequeños– demuestra que una fe así puede centuplicar las fuerzas. Puede llegar hasta a anular las fuerzas de la naturaleza: hay seres humanos que han vivido durante años, aun en el siglo XX, sin alimento.

La vegetación cambia. Nos decíamos que se parecía un poco a la de los Alpes suizos. De repente, a la vuelta del camino, surge un lago de entre los árboles. Al momento nos vino al espíritu el alivio de los dos hombres cuando –¡después de semejantes pruebas!– lo divisaron. Por la ruta actual que toma un atajo, eso representa ciento treinta kilómetros. Al menos hay que triplicar la distancia para gentes a pie que suben y trepan. Pablo y Bernabé sabían por lo que habían oído, que este lago se encontraría en su camino; conocían su nombre. Hoy en día, el lago de Egridir es en superficie el cuarto de Turquía: de una belleza que sobrecoge, con cuarenta kilómetros de longitud, con una anchura de entre tres y diecisiete kilómetros, nadie puede olvidar su color azul turquí. En invierno, a menudo congelado, se parece a un lago siberiano. En verano, alimentadas por doscientas fuentes, sus aguas son tibias. Cuando nos detuvimos en sus riberas, el viento soplabá violentamente y pequeñas olas se daban prisa. A lo lejos, la masa rocosa del Sultán Dag lo aplastaba todo. Aquí se levanta a más de 2.500 metros.

Para continuar su camino, Pablo y Bernabé han bordeado este lago. Quizá hayan sido tentados por la propuesta de algún pescador de ser conducidos hasta su extremo norte. Ellos la rechazaron: demasiado caro. Además, el norte los habría alejado de su ruta hacia Antioquía de Pisidia: sesenta y cinco kilómetros por la vía de hoy.

Los peligros evocados más tarde por Pablo no son artificios literarios: “Viajes frecuentes; peligros de ríos; peligros de saltea-

dores; frío y desnudez...”¹. De ahí proviene la dicha de los viajeros al acercarse a esta otra Antioquía, pero también su admiración cuando penetran allí.

Es cierto que Pablo ha conocido grandes ciudades: Jerusalén, Damasco, Antioquía de Siria y aun Tarso no merecían ningún desdén. ¿Se habría él imaginado una metrópolis romana en medio de una región que Lucas juzgaría como bárbara y salvaje? ¿Qué decir de esos edificios que sólo tienen unos setenta y cinco años solamente? Imaginemos un barrio de París construido en 1925 en medio del sur tunecino. Las murallas que descubren los dos hombres son romanas. Después de haber atravesado la puerta, romana, claro está, se encuentran frente a dos avenidas perpendiculares bordeadas de pórticos: una –de sur a norte– que lleva el nombre del emperador Augusto: la otra –de oriente a occidente– erigida bajo el signo de Tiberio. Esta última los conducirá hasta una puerta monumental con tres arcos, decorada con emblemas que celebran la victoria de Actium. Estos propileos permiten acceder al centro de una vasta explanada rodeada de un pórtico de dos pisos, tallado en la roca: la plaza de Augusto. En la mitad de ésta, el templo principal de la ciudad, dedicado naturalmente al emperador-dios Augusto.

Fundada por los reyes seléucidas en el siglo III a.C., era una aglomeración muy pequeña cuando los ejércitos de Roma, en el año 25 a.C., la ocuparon. La decisión tomada por Augusto de establecer allí una colonia romana la transformó. Los veteranos desmovilizados después de Actium, obtuvieron allí tierras que ellos cultivaron. Con una condición: hacer reinar el orden en la población, para lo cual estaban perfectamente preparados. La *colonia Caesarea*, encrucijada de rutas, se convirtió en el motor de la romanización en Pisidia². Antioquía pasó a ser una réplica de la capital del Imperio: administración, tradiciones religiosas, división en barrios, cuerpos de ciudadanos. Se tomó la costumbre de llamarla: “la pequeña Roma”. En su testamento, el emperador Augusto men-

cionó las colonias pisidianas como una de las realizaciones que mejor marcaron su reino.

El primer cuidado de Pablo y Bernabé: hospedarse y enseguida bañarse, preocupación imperiosa de todos los judíos. Después de lo cual podrán estirar sus músculos endurecidos y untar con aceite sus pies adoloridos. Si Sergio Paulo entregó a los dos viajeros cartas de recomendación, las puertas han debido abrirse ante ellos y pudieron haber encontrado albergues. Enseguida, ardiendo de impaciencia, esperaron el sabbat.

Todo indica que los judíos que vivían en esta época en Asia Menor son numerosos, “tanto como en Egipto”, lo cual no significa que lo mismo haya sido en Galacia.

Flavio Josefo menciona el tratamiento favorable que les concedían los romanos: el comercio que practicaban los acercaba más a ellos, hablaban con más frecuencia que las poblaciones autóctonas, griego o latín. Los textos –entre otros los de Cicerón y Filón de Alejandría– confirman la existencia de fuertes comunidades judías hábiles en reclamar sus derechos y que no temían apelar las decisiones locales ante la autoridad romana. Llegaron hasta obtener la exoneración de las cargas comunes. Si algún altercado los enfrentaba con las gentes del país, la mayor parte de las veces los romanos les daban la razón, eventualidad que parece haberse presentado muy pocas veces ya que se nos muestra a paganos y judíos viviendo armoniosamente. Después de haber intrigado a la población, las costumbres de los judíos terminaron aun por seducir. Los “temerosos de Dios” eran numerosos en frecuentar las sinagogas. Uno se admira: ¿“temerosos de Dios” en Antioquía de Pisidia? Ellos estaban en todas partes: una oportunidad única que se presentaba a los cristianos.

Les llegó la hora a Pablo y Bernabé: “El día del sabbat, entraron a la sinagoga y se sentaron”³. Los observan. Simple curiosidad respecto a unos desconocidos. El interés va a venir. “Después de la lectura de la Ley y los Profetas, los jefes de la sinagoga les hicieron decir: ‘Hermanos, si tienen algunas palabras de exhortación que dirigir al pueblo, ¡tienen la palabra!’”.

³ Hch 13, 14.

¹ 2Co 11, 26.

² HUBAUT, Michel.

Sólo esperaban esta invitación. Pablo se levanta, pronuncia un largo discurso sobre el tema de la continuidad de la historia de Israel. Para transcribirlo, Lucas se valdrá de todo su talento.

—¡Israelitas y todos ustedes que temen a Dios: escúchenme!

No puede uno menos de pensar en Pedro hablando en el Templo, en Esteban expresándose ante el sanedrín, tanto más cuanto sus discursos llevan igualmente el estilo de Lucas. Hay un recorrido por todos los capítulos de la Biblia:

—El Dios de nuestro pueblo Israel escogió a nuestros padres. Él hizo crecer el pueblo durante su permanencia en el país de Egipto; luego, con la fuerza de su brazo, los hizo salir de allí...

El desierto, el retorno de Israel, el territorio compartido y distribuido, los jueces, los profetas, los reyes: no falta nada.

—Dios les ha suscitado a David como rey. Fue a él a quien le rindió este testimonio: *He encontrado a David, hijo de Jesé, un hombre según mi corazón.*

No se excluye que haya quienes cabeceen, que algunas pupilas luchen por no cerrarse. ¡Tanto se han oído estas palabras! En lo que nos interesa, el conocimiento de tal discurso es esencial. Él nos permite descubrir el sentido y los argumentos que usa, desde esta época, el hombre de Damasco. La voz de Pablo se acrecienta. La sinagoga se despierta:

—Fue de su descendencia que Dios, según su promesa, hizo surgir a Jesús, ¡el salvador de Israel!

La atención sube:

—Hermanos, ya sean ustedes hijos de la raza de Abrahán o de aquellos, entre nosotros, que temen a Dios, ¡es a nosotros a quienes esta palabra de salvación ha sido enviada!

“Aquellos que temen a Dios”: en una reunión pública, uno sólo saluda a las minorías útiles. Pablo no falta en esto. Luego continúa:

—La población de Jerusalén y sus jefes desconocieron a Jesús; y, al condenarlo, cumplieron las palabras de los profetas que se leen cada sabbat. Sin haber encontrado ninguna razón para darle muerte, pidieron a Pilato lo hiciera perecer, y una vez que dieron cumpli-

miento a lo que estaba escrito acerca de él, lo bajaron del madero y lo colocaron en una tumba. Pero Dios lo resucitó de entre los muertos y él se apareció durante varios días a aquellos que habían subido con él de Galilea a Jerusalén, los cuales son ahora sus testigos ante el pueblo. Nosotros también, les anunciamos a ustedes la buena nueva: la promesa hecha a los padres, Dios la ha cumplido plenamente respecto a nosotros, sus hijos, cuando resucitó a Jesús, como está escrito en el salmo 2: *¡Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy!*

La resurrección de Jesús es, afirma Pablo, algo único:

—Sépanlo, pues, hermanos, gracias a él nos viene el anuncio del perdón de los pecados, y esta justificación que ustedes no pudieron encontrar en la Ley de Moisés, en él se ha concedido a todo hombre que crea⁴.

Él volverá a tomar esta demostración en adelante, sin cansarse; enriquecerá el razonamiento acerca de ella, desarrollará los argumentos y clarificará lo que haya podido quedar oscuro. ¿Qué judío, fuera de Pablo, habría osado sostener que la Ley de Moisés tenía sus límites y que éstos podrían ser traspasados? Uno sólo hasta ese momento: Esteban. Por ello murió. No sólo Pablo se ajusta a su paso sino que va más lejos que él. ¡Qué desquite, oh Esteban!

De una etapa a la otra, de un mes al siguiente, de año en año —de obstáculo en obstáculo— se va a edificar una teología.

Para Schalom Ben-Chorin, especialista judío de la historia de las religiones, ya citado, discípulo y amigo de Martín Bubber, el comportamiento de Pablo en las sinagogas se inscribe muy exactamente en el marco del oficio tradicional: lectura de la *parasha* (capítulo de la Tora escogido para la semana), luego de la *haptara* (pasaje correspondiente de los Profetas). Viene enseguida la *drasha* (predicación). Para esta interpretación, “se llama con frecuencia a un rabino de paso o a algún otro visitante erudito. Lo mismo se realiza en nuestros días”.

Ben-Chorin estima conforme a la tradición que, “en las sinagogas de la Diáspora, se invita gustosamente a Pablo, quien puede

⁴ Hch 13, 15-39.

presentarse como discípulo de Gamaliel, a pronunciar esta clase de sermón. Él comienza, pues, por ofrecer una interpretación tradicional de la Escritura (esencialmente en el sentido del judaísmo helénico); luego anuncia el mensaje de Jesús, lo que es generalmente interpretado por los judíos como un escándalo”.

No siempre. El escándalo no se produjo en Antioquía de Pisidia. Por el contrario, se le ruega insistentemente a Pablo que trate el mismo tema en el siguiente sabbat: “Al salir les rogaban que les hablasen sobre estas cosas el siguiente sábado. Disuelta la reunión, muchos judíos y prosélitos que adoraban a Dios siguieron a Pablo y a Bernabé; éstos conversaban con ellos y les persuadían a perseverar fieles a la gracia de Dios”⁵.

¿Los “prosélitos adoradores”? Sencillamente “temerosos de Dios”. El nombre evolucionó según la época. Se hablará en adelante de “adoradores”, término al cual se agregará frecuentemente el de “incircuncisos”: no se sabía cómo ser demasiado preciso.

Todo indica que los oyentes –judíos y paganos– fueron impresionados fuertemente por Pablo. La historia de dos hombres llegados de no se sabe dónde y lo extraño de lo que anuncian se esparce por la ciudad hasta el punto de convertirse en el tema principal de conversación. En la oración del sábado siguiente, la sinagoga acoge una afluencia sin límites. En medio de los paganos ansiosos por escuchar a los extranjeros, ¡los judíos se encuentran en minoría! “Al ver esta muchedumbre, los judíos se enfurecieron y lanzaban injurias contra lo que Pablo decía”⁶.

¿Quién iba a imaginar este lugar donde se atropellan, se transpira y donde la muchedumbre se desborda sin duda al exterior? Como en la semana precedente, Pablo toma la palabra. A la primera mención de Jesús, estallan gritos de cólera.

Para comprender tal reacción, es preciso volver a Ben-Chorin. Él sabe de lo que habla: “Los judíos –aun si se trata de judíos helénistas y liberales de la Diáspora– tienen de inmediato el sentimiento de que hay allí una alienación de la tradición, una interpretación

ilegítima. Contrariamente a lo que pudieron pensar numerosos teólogos cristianos, este sentimiento no deriva de la afirmación de Pablo, acerca del mesianismo de Jesús. No es ahí donde se sitúa el escándalo. [...] Si Pablo se hubiese contentado con anunciar el Mesías en la persona de Jesús de Nazaret, no hubiera provocado este conflicto insoluble con la sinagoga que marca toda su vida. El enfrentamiento es debido al hecho de que, por una parte, a los ojos de los judíos, él desprecia la Ley en el sentido más amplio del término, y que, por otra parte, preconiza la igualdad absoluta entre paganos y judíos, lo que significa suprimir la Elección de Israel”.

Negarles a los judíos que son el *pueblo elegido*, es en efecto, pedirles demasiado. La mejor prueba se encuentra aquella noche. En el momento en el que los judíos se extienden en injurias, el resto de la audiencia protesta: “¡Déjenlo hablar!”. Los paganos quieren saber más de este Jesús que comienza a hacerlos soñar. El paganismo se enriquece sin cesar con nuevos dioses: ¿por qué no con éste?

De ahí el violento enfrentamiento, afortunadamente limitado a las palabras. ¿Deben Pablo y Bernabé bajarle el tono a sus discursos? Esto no concuerda con su naturaleza. La presencia en la sinagoga de una mayoría de paganos es una oportunidad que no se puede desperdiciar. Ellos llaman a los judíos al orden:

–¡Es a ustedes a quienes se debía dirigir la palabra de Dios!

Una tanda de protestas provoca una réplica previsible:

–Ya que ustedes la rechazaron y como ustedes se consideran indignos de la Vida eterna, ¡entonces nos hemos vuelto hacia los paganos!

De pronto los judíos se callan: absortos. En adelante, Pablo y Bernabé, alternativamente, se dirigen a los paganos:

–Porque tal es la orden que recibimos del Señor: *Te he destinado a ser luz de las naciones a fin de que mi salvación esté presente hasta las extremidades de la tierra*⁷.

⁵ Hch 13, 42-43.

⁶ Hch 13, 45.

⁷ Is 49, 6.

“A estas palabras, dice Lucas, los paganos, muy felices, glorificaban la palabra del Señor y todos los destinados a la Vida eterna se volvieron creyentes”.

¿Todos? El entusiasmo de Lucas lo lleva, una vez más, un poco lejos. Que haya habido conversiones aquel día y otras los siguientes días, se puede creer. “Que todo el país” haya sido ganado –como lo leemos en los Hechos–, sería necesario para admitirlo que Lucas nos precisara el tiempo que supone esta conquista. Se estima hoy que eso pudo durar un año. Admitamos que el éxito fue grande, ya que Pablo lo confirmará en su carta a los Gálatas, alabándose de haber convencido a paganos que “no conocían a Dios” y estaban “sometidos a dioses que, por naturaleza, no lo son”⁸. Se trata pues de anatolienses fieles a sus cultos antiguos, es decir, que celebraban a Men que curaba a los vivientes, hombres y animales; Sabazios, el resucitado, un caballero fantasma que promete la inmortalidad.

¿Qué terreno hubiese sido más propicio a la predicación de Pablo y Bernabé que esta mitología original que se refería a dioses que salvan y –quizás– a uno solo?

Para pasar por el perímetro, fuertemente protegido, de las ruinas de Antioquía de Pisidia, atravesamos la pequeña ciudad de Jalvac. Antes que nada, vimos el acueducto. Sus numerosos arcos trazan, en la lejanía, una larga curva hacia la montaña. Alrededor, en el campo, montículos bastantes regulares cubren las ruinas que hasta ahora no se han podido despejar.

A la entrada del sitio, uno trepa por una pendiente empinada hacia una puerta monumental de la cual sólo quedan algunos pilares y que da acceso a la explanada lo mismo que a la avenida dedicada a Tiberio. A la izquierda, una larga vía enlosada se levanta hasta el hemiciclo de un teatro construido en el siglo II a.C., que por lo tanto Pablo pudo ver. Sorpresa: la avenida pasa por un túnel, bajo las gradas del teatro. Yo subí hasta una de las más altas de éstas. Bajo la extensión llena de hierba que pasaba bajo mis pies, busqué los barrios de la ciudad que siguen sin ser exhumados. La sinagoga donde todo comenzó, ¿yace bajo la tierra pardusca de la cual sólo

⁸ Ga 4, 8.

se han despejado los baños romanos? Era una mañana linda y calurosa. Un solo obrero, protegido con un casco rojo, trabajaba en medio de las piedras.

Pablo y Bernabé no cesan de marcar puntos y la cólera de los judíos alcanza el paroxismo. Las mujeres son las más exaltadas. Se lanzan con sus quejas a los notables de la ciudad. En otras circunstancias, estos romanos, pendientes de la armonía entre las clases de una población llamada a integrarse al imperio, habrían rehusado intervenir en semejante debate, pero las damas judías que protestan tan fuertemente son de una excelente condición social. Y ricas. El resultado no se hace esperar: por eso el ocupante se encarga de los perturbadores. Éstos son sacados de la ciudad. “Habiendo sacudido contra ellos el polvo de sus pies, se dirigieron a Iconio; en cuanto a los discípulos, seguían llenos de gozo y del Espíritu Santo”⁹.

Sin la epístola inmensa que Pablo les dirigió, ¿quién conocería a los Gálatas? Se trata de un pueblo celta llegado de los Balcanes en el siglo III a.C. al encuentro de los conquistadores que bajaron rápidamente del Este hacia las tierras fértiles del Oeste, él manifestó su espíritu de contradicción al escoger instalarse en las ásperas llanuras anatolienses. Después de la batalla de Filipos, el rey gálata Aminta recibió de Antonio el gobierno de Pisidia, luego el de Galacia, de una parte de Licaonia y de Panfilia, enseguida tuvo la confirmación de Augusto en el dominio de esta considerable región. Al término del reino de Augusto (año 25 a.C.), los romanos, pura y sencillamente se apoderaron de todo el conjunto para formar una provincia romana. ¿Para qué encargarse de aliados cuando se puede reinar como dueño?

No es poca cosa llegar a Iconio –hoy Konya– en automóvil: ciento ochenta kilómetros de los cuales treinta de montaña. ¿Pero a pie? Pablo y Bernabé tienen que vérselas ahora con gargantas cuyas rocas negras y hendidas son propias para causar espanto. A cada vuelta del camino, ellos podrían haber estado esperando ver bandidos. Las ciudades que, en la etapa, los acogieron, desaparecieron desde hace mucho tiempo.

⁹ Hch 13, 51-52.

Se les puede imaginar aliviados desde el momento en que arriban a la vía enlosada. Apenas instalada en Asia, Roma prolongó hasta allí la prodigiosa red que surcaba ya a Europa y simbolizará siempre su omnipotencia. En sus orígenes, la intención era solamente militar: se trataba de facilitar el desplazamiento rápido de las legiones. En el año 6 a.C., el emperador Augusto dio la orden de abrir una nueva red en el actual territorio de Turquía. Los ingenieros se pusieron a trabajar y trazaron vías que partían de Antioquía de Pisidia; una de ellas, atravesando hacia el este valles y montañas, llegaba a Sultán Dag y, por un desfiladero estrecho, terminaba en Iconio; la otra se lanzaba desde Antioquía de Pisidia hacia el nordeste para alcanzar Capadocia¹⁰. En honor de Augusto, se dio el nombre de *Vía Sebasta* a las dos rutas: la palabra griega Sebastos era la equivalente del latín Augustus.

Desfilando a través de llanuras y montañas, más a menudo en línea recta, y sembrándolas de obras de arte, los constructores multiplicaron los prodigios. No se olvidó ninguna de las reglas imperativas seguidas en Europa y África: de cuatro a ocho metros de anchura, base unificada compuesta de una capa de hormigón, todo con un espesor de dos metros. Las losas se cortan de manera tan hábil que no habrá necesidad de cemento para unirlos. Todo esto fue obra de los legionarios reforzados con “voluntarios” locales, naturalmente, requeridos a la fuerza. La expresión trabajo de romanos, ¿viene de ahí? Pensemos que la red –en el siglo III de nuestra era– acabará por llegar al ¡golfo Pérsico! Esto hace que uno se pregunte acerca de la insuficiencia de los veredictos pronunciados por las gentes de la Antigüedad: sería necesario, urgentemente, decretar que las vías romanas son la octava maravilla del mundo.

Henos ya tranquilizados: nuestros viajeros van a alargar sus pasos sobre losas sólidas. A menos que, paralelamente a la vía, hayan preferido andar sobre un terreno más conveniente para la marcha. Los caminantes que me escuchan comprenderán.

Lo que sorprende cuando uno atraviesa los arrabales de la Konya turca, es la abundancia de inmuebles nuevos o en construcción, por

otra parte, agradables a la vista con sus colores vivos: es preciso responder a la realidad de una población en aumento constante.

Imposible descubrir el más mínimo recuerdo de san Pablo en esta metrópolis moderna de seiscientos mil habitantes. Konya, cuyos torneros derviches fueron celebrados en el siglo XIII por el Tekke de Mevlana, está ante todo consagrada al profeta Mahoma: impresionante la mezquita ofrecida por el sultán Selim a su padre Solimán el Magnífico; interesante, Alaadin Capii, la más antigua (1220), donde se levantan cuarenta y dos columnas antiguas coronadas de capiteles arrancados a los monumentos romanos: todo lo que queda puede ser parte de lo que vio Pablo¹¹. La ciudad debe su nombre al emperador Claudio: Claudiconium se volvió Iconium. En tiempos de Pablo, se celebran allí sobre todo, los cultos de Heraclio y de las divinidades frigias, Zeus, Magisto y Cibeles¹².

Pablo y Bernabé reeditaron la maniobra que finalmente dio tan buenos resultados en Antioquía de Pisidia: visita a la sinagoga el día del sabbat, propuesta de tomar la palabra aceptada rápidamente. En definitiva, “judíos y griegos en gran número se volvieron creyentes”, con gran daño, hay que decirlo, de los judíos que permanecieron reacios, los cuales, “suscitaron en el espíritu de los paganos la malevolencia respecto a los hermanos”¹³.

Así que los judíos no son los únicos que se indignan; la conversión de ciertos paganos también los escandaliza. La cólera reúne a los dos campos que van a ligarse contra los intrusos. Se decide apoderarse de ellos y –muy sencillamente– lapidarlos. Prevenidos, ellos escapan a tiempo y vuelven a tomar la vía romana que, en ese tiempo, termina en Listra: una jornada de marcha en el seno de uno de los sitios más bellos que uno pueda ver en Anatolia central. Un inmenso circo de montañas dentadas, cuyos colores van del ocre al verde suave para pasar al verde oscuro, domina el alto valle.

¹¹ Se pueden agregar, en el jardín del museo de arqueología, numerosas tumbas romanas bastante grandes –piedra o mármol– cuya riqueza se ostenta naturalmente en proporción de la importancia de los difuntos.

¹² LEGASSE, Simon.

¹³ Hch 14, 2.

¹⁰ VON HAGEN, Victor.

Quisimos conocer Listra: el pueblo de Hatursaray tomó su lugar hoy en día. Ningún rastro de la vía romana. A medida que nos acercábamos, las curvas de la carretera actual se cerraban. Un aviso nos desvió: anunciaba a Listra. Nos metimos en un camino que esperábamos nos conduciría a restos evocadores. Nuestro error se hizo muy pronto patente: sólo existen de Listra escasos vestigios enterrados. De esta ciudad, fundada por Augusto en el año 6 a.C., sólo emergen algunas piedras escasas, un fragmento del cerco y, en los patios de algunas casas de la ciudad, sarcófagos convertidos en artesas: una aldea grande muy pobre, cuyos habitantes viven en casas con muros de tierra seca, cubiertas con ramas envueltas en arcilla. Una pequeña mezquita. Paisanos extrañados de vernos. Nada que recuerde aquí que fue en Listra donde Pablo casi pierde la vida.

En toda la región, los juicios despectivos de la Antigüedad no faltaron. Estrabón no la trata con miramientos, tampoco: “Una meseta alta, fría y desnuda, sin sombra, con muy escasa agua y pozos extremadamente profundos”. Allí donde pasaban vastos rebaños de onagros, había tal falta de agua que se debía comprarla en la etapa. Cicerón, quien residió allí como procónsul, sólo manifestó desdén respecto a esta población ignara y poco evolucionada. A pesar de los esfuerzos de los veteranos romanos, Listra se presentaba aún, cuando allí llegaron Pablo y Bernabé, como un pequeño burgo que creció artificialmente y escasamente humanizado por las culturas a las cuales se unían los nuevos tributarios.

¿Cómo predicar la Buena Nueva a una población que no habla ni griego, ni latín ni hebreo? Pablo y Bernabé se obstinan. Pasada la primera extrañeza, la población se acostumbra a verlos. Se preguntan acerca del origen de estos extranjeros. Cuando Pablo toma la palabra, vienen a escucharlo, no entienden ni una sola palabra de lo que dice pero admiran el encadenamiento balanceado de las frases y el tono ardiente que las sostienen.

Ese día, en medio de la pequeña multitud reunida, no se pierde ni un sonido del lenguaje misterioso: “Se encontraba en Listra un hombre que no se podía mantener de pie; siendo enfermo de nacimiento, nunca había caminado”. El pobre hombre devora con sus

ojos a Pablo, quien se encuentra con esta mirada. “Viendo que él tenía la fe para ser salvado”, el tarsense se fija en él y con voz fuerte ordena:

—¡Ponte derecho sobre tus pies!¹⁴

El hombre comprendió la orden por el tono de la voz y el gesto que la acompañaba. Obedece. Salta. ¡Camina!

Cuál no sería la admiración de la gente de Listra. Todos acuden, se atropellan, se agitan. Quieren ver, tocar al enfermo curado. Emocionado mucho más que los demás, un listrano influyente saca la conclusión, evidente a sus ojos, de este milagro. Exclama en dialecto licaoniano:

—¡Los dioses se han hecho semejantes a los hombres y han descendido hacia nosotros!

No sólo este lenguaje convence sino que corresponde tan de cerca a lo que estas gentes experimentan, que lo aclaman. No se pierde un solo momento para identificar a estos dioses. Bernabé, más grande y más fuerte, es seguramente Zeus. En cuanto a Pablo, el conversador, no hay duda de que se trata de Hermes, dios mensajero de los olímpicos y Mercurio de los latinos. La hipótesis se vuelve realidad. Se prosternan. A estos dioses reconocidos, se dirigen sus oraciones. El sacerdote de Zeus extramuros, templo edificado delante de la puerta de la villa, también está convencido de ello. Acude blandiendo coronas y tirando unos toros. ¡Es preciso ofrecerlos al instante en sacrificio a estos grandes dioses que honran la ciudad con su visita! Estupefactos, Pablo y Bernabé tratan de comprender en vano este comportamiento. La verdad se impone. Ellos oscilan entre el estupor y la cólera. Tomarlos por dioses, ¡a ellos, que se han impuesto como deber transmitir la palabra del verdadero Dios! Viendo que las protestas no bastan y sin que nada haya podido dejarlo prever, nuestros dos cristianos rasgan sus capas, gesto que en la antigüedad siempre impresiona:

—¿Pero qué están haciendo? ¡Nosotros también somos hombres de la misma especie que ustedes!

Hay, en esta multitud, alguien que habla griego. Traduce de la mejor manera posible las explicaciones ardientes de Pablo. Lo escuchan atentamente:

¹⁴ Hch 14, 8-10.

–La Buena Nueva que nosotros les anunciamos, es la de abandonar estas tonterías y volverse al Dios vivo, *¡quien ha creado el cielo, la tierra, el mar y todo lo que allí se encuentra!* Y que en las generaciones pasadas permitió que todas las naciones siguieran sus propios caminos; si bien no dejó de dar testimonio de sí mismo, derramando bienes, enviando a ustedes desde el cielo lluvias y estaciones fructíferas, llenando sus corazones de sustento y alegría¹⁵.

El intratable Pablo, da lugar aquí al estratega. Es inútil atacar de frente a estos paganos cuyas reacciones son imprevisibles. Sería arriesgar la esencia misma de la misión. Así que no dice nada más. Sigue un silencio incómodo. En los rostros se nota la tristeza, quizás el descontento. ¡Cuán decepcionados se encuentran estos licaonianos! “Estas palabras a duras penas calmaron a la multitud, y también le impidieron que les ofrecieran un sacrificio”.

Entre los misioneros y el pueblo licaoniano, la puerta quedará abierta. Hay personas que piden se les explique quién es este Dios vivo. Los intérpretes traducen. Pablo y Bernabé asimilan paulatinamente lo esencial del vocabulario licaoniano. Las conversaciones se multiplican. Dos mujeres son las primeras que reclaman el bautismo: Eunice y Loida, su madre.

Sigue un joven llamado Timoteo, hijo de Eunice, casi un niño todavía, pero educado por su padre griego en la lengua de Pericles. Trastornado por el discurso de Pablo, le suplica se lo lleve con él. *¡Ten paciencia!* Dice Pablo.

El eco de este episodio llegó hasta Iconio y fue como una bofetada en plena cara de la comunidad judía que creía se había desembarazado de estos atolondrados peligrosos. Los judíos de Iconio se precipitan hacia Listra para esclarecer a los ingenuos y poner fin a la fanfarronería de estos impostores. Su cólera es contagiosa. En un instante, los habitantes de Listra regresan. Es a Pablo a quien buscan sobre todo: al curar al enfermo, ¿este mago los ha arrastrado hacia el camino malo! Se apoderan de él y repelen a Bernabé, quien voló a socorrerlo. Siempre furiosos, los de Iconio les interrogan sobre lo que van a hacer con el falso Hermes. Respuesta sin ambigüedad:

¹⁵ Hch 14, 15-17.

–¡Lapidarlo!

¡Cómo pensaría Pablo, en este instante, en el calvario del desafortunado Esteban! Al igual que éste, él fue arrastrado fuera de la ciudad y arrojado al suelo. Los furiosos recogen piedras y el alud se precipita. Cuando las gentes de Listra y los judíos que han provocado su ira ven a Pablo inanimado, lo creen muerto. Dejando el cuerpo jadeante, la cara contra el suelo, se retiran.

Firmes en su nueva fe, los primeros cristianos convertidos van en pos de Bernabé. Se inclinan hacia Pablo. Su corazón aún late. La cabeza está intacta. Aparentemente no ha recibido heridas graves. Escapar a una lapidación es algo insólito. ¿Habrían, los lapidadores, detenido sus manos? Además de una suerte excepcional, esto confirma la intensidad de la vida que habita en el pequeño hombre. Afirmar, como lo hizo Lucas, que al día siguiente, Pablo retomó el camino en compañía de Bernabé, proviene de un desconocimiento de la severidad de las heridas que semejante suplicio necesariamente llevaba consigo. Para ir de Listra a Derbe –última etapa prevista de la misión– es necesario recorrer ciento cuarenta kilómetros. Imposible que el lapidado los resista en el estado en que se encuentra. Hay que creer que alguna familia convertida de Listra lo haya protegido, ocultado y cuidado. Algunos días más tarde, Bernabé debió alquilar una carreta en la cual acomodó a Pablo y, en varias etapas, lo condujo a Derbe donde se había establecido una comunidad romana. Allí se restablecería y podría emprender de nuevo su misión.

Nada queda de Derbe hoy –lo que se dice nada–. Se admite que la colina artificial formada de ruinas antiguas, llamada Kerti Hüyük, al sureste de Konya, señalaría el sitio. En la época de Pablo, se trataba de una ciudad importante. Se lee en los Hechos que los dos misioneros reunieron allí “numerosos discípulos” pero nada sobre la duración de la estadía.

Este silencio de Lucas no facilita la fecha de los hechos. Las cartas de Pablo tampoco aportan mayor información; no contienen ninguna referencia a la situación del mundo exterior. Lucas hace referencia gustosamente a acontecimientos de la historia, pero sus “sincronías” son a menudo falibles. Fácilmente usa la expresión

“hace poco”, lo cual no aporta al historiador sino ayuda muy relativa. Es preciso resignarse a la aproximación, recordando que los autores antiguos –ya sean griegos o latinos– tampoco se preocupan mucho acerca de la cronología. La misma noción de ésta requerirá de mucho tiempo para salir a la luz.

¿Cuánto tiempo se necesita para curar las llagas de un lapidado? ¿Cuánto tiempo para convertir a un pueblo? Responder a la primera pregunta es más fácil que a la segunda. Seguramente varios meses.

¿Por qué Pablo, una vez restablecido, no opta por regresar a Tarso directamente? ¿Se debe a la llegada del invierno? Atravesar el Tauro en esta estación no ofrece, ciertamente, una perspectiva halagadora. Los autores hablan a menudo del “infranqueable” Tauro. Conociendo la obstinación de Pablo, hay que indagar en otra parte. Se pensará que estimó necesario consolidar las “Iglesias” y, a imagen de los *consejos* que están a la cabeza de las comunidades judías, instalar en el mismo lugar a responsables: “Designaron presbíteros en cada Iglesia y después de hacer oración con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído”¹⁶.

Ni Pablo ni Bernabé parece hayan dudado. Después de despedirse de la nueva comunidad de Derbe, retroceden. Vuelven a pasar por Listra, Iconio y Antioquía de Pisidia. Cada vez que encuentren estas ciudades, se imagina uno los riesgos que corren. ¿Qué queda de esos convertidos a quienes ellos administraron el bautismo? Alegría: ellos persisten en vivir como cristianos. Los dos misioneros se quedarán todo el tiempo posible en compañía de sus nuevos hermanos. Una permanencia de algunos días no habría sido suficiente para confirmar el porvenir de estas comunidades cuya historia demuestra que se convertirán en Iglesias de tiempo completo. “Ellos afianzaron el corazón de los discípulos y los comprometieron a perseverar en la fe”.

Para Pablo, la lección recibida será preciosa. Estas Iglesias que él ha hecho nacer están compuestas casi exclusivamente de paganos. Frente a la obstrucción sistemática de los judíos, él encontró en Asia Menor, entre los pueblos que nadaban en mitologías pa-

ralelas, gentes dispuestas a recibir el gran mensaje. Otra lección aprendida de esta odisea asiática: en ninguna parte se mencionó la circuncisión. Todo se resume en estas palabras dirigidas por Pablo a las nuevas comunidades:

–Es preciso pasar por muchas angustias para entrar en el Reino de Dios...

¹⁶ Hch 14, 23.

CAPÍTULO VII

Bajo el signo de la circuncisión

Lo más difícil, cuando uno se devuelve, es que ya conoce la profundidad de las gargantas por las cuales descenderá rápidamente y que mide de antemano lo empinado de las pendientes que se deben trepar. Se escucharán de nuevo los mil ruidos que anuncian los peligros a los cuales uno ha escapado a la ida y que amenazan con volverse realidad. Del afán de llegar o de la angustia de no poder alcanzar la meta, ¿cómo saber lo que en Pablo y Bernabé, ha predominado en el camino de Ataleia? Ningún modo de medir el tiempo si no es por las muescas de los bastones. Entre las ramas, se espera el momento en el cual, en la violencia de la luz que cada uno conoce por experiencia, surgen el mar y el cielo. Cada falsa esperanza es recibida como un fracaso.

¡Qué felicidad! He aquí el *Mare nostrum*. Los corazones laten, los espíritus se liberan. En Perge lo mismo que en Ataleia, ellos van a reencontrar, muy vivas, las Iglesias ya fundadas. Cuando se separen de allí y –por fin– se embarquen, se puede considerar, al ritmo lógico de sus aventuras, que su misión habrá durado dos años.

Travesía sin historia. Al final del viaje, el barco amarra su vela delante del puerto de Antioquía, la otra, en el de Siria. Cuando desembarcan, ¿cómo no creer que el contraste se ha apoderado de estos hombres que acaban de atravesar montañas salvajes y de vivir con gentes de una sencillez casi primitiva? De la enorme ciudad, nada se ha modificado, ni la multitud de gente, ni el orgullo de proclamarse ciudad libre, ni el movimiento de los negocios, ni las ínfulas de aquellos que ella enriquece, ni la miseria de quienes sólo tienen sus brazos para ofrecer.

Después de dos años, nuestros misioneros no han dado ninguna noticia; ¿cómo podrían haberlo hecho? Entre los cristianos de Antioquía, la inquietud ha crecido en proporción del tiempo que ha pasado. Por fin, helos aquí de regreso, contando alternativamente, el relato de los fracasos y el de las conversiones. Los escuchan, se maravillan. No todos: algunos no ocultan sus reticencias al saber que han bautizado sobre todo paganos. Es decir, sigue cierto antagonismo entre judeo-cristianos y pagano-cristianos, algo que necesariamente aflige a Pablo.

Según Pedro Antonio Bernheim, autor de una biografía del apóstol Santiago, los judíos adoptaron, en el siglo I, una actitud “relativamente tolerante” en relación con los paganos y los idólatras. La hostilidad, e inclusive el odio, que aún subsiste, se dirigen sobre todo a los paganos “que veneran a otros dioses en Tierra de Israel y contra aquellos que, fuera de Israel, se oponen al designio de YHWH [Yahvé]”.

El profeta Isaías afirma que la “Casa del Señor será establecida en la cima de las montañas y dominará sobre las colinas. Todas las naciones acudirán allí”¹. El deseo de expansión parece estar demostrado. No obstante, otros libros de la Biblia condenan todo trato con los gentiles, sobre todo el Levítico, Ezequiel, Esdras y Nehemías. Nada es fácil en este dominio.

El comportamiento de los judíos contemporáneos de Pablo refleja la misma diversidad que la Biblia. El fenómeno de los “temerosos de Dios” señala, sin embargo, una apertura. Si los paganos, atraídos por un monoteísmo que representa una inmensa novedad para ellos, frecuentan las sinagogas, es porque no se les han cerrado las puertas. Flavio Josefo, evocando lo que vio entre los judíos de Antioquía, se extraña del “número de griegos que ellos atraían a sus ceremonias religiosas”, haciendo “de éstos, de alguna manera, una parte de su comunidad”.

Que los judíos convertidos al cristianismo abran sus filas a los paganos, no ofrece pues nada de extraordinario, pero Pablo no puede sino comprobarlo: dos campos se obstinan, el primero que exi-

ge que un pagano para obtener el bautismo cristiano, se haga judío; el segundo, que cuenta con toda la simpatía del tarsense, invocando la “libertad que viene de Jesús”². Para Pablo, el bautismo crea cristianos aunque no coman *casher*, así no haya circuncisión “porque el reino de Dios no es asunto de comida o bebida; él es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”³.

¿Pueden tales posiciones llegar a un acuerdo? A tan poca distancia de la muerte de Jesús, ¿se encaminan hacia una escisión que va a poner fin a una esperanza inaudita?

Gentes de buen espíritu van a reaccionar a tiempo. De una y otra parte, se decide acudir a la autoridad suprema: la Iglesia de Jerusalén. Una misión compuesta por representantes de los dos campos se va a poner en camino hacia Jerusalén. La presencia de Pablo y Bernabé a la cabeza de la delegación hace presentir las decisiones que ella defenderá.

“Subí de nuevo a Jerusalén, escribirá Pablo. Llevé también a Tito”. De este Tito, él nos dice que había nacido en una familia pagana y no era circunciso. Detalle proporcionado por Lucas y que cuenta: “La Iglesia de Antioquía costeó su viaje”⁴.

Por vía terrestre se encaminan a la Ciudad santa. “Pasando por Fenicia y Samaria, contaban allí la conversión de las naciones paganas, procurando con esto una gran alegría a todos los hermanos”⁵. En Jerusalén los espera la élite de la Iglesia.

La reunión se conoce tanto por la Epístola a los Gálatas como por los Hechos de los Apóstoles. Las consecuencias que derivan de ella para la historia del cristianismo son tales que algunos la han designado como el “concilio de Jerusalén”, lo que dejaría suponer una asamblea oficial y protocolaria. Es mejor referirse a ella como a una reunión de orden privado que juntó a algunos representantes de la Iglesia de Antioquía que ya conocemos: Santiago, Pedro, Juan, frente a Pablo y Bernabé. Antiguos fariseos –para desespe-

² Es esto lo que él mismo evocará en su Epístola a los Gálatas (2, 4).

³ *Rm* 14, 17.

⁴ *Hch* 15, 3.

⁵ *Hch* 15, 3.

¹ *Is* 2, 2.

ración de Pablo– defienden malhumorados el punto de vista judeo-cristiano, repitiendo sin descanso que es necesario circuncidar a los paganos y prescribirles observar la Ley –toda la Ley– de Moisés. Siempre brutal cuando polemiza, Pablo hablará de “falsos-hermanos intrusos”.

Es preciso detenerse un instante en el personaje de Santiago que, en lo referente al destino de Pablo, va a tener un papel capital. Los Evangelios lo muestran, como la mayor parte de los miembros de la familia de Jesús, reservado y más bien hostil a éste durante su apostolado. Todo cambia cuando Cristo resucita. Que Pablo, en la Primera Epístola a los Corintios, conceda a Santiago un puesto aparte, no deja de llamar la atención: él lo presenta como favorecido, él solo, con una aparición de Jesús. Desde entonces, se ve que Santiago está persuadido de que el retorno de Jesús es inminente lo mismo que el reino de Dios. La promesa hecha por Yahvé a Israel se va a realizar.

Representante y portavoz respetado de los cristianos, él podrá, a causa de su piedad judía, ser propuesto como ejemplo a los miembros más celosos de la comunidad. Desde su evasión de la prisión de Agripa I, Pedro ordena: “Comuníqueno a Santiago”. Se estima que en esa misma época, cuando Pedro huye de Jerusalén –en el 43 ó 44– es cuando Santiago lo reemplazó no sólo como cabeza de la Iglesia de la ciudad sino como jefe de todo el movimiento cristiano. Al atribuir tanta importancia a la adhesión de la Iglesia de Jerusalén a sus tesis, Pablo demuestra la realidad de la preeminencia de ésta. Para él, “las tres columnas de la Iglesia” son Santiago, Pedro y Juan. El orden de los nombres traduce sin duda una jerarquía.

La discusión se atasca. Con la aureola de la autoridad que todos le reconocen, Pedro interviene:

–“¿Por qué, pues, ahora tientan a Dios queriendo poner sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros pudimos sobrellevar? Nosotros creemos más bien que nos salvamos por la gracia del Señor Jesús, del mismo modo que ellos”⁶.

⁶ Hch 15, 10-11.

Intervención sobre la cual nadie puede minimizar la importancia: Pedro acepta que las reglas impuestas a los judíos por la Ley son tan duras que la mayoría de los hijos de Abrahán no pudo someterse a ellas. Pablo y Bernabé exponen con ímpetu “los signos y los prodigios que Dios, por intermedio de ellos, ha realizado entre los paganos”. Se les escucha con una atención única. Santiago, del cual todos –comenzando por Pablo– esperan la opinión, toma la palabra:

–Estimo que no se deben poner obstáculos a aquellos paganos que se vuelven a Dios...

Miren quién acaba con las dudas. Los apóstoles y los ancianos deciden enviar a Antioquía dos delegados, Judas y Silas, “personajes bien vistos entre los hermanos”, quienes se pondrán en camino con Pablo y Bernabé. Se les confía una carta que desarrolla con toda exactitud la proposición de Santiago: “Hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros, no imponer a ustedes más cargas que éstas indispensables: abstenerse de lo sacrificado a los ídolos, de la sangre, de los animales estrangulados y de la impureza. Harán bien en guardarse de estas cosas. Adiós”⁷.

Aunque escribió muchos años después de la reunión, es claro que ésta marcó profundamente al tarsense: en el momento en el cual dictará el relato, va a estar todavía acalorado. Va a recordar haber aceptado ir a Jerusalén “después de una revelación” y consigna las palabras que pronunció ante la Iglesia reunida: “Yo les expuse el Evangelio⁸ que predico entre los paganos”. Relata la fuerte oposición que se produjo entre los judeo-cristianos: “A esas gentes no nos hemos sometido, ni siquiera para una concesión momentánea. [...] Estos personajes no me impusieron nada más”. Lo más interesante es que Pablo guardará el recuerdo de haber sido escuchado: “Ellos vieron que la evangelización de los incircuncisos me había sido confiada, así como a Pedro la de los circuncisos”. De esto no

⁷ Hch 15, 28-29. Lucas presenta esta carta como un documento de archivo, algo excepcional en los Hechos.

⁸ Hay que tomar la palabra en el sentido de “buena noticia de la salvación en Jesucristo”. Nunca ha existido un Evangelio de Pablo comparable a los de Marcos, Mateo, Lucas y Juan.

va a dudar ya: esta repartición histórica de la predicación fue inspirada por el Señor. La escena final es impresionante: “Reconociendo la gracia que me había sido concedida, Santiago, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos tendieron la mano en señal de comunión a mí y a Bernabé: nosotros nos íbamos a los gentiles y ellos a los circuncisos”⁹. Una simple condición: se les pide no olvidar nunca a los pobres. El tarsense sabrá recordarlo.

El tímido triunfalismo de Pablo, ¿es apropiado como para que nos convenza? Nos esforzamos en vano en releer su Epístola y los Hechos de Lucas; no comprobamos, de parte de la Iglesia Madre, sino una cierta tolerancia concedida por condescendencia a una minoría. Triste.

Una vez llegados a Antioquía, Judas y Silas, aunque delegados oficiales de la Iglesia, no van a dudar en hacer causa común con los pagano-cristianos, afirmando claramente “ánimo y apoyo”¹⁰. Si Judas regresa algo más tarde, Silas permanece en el lugar. Se sabe de repente que el mismo Pedro ha decidido hacer el viaje. ¿Con qué fin? La noticia debió trastornar a la comunidad. Son muy raros en la ciudad los que han visto al jefe de los apóstoles, quizás ninguno, pero su prestigio es inmenso. En materia de símbolo, estas gentes no se equivocan.

La llegada del pescador del lago de Tiberíades sólo puede ofrecer el efecto ordinario: entusiasmo y veneración. Enseguida, los cristianos observan el comportamiento del apóstol.

Los partidarios de la posición de Pablo no ocultan su alegría cuando ven que Pedro comparte gustoso la comida de los paganos. Es muy evidente que él no se comporta así al azar¹¹. Asistimos al primer episodio de lo que se llamará “el asunto de las mesas”. Hay que comprender que se trata de esas mesas a las cuales, en memoria de la última cena de Jesús, los fieles se sientan no sólo a comer

⁹ Ga 2, 5-9.

¹⁰ Hch 15, 32.

¹¹ La presencia bastante larga de Pedro en Antioquía, atestiguada por la tradición local, es evocada también por una gruta, a tres kilómetros del centro de la ciudad hacia la frontera siria. Contiene huellas de la antigua presencia de cristianos y se la llama la “gruta de san Pedro”.

sino también a orar. Recordemos que el alimento tomado en común representó una de las primeras opciones de la naciente comunidad cristiana de Jerusalén; se trata de una eucaristía en la cual el conjunto de la comida constituye el vínculo.

¿Así que todo transcurre muy bien, entre los cristianos de Antioquía? Ilusión. En Jerusalén, la inquietud se cambia en desconfianza. La Iglesia madre, inspirada por Santiago, juzga que Pedro hace demasiado; se le envían nuevos mensajeros cuya misión se puede resumir así: “No es porque ciertos paganos hayan reconocido a YHWH y su Mesías, por lo que ellos se convierten en miembros de tiempo completo del pueblo de Dios. [...] Los judíos que han reconocido a Jesús, los que forman el verdadero Israel, deben mantener su identidad y respetar cierto nivel de separatismo ritual frente a estos pagano-cristianos”¹².

Apenas los nuevos delegados de Jerusalén llegan a Antioquía, Pedro comienza a vacilar. Releamos a Pablo: “Me opuse a él abiertamente porque se equivocó. En efecto, antes de que llegaran los enviados de Santiago, él tomaba sus comidas con los paganos; pero después del arribo de ellos, trató de ocultarse y mantenerse apartado, por temor a los circuncisos”.

¿Es de extrañarse que este retroceso haya molestado a Pablo tremendamente? Tampoco se puede acusar a Pedro de cobardía, ya que él, por Cristo, conoció la presión, la flagelación y va a morir como mártir de su fe. Pablo, fuera de sí, habría sido capaz de hacer alusión a ese gallo que cantó tres veces para puntualizar tres negaciones. Calmemos al lector: es sólo una mera hipótesis.

El drama es que algunos, impresionados, van a seguir el ejemplo de Pedro. Es el colmo que el querido Bernabé –compañero y hermano– sea de este número. Algo que, a los ojos de Pablo, no podría ser peor. Se le siente en el límite de la desesperación: “De suerte que, escribirá él, *¡el mismo Bernabé* fue arrastrado a este doble juego!”. Tempestad en Antioquía.

La mala suerte quiso que Pedro y Pablo se encontraran cara a cara inoportunamente. Se les ve, a uno muy molesto, al otro temblando de la ira. “Dije a Cefas en presencia de todos:

¹² BERNHEIM, Pierre-Antoine.

“Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿cómo fuerzas a los gentiles a judaizar? Nosotros somos judíos de nacimiento y no gentiles pecadores”¹³.

¿Pablo contra Pedro? ¿Quién hubiera dicho que esto sucedería alguna vez? Puesto de pie, con su pequeña estatura, seguro de sí mismo como lo será siempre, el tejedor de tiendas da la lección a quien todos reconocen como la roca de la Iglesia:

–“El hombre no se justifica por las obras de la ley sino sólo por la fe en Jesucristo; también nosotros hemos creído en Cristo Jesús a fin de conseguir la justificación por la fe, y no por las obras de la ley, pues por las obras de la ley nadie será justificado. Ahora bien, si buscando nuestra justificación en Cristo, resulta que también nosotros somos pecadores, ¿estará Cristo al servicio del pecado? ¡De ningún modo! Pues si vuelvo a edificar lo que una vez destruí, a mí mismo me declaro transgresor. En efecto, yo por la ley he muerto a la ley, a fin de vivir para Dios: con Cristo estoy crucificado: y no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí; la vida que vivo al presente en la carne, la vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí. No tengo por inútil la gracia de Dios, pues si por la ley se obtuviera la justificación, entonces hubiese muerto Cristo en vano”¹⁴.

¡Qué dialéctica! Se discierne ya allí las primicias de la Epístola a los Romanos, testamento del pensamiento paulino. La posición de Pablo en Antioquía resultará debilitada por el enfrentamiento. Lo que hace que este asunto sea aún más inquietante, es el hecho de que no son sólo dos campos los que se oponen en Antioquía; la Iglesia entera aparece literalmente fraccionada. En las reuniones comunes se encuentran en adelante hebreos integristas, convertidos paganos no circuncidados y otros que sí lo son. Se ve a los helenistas, antiguos partidarios de Esteban –aunque se proclaman siempre judíos–, alejarse paulatinamente de las prácticas de la Torá y acentuar su pesimismo en cuanto a la perspectiva de una conversión de todos los judíos.

¹³ Ga 2, 14-15. En el conjunto de las cartas de Pablo, es la única vez en la que él mismo cita los términos de un discurso que pronunció.

¹⁴ Ga 2, 16-21.

Pablo persiste. En la Epístola a los Romanos, repetirá con fuerza que judíos y paganos tienen el mismo Señor y que Dios nunca ha rechazado a Israel. Aún más: los nuevos cristianos no deben olvidar nunca que ellos no serían nada si Dios no hubiese, a través de Abrahán, elegido al pueblo judío. De ahí la comparación célebre de la raíz y las ramas del olivar: “Si la raíz es santa también las ramas. Que si algunas ramas fueron desgajadas, mientras tú –olivo silvestre– fuiste injertado en ellas, hecho participe con ellas de la raíz y de la savia del olivo, no te engrías contra las ramas. Y si te engrías, sábetete que no eres tú quien sostiene la raíz, sino la raíz quien te sostiene”¹⁵. Conclusión *ne varietur*: el cristianismo es una rama del judaísmo. Es algo evidente.

¿Cómo iría Pablo a sentirse cómodo en medio de conflictos que, según el concepto forjado en el camino de Damasco, sólo le podrían parecer irrisorios? Algo infortunado, sin duda amargo; todo lo lleva a reencontrar esos grandes espacios en los que el combate, a las claras, se resume en conquistar nuevas almas para Cristo. Se sabe de repente que vuelve a partir hacia las Iglesias que ha fundado y de las que anhela saber cómo van.

¿Volverán a rehacer el equipo Pablo y Bernabé? A pesar de la “deserción” de su amigo, Pablo ha vuelto a él. Bernabé se ha ocultado. ¿Será, como se ha sostenido, porque él quería llevar a Marco y que Pablo, al no ser de aquellos que olvidan, rechazó al joven que le había “faltado”? Me inclino a creer, más bien, que Pablo llamó la atención a Bernabé por haberse aliado con Pedro. Le habrá dicho –ya lo conocemos– que se pasó del límite. Bernabé no lo pudo soportar. Su amistad murió. Bernabé va a regresar a Chipre en compañía de Marcos.

Imposible partir solo. Pablo se reúne con Silas, judío de Palestina, el mismo que informó sobre las decisiones de la asamblea de Jerusalén a los cristianos de Antioquía. Decir que una extensa colaboración se va a establecer entre ellos, no es suficiente: Silas se va a aficionar con cuerpo y alma a Pablo, ilustrando la fuerza de los sentimientos, la fidelidad apasionada que el tarsiense suscitará a lo largo de su vida. Ciudadano romano como Pablo, Silas llegará has-

¹⁵ Rm 11, 16-19.

ta adoptar el nombre de Silvano, lo que etimológicamente significa “dios de los bosques”. Hermoso.

Esta vez, nada de barcos. La vía por tierra, rechazada por Pablo para el regreso luego de su primer viaje, y no siendo el Tauro accesible en invierno, es juzgada preferible: están en primavera. “Pablo recorrió Siria y Cilicia, dicen los Hechos de los Apóstoles, fortaleciendo las Iglesias”¹⁶. Éstas son ya numerosas y florecientes en Siria.

Volviendo a subir por el norte, los dos hombres pasan por las cadenas boscosas del Amanus, hoy en día el Kizyl Dag. Bajan de nuevo hacia el golfo de Isos que baña la llanura donde Alejandro Magno, en el 333 a.C., venció a Darío III, rey de los persas. En ese día, el Oriente se abrió al pensamiento helenístico¹⁷.

Habiendo atravesado Adana, etapa familiar de su juventud, Pablo entra de nuevo a Tarso, su tierra querida. ¿Cómo creer que no se haya detenido aquí? Hace veintisiete años que el joven Saulo, alforja a la espalda, salió de casa hacia Jerusalén; trece años que Bernabé vino a buscarlo para conducirlo a Antioquía. Si sus padres están aún vivos, ya han pasado los sesenta, se encuentran en la vejez. Se excluye –misión obliga– que los dos hombres se hayan detenido por mucho tiempo. Al volver a ascender por el curso del Cidno, su perspectiva es la de traspasar la barrera del Tauro.

Yo seguí este camino. Como otros viajeros, me sentí decepcionado porque esta cadena, presentada como temible –lo es en otros lugares–, casi no lo parece cuando se la contempla hoy. ¿Reacción de automovilista?

La ruta que tomamos no pasa de ninguna manera por las famosas Puertas de Cilicia, algo que hubiese sido una quimera. Para descubrirlas, hay que dejar el auto y adentrarse a pie en un desfiladero hundido entre dos paredes a pico: ciento veinte metros de altura y sólo veinte de anchura. Se comprende entonces cómo se ha formado la reputación de las Puertas. Uno se imagina a todos los

conquistadores de tantas clases –los persas, los griegos de Alejandro, los romanos de César– que, atravesando la barrera, aprisionados entre estas murallas de piedra, han debido sentir cómo subía la angustia disimulada que transmitieron a las generaciones futuras.

Los caminos se hacen cada vez más difíciles. Jadeantes en medio de árboles entramados, ¿habrán prestado atención al cuadro que los rodeaba? El paisaje se transforma continuamente. Primero rocoso, más bien árido, cambia del todo a cuarenta kilómetros de Tarso donde abundan las coníferas. A 1.268 metros, nuestros caminantes atraviesan el último desfiladero y desembocan en esta meseta alta donde me tranquilicé por ellos: durante varios días ya no tendrán que subir ni bajar. ¿Habrán ellos andado bajo una lluvia con viento como la que azotó nuestro parabrisas en abril? Si llegaron allí ya entrada la estación –lo que, habida cuenta de lo largo del camino, es probable–, habrán tenido que caminar bajo un sol implacable. Nunca habrá sido mejor. En cualquier estación, habrán tenido que luchar contra el viento, al cual, hoy en día, los turcos oponen millares de álamos jóvenes.

Un paisaje que Pablo cree reconocer: no hay duda, es Derbe. ¿Cómo habrá él dejado de evocar, teniendo en cuenta a Silas, el mísero estado en el cual él llegó a la aldea y la convalecencia de la cual derivaron tantas conversiones? Éstas aparecen, reconocen a Pablo, acuden a él, lo rodean. Diez casas se ofrecen a recibirlo lo mismo que a su compañero. Alegría al encontrar una comunidad que no ha sufrido sino algunos daños espirituales. Examen de paso. Predicaciones. Ayunos en común. No dejan Derbe sino hasta cuando sienten a estos cristianos sólidamente adheridos a la rectitud recibida de Pablo.

En país gálata, sin que se haya señalado el lugar, es donde una enfermedad va a postrar en cama a Pablo. Se le siente como fulminado. Al evocar más tarde este triste episodio, se mostrará asustado retrospectivamente por el estado en el cual lo vieron sus fieles: “No obstante la prueba que suponía para ustedes mi cuerpo, no me mostraron desprecio ni repulsa, sino que me recibieron como a un ángel de Dios: como a Cristo Jesús. [...] Pues yo mismo pue-

¹⁶ Hch 15, 41.

¹⁷ Sobre este itinerario, ver lo que dicen los expertos en los viajes de san Pablo, Michel Hubaut y Paul Dreyfus.

do atestiguarles que se hubieran arrancado los ojos, de haber sido posible, para dármeles”¹⁸.

Cuando Pablo habla del disgusto que pudo suscitar, hay que recordar que encontrar un enfermo grave y visiblemente aquejado, era considerado entonces como un mal augurio. Se trataba de evitarlo a todo trance.

¿Cuánto tiempo le llevó curarse? No nos lo dice. Lo cierto es que retomó su camino.

En Listra, todos procuran olvidar la lapidación. Pablo se vuelve a encontrar con Timoteo, irreconocible a los dieciocho años, siempre cristiano fervoroso, quien le recuerda la promesa hecha tres años antes. Pablo se informa: “Su reputación era buena entre los hermanos de Listra y de Iconio”¹⁹. No hay pues razón alguna para rechazar tal petición. En el colmo de la felicidad, el adolescente va a tener que bajarle al tono: antes de la partida, Pablo cree debe circuncidarlo.

¿Circuncidar a Timoteo! ¿Y por qué? Abramos los Hechos: “Pablo deseaba llevarlo consigo; lo tomó pues y lo circuncidó a causa de los judíos que se encontraban en estos parajes. Todos sabían, en efecto, que su padre era griego”²⁰. ¿De veras? ¿Es esa toda la explicación? Solicito al lector el permiso de dirigirme –por una sola vez, ¡lo prometo!– directamente a Pablo.

–Querido y gran Pablo, ¿qué te sucedió en el país gálata? Te peleaste durante lustros porque los paganos pudiesen convertirse en cristianos sin que les fuese impuesta la circuncisión. Tu posición había sido admitida en Jerusalén por tus hermanos judíos más vacilantes. De padre griego y madre judía, Timoteo era ya cristiano luego de tu primer viaje. Los judíos de la región no lo podían ignorar y, según lo que sabemos, tampoco se habían alarmado por esta conversión. ¿Tenías que renegar para complacerlos? No protestes: has renegado. Querido y gran Pablo, cuanto más te seguimos, más te admiramos. ¿Por qué nos fastidias en este fervor? ¿Por qué nos

decepcionas? Uno debe ser franco con sus amigos, con mayor razón con los que uno admira.

“A las ciudades por donde pasaban, dice Lucas, Pablo y Silas transmitían las decisiones que habían tomado los apóstoles y los ancianos de Jerusalén y les pedían se sometieran a ellas. Las Iglesias se hacían más fuertes en la fe y crecían en número día tras día”²¹.

Al hojear las diversas Epístolas de Pablo, puede uno hacerse una idea clara de estas comunidades nacidas de él. Escribirá a Tito: “Si te dejé en Creta, fue para que acabaras allí la organización y para que establecieras en cada ciudad ancianos, según mis instrucciones”. De estos ancianos –referencia inmutable a las reglas del judaísmo–, fijará poco a poco las obligaciones: “Cada uno de ellos debe ser irreprochable, marido de una sola mujer, tener hijos creyentes que no puedan ser acusados de mala conducta o desobediencia”.

El *episcopo* –que será más tarde el obispo– tiene como misión principal la de vigilar: ninguna comunidad está totalmente segura. Por eso dice a Timoteo: “Es, pues, necesario, que el episcopo sea irreprochable, sobrio, sensato, educado, hospitalario, apto para enseñar, ni bebedor ni violento, sino moderado, enemigo de pendencias, desprendido del dinero, que gobierne bien su propia casa y mantenga sumisos a sus hijos con toda dignidad; pues si alguno no es capaz de gobernar su propia casa, ¿cómo podrá cuidar de la Iglesia de Dios?”²².

En la Epístola a los Filipenses, Pablo presenta a los diáconos –instituidos por los Doce de Jerusalén– como los asociados de los episcopos²³. Otra vez a Timoteo: “Los diáconos, de igual manera, deben ser dignos, ser hombres de palabra, no entregarse al vino ni buscar ganancias vergonzosas. Que guarden el misterio de la fe con una conciencia pura”. Siempre a Timoteo: “Las mujeres [diakonisas] deben ser dignas, no calumniadoras, sobrias, fieles en todo. Los diáconos sean casados una sola vez y gobiernen bien a sus hijos y su propia casa. Porque los que ejercen bien el diaco-

¹⁸ Ga 4, 14-15.

¹⁹ Hch 16, 2.

²⁰ Hch 16, 3.

²¹ Hch 16, 4-5.

²² Tm 3, 3-5.

²³ Flp 1, 1.

nado alcanzan un puesto honroso y grande entereza en la fe de Cristo Jesús”²⁴.

Esta jerarquía no fue organizada de golpe pero las reglas que la prefiguraron fueron promulgadas muy pronto. Lo esencial es convertir y, en segundo lugar, comprobar la firmeza de las convicciones de los nuevos cristianos. El resto ya llegará.

¿Cómo deben las comunidades dirigirse a Dios? “Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar elevando hacia el cielo unas manos piadosas, sin ira ni discusiones. Así mismo que las mujeres, vestidas decorosamente, se adornen con pudor y modestia, no con trenzas ni con oro o perlas o vestidos costosos, sino con buenas obras, como conviene a mujeres que hacen profesión de piedad. La mujer oiga la instrucción en silencio, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni que domine al hombre. Que se mantenga en silencio. Porque Adán fue formado primero y Eva en segundo lugar. Y el engañado no fue Adán, sino la mujer, que seducida, incurrió en la transgresión. Con todo, se salvará por su maternidad mientras perseverare con modestia en la fe, en la caridad y en la santidad”²⁵.

Aquí aparece de plano ese antifeminismo que se reprochará indefinidamente a Pablo. No hemos investigado el tema pero una comprobación emana del texto precedente. El origen de esta actitud respecto a la mujer proviene exclusivamente del Génesis, el cual fue escrito siete siglos antes de Pablo.

Cuando los Hechos nos informan que Pablo y los suyos recorrieron “Frigia y la región gálata”, hay que entender que la misión no hizo más que volver a visitar la región explorada en el primer viaje. Derbe, Listra, Antioquía de Pisidia se sitúan en Galacia del Sur, Iconio en el límite con Frigia y Licaonia. Ahora que la misión se ha cumplido ¿a dónde ir?

Al salir de Antioquía de Pisidia, Pablo duda: alternativa que debe comprenderse tanto en sentido espiritual como geográfico. Tiene que escoger entre el suroeste por la *Via Sebaste* que lo conduciría directamente a Éfeso –perspectiva seductora *a priori*– y la

ruta del norte que le permitiría llegar a la provincia romana de Bitinia. Una repulsión súbita –estará seguro de que le ha venido del Espíritu Santo– lo aleja de Éfeso donde, es verdad, los han precedido otros misioneros desde los primeros tiempos de la evangelización. A Pablo no le gusta ser segundo en ninguna parte.

No hay que tratar a la ligera estas “fuerzas del Espíritu” que intervienen regularmente en la vida de Pablo. Porque Pablo sólo existe por ellas. Después de Damasco, permanece a la escucha. Siente cada impresión de tal manera que ésta lo mantiene en su certidumbre de que Dios lo escogió. No le cabe la menor duda: los mensajes del Padre o del Hijo no le faltarán nunca. Lo ha creído así desde cuando escribió: “Aquel que me escogió desde el seno de mi madre”²⁶. Para admitir semejante orgullo, para atreverse a ir tan lejos, es preciso creer hasta lo más íntimo del alma. Si el orgullo hubiese dominado, podríamos temer ser víctimas de la superchería más grande de la historia.

Lo cual no sucede.

La lógica inclina a pensar que Pablo y los suyos atravesaron la actual Ankara, Midas Sehri –capital del rey Midas–, Gordio, donde Alejandro Magno cortó el nudo famoso, que se detuvieron en Pérgamo donde residía una comunidad judía. Ellos la arengaron sin resultado. Allí subsiste hoy en día, en la cima de una montaña, una acrópolis que guarda templos magníficos. Éstos debieron dejar indiferente a Pablo: nunca se debe pensar en él como si fuera un turista.

El empecinado Renan siguió estos mismos caminos, tan estrechos como en tiempos de Pablo –de unos dos metros de anchura–, de los cuales encontró a menudo los “enlosados antiguos”. Esta cabalgata “durante días y días” fatigó al escritor, como lo confiesa sinceramente. Se consuela con las paradas “deliciosas”: Hay que hacer beber a los caballos. “Un descanso de una hora, un pedazo de pan comido al borde de estos arroyuelos límpidos, que corren sobre lechos de piedras, lo sostienen a uno por mucho tiempo”. De este país atravesado por Pablo, le encanta todo, el agua abundante, las montañas de variedad infinita y “que uno tomaría por sueños si

²⁴ 1Tm 3, 11-13.

²⁵ 1Tm 2, 8-15.

²⁶ Ga 1, 15.

un artista osara imitarlas: cimas dentadas como una sierra, flancos desgarrados y hendidos, conos extraños y muros a pico, donde se ostentan con brillantez todas las bellezas de la piedra”.

¡Y los árboles! “Largas hileras de álamos, pequeñas plataneras al lado de los amplios lechos de diversos torrentes, magníficas ramas de árboles cuyas cepas se hunden en las fuentes y que se lanzan en gavillas oscuras debajo de cada montaña”. Desde lo alto de su caballo, él piensa en Pablo, Silas y Timoteo que iban a pie.

Estos tres tienen en adelante una meta: Tróada. Por una razón muy sencilla: una noche, un macedonio se apareció en sueños a Pablo y le suplicó: “Pasa a Macedonia, ¡ven a ayudarnos! Como consecuencia de esta visión, “buscamos inmediatamente partir a Macedonia porque estábamos convencidos de que Dios nos acababa de llamar para anunciar allí la buena nueva”.

¿Nosotros? ¿De quiénes se trata? No es Pablo el que se expresa. Este testigo inesperado es perfectamente conocido del lector: se trata de este Lucas que hasta aquí se ha mostrado, en cuanto cronista, como un informante de primer orden. Cuando escribe: “Ellos atravesaron entonces Misia y descendieron a Tróade”, narra, pero no toma parte. Volvamos a los Hechos: “Como consecuencia de esta visión de Pablo, *buscamos* inmediatamente partir hacia Macedonia”. Es claro: Lucas deja de ser cronista. Entra en acción. Después de esto, en tres ocasiones, informará lo que vio como testigo.

¿Cuándo y cómo estos dos hombres se conocieron? No lo sabemos. Debemos limitarnos a saludar el momento en el cual Lucas encuentra su objeto de predilección. Si el décimo tercer apóstol ocupó paulatinamente el lugar que tiene en los Hechos, se debe a este encuentro. A todos nos puede haber sucedido el hecho de cruzarnos con alguien –hombre o mujer– y luego experimentar la necesidad imperiosa de volverlo a ver. Es exactamente el caso de Lucas. Pongamos las cosas en su punto: no fue en la ruta de Tróada, donde se vieron por primera vez Pablo y Lucas. En tal caso, Lucas no hubiera podido, como lo hizo, poner en escena al “joven” que guardó las vestiduras de los verdugos de Esteban. La lógica nos inclina a pensar que él lo viene observando desde hace mucho tiempo. Cuando se reúne con él para verlo obrar *en directo*, cumple una etapa.

¿Qué sabemos del autor de los Hechos de los Apóstoles? Esto en primer lugar: una tradición muy antigua hace de él un médico. Así que no lo imaginemos ocupado exclusivamente en escrutar las actuaciones de los doce apóstoles y en particular del décimo tercero. Aún en nuestros días, encontramos médicos que sobresalen en su profesión y son apasionados a la vez del arte o la literatura. Lucas, médico, es un escritor nato. Uno piensa en uno de esos periodistas que, debiendo escribir la biografía de un contemporáneo y encontrar los amigos y enemigos de su personaje, luego de haberlo entrevistado él mismo, persiste en descubrirlo en el campo de sus actividades. Cuando evoco a Lucas, a menudo me dan ganas de escribir “nuestro enviado especial”.

Cada página, cada párrafo, cada línea de Lucas han sido examinados por miles de especialistas. No hay duda: el griego es su lengua natural. Según el helenista Edouard Delebecque, “su conocimiento profundo de la mejor lengua griega, hasta su gusto refinado, se manifiesta en la totalidad de su obra, y en particular, allí donde, liberado de sus fuentes, del medio que lo rodea, puede volver a ser él mismo, es decir, un letrado formado en el griego literario”.

Se encuentra en su obra una gran reminiscencia de los buenos escritores de Grecia. De todos los autores acogidos en el Nuevo Testamento, él es “el único que obedece a todos los giros, todos los usos y particularidades de la lengua clásica”. Que sea un narrador, salta a la vista. Lo es aún cuando narra episodios de los que no ha sido testigo. Lo pintoresco no le interesa para nada, en pocas palabras, traza un decorado. De Tabita, a quien se creía muerta, escribe: “Abrió los ojos y, al ver a Pedro, se levantó y se sentó”. Hablando del gusto de los atenienses, subraya su atracción por “las últimas novedades”. Apenas esbozado, su diálogo no es por eso menos brillante. Hace que el eunuco de la reina de Etiopía se interrogué mientras lee en su carro: ¿Entiendes lo que lees? Permaneciendo siempre a la altura de su tema, no disimula su naturaleza alegre e irónica, lo que se traduce en el movimiento vivo y espontáneo de su relato. Lucas hubiese sido un excelente novelista.

Su nombre aparece en las cartas de Pablo: él designa a uno de sus colaboradores, algo no muy importante, es cierto. Ocultamiento que permite a Jean-Robert Amorgathe, presentar un argumen-

to para demostrar que el Lucas de las Epístolas y el de los Hechos son sólo uno: “Si se hubiese tratado de apoyar el libro de los Hechos por la autoridad de su autor, se hubiese más bien acudido a otros compañeros de Pablo, de más prestigio, mejor identificados”. Buena observación. Desde los siglos II y III, Ireneo, Tertuliano, Orígenes, nombran a Lucas como el autor de los Hechos de los Apóstoles. El prefacio del tercer Evangelio –Lucas lo escribe en la misma época– muestra claramente su intención. Destinado a este Teófilo a quien dedica su trabajo, se propone dejar las cosas claras: “Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribirlo por su orden”. Exigencia que, con toda seguridad, también se aplica a sus Hechos.

Cuando él se encuentra con Pablo, Lucas es cristiano ya. Ha vivido personalmente las trabas, los problemas, los conflictos, los peligros que acompañaron su propia conversión. Como todo creyente, se plantea preguntas; Pablo le responde. Atraviesa por dudas; Pablo las disipa. Lucas comprende que se le ha presentado una oportunidad insigne, de esas que sólo se encuentran una vez en la vida. Así se irá formando poco a poco el retrato de Pablo que una investigación exhaustiva le permitirá completar. Judío formado en el helenismo, Lucas se manifestará a todas las generaciones por venir como el discípulo ejemplar, confiable, sumiso, dotado de esa cualidad rara que es la admiración.

CAPÍTULO VIII

Más allá del Egeo

¿Fue Pablo el más grande viajero de su tiempo? De eso estaba yo persuadido durante mucho tiempo. El estudio de los autores de la época reveló mi error. Pablo fue un viajero obstinado, motivado, al igual que muchos otros. Plinio el Joven se burló de esta fiebre de viajes que arrojaba a las gentes fuera de sus hogares hasta el punto de “ignorar lo que estaba a su puerta”. La historia ha conservado el recuerdo de un comerciante que dobló setenta y dos veces el cabo Malé que, según Hervé Duchêne, gran conocedor de los viajes de la antigüedad, “estaba cargado del prestigio del cual ha gozado el cabo de Hornos desde la época de los grandes veleros”.

¿Qué decir del récord aparentemente batido por Apolonio de Tiana, contemporáneo de Pablo y como él ciudadano de Tarso? Filostrato, su biógrafo, lo muestra recorriendo ¡el Asia Menor, India, Mesopotamia, Chipre, Grecia, Creta, Italia, España, Sicilia, Quío, Rodas, Egipto y Etiopía!

Pablo sigue las rutas que frecuentaban al mismo tiempo que él los mercaderes y comerciantes –los más numerosos–, los responsables políticos, los militares, los médicos, aquellos también que llamaríamos turistas y esas multitudes de peregrinos resueltos a santificarse en los templos que abundan en Europa y Asia. Su piedad iba acompañada a menudo, por otra parte, –algo que no ha cambiado– de sed de descubrimiento.

En lo que se refiere a los viajes de Pablo, los Hechos de los Apóstoles se contentan con observaciones muy breves como la que puntualiza la continuación de esta historia: “Nos embarcamos en Tróada y fuimos derechos a Samotracia”. Más allá de esto, se

debe acudir a los autores antiguos para informarnos. Así sabemos que Pablo, Silas, Timoteo y Lucas, se embarcaron en Tróada en la primavera del 49, pagaron por uno de los “barcos redondos”, así llamados porque evocaban más bien grandes barcas antes que veleros esbeltos destinados a largos trayectos y al transporte de cantidades enormes de mercancías. Dotados de un mástil al cual se ataba una vela grande y cuadrada reforzada con una vela de proa que ayudaba a girar, se denominaba indistintamente a estos barcos redondos *olcas*, *gaulos*, *ploion*. Un simple remo situado detrás servía de timón.

Navegando hacia Samotracia, ¿cómo no iba a estar el tarsense obsesionado por la misión –y los riesgos– que lo esperan? ¿Lleva el barco a un Pablo seguro de sí mismo? Las vacilaciones que se han apoderado de él en los caminos de Asia y de Bitinia no muestran a un hombre determinado. Allí a donde se dirige, ningún cristiano ha ido a anunciar la palabra de Cristo. ¿Se dejará labrar esta tierra virgen? Hasta entonces el recurrir a las sinagogas constituyó su principal triunfo. La región hacia la cual se dirige –Macedonia– cuenta más pocas comunidades judías que Asia. Sólo se las reconoce en Tesalónica y Filipos. Por lo demás, el orgulloso tarsense no quiere competir con ningún otro. Así lo hará saber más tarde a los romanos: “He dado cumplimiento al Evangelio de Cristo, teniendo así, como punto de honor, no anunciar el Evangelio sino allí donde el nombre de Cristo no era aún conocido, para no construir sobre cimientos ya puestos por otros”¹. Evitará las zonas de las cuales la primera carta atribuida a Pedro anuncia que ya han sido evangelizadas².

Pablo y sus amigos sólo pasan una corta noche en la isla de Samotracia, larga montaña verde surgida del mar, a la cual su santuario –se le visita en la cima del monte Fongari– ha hecho célebre: una diosa colosal de mármol despliega allí sus alas. Tragada más tarde por un sismo, será necesaria en 1863, mucha suerte a un cónsul de Francia para exhumarla sin que, por otra parte, se le haya podido restituir su cabeza. La *Victoria de Samotracia* es hoy el orgullo del museo del Louvre.

¹ Rm 15, 19-20.

² COLSON, Jean.

Temprano a la mañana siguiente, tomaron el mar. Se necesitan, según las estaciones, de cuatro a cinco días para atravesar el Egeo. En junio, se puede apostar por cuatro. Rodeando la isla de Tasos, se aborda en Neápolis (hoy Kavala), sobre estas costas que, entre tantos otros, maravillaron grandemente a lord Byron: “¡Oh Grecia, muy frío es el corazón del hombre que te pueda ver y no sienta lo que experimenta un amante sobre las cenizas de aquella que lo amó!”. Imposible creer que Pablo haya sentido semejante emoción. Lo veo más bien abarcar con una mirada poco amable el templo de Athena Parthenós levantado en la cima de un promontorio. Con semejante estado de ánimo, desembarcar en Grecia equivale a una autoflagelación.

Rectilínea y orgullosa, la *Via Egnatia* se ofrece ante él. Sin dejar el trazado ni cesar de pisar las losas, él podría –por Filipo, Tesalónica, Edesa– llegar, en la costa de la actual Albania, al puerto de Apolonia. Un barco lo llevaría cómodamente a Brindisi donde encontraría la *Via Appia*. La que conduce a Roma.

Todas las gentes de su tiempo sintieron atracción hacia Roma. Pablo no es la excepción. La fascinación de la omnipotencia –aun cuando se rodea de odio– es un fenómeno específicamente humano. Pablo lo sabe. Él no se propone quemar etapas. Recorre la *via Egnatia*.

¿Cuántas veces no se ha comentado este “cambio total de mundo” que, al pasar de Asia a Europa, habrá oído Pablo? Claro que la noción de Europa no existía en su tiempo. Afirmar que el tarsense dejó la barbarie para encontrar la civilización es una tontería. Pasa de una provincia romana a otra romana, eso es todo. En las costas del mar Egeo, se habla la misma lengua: el griego. Sin perderse, una misma familia se dispersa en una u otra orilla. A través del Egeo, los intercambios comerciales no se detienen nunca. El negocio de los tejidos, por ejemplo, ignora las fronteras, así sean marítimas. Filipos, ciudad griega, está poblada de comerciantes venidos del Asia Menor: hay inscripciones que los mencionan como benefactores de la ciudad. Después de tres siglos, el deslumbramiento que aun suscita Alejandro Magno une a los pueblos del Oeste y del Este. Además de algunos enlaces de los negocios de su padre, a los cuales puede dirigirse, Pablo cuenta con parientes del otro lado

del Egeo: Jasón en Tesalónica, Sopatros (o Sosipatros) en Beroia, Lucio en Cencrés, puerto de Corinto³. Pablo se lanza armado a la conquista de las almas. Catorce kilómetros recorridos en la *Via Egnatia* y ahí está la ciudad fortificada que Felipe II, padre de Alejandro, hizo edificar en el 356 a.C., concediéndole su nombre. Muy pronto la dotó de un teatro: así se portaban entonces los guerreros. Se le ve todavía en el flanco de una colina, bien conservado. Si se le agregan algunas columnas y el marco de una puerta, es casi todo lo que queda en el siglo XXI, de la ciudad donde residió Demóstenes. A tres kilómetros de aquí, en el 42 a.C., una batalla memorable enfrentó de una parte a Antonio y Octavio, de la otra, a Bruto y Casio. Vencidos, los asesinos de César se mataron entre sí. Vestigio conmovedor: algunas de las losas de la *Via Egnatia* sobre las que las ruedas de los carros señalaron su doble surco y de las cuales no se puede dudar que hayan sido pisadas por Pablo.

Lucas entró al mismo tiempo que Pablo en Filipo. Lo descubrimos lleno de ánimo: “El día del sabbat, atravesamos la puerta para llegar, a lo largo de una rivera, a un sitio donde, pensábamos, debía encontrarse un lugar de oración; una vez sentados, les hablamos a las mujeres que allí estaban reunidas. Una de ellas llamada Lidia, era una comerciante de púrpura, originaria de la ciudad de Tiatira, quien ya adoraba a Dios. Ella era todo oídos; porque el señor había abierto su corazón para hacerlo atento a las palabras de Pablo. Cuando recibió el bautismo, ella y los de su casa, nos invitó en estos términos: ‘Ya que estiman que yo creo en el Señor, vengan a hospedarse en mi casa’. Y ella nos obligó a aceptar”⁴.

Esta Lidia viene pues de Asia Menor. El oficio que ejerce confirma los lazos de los cuales ha podido beneficiarse Pablo en el comercio de los textiles. Instalado en casa de Lidia, el se vinculará con otras dos mujeres: Síntique, nombre que significa “encuentro”, y Evodia, que se traduce –no sin cierta ironía a veces– por “camino fácil”. Así que tres mujeres figuran en el origen del apostolado de Pablo en Europa.

Es sólo un comienzo: apenas aparece la primera, otras vendrán a él, le servirán, lo alojarán y con frecuencia se convertirán. Mejor aún: en muchas Iglesias fundadas por él, Pablo confiará responsabilidades nada despreciables a mujeres.

Los éxitos alcanzados por Pablo con los filipenses constituyen el tema principal de la Epístola que él les dirigió y que, en su totalidad, preconiza los lazos estrechos formados en las semanas –o los meses– que siguieron a su permanencia en Filipos: “Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de ustedes, rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos ustedes a causa de la colaboración que han prestado al Evangelio, desde el primer día hasta hoy”⁵. Pablo no cesará en presentar como ejemplo a las demás comunidades la fidelidad de los convertidos de Filipos. Un incidente grave va, de repente, a comprometer el éxito que iba en tan buen camino. A Pablo y los suyos les gusta volver a esta ribera en donde encontraron a Lidia. Un día se cruzan con una joven esclava dotada del don de la clarividencia, explotado sin vergüenza alguna por sus propietarios. Al verlos por primera vez, la vidente grita:

–¡Estos hombres son los servidores del Dios Altísimo. Ellos anuncian a ustedes el camino de la salvación!

Parece que los interesados no han prestado casi atención a estos vaticinios. La mujer, en cada visita, reitera su comportamiento. Abrumado, Pablo termina por sospechar que el “don” en cuestión le viene de un espíritu malo. Acercándose a ella, interpela al espíritu y le ordena dejarla en paz:

–En nombre de Jesucristo, yo te lo mando: ¡Sal de esta mujer!

“En el mismo instante el espíritu salió”. ¡Adiós a la clarividencia de la esclava! De un solo golpe, sus dueños se ven privados de una fuente sustanciosa de ingresos. Enojados, se quejan. Se convoca a Pablo y Silas ante los pretores encargados de hacer justicia. Los demandantes no sólo explicitan sus acusaciones sino que amplían peligrosamente los fundamentos:

³ Se encuentran estas identificaciones en *Rm* 16, 20-21, así como en los Hechos 17 y 20. Cf. BASTEZ, Marie-Françoise.

⁴ *Hch* 16, 13-15. La orilla en cuestión ha sido identificada al occidente de la ciudad, por búsquedas arqueológicas: se trata del riachuelo Cangités.

⁵ *Flp* 1, 3-5.

—Estos hombres nos han traído problemas a la ciudad. Son judíos y predicán reglas de conducta que no nos están permitidas a nosotros que somos romanos, de admitir ni de seguir⁶.

La acusación parece tan grave a los magistrados que, sin proceso alguno, los acusados son expulsados de inmediato de Filipos. Antes, son flagelados. *Flagelados*: una palabra que ciertos comentaristas anotan sin detenerse en ella, como si sólo se tratara de una formalidad de procedimiento. Pongamos los puntos sobre las íes: la flagelación —*verberatio*— es un suplicio atroz, a veces mortal. Sucede, dice el poeta Horacio, que el condenado sea “desgarrado por los fuetazos hasta el punto de irritar al verdugo”. ¿El instrumento del suplicio? El *flagellum*, látigo de mango corto al cual están adheridas correas largas y gruesas. Con el fin de que los golpes desgarran mejor la piel y la carne, se fijan en la extremidad de cada una de ellas, bolas de plomo o de huesos de carnero.

Los golpes llueven sobre las espaldas, las caderas, la nuca. Cada vez que el fute golpea, un dolor fulgurante ataca al ajusticiado. Se lee con espanto el testimonio de un hombre que, en otros tiempos, debió sufrir el mismo suplicio: “El dolor parte del cuello, descien- de hasta las extremidades de los dedos de los pies, irradia hasta las uñas de los dedos, atraviesa el corazón como si le hubieran ente- rrado un cuchillo en el cuerpo... El intervalo entre los golpes es de una duración angustiosa... La sangre sube a la boca, brotando de los pulmones o de algún órgano interno desgarrado por las con- tracciones provocadas por el dolor atroz”.

Siendo ciudadanos romanos, Pablo y Silas no deberían nunca haber sido tratados de esa manera. ¿Sería porque no pudieron alegar su derecho? No podían blandir su ciudadanía romana como lo haríamos nosotros con la ayuda de un pasaporte. Ella sólo se demostraba con el testimonio de una personalidad conocida: pariente, amigo, corresponsal. No parece que Pablo, en Filipo, dispusiera de tales garantes.

Trastabillando de dolor, los flagelados son arrojados en una prisión. Se fijan en sus tobillos unas trabas de madera, adheridas a la pared, que se llaman *cepos*. Llegla la noche. Están adoloridos, el

sueño les huye. Hacia medianoche, quizás para aliviar su mal, comienzan a cantar las alabanzas de Dios. Los otros prisioneros se despiertan sobresaltados y reaccionan —hay que comprenderlos— con una serie de protestas. Cuando un estruendo sordo sacude la prisión, la cólera se cambia en terror. ¿Se trata de un temblor de tierra, de esos que con frecuencia, han sufrido las gentes de este lugar? Toda la literatura antigua da testimonio de esto. En *Las bacantes* de Eurípides, se lee: “Las ligaduras se desataron solas de sus pies y los cerrojos de las puertas se abrieron sin ninguna intervención humana”.

De pronto, en la celda de Pablo y de Silas, el muro se desploma, las trabas se quiebran, la puerta se rompe. El carcelero se levanta a tientas. No ve a nadie. Creyendo que los prisioneros se han escapado, se siente deshonrado y levanta su espada para darse la muerte. Sin duda une la palabra al gesto porque Pablo lo detiene a tiempo:

—No hagas nada funesto para ti, ¡aquí estamos todos!

El hombre corre a buscar luz y, al volver, descubre en efecto a Pablo y a Silas. Arrojándose a sus pies, balbuceando que les debe la vida, los libera inmediatamente mientras Pablo declara:

—Cree en el Señor Jesús y serás salvo, tú y tu casa.

El carcelero los lleva a su casa, les lava sus heridas y, según Lucas, reclama en el acto el bautismo. A estos huéspedes imprevisibles, llega hasta ofrecerles una comida, antes de reintegrarlos —profesional ejemplar— a su prisión. Una nueva irrupción del mejor de los carceleros los despertará a la mañana siguiente.

El hombre está en el colmo de la felicidad:

—Los estrategas les envían a decir que los suelte. En estas condiciones, ¡salgan pues y partan en paz!

Pablo rehúsa de manera categórica:

—Ellos nos hicieron golpear en público, sin juicio ni condena. A nosotros que somos ciudadanos romanos, nos han arrojado en prisión. Y ahora, ¿de manera clandestina nos quieren sacar? Nada de eso. ¡Que vengan en persona a liberarnos!⁷.

⁶ Hch 16, 28-37.

⁷ Hch 16, 28-37.

Se les informa a los estrategas lo dicho por Pablo; se alarman al saber que han desconocido la ley y corren a presentar sus excusas, liberando a los dos hombres a quienes piden salgan de la ciudad sin tardar.

Sufriendo aún las secuelas de la flagelación, ¿cómo podrán obedecer? Lucas afirma que se quedaron “por algún tiempo en esta ciudad”. Pablo no olvidará nunca que los cristianos de Filipos le propusieron espontáneamente una ayuda financiera que él aceptó: “Y lo saben también ustedes, filipenses, que en el comienzo de la evangelización, cuando salí de Macedonia, ninguna Iglesia me abrió cuentas de ‘haber y debe’, sino ustedes solos. Pues incluso cuando estaba yo en Tesalónica, enviaron por dos veces con qué atender a mi necesidad”⁸. Parece que Lucas no acompaña a Pablo cuando éste sale de la ciudad. Con Silas y Timoteo, Pablo toma la dirección del sur. Su meta: Tesalónica.

Pablo y Silas se arrastran pero andan. Timoteo los ayuda de la mejor manera posible. Son ciento cincuenta kilómetros de trayecto. Vista la excelencia de las vías, se debería admitir un promedio diario de veinticinco kilómetros, es decir, un viaje de unos seis a siete días. El estado de Pablo y de Silas obliga a duplicar la cifra.

Atraviesan Anfípolis, tienen que internarse entre mar y montaña, pasan –probablemente sin notarlo– al lado de la tumba de Eurípides. Árboles frondosos, vegetación exuberante, aguas rápidas se conjugan para procurar una temperatura agradable. Sin la menor transición, todo cambia: el calor se vuelve tórrido, el aire quema los pulmones, los vestidos se pegan a la piel. Se costean lagos cuya agua es todavía más caliente que la atmósfera. A mediodía, las bandadas de aves se amontonan, inmóviles, agotadas, a la sombra de los árboles. Lo recuerda Renan: “Si no hubiese sido por el zumbido de los insectos y el canto de los pájaros que son los únicos en la creación que resisten esta postración, uno creería estar en el reino de la muerte”.

Después de Apolonia, se penetra en una región pantanosa infestada de malaria. Por suerte sale indemne de allí. Se sufre al trepar las colinas que dominan el golfo de Tesalónica. A lo lejos, delante

⁸ Flp 4, 15-16.

de los viajeros, se levanta una montaña: el Olimpo. Hay que imaginar a Pablo, dirigiendo una mirada descuidada, hasta de menosprecio, al reino de Zeus. A falta de esos dioses a quienes niega la existencia, él se fija, en lo alto de la rada, en el espectáculo de la gran ciudad que descubre a sus pies.

Casandro, rey de Macedonia, fundó la ciudad en 315 a.C. Al buscarle un nombre, le dio el de su esposa Tessaloníki, hermana de Alejandro Magno. Los romanos se apoderaron de ella en el 68 a.C. Convertida en capital de la Macedonia agrandada, obtuvo, en el 42 a.C., el estatuto de ciudad libre. De ahí en adelante, el procónsul romano va a residir en Tesalónica.

De todos los lugares en que residió Pablo, fue el primero que conocí. En el verano de 1955, al dejar a una Yugoslavia en la que el estado de las carreteras había comprometido seriamente los amortiguadores de nuestro automóvil de antes de la guerra, encontramos con alivio las de Grecia y, en Tesalónica, una ciudad grande y moderna.

Un vendedor de gasolina francófono nos desaconsejó decir Salónica, nombre familiar a los soldados franceses de la Gran Guerra: se le debía a los turcos y se le apreciaba poco. Además, después de la segunda guerra mundial, Tesalónica era el nombre oficial. Lo que, curiosamente, me dejó el recuerdo más fuerte, fue el cementerio militar. Un grupo de antiguos combatientes parisienses nos había encargado de depositar allí una corona. Las hileras de tumbas francesas de 1915-1918 nos llegaron al corazón.

Los contemporáneos de Pablo se burlaban con ganas de esta ciudad comprimida entre una acrópolis y un río encenegado. Con el correr de los siglos, el cieno dejó espacio al segundo puerto de Grecia y la ciudad se convirtió en la segunda del país.

En 1955, poco me interesaba san Pablo, pero mucho los recuerdos de la antigüedad. Se los encontraba en el centro, cerca de la calle Egnatia: persistencia de una evocación que me llega al alma hoy más que en esa época. El arco de Galera marcó para nosotros la supervivencia de una parte del palacio, utilizado como residencia oficial hasta el siglo VI de nuestra era, y que Pablo debió conocer. No

lejos de allí se elevaba la Rotonda, mausoleo imperial transformado más tarde en iglesia, luego en mezquita.

Necesitamos algún tiempo para saber que la ciudad donde predicó el judío Pablo se había convertido, después de 1492, en la metrópolis judía más importante del Mediterráneo. Luego de su expulsión de España, veinte mil sefarditas se refugiaron ahí. De esto ya no queda huella alguna: los cuarenta y cinco mil judíos que residían allí en 1943 fueron deportados a Auschwitz.

Cuando, por la puerta del levante, Pablo, Silas y Timoteo penetran en la ciudad, comprueban un flujo continuo de extranjeros atraídos por su comercio y su riqueza⁹. Su estatuto la dispensa de los principales impuestos romanos; un lugar donde se pagan menos tasas es siempre una figura atrayente. Lo que va a comprobar Pablo, es sobre todo que, numerosos judíos han fijado allí, desde hace más de un siglo, su residencia.

Se sabe que Pablo, apenas llegó a la ciudad, se dirigió a casa de Jasón, su pariente, quien –hospitalidad judía obliga– le abrió las puertas de su casa. Al saber que el viajero estaba sin recursos, conmovido por sus llagas, Jasón le procuró los medios de ejercer su talento de tejedor de tiendas. “Bien lo saben ustedes, hermanos, que nuestra ida a ustedes no fue estéril, sino que, después de haber padecido sufrimientos e injurias en Filipos, como lo saben, confiados en nuestro Dios, tuvimos la valentía de predicarles el Evangelio de Dios entre frecuentes luchas”¹⁰.

El número de judíos presentes en la ciudad deja esperar una cosecha fructífera de conversiones. Pablo se encamina pues a la sinagoga el sabbat siguiente y revela a estas gentes a un Jesús que no conocen. Lucas escribe que los escucharon atentamente no solo ese día sino en los tres sabbats posteriores: “A partir de las Escrituras, él explicaba y establecía que el Mesías debía sufrir, resucitar de entre los muertos, y *el Mesías, añadía, es este Jesús que yo les anuncio*”¹¹. No sólo se le escucha sin interrupciones sino que el eco de la predicación recorre la ciudad. No nos figuremos que, especial-

⁹ La epigrafía lo atestigua.

¹⁰ 1Ts 2, 1-2.

¹¹ Hch 17, 3.

mente todos los judíos y menos aún los no judíos de esta metrópolis, de pronto acogieron la Buena Nueva. Se estima que menos del uno por ciento de la población pudo tener conocimiento de las sorprendentes predicaciones del tarsense. No por casualidad Lucas insiste en que: “Ciertos judíos se dejaron convencer y fueron ganados por Pablo y Silas, lo mismo que una multitud de griegos adoradores de Dios y buen número de mujeres de la alta sociedad”¹². Si esta “multitud” debe suscitar dudas razonables, conocemos a algunos de estos “temerosos de Dios”, principalmente a un griego llamado Aristarco y al romano Segundo. Cada vez que un “temeroso de Dios” reclama el bautismo, Pablo ve en esto, legítimamente, la justificación de la opción que defendió en Jerusalén.

Que los judíos de Tesalónica hayan terminado por manifestar una hostilidad casi idéntica a la de los de Antioquía de Pisidia, no nos puede extrañar. La heterogeneidad de la comunidad judía explica la alternación entre rechazo y adhesión. Se cuentan allí también, samaritanos, mantenidos aparte fuertemente, judíos romanos que trabajan en la administración, negociantes judíos venidos de Italia y que pertenecen a las mismas corporaciones de los orientales idólatras. A cada uno, Pablo le habla en su lengua. Éste no se hace demasiadas ilusiones en cuanto a la competencia sin piedad que reina en los medios del comercio y se muestra lúcido frente a las costumbres disolutas de la población. En la primera carta que les dirigirá, exhorta a los convertidos “a hacer todavía nuevos progresos”. Es preciso que se propongan, les dice, “vivir en tranquilidad, ocuparse de sus propios asuntos, y trabajar con sus manos, como se lo hemos ordenado, a fin de que su conducta sea honorable a la mirada de las gentes de afuera, y que no tengan necesidad de nadie”. ¡Que se abstengan “del libertinaje”! Que cada uno sepa “estar con su mujer en la santidad y el honor, sin dejarse llevar por el deseo como hacen *los paganos que no conocen a Dios*, que nadie obre en detrimento de su hermano y no le cause daño”¹³.

En la Primera Epístola a los Tesalonicenses aparece un tema que permite explicar el gran número de conversiones en los prime-

¹² Hch 17, 4.

¹³ 1Ts 4, 1-12.

ros tiempos del cristianismo. Jesús anunció que volvería a la tierra y ningún cristiano lo duda. Pablo va más lejos: al confirmar la certeza manifestada por los cristianos de Jerusalén, él predica que este retorno es inminente. Anuncio que maravilla.

Han pasado cuatro sabbats sin que se haya manifestado una oposición caracterizada, lo cual es demasiado para aquellos judíos que Pablo ha irritado desde su primera intervención.

Éstos deciden pasar a la acción. Reclutando “gentes de mal vivir que se arrastran por las calles”, amotinan la multitud, siembran el desorden en la ciudad, asaltan la casa de Jasón, gritando que quieren citar a Pablo y a Silas ante la asamblea del pueblo; por fortuna, los dos están ausentes. Se saca a Jasón de su casa, se le lleva con algunos otros cristianos delante de estos magistrados de la ciudad que se denominan politarcos. Las acusaciones abundan en dirección a estos dignos personajes:

—¡Estas gentes que han soliviantado al mundo entero están aquí ahora y Jasón las ha acogido! ¡Todos estos individuos obran en contra de los edictos del emperador! ¡Ellos pretenden que haya otro rey, Jesús!

Con esto impresionan a los dichos politarcos, quienes exigen una caución para liberar a Jasón y sus amigos. Jasón está lejos de padecer necesidad; paga lo que sea necesario. Con toda rapidez se reencuentra con Pablo y Silas y les conjura a dejar la ciudad en el acto. Llegada la noche, les hace partir con Timoteo hacia Berea, a la cual llegan después de cuatro días de camino.

Cicerón evocó a Berea, a setenta y cinco kilómetros al suroeste de Tesalónica, como un *oppidum devium* (fuera de la ruta), lo cual está lleno de imágenes pero es exacto. El sitio sobresale sobre la vertiente oriental del Monte Vermion y domina una llanura que atraviesa los ríos Aliakmon y Axios. No lejos de allí se levantaba el gigantesco palacio de los reyes de Macedonia. En 1977, se encontró en ese lugar la tumba de Felipe II, padre de Alejandro Magno. Contenía los restos de un hombre de un metro sesenta, el mismo que fue apuñalado, en el verano del año 336 a.C., por su guardia Pausanias. Un cofre de oro contenía el más inaudito de los tesoros: su corona formada de hojas de encina y de borlas de oro, su manto

de púrpura, su escudo, sus espadas y su coraza. Imposible, una vez se les ha contemplado, olvidar el efecto prodigioso de grandeza y poderío que emanan¹⁴. ¿Qué habrá sugerido a Pablo este sitio donde todo, desde Felipe II hasta Alejandro Magno, evocaba la irradiación de Grecia? Literalmente inmerso en esta historia aprendida y gustada desde la infancia, ¿ha podido permanecer indiferente?

En la sinagoga de Berea, Pablo va a encontrar judíos “más cortes que los de Tesalónica”. La prueba: “Ellos acogieron la Palabra con buena voluntad, y cada día examinaban las Escrituras para ver si las cosas eran así”. El éxito derivado de esto no puede ser puesto en duda: “Muchos de ellos se volvieron creyentes lo mismo que mujeres griegas de alto rango y hombres, en número considerable”¹⁵.

A este triunfo responde una reacción que conocemos bien: personas buenas corren a Tesalónica a anunciar las conversiones de Berea. Lo que toma tiempo. Prevenidos y enojados, judíos de la ciudad van tras las huellas de Pablo. Algo que también toma tiempo.

Convencidos de que sus huéspedes no son de los que resisten la jauría que se avecina, las gentes de Berea persuaden a Pablo a buscar un refugio. Dejando allí a Silas y Timoteo que no corren peligro —el odio se polariza contra Pablo—, ellos arrebatan al apóstol ante las barbas de sus perseguidores y lo escoltan hasta la costa. Sin duda Pablo se embarcó en el pequeño puerto de Dión o Pidna —hoy cerca de Katerini—. Varios convertidos de Berea suben a bordo con él.

El fin del otoño del 49 se aproxima. Habrán sido necesarias tres estaciones para dejar establecidas, en Tesalónica y en Berea, comunidades que viven y vivirán. En el momento en el que el barco se aleja de la costa, Pablo está en capacidad de hacer el balance de su actividad en Macedonia. Primera certeza: no recibió ninguna ayuda de la Iglesia de Antioquía de Siria. Los fondos que recogió le llegaron de la Iglesia naciente de Filipos y de su propio trabajo. Más importante aún: los convertidos se volvieron conver-

¹⁴ El contenido de la tumba fue transportado a Tesalónica y se le considera hoy en día como el tesoro más precioso del museo arqueológico.

¹⁵ Hch 17, 11-12.

tidores. Se vio a cristianos apenas bautizados, lanzarse a través de la provincia para anunciar la Buena Nueva a sus parientes y amigos. La presencia de mujeres en las comunidades, tanto en Filipos como en Tesalónica, representa un triunfo evidente para el porvenir. No menos prometedoras, las conversiones de los “temerosos de Dios”; el anuncio de que el Hijo del Dios de los judíos ha venido a la tierra ha borrado sus vacilaciones. Es preciso dar la razón a aquellos que juzgan que esta misión de Macedonia fue, quizás, “la más fecunda de las que Pablo había emprendido hasta entonces”.

En el barco, Pablo ha debido pensar sobre todo en el porvenir. La mitad de su cultura es griega. Los poetas que leyó, los filósofos que estudió, sus mismos sueños, todo lo lleva a Atenas. En Tarso le enseñaron la grandeza y el genio de esta ciudad única. Nadie puede en este tiempo engreírse de espíritu filosófico sin referirse a esta ciudad, madre de la filosofía, del arte, de la ciencia, de la política.

Mientras el pesado velero costea las riberas de Tesalónica y, ante sus ojos, desfilan estas costas que han maravillado las generaciones, quizás Pablo haya terminado por admitir el peso real que representaban estos dioses de Atenas que eran también los de Roma. Pretender que el único verdadero Dios es el hijo de un carpintero judío, ¿no es una apuesta imposible de sostener en medio de estas gentes que ni siquiera saben, en su mayoría, dónde se encuentra Jerusalén y que sólo conocen del judaísmo al tendero o al cambista que tiene un puesto en el barrio? Pablo es demasiado inteligente para no presentirlo pero muy obstinado para renunciar a lo imposible: anunciar a Jesús a los atenienses. Que su humor se haya ensombrecido y que sus fieles hayan debido soportar aún más sus bravuconadas, es otro asunto.

El barco pasa por el estrecho de Euripe que separa la isla Eubea del continente. Al sur, uno quisiera que el cabo Sounión y las columnas de mármol del templo de Poseidón hubieran emocionado a Pablo. Se recorre la costa de Apolo. A babor se encuentra la isla Engina y la de Salamina, de la cual Solón, precursor de la democracia, incitó a los atenienses –con sus poesías, se dice– a hacer la conquista, y donde Temístocles, con Aristides, lograron una victoria memorable sobre la flota persa.

La tradición cuenta que el barco que llevaba a Pablo no dejó a los viajeros en el Pireo sino en el puerto de Glifada. Los hermanos de Berea no desean que Pablo recorra solo los quince kilómetros que lo separan de Atenas. Lo acompañan hasta ahí. Satisfechos de verlo seguro, llevan la orden que da Pablo a Silas y a Timoteo de que se reúnan con él lo más pronto posible.

A comienzos de la segunda mitad del primer siglo, la gloria de Atenas está intacta pero debemos rendirnos ante la evidencia: no existe Grecia. La toma de Corinto por los romanos en 146 a.C. y su dominación confirmada en todas partes decretaron el fin. El 1º de marzo del 86 a.C., después de haber impuesto su yugo a Roma, Sila se apoderó de Atenas, entregándola a masacres despiadadas y a saqueos desvergonzados.

Hay que leer las páginas amargas que viajeros de renombre –Polibio, Cicerón, Estrabón, Pausanias– han dejado: la apariencia de libertad oficialmente otorgada por Roma es sólo una máscara. Se nos muestran campos que se han vuelto desérticos, ciudades arruinadas, templos abandonados, los pedestales de las estatuas robados, el Peloponeso herido de muerte, las ciudades de Tebas y Argos reducidas a simples aldeas. ¡Qué decadencia! Sólo Corinto parece perdonado.

Sin embargo, a través del mundo de entonces, Atenas continúa fascinando a todo aquel que piense. Allí llegó Cicerón a iniciarse en los misterios de Eleusis. Horacio, Virgilio, Propertio, Ovidio y muchos otros se propusieron pasar allí largos períodos. Con el único designio de estudiar en la Academia, en el Liceo, en el Jardín, en el Pórtico, los estudiantes acudían de toda Italia. Cuando Pablo desciende a la ciudad, muchedumbres heteróclitas se atropellan allí. En el ágora, centro político y artístico de la ciudad donde se escribió la historia, donde fueron representadas las primeras obras de teatro y las primeras coreografías, no se encuentran sino charlatanes. Aquí, Lucas es un espejo: “Todos los atenienses y los forasteros que allí residían, en ninguna otra cosa pasaban el tiempo sino en decir u oír la última novedad”¹⁶. Se adivina a un Pablo tanto más

¹⁶ Hch 17, 21.

desconcertado cuanto que se encuentra solo –algo que detesta– y agobiado por la sobreabundancia de templos, de altares, de cien reflejos de una religión cuyos fieles están lejos de estar en vía de desaparición: “Estaba interiormente indignado de ver la ciudad llena de ídolos”¹⁷. Sólo encuentra un poco de paz en la sinagoga donde, fiel a sí mismo, arenga no solamente a los judíos sino también a los “temerosos de Dios”, éstos siempre. Terminado el sabbat, sintiéndose molesto por no encontrar público, no le queda sino el recurso de anunciar a Jesús en el azar de los encuentros. El ágora está lleno de filósofos que enseñan, cada uno, bajo un pórtico. ¿Por qué no mezclarse con ellos?

Lucas, quien debe haber recogido la confidencia del mismo Pablo, a menos que no haya sido de Dionisio el Aeropagita, primer convertido de Atenas, ha obtenido de esto uno de los textos más vivos de su obra. Todo aquí suena justo: “Había también filósofos epicúreos y estoicos que conversaban con él. Algunos decían: ‘¿Qué quiere decir este charlatán?’”¹⁸. Y otros: ‘Debe ser un predicador de divinidades extranjeras’”.

Se comprende el estupor de los atenienses al ver a este hombre pequeño y barbudo empeñado en anunciar la resurrección de un judío desconocido. ¿A quién le interesa? ¿Qué importancia tiene eso? Sin embargo, algunos terminan por exigirle que los siga para que exponga de manera más completa su extraña teoría.

En una colina, al oeste de la Acrópolis donde en una época tenía sus sesiones el Alto Consejo de Atenas, una especie de asamblea de sabios, encargada esencialmente de asuntos de educación, tiene su sede todavía. “Lo tomaron y lo condujeron, dice Lucas, delante del Areópago”. Si Pablo se deja empujar, es porque una solicitud semejante, así se exprese de manera algo ruda, responde a todo lo que él esperaba.

Lucas está en su oficio. Redactar el discurso de Pablo, su ídolo, ha debido provocar en él un verdadero disfrute. Que lo haya escri-

¹⁷ Hch 17, 16.

¹⁸ La palabra puede traducirse por “papagayo” o “corneja negra” –*spermologos*–, término que designaba a los que estaban acostumbrados en el ágora, a hablar de todo lo habido y por haber. Hch 17, 18.

to de acuerdo con una trama proporcionada por Pablo o según los testimonios de personas que lo habían escuchado, el texto sólo puede confirmarnos los dones de táctico del apóstol. Él no va a dirigirse a los atenienses de la misma manera que a las buenas gentes de Listra o Derbe. Tiene plena conciencia de tratar con hombres, no sólo inteligentes sino particularmente sutiles. ¿Son filósofos? Hablemos, pues, el lenguaje de los filósofos:

–“Atenienses, veo que ustedes son, por todos los conceptos, los más respetuosos de la divinidad. Pues al pasar y contemplar sus monumentos sagrados, he encontrado también un altar en el que estaba grabada esta inscripción: ‘Al Dios desconocido’”¹⁹. Pues bien, lo que adoran sin conocer, eso les vengo yo a anunciar. El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, que es el Señor del cielo y de la tierra, no habita en santuarios fabricados por mano de hombres; ni es servido por manos humanas, como si de algo estuviera necesitado, el que a todos da la vida, el aliento y todas las cosas”.

El exordio es propio para mantener la atención del auditorio. Hay que conservar esta ventaja.

“Él creó, de un solo principio, todo el linaje humano, para que habitase sobre toda la faz de la tierra fijando los tiempos determinados y los límites del lugar donde habían de habitar, con el fin de que buscasen la divinidad, para ver si a tientas la buscaban y la hallaban, por más que no se encuentra lejos de cada uno de nosotros”.

Le escuchan, así que continúa exponiendo:

–“Pues en él vivimos, nos movemos y existimos, como han dicho algunos de sus poetas: ‘Porque somos también de su linaje’”.

La última frase no es más que una citación de los *Fenómenos* de Aratos²⁰, quien escribió en el siglo III a.C. Quizá Pablo haya sentido un murmullo favorable. Sigue con ahínco:

¹⁹ El singular utilizado aquí es enteramente de la invención de Lucas. Se conocen varias inscripciones de este género, pero están redactadas así: “A los dioses desconocidos”. Es verdad que el pasaje en singular facilitaba considerablemente las cosas.

²⁰ El texto exacto de Aratos es: “Nosotros sacamos de él nuestro origen”. La versión modificada permite acercarse al Génesis.

“Si somos, pues, del linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad sea algo semejante al oro, la plata o la piedra, modelados por el arte y el ingenio humano. Dios, pues, pasando por alto los tiempos de la ignorancia, anuncia ahora a los hombres que todos y en todas partes deben convertirse, porque ha fijado el día en que va a juzgar al mundo con justicia, por el hombre que ha destinado, dando a todos una garantía al resucitado de entre los muertos”.

Aun si el nombre de Jesús no ha sido pronunciado, el anuncio de que un humano ha sido encargado por Dios de hacer conocer a sus semejantes el día en el cual el mundo será juzgado –¿por qué juzgado?–, y sobre todo la proclamación de la resurrección de este desconocido desencadenan la hilaridad. El epicureismo y el estoicismo, al cual pertenecían entonces los griegos, concuerdan en el rechazo de un dios personal distinto del universo. El helenismo no concibe la supervivencia sino en el espíritu de aquellos que conservan la memoria de los desaparecidos. El clima recompuesto por el talento de Lucas nos aparece tan evidente que es imposible dudar de su realidad: “Al oír la resurrección de los muertos, unos se burlaron y otros dijeron: ‘Sobre esto ya te oiremos otra vez’. Así salió Pablo de en medio de ellos”.

Pablo ha conocido fracasos. Sufrirá otros. Estamos seguros de que éste ha debido ser el más doloroso. No se le insultó, no fue conducido a prisión, no fue flagelado, pero se divirtieron con sus palabras. Lo adivino callándose ante las burlas. Sus hombros se desgonzan, parece que todo su cuerpo se anonada. El Areópago no se ocupa ya de esta cantidad despreciable. Los sabios se dispersan.

Él se queda solo. No se contentaron con desdeñar la certeza sagrada que él tiene de Jesús, sino que hirieron su amor propio. Es más de lo que él puede tolerar.

Nunca más querrá volver a ver Atenas.

CAPÍTULO IX

Corinto

Salir de la Atenas del siglo XXI por la autopista de Corinto que bordea el mar es una empresa temible. Hay que mezclarse en una fila ininterrumpida de camiones, vehículos de todos los tamaños y formas, babosas rodantes que –parachoques contra parachoques– se arrastran a lo largo de refinerías malolientes, cisternas que vacían para volverlas a llenar enseguida, talleres de mecánica con un desorden tan provocante que parece lo hubieran preparado, cementerios de carros cuyas carcasas amontonadas al azar sugieren una imagen de arte contemporáneo mal asimilado; todo esto alineado a nuestra derecha por kilómetros y kilómetros.

A la izquierda de la doble vía, en el seno de un mar con toda evidencia contaminado, buques de carga inmovilizados –sería urgente volverlos a pintar– esperando cargamento.

A medida que uno se aleja de la capital, la imagen de desolación se esfuma, la naturaleza toma su puesto. El olor de los pinos sustituye al de los carburantes. Sobre el mar, de nuevo azul, un esplendor purpurado –del cual Pablo, perdido en la amargura de su humillación, no debió tener conciencia– refleja a lo lejos un rosario de islas tanto más oníricas cuanto uno no discierne nada de lo que se extiende en su superficie.

A no ser que Pablo no haya preferido llegar a Corintio por mar –ya que él evita el más mínimo gasto–, habrá empleado tres días por este camino designado como la Vía sagrada de Eleusis. Al final del viaje lo espera el espectáculo de la bahía que Joseph Holzner, gran viajero, vio en este lugar como “un lago rodeado de rocas abruptas y sembrado de pequeñas islas”. Encima de esta bahía,

Corinto se levanta detrás de un circo natural. Como telón de fondo, las montañas de Egina cubren el santuario colocado en el sitio más alto de Acaya. Más lejos, están “las paredes rocosas, abruptas, de Megara” y luego “las montañas de Argólida cubiertas de bosques de pinos”. De esta ciudad y de lo que allí sucede nace, a través de Grecia, un largo murmullo de curiosidad malsana, algo parecido al que se refiere a las emisiones pornográficas de la televisión. Sentimiento diametralmente opuesto a la voluntad que anima a Pablo: predicar, a esta masa humana alejada de todo ideal, la resurrección de Cristo.

Una etapa lo espera en Cencreas, uno de los dos puertos de la gran ciudad, rodeado de verdes colinas. Cencreas está separado de Lequea, el segundo, por un istmo de seis kilómetros de anchura: si uno desea ir por mar de uno al otro, es preciso dar la vuelta a todo el Peloponeso: pérdida de tiempo financieramente seria. Ediles ingeniosos tuvieron la idea de poner a la disposición en el istmo una vía enlosada –*diolkos*– con el fin de halar las naves comerciales entre los dos golfos, transportando los más ligeros sobre un carromato, los otros sobre cilindros. Son necesarios dos días, a veces tres, para que centenares de esclavos, con las espaldas desgarradas por las cuerdas, a veces bajo latigazos, los empujen y los tiren hasta la otra vertiente¹.

Así pues, Cencreas donde “los mástiles de los barcos están tan unidos como los troncos de un bosque de pinos”². Una casa cúbica, como tantas que hay, pegada a todas las que rodean el puerto. Allí habita y trabaja una joven pareja, dos tejedores llegados el año anterior. El se llama Áquila, ella Priscila. Si los conocemos por los Hechos, su existencia viene confirmada en las Epístolas de Pablo, quien los presenta bajo el nombre de Áquila y Prisca, ya que a sus ojos Priscila es un diminutivo. Al dirigirse más tarde a la Iglesia fundada por él en Corinto, Pablo escribirá: “Les envían muchos saludos Áquila y Prisca en el Señor, junto con la Iglesia que se reú-

¹ Nerón acarició el proyecto de perforar el istmo y hasta llegó a dar el primer azadonazo; esto, sin embargo, no fue más lejos. Herodes Atico intentó también realizar esta empresa pero no lo logró. El canal de Corinto sólo se vino a realizar en 1893.

² HILDEBRANDT, Dieter.

ne en su casa”³. Son judíos, pero judíos cristianos. Cuando el emperador Claudio, en el año 49, promulgó un edicto que expulsaba a todos los judíos de Roma, ellos tuvieron que huir. Según Suetonio, los judíos de Roma no cesaban de “mantener la agitación, bajo el impulso de un tal Crestos”. Nadie puede negar el parentesco, al menos sonoro, entre Cresto y Cristo. La verdad es que este Cresto imaginario nació de una confusión con los judíos convertidos a Cristo –los había pues, en el 49 en Roma–, considerados como los responsables de dicha agitación.

Para Áquila y Priscila, el puerto de Cencreas no debía ser más que una simple escala hacia el Asia. Sorpresa: allí descubrieron la urgente necesidad de tiendas publicada por los corintios en vísperas de los juegos Ístmicos del año 51. No pudiendo resistir a tal suerte, la pareja se quedó y abrió un taller. Así apareció allí un día un personaje que no aparentaba mucho. Advierte que viene de Atenas, se presenta: Pablo de Tarso, y se dice cristiano. ¿Cómo los encontró? Ningún texto lo precisa. Un creyente admitirá gustoso la inspiración del Espíritu Santo. Otros dirán que Pablo pudo preguntar al azar dónde podría encontrar trabajo y lo enviaron a la dirección correcta. Cuando el desconocido anuncia que es tejedor de tiendas, lo contratan inmediatamente. Muy pronto, los jóvenes descubren que sufre de llagas mal cerradas que le quedan de una flagelación. ¿Cómo no los voy a ver colmados de piedad y amor?

Áquila y Priscila ignoran totalmente que acaban de reclutar “un tornado”. El hombre no abandona nunca el trabajo pero, en sus escasos momentos libres, se dedica a orar. En el momento se transforma. Que él haya recitado versículos de la Biblia, sería algo muy factible. Que Priscila y Áquila hayan quedado asombrados, tampoco nos extrañaría.

Pablo trabaja con sus manos, ora y medita, pero le llega el día en que se toma un asueto: la meta de su viaje no es Cencreas sino Corinto. La lógica nos lleva a pensar que habrá esperado la cicatrización de sus heridas para ponerse en camino.

Destruída en el año 146 a.C. a raíz de la invasión romana, la ex capital de la Liga acaya permaneció durante cien años como un de-

³ 1Co 16, 19.

sierto. En el año 44 a.C. –sólo un siglo antes de la llegada del apóstol–, Julio César hizo construir la ciudad que pobló sobre todo con libertos; de ahí una población particularmente heterogénea. Renan vio en ella “un montón de gente de toda clase y de todo origen”. Los griegos ya no se reconocieron en la nueva ciudad. A ellos les repugnaban los sangrientos juegos de circo puestos a la moda por Roma; los corintios se enloquecían por éstos. De ahí “una ciudad demasiado poblada, rica, brillante, frecuentada por numerosos extranjeros, centro de un comercio activo, una de esas ciudades mezcladas que habían dejado de ser patrias”.

Al dejar Cencreas para irse a Corinto, Pablo va a llegar a un valle en la pendiente de ocho kilómetros de longitud. Rodeándolo se extienden los viñedos de donde se extrae, aún hoy en día, el succulento racimo de Corinto. Para un hombre que ha atravesado el Tauro tres veces, estos pocos kilómetros son un juego de niños. Rodeando el gran anfiteatro al cual está adosada la tumba de Diógenes, él penetra en el arrabal de Crasea. Antes de franquear una de las puertas del recinto, es imposible que su mirada no se haya sentido atraída por el extraordinario pico rocoso que, con 575 metros de altura, domina a Corinto: un espectáculo tan raro que en todas las épocas ha admirado –de eso soy testigo– a quienes lo han contemplado. En tiempos de Pablo el sitio se llamaba Acrocorinto y aún conserva su nombre hoy. Es de creer que Pablo haya sabido sin ningún placer que en su cima se levantaba un templo de Afrodita. ¿Se habrá sentido perseguido por esta diosa desvergonzada?

Al venir de una Atenas de poca extensión, bastante semejante a una ciudad universitaria de la Edad Media, entra a la ciudad más vasta que él haya conocido después de Antioquía de Siria. Por los Propileos, puerta monumental de tres arcos, accede enseguida al ágora, amplia plaza limitada por el norte con tiendas, por el sur con un gran pórtico. Afirmar que Pablo debió quedar con la boca abierta no es una facilidad que se concede el biógrafo: estos edificios cubiertos de mármol dejaban mudos a todos. Más allá de las tiendas del norte y sobrepasándolas a todas con su altura, Pablo no pudo ignorar la presencia abrumadora del templo de Apolo, levantado primitivamente en el siglo VI a.C. Habiendo experimentado personalmente la emoción, en un campo de ruinas, de encontrar

siete columnas que escaparon milagrosamente al temblor de tierra del 77, comprendo lo que debieron sentir los que lo vieron intacto: quince enormes columnas en los largos costados, seis en los pequeños.

Caminando errático entre las piedras esparcidas que brotan de una hierba rasa, me imaginaba a Pablo deslizándose por las calles donde se atropellaba “una multitud abigarrada, ruidosa, siempre de afán, proveniente de todos los rincones de Europa y Asia”.

Los veteranos, los libertos y los esclavos de César se encontraron animados por la exhumación de las riquezas enterradas en las tumbas que ellos violaron con alegría. Ciertas fortunas nacieron ahí. El poeta Crinágoras ha gritado su dolor por este Corinto que él hubiese preferido ver:

*Más desierto que las arenas de Libia antes que
verte entregado enteramente a estos inútiles.*

Pablo no encontrará allí ninguna aristocracia de vieja data sino nuevos ricos o herederos de pioneros enriquecidos. Al número de los convertidos más encopetados, si acaso nombrará a Erasto, dotado de un cargo municipal; Cayo, propietario de una gran quinta; Estéfanos, cuyo nombre evocaba, se dice, una pizca de vulgaridad: “Consideren, hermanos, quiénes son ustedes, que han recibido el llamado de Dios: no hay entre ustedes muchos sabios a los ojos de los hombres, ni muchos poderosos, ni muchas gentes de buena familia”. Situación humillante que rectifica de inmediato con la exposición de las ventajas que de esto se pueden obtener: “Lo que es débil para el mundo, lo ha escogido Dios para confundir lo que es fuerte”⁴. Si alguien se ha inscrito de lleno en las filas de Jesús, ese es Pablo en esta ocasión.

En esta colonia romana, el idioma oficial sigue siendo el latín pero el griego, surgido de los orígenes, no deja de ganar terreno. Corinto merece de nuevo el nombre de “opulenta”, con el cual Homero la había ya gratificado. El tránsito de mercancías por sus puertos es la causa de su poder económico. De sus astilleros sale un gran número de barcos. Cencreas y Lechea se enorgullecen in-

⁴ 1Co 1, 26-27.

clusive de haber inventado la galera con tres clases de remos. Tapices, tejidos, telas de toda especie salen de sus talleres. Sus corazas de bronce no tienen casi equivalentes en Occidente. En las tierras fértiles de la región, miles de esclavos hacen brotar el trigo, las legumbres, los frutos en abundancia y cultivan las viñas de donde extraen un vino muy valorizado.

Los juegos Ístmicos resucitados por César y celebrados en honor de Neptuno atraen cada cuatro años a Corinto una multitud felizmente pródiga con sus denarios. Que Pablo haya asistido a los juegos de abril-mayo del 51 y que se haya admirado con el espectáculo de las masas humanas sentadas codo con codo; seducido por los poetas que se enfrentaban lanzando a los auditorios emocionados, sus versos como dones; impresionado por los atletas que luchaban por batir todas las marcas, de todo ello se encuentra la huella en Primera Epístola a los Corintios: “¿No saben que en las carreras del estadio todos corren, mas uno sólo recibe el premio?”. El paralelo lo obsesiona: “Los atletas se privan de todo; y eso, ¡por una corona corruptible!; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Así, pues, yo corro, no como a la aventura; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes en el vacío”⁵.

Refiriéndose a Timoteo, quien con él había asistido a ellos, Pablo, al aproximarse su fin, evocará todavía los juegos de Corinto: “En la lucha deportiva, el atleta no recibe la corona si no ha luchado según las reglas”⁶.

La ciudad de antaño se había colocado bajo el signo de este Poseidón que recordaba su vocación marítima blandiendo un tridente. Afrodita Pandemos lo suplantó. Durante mucho tiempo, en lo alto del Acrocorinto, miles de sacerdotisas al servicio de la diosa –las *hieródulas*– se prostituyeron en celdas dispuestas –¡algo extravagante!– detrás de los rosales. Aunque su número parece haber descendido bastante en tiempos de Pablo, quedaban las suficientes como para afligir a un hombre que predicaba la ascesis y la continencia. Lo que Pablo descubre, es lo que hoy en día llamamos turismo sexual.

⁵ 1Co 9, 25-26.

⁶ 2Tm 2, 5.

El ascenso del Acrocorinto tienta a todos aquellos que disponen de un poco de aliento y algún dinero: los ávidos que sólo han venido a esto, los viajeros de paso, los negociantes que compran o venden, los marineros de navíos que hacen escala en los puertos. Fue ahí donde nació la “enfermedad corintia” que terminó por propagarse en todas las regiones del imperio. Tal es la reputación de Corinto que, de una jovencita que arroja su virginidad a las ortigas, se dice que se corintiza. Aún más: la palabra *corintias* designa a los proxenetas. “No todo el mundo puede ir a Corinto”, dice un proverbio: lo cual quiere decir que las sacerdotisas están demasiado caras y lo mismo los numerosos arrabales de los puertos donde las bebidas fuertes corren a flote. La corrupción de las costumbres de Corinto, extrema entre las ciudades griegas, inspiró a los autores dramáticos, Aristófanes, en primer lugar, pero también a los poetas y los escritores: Horacio, Juvenal o Cicerón.

A este clima al cual se adaptaron profundamente los espíritus, Pablo va a tener que enfrentarse. Otros habrían retrocedido ante semejante tarea. Él no. Va a permanecer dieciocho meses en Corinto, mientras sólo había reservado doce en su última estadía en Antioquía. Se le ve cambiar de residencia al menos cuatro veces.

El encuentro con una mujer –todavía– va a revelarse pletórica de consecuencias para su misión: se trata de una tal Febe, negociante con un gran don de gentes y, como tal, gran viajera. Convertida a Cristo, con casa propia, va a patrocinar la actividad del tarsense, a representarlo si fuere necesario ante la justicia y, sobre todo, a atestiguar acerca de su ciudadanía romana. Alrededor de Febe se constituirá, en Cencreas, el núcleo de una comunidad cristiana. Mucho más tarde, Pablo la recomendará a los romanos como “nuestra hermana diaconisa de la Iglesia de Cencreas”. De-seará que la acojan “de una manera digna de los santos” y que, en caso de que ella tenga necesidad, se la ayude “porque ha sido una protectora para muchas personas y para mí mismo”⁷.

¿Habían Silas y Timoteo olvidado a Pablo? Inesperadamente, ¡reaparecen! Efusiones, presentación de los antiguos fieles a los nuevos. Lucas afirma que, desde la llegada de sus dos compañe-

⁷ Rom 16, 1-2.

ros, “Pablo se consagró enteramente a la Palabra”. El tarsense confirma: “Hermanos venidos de Macedonia” le aportaron subsidios.

Luego de su llegada, Pablo va a poder redactar esta Epístola a los Tesalonicenses que meditaba. Su pensamiento es tan denso, tan rápido que le es imposible –¡no siendo profesional de la escritura!– transcribirla solo. Todas sus Epístolas, comenzando por ésta, serán, pues, dictadas y los amanuenses se designarán por su nombre. Aquí: “Pablo, Silas y Timoteo a la Iglesia de los Tesalonicenses...”.

Momento único. El pequeño hombre a quien con prontitud se le iba a dar una limosna está a punto de dar cuerpo al cristianismo. El humilde obrero se metamorfosea en profeta ardiente, tratando de improvisar un texto en el cual intenta plasmar todo su pensamiento, progresando penosamente, tropezando con las palabras, las frases, las ideas, repitiéndose, airándose contra sí mismo y –naturalmente– contra aquellos que, estilete en mano, procuran alternativamente, llenar el papiro. A veces Pablo se sume en un gran silencio. Sólo se escuchan las moscas que zumban. De pronto, un tema fulgurante se desarrolla con un solo impulso, tanto que los otros no lo pueden seguir, con protestas de parte de ellos, y réplicas airadas de la suya. En resumen, momentos que echamos de menos eternamente por no haber podido ser sus testigos.

Que Pablo haya sido perfectamente consciente de lo que había emprendido, lo proclama la primera frase de la carta, con una fuerza increíble. Ésta se dirige “a la Iglesia de los Tesalonicenses que está en Dios Padre y el Señor Jesucristo”. Nadie mejor que Dieter Hildebrandt ha subrayado la fuerza de tales palabras: “No existe un testimonio anterior en el cual sea empleado el término *Jesucristo*, ningún otro documento más antiguo que atestigüe acerca de este nombre del Mesías. Y tampoco nada anterior deja transparentar esta fe nueva. Con toda sencillez el cristianismo dirige su saludo a la posteridad”.

Las futuras Epístolas aparecerán marcadas sobre todo con los asuntos doctrinales, mientras ésta expresa sin moderación la fuerza de los sentimientos que Pablo ha experimentado en Tesalónica: “Nos mostramos amables con ustedes, como una madre cuida con

cariño de sus hijos. De esta manera, amándoles a ustedes, querríamos darles, no sólo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque han llegado a sernos muy queridos. [...] Ustedes lo saben bien, como un padre a sus hijos, a cada uno de ustedes los exhortábamos y alentábamos, conjurándoles a que vivieran de una manera digna de Dios, que los ha llamado a su Reino y gloria”⁸. Lo que da toda su dimensión al éxito de Pablo en Tesalónica, es la manera como los evoca:

“Partiendo de ustedes, en efecto, ha resonado la Palabra del Señor, y su fe en Dios se ha difundido no sólo en Macedonia y en Acaja, sino por todas partes, de manera que nada nos queda por decir. Ellos mismos cuentan de nosotros cuál fue nuestra entrada a ustedes, y cómo se convirtieron a Dios, tras haber abandonado los ídolos, para servir a Dios vivo y verdadero, y esperar así a su hijo Jesús que ha de venir de los cielos, a quien resucitó de entre los muertos y que nos salva de la cólera venidera”⁹.

Si ciertas cartas de Pablo van a estar marcadas con gravedad y a menudo con amonestaciones, ésta se encuentra colmada de la satisfacción que él siente hacia una comunidad fiel a su enseñanza y que ya no ofrece sacrificios a los dioses paganos. El mensaje se extiende sobre un punto al cual se siente que Pablo quiere dar una particular importancia. Supo que algunos cristianos de Tesalónica acababan de fallecer –de muerte natural–, lo que ha sumido en la pena a la reciente comunidad pero sobre todo ha suscitado graves interrogantes.

Para comprender, es preciso volver a Jerusalén en los comienzos del cristianismo. Los primeros fieles, contemporáneos de la muerte y de la resurrección de Jesús, quisieron retener del anuncio de su regreso a la tierra, que éste era inminente. Hubo algunos, inclusive, que rechazaron la enseñanza que se les propuso, inútil a sus ojos ya que todo iba a ser revelado por el mismo Jesús cuando volviera. Es preciso meditar sin cesar esta realidad primordial: la primera generación del cristianismo vivió con la certeza –y sobre todo la espera– del fin del mundo que seguiría al retorno de Jesús.

⁸ 1Ts 2, 7-12.

⁹ 1Ts 1, 8-10.

El mismo Pablo lo creyó y no dejó nunca de creerlo. En la Epístola a los romanos, su último escrito, él seguirá insistiendo: “Ustedes saben el momento en que vivimos. Porque es ya hora de levantarse del sueño; que la salvación está más cerca de nosotros que cuando abrazamos la fe. La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz”¹⁰. Quizá se deba buscar en esta argumentación una de las principales razones del éxito de Pablo. Habrá que esperar su propia muerte para que los cristianos renuncien a considerar una época precisa para el regreso de Jesús.

La certidumbre de la primera generación era tal que los convertidos de este tiempo, persuadidos de ser muy pronto objeto de la predilección de Jesús, pensaron que la vida les sería asegurada hasta su retorno. Los primeros fallecimientos entre los cristianos de Tesalónica, aportaron a esta convicción sin matices, una terrible contradicción. La dificultad para Pablo viene de que él mismo está estupefacto a causa de estas muertes. No obstante, responde: “Les decimos esto como Palabra del Señor: Nosotros los que vivamos, los que quedemos hasta la Venida del Señor no nos adelantaremos a los que murieron. El Señor mismo, a la orden dada por la voz de un arcángel y por la trompeta de Dios, bajará del cielo, y los que murieron en Cristo resucitarán en primer lugar.

Después nosotros los que vivamos, los que quedemos, seremos arrebatados en nubes, junto con ellos, al encuentro del Señor en los aires. Y así estaremos siempre con el Señor. Consuélense, pues, mutuamente con estas palabras.

En lo que se refiere al tiempo y al momento, hermanos, no tienen necesidad de que les escriba. Ustedes mismos saben perfectamente que el Día del Señor ha de venir como un ladrón en la noche”¹¹.

La fórmula –¡cosa sorprendente!– se reencontrará en el Evangelio de Lucas, quien la coloca en la boca de Jesús: “Si el dueño de la casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le horadasen su casa. También ustedes estén preparados, porque en

el momento que no piensen, vendrá el Hijo del hombre”¹². Mateo prestará a Jesús palabras casi idénticas: “Si el dueño de la casa supiese a qué hora de la noche iba a venir el ladrón, estaría en vela y no permitiría que le horadasen su casa. Por eso, también ustedes, estén preparados, porque en el momento que no lo piensen, vendrá el Hijo del hombre”¹³. La misma alusión se leerá en la Segunda Epístola de Pedro y en el Apocalipsis de Juan.

No temamos suponer cómo estos convertidos están con el oído atento a las menores alteraciones que puedan afectar el silencio de la noche y, cada vez, decepcionados porque no resonó el sonido de las trompetas del cual estaban seguros que se acompañaría el regreso del Hijo de Dios.

Ninguna Epístola de Pablo es *a priori* una exposición magistral de su doctrina, sino que transmite uno o varios aspectos de la tradición que él trata de fijar. El conjunto encierra *in fine* la exposición exhaustiva de su enseñanza. Desde la Primera carta a los Tesalonicenses, Pablo formula –probablemente con su mano– una verdadera amonestación: Hermanos, oren también por nosotros. Saluden a todos los hermanos con un ósculo santo. Les conjuro por el Señor que esta carta sea leída a todos los hermanos. Que la gracia de Nuestro Señor Jesucristo esté con todos ustedes”.

No lo dudemos: las cartas de Pablo tienden a fijar una predicación oral que por esencia corre el riesgo de ser mal interpretada, mal retenida, mal transmitida. Con el correr de los años, se verá que las Epístolas precisan el estatuto de las nuevas Iglesias y las responsabilidades asignadas a su jerarquía. Lo que aflora también con fuerza, es que, en todas partes y en todos los tiempos, las Epístolas afirman la fe sin límites de Pablo.

En una Epístola a los Corintios –la primera que les dirigirá–, Pablo evoca la timidez que acompañó sus primeras predicaciones en la ciudad: “Cuando fui a ustedes, no fui con el prestigio de la palabra o de la sabiduría a anunciarles el misterio de Dios, pues no quise saber entre ustedes sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y me

¹⁰ Rm 13, 11-12.

¹¹ 1Ts 4, 15-18; 5, 1-2.

¹² Lc 12, 39.

¹³ Mt 12, 43-44.

presenté ante ustedes, débil, tímido y tembloroso”¹⁴. Algunos han querido explicar esta especie de “miedo” por un recrudecimiento del “aguijón de la carne”. Quizás no se pueda pasar por alto la crisis psicológica nacida de su fracaso en Atenas.

La existencia de una importante comunidad judía en Corinto está confirmada por Filón de Alejandría. Desde su llegada, Pablo habló, pues, en las sinagogas. Pasados los primeros momentos de sorpresa, los judíos opusieron a su predicación una hostilidad sistemática y creciente. Él se encaprichó. Pronto los judíos acudieron a las injurias que él no soportó. Un día, durante el sabbat, su cólera alcanzó el “frenesí” de antaño, hasta llegar a desgarrar sus vestiduras gritando:

—¡Que su sangre recaiga sobre sus cabezas! ¡Soy inocente y en adelante iré a los paganos!

Saliendo de la sinagoga, pone por obra su amenaza. Va a la casa de un tal Ticio Justo, romano, “cuya casa era contigua a la sinagoga”.

Que Pablo se haya alejado paulatinamente de sus ritos, todo lo demuestra. Que haya roto con el judaísmo en sí, todo prueba lo contrario. Las cartas que no dejará de dirigir a las diferentes comunidades cristianas o a amigos como Timoteo, están llenas de citas o de alusiones bíblicas. Respecto a la religión judía, el acontecimiento que marca profundamente la etapa de Corinto no es —como lo repitió un gran número de judíos contemporáneos de Pablo— la desertión de un renegado sino el anonadamiento de una gran esperanza: hacer comprender a los judíos que el judío Jesús era el Mesías encarnado. Recordemos el comportamiento de los primeros cristianos: ninguno renuncia a orar en el Templo. Pedro y Juan lo frecuentan casi a diario. Para Pablo, el cristianismo no sólo está impregnado de judaísmo, *es* judío. En la Epístola a los Romanos redactada en la última parte de su vida, él persistirá: “Pregunto, pues: ¿habrá Dios rechazado a su pueblo? ¡Ciertamente no!”. Llega incluso a declararse listo a renunciar a su propia salvación por “aquellos de mi raza según la carne, los israelitas, a quienes pertenece la adopción, la gloria, las alianzas, la Ley, el culto, las promesas y los

padres; ellos, en fin, de quienes, según la carne, proviene Cristo, quien está por encima de todo, Dios bendito eternamente”¹⁵.

Uno de los análisis más sorprendentes de la dualidad de Pablo después de su ruptura con la sinagoga ha sido presentado por Schalom Ben-Chorin, pionero judío del diálogo judeo-cristiano, quien descubre, al lado de la adhesión nunca renegada de Pablo a la religión de Abrahán, una especie de “odio judío de sí”.

Subrayando esta coexistencia, Ben-Chorin describe “la prueba desgarradora” a la cual él ve sometido al hombre de Damasco y que lo lleva, ya a defender el derecho de los judíos a considerarse como hijos de Dios, ya a la pretensión de que “ellos no agradan a Dios”. Ben-Chorin estima que la relación de Pablo con Israel “es característica de un judío de la Diáspora”. Su identidad judía reaparece sin cesar, para él, un problema”. Lo cual —piensa nuestro autor— no fue nunca el caso de Jesús de Nazaret: “Éste era judío, totalmente judío, nada más que judío”.

En el siglo XXI, en las iglesias católicas, se leen por obligación tres textos en cada misa: el primero es un pasaje de la Biblia hebrea, por tanto, judía; el segundo es un extracto de una Epístola de Pablo y, más raramente, de otro apóstol, judío de todas maneras; el tercero, un episodio sacado de los Evangelios de Marcos, Mateo, Lucas y Juan, todos judíos. Los salmos que se cantan son los de la Biblia. Muchos cristianos se preguntan hoy por qué Pablo no fue escuchado por los judíos de su tiempo. Nadie rehará la historia pero no se puede dudar de que el divorcio entre dos corrientes judías fue el generador de grandes desgracias.

“Muchos corintios, al escuchar a Pablo, se volvían creyentes y recibían el bautismo”¹⁶. Al explicarse ante los corintios acerca del sentido de la enseñanza que les ha impartido, nos aclara al mismo tiempo: “Mi palabra y mi predicación no tuvieron nada de los persuasivos discursos de la sabiduría, sino que fueron una demostración del Espíritu y del poder para que la fe de ustedes se fundase, no en sabiduría de hombres, sino en el poder de Dios. Sin embargo, hablamos de sabiduría entre los perfectos, pero no de sa-

¹⁴ 1Co 2, 1-3.

¹⁵ Rm 9, 3-5.

¹⁶ Hch 18, 8.

biduría de este mundo ni de los príncipes de este mundo, abocados a la ruina; sino que hablamos de una sabiduría de Dios, misteriosa, escondida, destinada por Dios desde antes de los siglos para gloria nuestra, desconocida de todos los príncipes de este mundo –pues de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la Gloria–. Más bien, como dice la Escritura, anunciamos: lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó, lo que Dios preparó para los que le aman. Porque a nosotros nos lo reveló Dios por medio del Espíritu; y el Espíritu todo lo sondea, hasta las profundidades de Dios. En efecto, ¿qué hombre conoce lo íntimo del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Del mismo modo, nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios, Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios para conocer las gracias que Dios nos ha otorgado, de las cuales también hablamos, no con palabras aprendidas de sabiduría humana, sino aprendidas del Espíritu, expresando realidades espirituales en términos espirituales. El hombre naturalmente no capta las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él. Y no las puede conocer, pues sólo espiritualmente pueden ser juzgadas.

En cambio, el hombre de Espíritu lo juzga todo; y a él nadie puede juzgarle. Porque ¿quién conoció la mente del Señor para inscribirle? Pero nosotros tenemos la mente de Cristo”¹⁷.

El lector desapercibido acaba de encontrar el lenguaje de Pablo. Con él, se sobrepasa con creces el razonamiento ordinario, “carnal” como lo llama él. Las Epístolas se mantienen constantemente en este nivel, hasta el punto en que hay que leerlas con una atención sostenida para captar todas sus sutilezas. Cuando uno se hace familiar con ellas, un pensamiento pasa constantemente por el espíritu: si un lenguaje semejante es el que se ha empleado ante las pequeñas gentes de Corinto, ¿cómo lo comprendieron? A decir verdad, éstos han debido ser dirigidos a personalidades escogidas, dentro de las comunidades, a causa de sus cualidades y su capacidad de asimilación de las exposiciones del apóstol. Prefiero pensar que éstos supieron traducir la teología de Pablo a un lenguaje más accesible.

¹⁷ 1Co 2, 4-16.

Nada más diverso que la asamblea de convertidos de Pablo. Griegos y romanos se mezclan con los judíos, los circuncisos con los incircuncisos. Se reúnen en casas particulares donde toman sus alimentos en común. De acuerdo con la actitud que él había definido en Antioquía, Pablo no impide a ninguno de los nuevos cristianos, que asistan a las numerosas fiestas –judías o paganas– que se celebran en la ciudad. A aquellos –sobre todo judíos– que muestran reticencias, Pablo explica que no hay que singularizarse. La asistencia a las fiestas permite crear relaciones útiles para la difusión del mensaje divino. Una sentencia muy clara resume lo esencial: “Todo está permitido, pero no todo es conveniente; todo está permitido, pero no todo edifica”. Así pues, “todo lo que venden en el mercado, cómanlo sin hacer preguntas por motivos de conciencia; porque *la tierra y todo lo que ella contiene son del Señor*”¹⁸. Si un no creyente los invita y ustedes aceptan ir allí, coman de todo lo que les ofrezcan, sin hacer preguntas por motivo de conciencia. Pero si alguien les dice: “Es carne sacrificada”, no la coman, a causa de quien les advirtió y por motivos de conciencia; hablo aquí, no de la conciencia de ustedes, sino de la de él. Ya que, ¿por qué mi libertad va a ser juzgada por otra conciencia?”.

Pablo llega hasta proponerse como ejemplo: “Es así como yo me esfuerzo en agradar a todos, en todo, no buscando mi provecho personal, sino el de la mayoría a fin de que se salven”. Concluye con una frase extraordinaria y orgullosamente paulina: “Sean mis imitadores, como yo lo soy de Cristo”¹⁹.

En la misma época, Corinto ve llegar al nuevo procónsul de Acaya. Su nombre: Lucio Junio Galio, a quien los textos del Nuevo Testamento llaman Galión. Una inscripción sobre una piedra conmemorativa exhumada en Delfos evoca un conflicto del cual se preocupó el procónsul y sobre el que se pronunció el emperador Claudio.

Es verdad que ella no tiene ninguna relación con la historia de Pablo, pero su valor se afirma por el hecho de que jalona su biografía con una fecha precisa.

¹⁸ Sal 24, 1.

¹⁹ 1Co 10, 23-29.33; 11, 1.

Por ella se deduce que Galión –conservemos su nombre tradicional– asumió su puesto en Corinto a fines de abril del año 51. No se trata de un personaje de segundo plano. Su hermano, el ilustre Séneca, era por entonces, preceptor del joven Nerón. Galión debería haber permanecido un año entero en Corinto –duración de su mandato– pero no lo terminó porque, según su hermano, le tomó aversión a Corinto.

Al presidir asambleas en fechas regulares bajo el pórtico, a fin de administrar justicia, debió haber sido grande su sorpresa, cuando vio aparecer un grupo de judíos conducido por un tal Sóstenes, jefe de sinagoga, y que llevaba ante él –¿por la fuerza?– a un desconocido de nombre Pablo. Dichos judíos juraban que “este individuo” predicaba un “culto ilegal de Dios” al cual él quería llevar a las gentes”.

Galión debió caerse de las nubes. Al estar la religión judía reconocida por la ley romana con todas las ventajas que eso comportaba, ¿cuál podría ser el culto “ilegal” del cual los judíos acusaban al pequeño hombre conducido ante él? Es improbable que el procónsul haya pensado en los cristianos, ya que, aun si sabemos que éstos existían en Roma, eran tan escasos que seguramente no oyó hablar de ellos. Galión ve a estos judíos tan seguros de sí mismos que les deja exponer la acusación. Después de lo cual, como hombre íntegro, da la palabra a Pablo. Luego da a conocer su veredicto: Conviene en que anunciar una nueva religión sería, efectivamente, algo ilegal, pero si se trata de una opinión nueva predicada en el seno del judaísmo, es algo muy distinto. Galión no ignora las discrepancias que existen entre saduceos y fariseos. Si ahora surge otra, ¿qué puede hacer él? Nada más claro que su respuesta:

–“Si se tratara de algún crimen o mala acción, yo les escucharía, judíos, con calma, como es razón. Pero como se trata de discusiones sobre palabras y nombres y cosas de su Ley, allá ustedes. Yo no quiero ser juez en estos asuntos”²⁰.

Como consecuencia, Pablo es despedido del tribunal. Libre. Si hay que creerle a los Hechos, los judíos encolerizados se volvieron entonces contra este Sóstenes que los había desprestigiado. Ante

los ojos del procónsul, lo golpearon, “pero a Galión, agrega Lucas con notable desenvoltura, no se le dio nada”.

Vendrá el día en el cual Pablo considerará que ya no tiene que esperar nada de Corinto. Allí sembró y puede estar orgulloso de la cosecha. Aunque la Iglesia que fundó en esa ciudad no cuenta, comprendidos los esclavos, sino con algunos cientos de fieles, el resultado sobrepasa muy de lejos, el cosechado a raíz de sus predicaciones precedentes. En la Primera Epístola a los Corintios, Pablo volverá sobre la felicidad que, “en nombre de Cristo”, recibió de los corintios y sobre el recuerdo precioso que conservó de su permanencia entre ellos:

“Doy gracias a Dios sin cesar por ustedes, a causa de la gracia de Dios que les ha sido otorgada en Cristo Jesús, pues en él han sido enriquecidos en todo, en toda palabra y en todo conocimiento, en la medida en que se ha consolidado entre ustedes el testimonio de Cristo.

Así, ya no les falta ningún don de gracia a los que esperan la Revelación de nuestro Señor Jesucristo. Él los fortalecerá hasta el fin para que sean irrepreensibles en el Día de Nuestro Señor Jesucristo. Pues fiel es Dios, por quien han sido llamados a la comunión con su hijo Jesucristo, Señor nuestro”²¹.

¿Se embarcó él en Cencrea en el otoño del 51, antes de que la prohibición de viajar por mar fuera pronunciada? Uno se inclina más bien por la primavera del 52. Antes, sabemos que se hizo cortar el cabello para cumplir un voto. La lectura del Libro de los Números nos informa sobre el carácter de tal gesto: el que se compromete a esto, debe abstenerse de vino y de bebidas fermentadas y ha de dejarse crecer el cabello durante al menos treinta días. Después de lo cual, en una sala del templo de Jerusalén, se le cortará y se quemará en señal de ofrenda. Al hacerse cortar en Cencrea lo que le queda de cabellera, Pablo declara una vez más su dualidad: él, que acaba de construir los fundamentos de una Iglesia cristiana, observa estrictamente el rito de la Ley judía.

²⁰ Hch 18, 14-15.

²¹ ICo 1, 4-9.

Se embarca en compañía de Priscila y Áquila: de parte suya, fidelidad y amistad; de la de ellos, confirmación de una fe ardiente. Timoteo los acompaña.

Destino: Antioquía.

CAPÍTULO X

Pasiones y combates en Éfeso

Una vez levantada la prohibición inercial, todo lo que navegue es tomado por asalto. A comienzos de la primavera del 52, nadie quiere pensar en los calores del verano futuro. El fuerte olor que se expande desde las costas de Megarida y de Ática, el aire ligero que sopla sobre las olas, todo inclina a los pasajeros al reposo, inclusive a la euforia.

Pablo, Priscila, Áquila, Timoteo¹, pequeño grupo unido por su fe, tampoco dejan el puente. ¡Al diablo las preocupaciones! El precio del viaje se ha convenido, las provisiones alimenticias llenan los sacos: un poco de paz ordinaria para un Pablo nunca liberado de la obsesión de Cristo, vivida diariamente. En la escala de Éfeso, Áquila y Prisca abandonarán el barco para prestar su ayuda a la pequeña comunidad cristiana –a penas un esbozo– que allí se ha instalado. A medida que se aproximan a la meta, la angustia invade a la pareja. En cuanto a Pablo, lo imagino acurrucado en el puente, pensativo y serio. Por vez primera se va a despojar del privilegio del cual se ha reservado celosamente la exclusividad. Si el culto de Jesús continúa esparciéndose –¿cómo lo va a dudar?–, será preciso, así eso le arranque el corazón, que se habitúe a delegar.

Bordean a través de las Cícladas: Kidnos, Siros, Tinos Mikonos, famosas islas griegas convertidas dos mil años más tarde en la amante privilegiada del turismo de crucero. La regla del nave-

¹ La presencia de Timoteo se tiene como probable por Jürgen Becker: Pablo se encontrará con él, en efecto, en Antioquía. En cuanto a Silas, desaparece definitivamente de nuestro relato. Ningún texto permite evocar su destino posterior.

gante es, en cuanto se pueda, no perder nunca de vista la tierra. Ahí está la isla sagrada de Delos cuyo nombre significa: brillante. La leyenda dice que las Cícladas –o *Kuklos*, el círculo– fueron sembradas por los dioses alrededor de ella como una aureola. Una mirada a Samos, muy próxima a la costa de Asia, célebre por su vino licoroso, y de pronto surgen, más allá de la proa que danza sobre las olas, las montañas de Ionia. En la música de esta sola palabra se designa a toda la antigua Hélade: el sueño jamás olvidado del adolescente Saulo. Unas horas más y se descubre, al fondo de su golfo, a Éfeso.

Cuando el barco arroja el ancla en el antepuerto de Panorma, Pablo y sus amigos descienden a una barca que, por un canal de unos dos kilómetros, los conduce al puerto interior de la ciudad, frente al mármol de los monumentos, el del anfiteatro y el del ágora. Al poner pie en tierra, Pablo no puede sino exhumar de su espíritu las imágenes surgidas de las lecturas o de las enseñanzas de maestros reverenciados: hasta allí Homero, ciego, dirigió sus pasos vacilantes; allí Heráclito sondeó el ser y el universo; allí Pitágoras abrió su escuela de ascesis; allí Tales puso los fundamentos de la filosofía occidental; allí Herodoto expresó las reglas –puestas en práctica inmediatamente– de la historia.

La escala debe ser corta. Imposible que Pablo se demore en esta ciudad muy rica, de la cual los habitantes juran que es “una de las capitales del mundo”. El culto de la diosa Artemis, atrae a ese lugar enormes multitudes que hacen de la ciudad una especie de puerto franco en el umbral de Asia. Se importa, se exporta, se vende, se compra, a lo cual hay que agregar los gastos que comprometen a los peregrinos, de donde resulta una prosperidad general duplicada con detestables corolarios: el dinero que salpica de barro, una sobreabundancia de monumentos más suntuosos que inspirados, una multiplicación vanidosa de teatros, gimnasios, estadios, pórticos.

¿Captar todo esto de una sola mirada? Pablo debe limitarse a correr a la sinagoga para tomar la palabra y presentar a Prisca y Áquila a la comunidad judía. ¿Habló de Jesús? Hubiese sido una provocación inútil, al no disponer del tiempo necesario. Estamos seguros de que se mostró en plena posesión de sus dones: los ju-

díos estuvieron encantados con su visita hasta el punto de invitarlo a prolongar su estadía. Rechazo: “Volveré a ustedes en otra ocasión, si Dios lo quiere”². Volvió al mar.

El barco bordea la costa dentada de la Anatolia del suroeste. Una escala en Chipre: ¡cuántos recuerdos! Del puerto palestino de Cesarea donde desembarca, Pablo va a llegar a Jerusalén. Sobre las razones de esta visita, los textos no ofrecen casi información. Se nos dice solamente que Pablo fue a Jerusalén a “saludar a la Iglesia”³. Podemos deducir que debió encontrarse con Santiago, desde entonces reconocido como encarnación oficial del cristianismo, algo que, por otra parte, no debió disgustarle: la Epístola que se le atribuye está redactada en un lenguaje muy solemne, a veces enfático. Tal es su prestigio que los judeo-cristianos han hecho correr la absurda leyenda según la cual –a instancias del sumo sacerdote, único revestido de este derecho– Santiago tendría licencia de entrar una vez al año en el santuario del Templo. Se llega hasta afirmar que Santiago es de raza sacerdotal, se proclama que sus solos méritos suspenden el rayo “listo a caer sobre el pueblo”. Pablo, hombre de una sola pieza, ¿ha sabido esto?

En cuanto a Pedro, apóstol de la circuncisión como Pablo lo es de los gentiles, se le ve sin cesar en los caminos. Acompañado de su esposa, recorre Siria para evangelizar a los judíos –y ellos solos–. Ese Marcos que antes habíamos visto seguir a Pablo, ya no deja a Pedro. Durante largos años, él escuchará al primero de los apóstoles predicar a Jesús. De la memoria de Pedro, las palabras del Señor pasarán a la de Marcos. Después de la muerte de Pedro, a este discípulo sin par, los discípulos pedirán registrarlas por escrito.

Así nacerá el primer Evangelio.

Antioquía. Nadie –ni siquiera Pablo– nos ha participado de lo que él pudo experimentar al regresar a esta ciudad en donde se de-

² *Hch* 18, 21.

³ *Hch* 18, 22. Este viaje a Jerusalén, sólo señalado por Lucas, ha suscitado numerosas discusiones. Algunos, como Simon Légasse, estiman que Lucas lo imaginó para sostener su preocupación “de mantener a Pablo bajo la égida de la Iglesia madre”. En la Epístola a los Gálatas, Pablo enumera sus visitas a Jerusalén sin evocar ésta.

cedió su destino. Que una bocanada de amargura le haya subido a la garganta al recordar el enfrentamiento con Pedro que dio un giro tan malo, es algo que se puede creer. Lucas señala que él permaneció “por algún tiempo” en Antioquía, lo que puede significar que no se demoró mucho. No puede uno imaginar a Pablo quedándose inactivo en una ciudad donde continúa –interminable, exasperante– el debate entre judeo y pagano-cristianos. El alumno de Gamaliel –él nos lo recuerda sin cesar– no es un modelo de paciencia.

¡Qué satisfacción cuando le llegan noticias de Éfeso! ¡Qué inquietud cuando descubre que Priscila y Áquila encuentran allí dificultades reales! Un tal Apolo, judío originario de Alejandría, acaba de llegar a la ciudad. Le dicen sabio, orador, versado en las Escrituras, dotado de una seguridad que nadie puede desarmar. Acogido en la sinagoga, se presenta como informado, él también, de Jesús por “la vía del Señor”. Nuestros tejedores de tiendas lo han oído derramar torrentes de elocuencia sobre la misión de Jesús, cuando sólo conoce visiblemente de él migajas discutibles. Habría que instruir urgentemente a Apolo. ¿Aceptará? Si se escapa, ¿se le dejará difundir una versión falsificada de la historia del Mesías? Áquila y Priscila plantean el asunto a Pablo. Éste concede a su llamado tal importancia que se pone como tarea el reunirse con ellos. Este será su tercer viaje.

Que haya decidido llegar a Éfeso por tierra, se explica por su deseo persistente de verificar si “sus” Iglesias se mantienen en la dirección correcta. Tengamos en cuenta que semejante empresa representa, en pleno verano del 52, la bobadita de mil cien kilómetros. Pablo va a enfrentar montañas, mesetas y valles, con temperaturas que alcanzan y a veces sobrepasan los 50°C.

Una vez más, él requiere los servicios de Timoteo, quien acepta. Se detienen en Tarso, verdadero puerto de atracción de Pablo. ¿Están sus padres aún en este mundo? No sabemos nada. Se desprende de su ciudad natal.

En el momento en el cual pasa por las Puertas de Cilicia y atraviesa el Tauro, él roza los cuarenta y cinco años: una edad que, en esa época, señala un resbalón cierto hacia la vejez. Jadeando en el aire que arde, protegiendo de la mejor manera sus ojos quema-

dos por el sol, los cuerpos empapados de sudor, los pies vueltos ascuas, los dos hombres sólo toman un poco de descanso en Licaonia. Pablo se encuentra con sus fieles de Listra, sube hasta Iconio, se detiene en Antioquía de Pisidia. ¿No ha descubierto algunas incertidumbres en el comportamiento de sus queridos Gálatas? Lo que sabemos del grave conflicto que se va a formar entre ellos inclina a pensar que, desde ese tiempo, el desconcierto se apoderó de los espíritus.

Para arribar a Éfeso –¡él tiene tanto afán de hacerlo!–, escogió el alto valle de Licos. Los dos hombres emprenden la ruta por el flanco de la montaña que describió Estrabón. ¿Se detienen a admirar los rebaños de corderos negros tan buscados por su lana? Por medio de Estrabón –una vez más– pero también por Plinio, no ignoramos nada del comercio de túnicas y capas confeccionadas en el lugar mismo, los capitales en juego y la prosperidad de los bancos de Laodicea. Todos, temas que tocan la infancia de un Pablo crecido con los textiles. Se le ve pasar por Magnesia y Tralas. Ignacio confirmará, en estas dos ciudades, la existencia de comunidades cristianas: le será atribuida su fundación.

Timoteo y él ingresan al valle del Meandro, luego al de Cestrus, para –hacia finales del verano del 52– alcanzar la meta.

Pablo no lo ha dudado: se aloja en casa de Prisca y Áquila. El taller contará con un obrero más, eso es todo.

Se sabe, por Plutarco y Ateneo, que la ciudad era célebre por sus tiendas.

Él no va a encontrar a este Apolo que tanto había inquietado a Priscila y Áquila. Seguros de haber encarrilado al perturbador por el buen camino y sabiendo que él deseaba ir a Acaya, éstos lo despacharon a Corinto, donde ellos estimaban que su talento oratorio –muy superior al de Pablo– haría maravillas. La enseñanza de Apolo parece haber dejado huella en el país alto; cuando Pablo pasó por allí, tuvo que poner orden en las creencias de una docena de fieles. Su diálogo merece ser reproducido:

–¿Han recibido ustedes al Espíritu Santo, pregunta Pablo, cuando se volvieron creyentes?

Respuesta:

—¡Ni siquiera hemos oído hablar del Espíritu Santo!

—¿Qué bautismo han recibido entonces?

—El bautismo de Juan (el Bautista).

Podemos oír a Pablo martillar cada palabra de su réplica:

—Juan dio un bautismo de conversión y pidió al pueblo que creyera en aquel que vendría después de él, es decir ¡Jesús!

Convencidas, estas buenas gentes pidieron recibir un nuevo bautismo, esta vez “en el nombre del Señor Jesús”.

Si Éfeso es una de las ciudades más nombradas en los textos antiguos, el templo de Artemis —el Artemisión— es el responsable. ¿Puede uno creer que Pablo, que se hizo efesio durante tres años, no se haya colado al menos una vez, entre la muchedumbre, la cual, entre gritería y empujones, se precipitaba para descubrir el templo pagano más ilustre de Asia? Al consultar los planes y los textos, se puede uno imaginar el choque experimentado por los visitantes —cientos de miles— a la vista de semejante edificio sin igual: cuatro veces la superficie del Partenón, ciento veintisiete columnas iónicas alineadas sobre 190 metros de longitud y 55 metros de anchura. En el siglo VI a.C., fue necesaria la fortuna de Creso, rey de Lidia, para terminar la construcción del prodigioso conjunto. Praxiteles y Fidias se encargaron de la decoración. Frente a tal éxito, toda la antigüedad tuvo el delirio de colocar el Artemisión entre las siete maravillas del mundo.

La atracción principal de la visita es naturalmente la efigie de la diosa Artemisa. Apenas la ven los visitantes cuando caen en éxtasis y emiten juntos el grito famoso: “¡Grande es Artemisa de Éfeso!”. Por fortuna, la enorme estatua de mármol, de tres metros de altura nos ha sido conservada: uno puede asombrarse ante ella al visitar el museo de Éfeso. No es tanto la dimensión lo que admira cuanto la increíble sobrecarga de símbolos sexuales que se esparcen por el cuerpo monstruoso. Se creyó durante mucho tiempo que las asperezas que colman el cuerpo de mármol eran senos; hasta se llegó a hablar de la diosa de los mil senos. Otros, imaginativos, vieron allí huevos. La explicación que se admite hoy en día es diferente: se trataría de testículos de toros que le sacrificaban

cuando se celebraba su culto. Que Artemisa haya aparecido en su tiempo como el símbolo de la fertilidad, que haya sido considerada —siendo virgen— como la protectora de las mujeres encinta no extrañará a nadie.

¿Qué queda, en el siglo XXI, de tanta magnificencia? En medio de ruinas esparcidas y carcomidas por el tiempo, una sola columna de mármol blanco.

Cada día, en adelante, el apóstol deberá abrirse camino en medio de contadores de buena fortuna, de flautistas, de mimos que estorban en las calles, mezclados con los joyeros y comerciantes de medallas fabricadas en sus tiendas para arengar a los feligreses. Se han encontrado objetos-recuerdos, del mismo género de aquellos que se venden, a través del mundo, en todos los lugares de peregrinación: réplicas en arcilla de la estatua de la diosa, réplicas del templo, en plata, pendientes, medallas. Cuando los peregrinos no entran a las tiendas, los comerciantes tratan de metérselas a la fuerza en la mano. Imaginemos la reacción de Pablo cuando esto le sucedió —y debió pasar cientos de veces—; de la irritación que traducen las Epístolas, él debió pasar al odio.

Al finalizar el día, la mayoría de los habitantes ávidos de frescura, trepan hasta el ágora superior que domina el mar. Veo a Pablo paseando una mirada por fin serena sobre el golfo armonioso que se extiende a sus pies. Imposible ofrecer a las flotas de toda procedencia y de cualquier tonelaje un puerto mejor, defendido por la naturaleza: dos masas abruptas, los montes Pión y Coresos, lo flanquean en una y otra parte. Al unirlos con una muralla de ocho kilómetros de largo, Lisímaco, lugarteniente de Alejandro, puso definitivamente la ciudad al abrigo de la codicia.

El lector me permitirá, así lo espero, detenerme aquí un instante para hablarle de un hombre que nos es querido.

A lo largo de este libro, Lucas nos acompaña. Así a veces ponemos en duda las indicaciones que él propone, ¿cómo no reconocer que los Hechos de los Apóstoles contienen una documentación irremplazable? Armados con las Epístolas únicamente, estamos en capacidad de penetrar en el pensamiento de san Pablo. Sin Lucas, ¿qué sabríamos del detalle de estos viajes, de sus combates, de las

victorias logradas, de las pruebas sufridas, de las personas que encontró, de los lugares por donde pasó? Gracias, Lucas.

Ahora bien, en Éfeso, cerca de la columnata del ágora superior, se inhumará un día su cuerpo martirizado.

En el momento en el cual Pablo llega a la ciudad, ésta cuenta con unos doscientos veinticinco mil habitantes. El procónsul romano reside allí. El inevitable Estrabón nos revela que la ciudad siempre tuvo mala reputación: corrompida por costumbres afeminadas importadas de Ionia, desviada de las cosas serias por la suavidad del clima, abandonando por pereza los estudios, sólo tomando en serio la música y el baile, haciendo una “bacanal de la vía pública”.

Que Pablo haya escogido semejante ciudad para situar allí el epicentro de sus Iglesias podría extrañar. Se comprueba, no obstante, que la ciudad se encuentra a igual distancia de Galacia y de Tesalónica (500 kilómetros); a 400 kilómetros de Corinto, a 445 de Filipos, a 330 de Antioquía de Pisidia. Con la condición de ser paciente, se puede, sin demasiadas dificultades, enviar mensajes a las Iglesias y obtener sus respuestas.

¿Olvidó Pablo que él desgarró sus vestiduras en la sinagoga de Corinto? Este gesto aparentemente desesperado, no le impide de ninguna manera acercarse a la sinagoga de Éfeso –donde nadie lo ha olvidado– para predicar “con toda seguridad” el reino de Dios, revelando la existencia de su Hijo en la tierra.

Los judíos de Éfeso lo escuchan durante tres meses. Después de los cuales –como de costumbre– no lo soportan más: “Hablan mal del Camino en plena asamblea”⁴. Pablo rompe de una. Adiós a la sinagoga de Éfeso.

Algunos de los fieles –¿los “temerosos de Dios”?– lo siguen hasta la casa de un tal Tirano que dirige una de esas escuelas, numerosas en las ciudades antiguas, donde se enseña y se debate. Allí predicará Pablo en adelante cada día, escuchado por un público tan atento como cosmopolita. Hace mucho que Éfeso no es una ciudad exclusivamente helénica; cada año la influencia de Asia se hace sentir con más fuerza y los barcos dejan allí oleadas de inmi-

⁴ Hch 19, 9.

grantes de todos los orígenes. En medio de estas gentes principalmente, Pablo llevará a cabo sus conversiones. ¿Habrá que aceptar el juicio de Renan según el cual “el cristianismo germinó en lo que se llama la corrupción de las grandes ciudades?”.

Los tres años de permanencia de Pablo en Éfeso estarán sembrados de esperanzas y de éxitos pero también de combates y fracasos. En ninguna parte, en el curso de su apostolado, se habrá quedado tanto tiempo en un mismo lugar y sostenido esfuerzos tan exigentes, trabajando a menudo, como lo confesó, “en medio de lágrimas y pruebas”.

Él mantiene en alerta a la comunidad cristiana, multiplica las conversiones, afronta los peligros venidos de todos los rincones del horizonte. Como no se puede alejar con frecuencia, se comporta como un capitán en medio de las tempestades, rehusando abandonar su puesto; innova al ver a los más ardientes de sus discípulos evangelizar las ciudades que aún no han recibido el mensaje de Jesús. Se le ve sin cesar en contacto con la Iglesia de Colosas, Laodicea y Hierápolis. Se observan relaciones en auge con Macedonia, a donde Timoteo y Erasto han sido enviados. “Una puerta grande, dice, se ha abierto para mi actividad”⁵. Predica “tan bien que toda la población de Asia, judíos y griegos, pudo oír la Palabra del Señor”⁶.

Se ve a Apolo, vuelto de Corinto, tan totalmente reconciliado con Pablo que se puede deducir la posibilidad de una misión común excepcional en Asia. Si Timoteo se manifiesta como su agente más sutil –“no tengo a ninguno que comparta [mejor] mis sentimientos”⁷–, sería injusto omitir la acción de Tito, de Erasto y de Aristarco.

Son múltiples las imágenes de esta actividad incansable: los Hechos nos muestran a Pablo de un momento a otro asaltado por enfermos que le suplican los cure: y Dios obró “por las manos de Pablo milagros no comunes”⁸. Hubo gente impaciente que llegó hasta apoderarse de pañuelos o mandiles que habían tocado su

⁵ 1Co 16, 8.

⁶ Hch 19, 10.

⁷ Flp 2, 20.

⁸ Hch 19, 11.

piel, ¡para aplicarlos a los enfermos! ¿Admitió Pablo verdaderamente tal comportamiento, en los límites de la histeria y que tan poco correspondía a su carácter?

Uno se pregunta si aquí Lucas no dejó galopar la loca de casa. A menos que el episodio se explique por el clima de ocultismo que existía en ese momento en Éfeso, y cuyo origen se debería a las catástrofes naturales –peste, hambrunas, temblores de tierra– que asolaron la región. Alrededor del templo de Artemisa, se venden pequeñas placas de bronce con la fama de aliviar las enfermedades. Las grandes familias locales, los mismos greco-romanos, acuden a los taumaturgos que, con la ayuda de fórmulas misteriosas, pretenden arrojar los espíritus acosados de todos los males. Los astrólogos tienen consultorio. Se nos habla de exorcistas que recorrían la región y practicaban curaciones empleando esta fórmula: “Yo te conjuro por este Jesús que Pablo proclama”. Los siete hijos de Seva, sumo sacerdote judío, tratan de repetirla; habiéndose apoderado “el espíritu malo” de un desconocido, les salta encima con tal violencia que sólo deben su salvación a la escapada “semidesnudos y cubiertos de llagas”. El templo de Artemisa está decididamente bien lejos del Partenón.

Es demasiado. Algunos cristianos reaccionan, vienen a Pablo, le suplican les perdone tal proceder. Aún más: arrojan a sus pies los libros de magia cuya adquisición habían hecho por parte de ellos –se cita una cifra de ¡cincuenta mil!– y allí los queman.

En los primeros tiempos, las predicaciones de Pablo ni siquiera molestaban a los paganos. A medida que se acrecienta el número de conversiones, comienzan a circular algunos ruidos: primero simples chismes, luego rumores. En su templo, los sacerdotes de Artemisa se alarman, y aún más los orfebres que venden, en las puertas del Artemisión, los “recuerdos” que ya sabemos. Éstos producen buen dinero. Uno de ellos, un tal Demetrio, será el primero en agitarse: el nuevo dios, en competencia con la diosa, ¿no va a quitar a estos estimados comerciantes, lo mejor de sus ganancias? Este Demetrio subleva a sus colegas. Conocemos por los Hechos el discurso que les dirige:

“Compañeros, ustedes saben que a esta industria debemos el bienestar; pero están viendo y oyendo decir que no solamente en

Éfeso, sino casi en todo el Asia, ese Pablo persuade y aparta a mucha gente, diciendo que no son dioses los que se fabrican con las manos. Y esto no sólo trae el peligro de que nuestra profesión caiga en descrédito, sino también de que el templo de la gran Artemisa sea tenido en nada y venga a ser despojada de su grandeza aquella a quien adora todo el Asia y toda la tierra”⁹.

Existe en Éfeso una asociación de orfebres. El discurso hace mella. Los artesanos se agitan. Demetrio convence a sus colegas de reunirse en el teatro. El cortejo se amplía y, a su paso, se apodera de dos macedonios, Gayo y Aristarco, conocidos como amigos de Pablo. Toda esta gente se amontona en el teatro. Se lanzan injurias contra los cristianos de Pablo pero también contra los judíos. Para calmar la efervescencia, es necesario que un magistrado de la ciudad tome la palabra. Señalando a Aristarco y Gayo, él grita:

–Ustedes, en efecto, han traído aquí a estos hombres que no han cometido sacrilegio ni blasfemia contra nuestra diosa. Si Demetrio y los artesanos que lo siguen están en litigio contra alguien, que acudan a las audiencias, están los procónsules: que las partes acudan, pues, a la justicia.

Advertido, Pablo quiso en el acto acudir al teatro; lo disuadieron. Una cierta inquietud crece entre los convertidos: “Pablo hizo venir a los discípulos y los animó”¹⁰.

Al día siguiente vuelve a predicar. Sin ilusión: los que lo persiguen no lo soltarán ya sino en la prisión donde terminarán por arrojarlo.

La prisión en Éfeso no es poca cosa. La tradición la sitúa en una enorme torre cuadrada, todavía visible hoy, en uno de los ángulos de las antiguas murallas levantadas en el siglo III a.C. Amenaza ruina pero sigue de pie. En una ciudad donde se cruzan y se mezclan tantas naciones, religiones, razas; donde los barrios calientes lo son más que en ninguna otra parte, donde las noches están lejos de ser seguras, donde fácilmente se utiliza el cuchillo, se necesita una fuerza pública de verdad.

⁹ Hch 19, 25-27.

¹⁰ Hch 20, 1.

El pequeño hombre calvo, que envejece, y que acaba de ser conducido a su celda no puede dejar de maravillarse a los carceleros: ya se abisma en oraciones, ya habla y escribe. Sólo se le conoce por su nombre: *Pablo*, y su lugar de origen: *Tarso*. Nada sobre la causa de su encarcelamiento.

¿De qué se acusa a este cristiano? ¿Quién ha jurado su pérdida? Silencio absoluto en los Hechos de los Apóstoles. Las solas luces acerca de este cautiverio nos vienen de las Epístolas. En varias de éstas, hay que aislar frases, yuxtaponerlas, extraer el jugo. La carta que Pablo dirige a Filemón, uno de sus convertidos, miembro eminente de la comunidad de Colosas, comienza así: “Pablo, preso de Cristo Jesús, y Timoteo, el hermano, a nuestro querido amigo y colaborador Filemón, a la hermana Apfia, a nuestro compañero de armas, Arquipo, y a la Iglesia de tu casa”, y continúa con esta frase que oprime el corazón: “Sí, yo, Pablo que soy un anciano, yo que soy ahora prisionero de Jesucristo”. Se nombra a un esclavo cristiano llamado Onésimo, quien perteneciendo a Filemón, huyó y se puso al servicio de Pablo. Éste decidió devolverlo a su dueño para evitarle el castigo –que puede llegar hasta la muerte– reservado a los esclavos evadidos. Aboga por indulgencia ante su corresponsal: “Yo quería retenerle conmigo, para que me sirviera en tu lugar, en estas cadenas por el Evangelio; mas, sin consultarte, no he querido hacer nada, para que esta buena acción tuya no fuera forzada sino voluntaria”. Avanzamos: se encarceló a Pablo porque predica la fe cristiana; no hay ninguna otra razón.

Desde su celda multiplica las cartas: de ahí data la Epístola a los Colosenses, comunidad cristiana situada en Frigia, a doscientos kilómetros de Éfeso, y fundada por Epafras, su discípulo, el cual, además, se juntará a él en su prisión al mismo tiempo que Aristarco: “Te saluda Aristarco, *quien está en la cárcel conmigo...*”. La carta termina así: “El saludo lo firmo yo mismo, Pablo, con mi puño. *Acuérdate de mis cadenas*”.

Pablo evoca esta prisión, igualmente, en la Epístola a los Filipenses. Conversa con ellos sobre su cautividad como de una realidad de la cual ya están informados: “Los llevo en mi corazón, partícipes como son todos de mi gracia, tanto en mis cadenas como en la de-

fensa y consolidación del Evangelio”¹¹. A esto agrega un comentario muy de su estilo: “Quiero que sepan, hermanos, que lo que me ha sucedido ha contribuido más bien al progreso del Evangelio; de tal forma que se ha hecho público en todo el Pretorio y entre todos los demás, que me hallo en cadenas por Cristo. Y la mayor parte de los hermanos, alentados en el Señor por mis cadenas, tienen mayor intrepidez en anunciar sin temor la Palabra”¹².

En la misma carta, Pablo transmite el saludo de aquellos de la “casa de César”, fórmula que parece designar a convertidos del cuartel pretoriano de Éfeso¹³.

La evidencia de un conflicto que ha puesto en peligro la vida de Pablo es subrayada por una Epístola redactada varios años más tarde, la de los Romanos, y confirmada por una frase de la Primera Epístola a los Corintios que hace alusión a un combate del apóstol “contra las bestias”. Se piensa inmediatamente en los primeros cristianos entregados en los circos a las fieras. Curiosamente, el redactor de los *Hechos de Pablo* volverá a usar las mismas palabras al evocar un enfrentamiento de Pablo prisionero con un león. Retengamos nuestra emoción: en su calidad de ciudadano romano, Pablo no podía ser expuesto a semejante suplicio. La expresión ha de considerarse como una metáfora, pero la palabra *bestia* confirma que su vida estuvo en peligro. Las fieras no sólo existen en el reino animal.

¿Quién fue responsable de este encarcelamiento? ¿Las autoridades romanas, los intereses particulares, la comunidad judía? Excluyo a los representantes del emperador: para el poder imperial, un judío convertido en cristiano conserva los derechos concedidos

¹¹ Flp 1, 7.

¹² Flp 1, 12-14.

¹³ Flp 4, 22. A causa de la expresión “casa de César”, se creyó durante mucho tiempo que la carta era fechada en la época en la cual Pablo, más tarde, sería encarcelado en Roma. Hoy se ha abandonado este punto de vista por una razón de lógica. En la carta dirigida a Filemón, Pablo le anuncia a éste que espera ser liberado y que por esta razón, lo verá pronto en su casa de Filipos. Lo cual excluye a Roma porque se necesitarían tres meses de navegación para ir de la capital del imperio a Filipos, ciudad que, por el contrario, no estaba lejos de Éfeso sino a cinco días de camino.

a un judío. Un recrudescimiento de la cólera de los comerciantes, orfebres y demás, no es creíble frente a las múltiples afirmaciones de Pablo: él está en prisión por haber servido a Cristo.

Una vez más, debo llamar a los lectores a la realidad. Por ser Pablo el héroe de nuestra historia, concedemos a cada uno de sus hechos y gestos, a cada una de sus aventuras, la importancia que representan a nuestros ojos, olvidando relativizarlos. Dado el caso, tenemos la tendencia a considerar la permanencia del apóstol en la prisión como un acontecimiento de primera línea, del cual toda la ciudad debió ocuparse o inquietarse. Si hubiesen existido periodistas en ese tiempo, estaríamos listos a imaginarnos una verdadera crónica de su vida carcelaria. Esta habría comenzado por un gran titular en primera página: *El cristiano Pablo en prisión*. Más tarde: *Crisis en Corinto. Pablo recibe en su prisión a enviados de la ciudad*. O todavía: *Enfrentamientos entre cristianos. El jefe religioso Pablo consulta en su prisión*.

De hecho, la inmensa mayoría de los efesios lo ignora todo acerca de los cristianos y de Pablo. El paganismo es parte integrante de la vida cotidiana. Todos imploran a Artemisa en sus oraciones como –mucho más tarde– los cristianos rezarán a María¹⁴. El mes de mayo está consagrado a la diosa. Cada cuatro años, su culto adquiere proporciones inauditas. Innumerables peregrinos se precipitan a la ciudad completamente florecida. La pieza más pequeña es alquilada con varios meses de anticipación. Todo el día, cortejos alegres recorren la ciudad gritando y cantando: “¡Grande es Artemisa de los efesios!”. Se sacrifican decenas de miles de animales. En las encrucijadas y en las plazas se organizan competencias de lucha. Por la noche, bajo las estrellas, se canta y se baila. Las prostitutas no pierden nada, muy por el contrario. Esta veneración a la diosa exige una organización confiada a diez de los más ricos ciudadanos de la ciudad, quienes, por su éxito y por piedad, desembolsan sumas considerables. Una inscripción encontrada en las excavaciones confirma lo esencial de todo esto: “Considerando que todo el mes que lleva el nombre divino [de Artemisa] debe

¹⁴ Fue precisamente en Éfeso, en el concilio que se llevó a cabo allí en 431, donde fue reconocido a la Virgen María el título de “Madre de Dios”.

ser guardado como santo y celebrado dignamente, los habitantes de Éfeso han decidido reglamentar su culto mediante el siguiente decreto: Todo el mes de Artemisión será santo, y cada día de este mes. Durante todo el mes se celebrarán fiestas, panegíricos y solemnidades sagradas. Con ello, nuestra ciudad recibirá un nuevo lustre y será próspera siempre”.

¿Quién, entre estas masas que deambulan, podría interesarse en un judío disidente en prisión? ¿Cómo dudar de que el mismo Pablo haya sentido totalmente el desequilibrio, cercano a lo irrisorio, de su situación? Nunca lo vemos vacilar. Quizás esa sea su más evidente grandeza: sentirse como una aguja en un montón de heno y, ni siquiera un instante, desviarse de su camino. A propósito, ¿no consiste en esto la santidad?

La explicación de su cautividad está en otra parte. Por todo el Asia comienzan a expandirse los judíos que, a la doctrina de Pablo oponen la de Pedro y Santiago. ¡Qué refuerzo –aunque paradójico– para la comunidad judía de Éfeso!

Que la molestia experimentada por ésta respecto a Pablo se haya cambiado paulatinamente en hostilidad; que a causa de las conversiones obtenidas por Pablo, sus hermanos en Yahvé hayan llegado hasta la exasperación; que a esto se haya mezclado la intervención de judaizantes igualmente furiosos; que entonces se hayan producido enfrentamientos, uniendo contra Pablo a judíos ortodoxos y judaizantes, y se habrá, en nombre de la *Pax romana*, arrojado en prisión a aquel por quien llegó el escándalo.

Cualesquiera que fuese el espesor de los muros de las celdas, las noticias los atravesaban. En ese mismo año del 54, el emperador Claudio deja esta vida: Agripina, su segunda esposa, lo hizo envenenar. Nerón, hijo del primer matrimonio de esta última –ella lo hizo adoptar por Claudio–, acaba de ser proclamado emperador a los diecisiete años, por la guardia pretoriana.

Así comienza, en la ilegalidad –Claudio tenía un hijo legítimo, Británico–, el reino de uno de los déspotas más sangrientos de la historia. Ningún adivino de Éfeso hubiera osado predecir que Nerón haría envenenar a Británico, luego asesinar a su propia madre, antes de manifestar una actitud provocativa y orgullosa, en un epi-

sodio que repugnaría hasta los mismos paganos, al masacrar a los cristianos.

Se va a abrir una brecha en la grandeza de Roma.

La correspondencia que Pablo intercambia en el curso de su cautiverio, muestra que éste fue ampliamente abierto a las visitas y aun a la permanencia de algunos de sus amigos, cerca de él. Para las cartas que redacta, necesita un escribano y éste es recibido sin dificultad alguna por los guardias. Cuando en la primavera del 54, llegan a Éfeso unos cristianos que viajan a causa de los negocios de Febea –comerciante de Corinto ya encontrada–, Pablo los recibe en prisión. Traen noticias bastante malas: la comunidad de Corinto abandona poco a poco los preceptos que el apóstol creyó haberles inculcado definitivamente. Algún tiempo después, otros tres cristianos de Corinto, Estéfanos, Fortunato y Acaico, vendrán a confirmar el desastre.

Veo a Pablo, primero incrédulo: Corinto le evoca una Iglesia cristiana ¡tan bien cimentada, tan coherente, tan sólida! Viene luego la inquietud: necesita averiguar bien lo sucedido. Convoca a Timoteo, el fiel entre los fieles: que parta, que salga inmediatamente. El discípulo obedece, se embarca para Corinto pero Pablo no resiste más: tiene que responder a las preguntas y críticas que se han presentado ante él. Entonces dicta la Primera Epístola a los Corintios. Ésta va a reflejar todo lo que siente: sus alabanzas, sus reproches, su cólera. El compendio de las Epístolas acaba de nacer.

¿Qué pasó en Corinto? El asunto se puede resumir en cuatro palabras: los judaizantes han golpeado. Judaizante es el vocablo adoptado para designar a los judeo-cristianos, dicho de otro modo, los judíos convertidos al cristianismo y que permanecieron fieles a la Ley hebrea. Uno se extraña: ¿acaso no se convino en Jerusalén en ratificar un pacto de no beligerancia? ¿No se atribuyeron unas zonas de influencia a la mayoría adherida a la circuncisión y otras a la minoría representada en Pablo? La llegada a Corinto de misioneros judaizantes decididos a contrarrestar la evangelización de Pablo, demuestra que los hombres de Jerusalén repudiaron este pacto.

A decir verdad, Santiago y los suyos no creyeron nunca en él. De este rechazo se encuentra el reflejo en textos que se exhibi-

rán durante casi un siglo y mucho después de su muerte: en Ireneo, Eusebio, san Jerónimo, Papias y muchos otros. En la Epístola a los Gálatas, Pablo denunciará esta voluntad de aniquilar sus propias Iglesias. Sus enemigos hacen de él un falso profeta, un nuevo Balaam, un hereje, un malvado que predice la destrucción del templo, un Simón el Mago, un inoportuno, un impostor¹⁵. Se designan sus visiones como las “profundidades de Satanás” y sus Iglesias se convierten en “las sinagogas de Satanás”. Se recuerda su papel de perseguidor. Se pretende que ni siquiera es judío y que se hizo circuncidar para desposar la hija del sumo sacerdote; éste, inspirado por Dios, lo rechazó.

Se ve a estos judaizantes surgir a través de toda el Asia. Hablan en nombre de Pedro, algo que no deja de impresionar a los nuevos convertidos. No son los únicos que se ocupan de Pablo: en el puerto de Ceneas aborda cada día gran cantidad de viajeros, de los cuales, algunos ya son cristianos pero de una escuela diferente de la de Pablo. Con la autoridad de gentes que pretenden saberlo todo, ponen en tela de juicio su probidad, le niegan su título de apóstol, repiten sin cansarse que él no conoció a Jesús. ¿Cómo darle la razón contra los Doce que –ellos sí– siguieron a Cristo a lo largo de toda su vida pública: tanto en Galilea como en Judea?

Se habla y se habla, y estas conversaciones encuentran oídos muy favorables entre los Corintios convertidos: ¡hace tanto tiempo que adoptaron costumbres relajadas! Cuando se volvieron cristianos, habían jurado poner fin a los hábitos que Pablo condenaba; volvieron a caer en ellos. Peor aún: judíos que antes habían observado escrupulosamente las leyes de su religión, las violan bajo el pretexto de que ¡ellos son ahora cristianos!

Todo se mezcla y se embrolla. Las enseñanzas de Apolo –aunque luego se unió a Pablo– hicieron estragos: se siente la sospecha planear en la Primera Epístola a los Corintios. Apolo se inspira más en la filosofía platónica que en la enseñanza paulina. Para Platón, “el cuerpo es una tumba”: de ahí que haya corintios que rechazan, prefiriendo la de las almas, la resurrección de los cuerpos preconizada por Pablo.

¹⁵ Todos estos apelativos han sido revelados minuciosamente por Renan.

¿Es capaz uno de imaginar lo que Pablo experimentó? No puede menos que dar rienda suelta a su indignación y ya sabemos cómo son las cóleras de Pablo.

Un indecible sufrimiento ha debido acompañarlo. Sin embargo, podemos estar seguros –lo conocemos– de que pronto se recuperó. Contra los peligros, moviliza todas sus fuerzas: intransigencia, energía, voluntad.

Estamos en la primavera del 54. Él se va a batir en duelo.

El texto de la Primera Epístola a los Corintios estalla:

“Cada uno de ustedes dice: ‘yo soy de Pablo’, ‘yo de Apolo’, ‘yo de Cefas’, ‘yo de Cristo’. ¿Está dividido Cristo? ¿Acaso fue Pablo crucificado por ustedes? ¿O han sido bautizados en el nombre de Pablo? ¡Doy gracias a Dios por no haber bautizado a ninguno de ustedes fuera de Crispo y Gayo! Así, nadie puede decir que han sido bautizados en mi nombre. ¡Ah, sí!, también bauticé a la familia de Estéfanos. Por lo demás, no creo haber bautizado a ningún otro. Porque no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio. Y no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo”¹⁶.

Este pasaje demuestra, no sólo el talento demostrativo de Pablo, sino que nos ilumina sobre la manera como las Epístolas fueron redactadas. No se puede dudar de que Pablo las dictó y de que un discípulo haya transcrito las palabras: en varias ocasiones, el amanuense se hizo conocer firmando con su nombre y confirmando, a veces, esta identificación con un mensaje personal. En el texto que se acaba de leer, se comprueba que Pablo se corrige –¡ah sí!–, espontaneidad que señala una libertad notable, tanto en el dictado como en la captación de éste. Si el escritor dejó tal cual este pasaje, es porque el costo del pergamino no lo incitaba a recomenzar un pasaje entero.

Volvamos a los discípulos de Apolo, a quienes Pablo llama *psuchikoi*, los “psíquicos”, dicho de otra manera, los que son abandonados a su propia naturaleza. Pablo se mofa de ellos como “espíritus evadidos” incapaces de percibir lo que viene del Espíritu de Dios. Él los opone a los “espirituales”, verdaderamente inspirados por el

Espíritu (*pneumatikoi*): “El hombre dejado a su sola naturaleza no acepta lo que viene del Espíritu de Dios. Es una locura para él, no puede conocerle. [...] El hombre espiritual, por el contrario, lo juzga todo y no es juzgado por nadie. Porque *¿quién conoció el pensamiento del Señor para instruirlo?* Ahora bien, nosotros tenemos el pensamiento de Cristo”¹⁷.

A estos judaizantes y a estos corintios tentados por el platonismo, Pablo los mete en el mismo saco: “Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles; mas para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Cristo, fuerza de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres”¹⁸.

Para Pablo, los corintios no se deben desviar –ni una pulgada– de su enseñanza. Consiente, no obstante, en aclararles. Nada tiene sentido fuera de la certidumbre que a todos obsesiona, a él y a ellos: el Señor va a reaparecer pronto, sin duda en algunos días. Siendo esto así, ¿para qué emprender cosa alguna? El matrimonio, por ejemplo: ¿es bueno que uno se ligue?

La respuesta de Pablo resuena: “Bien le está al hombre abstenerse de mujer. No obstante, por razón de la impureza, tenga cada hombre su mujer, y cada mujer su marido. No dispone la mujer de su cuerpo, sino el marido. Igualmente, el marido no dispone de su cuerpo, sino la mujer. No se nieguen el uno al otro sino de mutuo acuerdo, por cierto tiempo, para darse a la oración; luego, vuelvan a estar juntos, para que Satanás no los tienta por su incontinencia. Lo que les digo es una concesión, no un mandato. Mi deseo sería que todos los hombres fueran como yo; mas cada cual tiene de Dios su gracia particular; unos de una manera, otros de otra. No obstante digo a los célibes y a las viudas: Bien les está quedarse como yo”.

¿Qué sentido se debe dar a *hombres como yo*? No se podría descubrir allí el ascetismo de gentes que luchan por triunfar de sus tendencias naturales; si así fuera, Pablo lo diría claramente. El tono

¹⁶ 1Co 1, 12-17.

¹⁷ 1Co 2, 14-16.

¹⁸ 1Co 1, 22-25.

empleado conduce más bien a verlo llegar a una total indiferencia a los impulsos sexuales pero sabiendo que la mayoría de los hombres y de las mujeres no se parecen a él: “Digo a los célibes y a las viudas: Bien les está quedarse como yo. Pero si no pueden contenerse, que se casen; mejor es casarse que abrazarse”¹⁹. ¿Quién no ha leído y vuelto a leer las últimas palabras? Tienen el mérito de plantear lo más claramente posible el problema.

Curiosamente, Pablo señala que sobre eso no ha recibido orden alguna del Señor: “Es un consejo que doy, el de un hombre que, por la misericordia del Señor, es digno de confianza”. Confirma en voz alta que el regreso de Cristo está cerca (*el tiempo se ha acortado*) y de ahí saca unas deducciones: “¿Estás unido a una mujer? No busques la separación. ¿No estás unido a mujer? No la busques. Mas, si te casas, no pecas. Y, si la joven se casa, no peca. Pero todos ellos tendrán su tribulación en la carne, que yo quisiera evitarles”. Él no está seguro de atribuir mucha importancia a tales temas: “Pero si alguno teme faltar a la conveniencia respecto de su novia, por estar en la flor de la edad, y conviene actuar en consecuencia, haga lo que quiera: no peca, cátese”. La misma indiferencia latente: “El que se casa con su novia hace bien, y el que no se casa, lo hace mejor”.

Formular, de paso, una regla, no puede hacer mal: “La mujer está ligada a su marido mientras él viva; mas una vez muerto el marido, queda libre para casarse con quien quiera, pero sólo en el Señor. Sin embargo, será feliz si permanece así según mi consejo”²⁰.

¿Las preguntas sobre la relación hombre-mujer, apasionan a los corintios? Es preciso, entonces, responder: “El hombre es la imagen y la gloria de Dios; pero la mujer es la gloria del hombre. Porque no fue el hombre quien fue sacado de la mujer sino la mujer del hombre²¹. Y el hombre no fue creado para la mujer sino la mujer para el hombre”. Una regla más: “La mujer es inseparable del hombre y el hombre de la mujer, delante del Señor”²².

¹⁹ ICo 7, 1-9.

²⁰ ICo 7, 25.27-28.36.38-39.

²¹ Referencia al Génesis.

²² ICo 11, 11.

Ya que los corintios insisten, continuemos: “Que las mujeres callen en las asambleas: no tienen permiso de hablar; deben permanecer sumisas, como también lo dice la Ley”²³. Si desean instruirse sobre algún detalle, que interroguen a su marido en casa”²⁴.

El lector tiene ante sus ojos la opinión de Pablo acerca de las mujeres, la misma que se saca a relucir cada vez que hay que hablar de él. No lo eludamos: si, para los hombres y las mujeres del siglo XXI, tales posiciones son inadmisibles, la generalidad del mundo conocido en tiempos de Pablo las aceptaban como justas. Pablo no innova: sólo quiere ser el eco de la Ley judía, atenuándola. Se coloca mucho más allá de la ley romana y lejos, con antelación, de las leyes bárbaras. El dogma de la misoginia de Pablo tiene como base un número restringido de frases extraídas de sus epístolas, siempre las mismas. ¿Señalan éstas la convicción de una inferioridad de la mujer? Los acusadores de Pablo subrayan que él nunca habla de su madre, pero tampoco nos dice nada sobre su padre.

Pablo aconseja llevar un velo sobre la cabeza pero esta costumbre es casi universal. ¿Por qué recriminarlo cuando se sabe que las prostitutas de Corinto y las bacantes enloquecidas iban con la cabeza descubierta? Al hacer él del hombre la gloria de Dios y de la mujer la gloria del hombre, sólo se está refiriendo al Génesis donde –todos lo saben– Dios saca a Eva del cuerpo de Adán. Se critica que él haya ordenado a las mujeres callarse en las asambleas, pero sucedía lo mismo en las sinagogas donde ellas eran relegadas lejos, detrás de los hombres.

De los lazos que unen al hombre y a la mujer en el matrimonio, Pablo escribe: “Gran misterio es éste, lo digo con respecto a Cristo y la Iglesia”²⁵. “Con esta sola frase, el matrimonio entra con pleno derecho en el misterio cristiano y, la sexualidad, lejos de ser sospechosa, recibe toda su legitimidad”²⁵.

El biógrafo se permite recordar al lector que, a lo largo de las cartas de Pablo, aparecen mujeres, que militan cerca de él, que fi-

²³ El Génesis.

²⁴ ICo 14, 34-35.

²⁵ AMORGATHE, Jean-Robert.

guran en puestos importantes en las Iglesias, que hasta una de ellas se convierte en “ministra” de una comunidad. En el número –limitado– de los cristianos amigos que cita Pablo expresamente, figuran nueve mujeres, a las cuales, en varias ocasiones, él expresa la estima y el afecto que les guarda.

Simple preocupación de equilibrio.

Las referencias de Pablo al judaísmo no se limitan al estatuto de las mujeres; tienen que ver con el conjunto de la vida de los cristianos. Abramos, una vez más, la Epístola a los Corintios: “No quiero que ignoren, hermanos, que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube y todos atravesaron el mar; y todos fueron bautizados en Moisés, por la nube y el mar”²⁶. Pensemos en que Pablo se dirige a paganos que no tienen nada en común con los judíos. La mayoría nunca oyó hablar de Moisés. Por eso Pablo los invita a considerar como sus “padres” a aquellos que pasaron a pie enjuto el mar Rojo. Prueba de que, para él, el cristianismo es el heredero directo –y total– del judaísmo. Volverá a este punto de manera más explícita aún en la Epístola a los Romanos.

Se le pregunta a Pablo cómo debe uno comportarse en el culto: lo más importante es que los cristianos de todos los orígenes, pobres y ricos, se sientan hermanos e iguales. Le parece escandaloso que, en el momento de las comidas donde se restauran en común al mismo tiempo que reciben el Cuerpo de Cristo, alguien pueda tener hambre mientras otro se harta.

A cada pregunta, su respuesta. Poco a poco Pablo diseña los marcos de una vida cristiana que, en el seno de las comunidades que se amplían, tenía mucha necesidad de ser codificada. El arquitecto da la mano al teólogo.

Todo esto significa bastantes temas para una sola carta. La Primera Epístola a los Corintios es larga, de una densidad extrema y de una variedad sorprendente. Ejemplo: “un caso de mala conducta” lleva a Pablo fuera de sí: “Uno de ustedes, ¡vive con la mujer de su padre!”. Se le pregunta lo que le haría a este pecador si estuviera en Corinto. Él no titubea: “Que el tal hombre sea entregado a Sata-

²⁶ 1Co 10, 1-2.

nás para la destrucción de su carne a fin de que el espíritu sea salvado en el día del Señor”.

Mucho más grave le parece el caso de aquellos corintios que niegan la resurrección de los muertos: un punto fundamental a los ojos de Pablo. Para vencer este error insostenible a sus ojos, usa la lógica que maneja mejor que nadie: “Si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó, y si Cristo no resucitó, nuestra predicación es vana y vana también nuestra fe”. Explica sus ventajas: “Si hemos puesto nuestra esperanza en Cristo para esta vida solamente, somos los más desdichados de los hombres. Pero no; Cristo resucitó de los muertos, como primicia de los que han muerto”. Profetiza: “Seremos transformados en un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al sonido de la trompeta final. Porque la trompeta sonará, los muertos resucitarán incorruptibles y nosotros, seremos transformados. [...] Entonces se realizará la palabra de la Escritura: *la muerte ha sido devorada en la victoria*. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, la Ley”²⁷.

¿Merecería la Primera Epístola a los Corintios, la importancia que le atribuimos si no contuviera el magnífico texto que da sentido a todo el cristianismo? Éste no necesita ser comentado; en esta letanía que alcanza las cimas, uno se reencuentra con Jesús en cada versículo:

“Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad, soy como bronce que suena o címbalo que retiñe.

Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy.

Aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha.

La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad.

²⁷ 1Co 15, 13-14.19-20.51.52.54-55.

Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta.
La caridad no acaba nunca.
Desaparecerán las profecías.
Cesarán las lenguas.
Desaparecerá la ciencia.

[...] Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas es la caridad”²⁸.

La carta partió. Pablo espera. La rapidez de los intercambios epistolares depende ahora de un solo agente: el viento. Que sople o no sobre el mar Egeo y todo cambia. Alrededor de Pablo la gente confía: ¿cómo va a ser que semejante clamor –tan imprevisto de parte suya, debemos aceptarlo– no reúna en torno a la Verdad a los cristianos vacilantes de Corinto? Que la respuesta llegue muy pronto o muy tarde, ella va a hacer caer a Pablo de su nube: los corintios adheridos a los judaizantes no han dudado. Antes bien, sus posiciones fueron reforzadas.

Esto golpea de frente el razonamiento sostenido victoriosamente por Pablo en Jerusalén y Antioquía: él afirmaba que, para los paganos adultos, la circuncisión sería un obstáculo inhibitorio para la conversión; el éxito de los misioneros judaizantes en Corinto prueba lo contrario. Los paganos que se precipitan bajo el cuchillo del rabino, demuestran que el cristianismo de Santiago es más convincente que el de Pablo.

En el transcurso del verano del 54, cuando Timoteo regresa a Éfeso, relata que ha sido acogido bastante mal en Corinto. Cualquiera que no fuera Pablo se habría hundido. Él se mantiene. ¿No sabemos acaso que él no renuncia nunca? ¿Habría que colocar aquí el episodio de un viaje improvisado a Corinto? ¿Ya lo habrían liberado de la prisión? Hay que reconocer que el historiador tampoco se encuentra en este período. Los Hechos no mencionan esta segunda estadía en la ciudad. La conocemos a través del mismo Pablo: en su Segunda Epístola a los Corintios, les promete una tercera visita y ésta tendrá lugar, lo cual confirma la existencia de la segunda²⁹.

Por primera vez, Pablo va a ver lo bien cimentada que está su autoridad, puesta en duda públicamente. Un hermano contestatario, lo arremete delante de todos y no parece que la comunidad haya apoyado al apóstol. Él no insiste. Profundamente humillado, deja la ciudad.

¿Habría que situar en este momento la misión confiada a Tito? Ésta no deja lugar a dudas. Pablo habría suplicado emprenderlo todo para tratar de convencer a los cristianos de Corinto de que volvieran a él. Él les habrá remitido una carta en la cual dirá que fue “escrita en medio de muchas lágrimas”³⁰. No cabe duda de que esta carta haya sido enviada; desgraciadamente desapareció. Quizás sea el mismo caso de otra correspondencia que los exegetas han llegado a situar en el siguiente marco: Pablo sabe que graves desórdenes amenazan a la Iglesia de Corinto. Escribe, entonces, una primera carta, perdida. A raíz de la visita de Timoteo, le hacen algunas preguntas por escrito.

Pablo las responde: es nuestra Primera Carta a los Corintios. Ella no tiene el resultado esperado. Ahí se sitúa el viaje relámpago a Corinto. De vuelta a Éfeso, redacta su tercera carta –perdida– “escrita entre lágrimas”.

Se plantea, pues, el problema de la Segunda Epístola a los Corintios, de la cual disponemos. Hay dudas sobre la época en la cual fue escrita. Más difícil aún: la presentación que, durante mucho tiempo, ha sido dada de ella, se discute hoy en día. Según la doctrina actual, habría sido cortada, después de la muerte de Pablo, en cinco pedazos, de los cuales, se habrían insertado algunos en la Primera Epístola, con el fin de hacerla más coherente.

La simple lógica –y a ella me adhiero– conduce a pensar que la Segunda Epístola fue compuesta después de que Pablo dejó Éfeso. En el próximo capítulo, lo reencontraremos en Tróade, esperando, precisamente, el regreso de Tito, con suma inquietud. En la Segunda Epístola, él da fe de que este retorno tuvo lugar. La siguiente frase debería disipar toda duda: “Él nos participó el gran deseo de ustedes, sus lágrimas, su celo por mí hasta el punto de experi-

²⁸ 1Co 13, 1-13.

²⁹ 2Co 12, 14; 13, 1.

³⁰ 2Co 2, 4.

mentar un gozo aún más grande. [...] Me regocijo de poder contar en todo con ustedes”.

A lo largo del año 54, Pablo sigue en prisión. Aunque se acen-
túan las presiones contra la comunidad cristiana, su cautividad no
parece tan estricta, lo que permite admitir que se le haya podi-
do liberar –la segunda visita a Corinto– para volverlo a encarcelar.
Hacia fines del invierno del 54–55, su régimen carcelario parece
endurecerse. ¿Se debe a que han llegado de Galacia mensajes que
disminuían su prestigio?

Es fácil reconstruir el desenvolvimiento de los hechos. Al venir
de Antioquía, los emisarios de Santiago parece que han llegado a
donde los gálatas. Ellos conocen bastante bien la existencia de las
comunidades cristianas establecidas por Pablo: éste les había he-
cho saber que allí se encontraba una de las ciudadelas de su auto-
ridad.

Al biógrafo le dan ganas –algo que ha sucedido a ciertos pre-
decesores suyos– de describir a estos buscapleitos que vienen, a
la Anatolia central, a apoderarse de las Iglesias de Pablo, como
traidores de melodrama, con vestidos oscuros, la frente agacha-
da, deslizándose de noche entre las casas para emprender su tarea
maléfica. El historiador se une, por naturaleza, a su personaje; fa-
talmente, él es conducido a estimar que todos sus enemigos están
equivocados. El error es aquí patente. Los enviados de Jerusalén
son gentes de buena fe, persuadidos de poseer la verdad. Judíos
como Pablo, no son sus enemigos, pero están convencidos de que
él ha arrojado a la Iglesia a un camino que la conducirá a las Tinie-
blas. Su deber es el de iluminar a los desafortunados que han sido
desviados por Pablo.

A los gálatas, gentes sencillas, fáciles de convencer, que escu-
charon a Pablo y le han dado la razón, ellos afirman que no se han
vuelto *buenos* cristianos. La prueba: no están circuncidados. Jesús
estaba circuncidado. Los apóstoles están circuncidados. Además,
la circuncisión es excelente para la salud, evita enfermedades, etc.
Los judaizantes se declaran muy orgullosos de ella y proclaman
que no se es verdaderamente un hombre si no está circuncidado.
El golpe decisivo es dado cuando declaran que esta obligación ha

sido confirmada por los apóstoles, entre los cuales, su jefe, Pedro,
y Santiago, hermano del Señor.

Al principio, los gálatas protestan. Se han encontrado con Pablo
tres veces; lo aman. ¿Por qué habría querido él engañarlos? Acla-
raciones de los judaizantes: También nosotros lo queremos. ¿Pero
les ha dicho él a ustedes, que nunca vio a Jesús?

Estupor de los gálatas: ¡él que habla tan bien! Se les lleva la
prueba. Esta vez se sienten mal. Otra pregunta de los judaizantes:
¿les ha él confesado que, en su juventud, persiguió a los cristianos,
que hizo encarcelar a algunos, que llegó a torturas y cosas peo-
res? Aterrados, enloquecidos, los gálatas se quedan mudos: Pablo
no les ha dicho nada. ¿Tendrán que repudiar todo lo que el tarsen-
se les enseñó?

Los judaizantes corren a tranquilizarlos: lo esencial de lo que
ellos aprendieron sigue siendo válido. El único error de Pablo,
muy apresurado en tratar de convencer, es el de no haberles ense-
ñado a respetar la Ley que ha sido dada por Dios. El creador de to-
das las cosas habló a Abrahán. Hasta llegó a pactar una alianza con
él. Nosotros los judíos la recibimos después de él y jamás hemos
dejado de respetarla. Nunca olvidamos lo que Dios dijo a Abrahán:
“Esta es mi alianza que han de guardar entre yo y ustedes –tam-
bién tu posteridad–: Todos ustedes varones serán circuncidados.
Se circuncidarán la carne del prepucio, y eso será la señal de la
alianza entre yo y ustedes”³¹.

Los judaizantes insisten con una fuerza y una certeza comunica-
tivas: es el mismo Dios quien nos ha enviado a Jesús, el Mesías que
es su Hijo. Nosotros lo hemos reconocido, ustedes también. Si no
aceptamos toda la Ley, entonces ofendemos al mismo Dios.

Esta confrontación –resumida esquemáticamente, claro está–
llegó, pues, a los oídos de Pablo. ¿Cómo no imaginarlo descom-
puesto enseguida? Él odia a estos *cobardes* –me parece oírle la
palabra– que atacan a gentes indefensas para destruirles su fe.

Furibundo, solicita un amanuense e inmediatamente, dicta
la más violenta de sus Epístolas. El lector conoce ya numerosos

³¹ Gn 17, 10.

extractos de este texto: para justificarse, para demostrar que –únicamente– él tuvo razón, Pablo siente la necesidad de narrar numerosos pasajes de su vida y éstos constituyen para el historiador, una fuente inestimable. Trato aquí de presentar la medida de la cólera de Pablo:

“Pablo, apóstol, no de parte de los hombres ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo y Dios Padre, que le resucitó de entre los muertos, y todos los hermanos que conmigo están, a las Iglesias de Galacia. Gracias a ustedes y paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo, que se entregó a sí mismo por nuestros pecados, para librarnos de este mundo perverso, según la voluntad de nuestro Dios y Padre, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén”³².

Si quiso comenzar fuertemente, lo alcanzó a la perfección. Que desde la primera línea, Pablo enarbole el título de “apóstol” como una bandera, siendo que hasta entonces sólo lo usaba tímidamente, parece un desafío: yo, apóstol, ¡retengo la verdad! Cuando habla de *hermanos* que están con él, manifiesta su unión con *el conjunto* de aquellos que ha convertido. Es sólo el principio.

“Me maravillo de que abandonando al que los llamó por la gracia de Cristo, se pasen tan pronto a otro evangelio –no que haya otro, sino que hay algunos que los perturban y quieren deformar el Evangelio de Cristo–. Pero aun cuando nosotros mismos o un ángel del cielo les anunciara un evangelio distinto del que les hemos anunciado, ¡sea anatema!”.

Él, Pablo, no transigirá. Y se explica: “Porque yo se lo declaro, hermanos: este Evangelio que les he anunciado, no es de hombre, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo”. La evocación del camino de Damasco no se menciona al azar: Pablo quiere señalar con claridad que si los Doce han, en su mayoría, seguido y escuchado a Jesús, si algunos de ellos conocieron el privilegio insigne de haberlo visto resucitado, él se benefició de una excepción única: Jesús se manifestó personalmente a él sólo.

³² Ga 1, 1-5.

Pablo golpea como lo sabe hacer:

“¡Oh gálatas insensatos! ¿Quién les fascinó, a cuyos ojos fue presentado Jesús crucificado? Quiero saber de ustedes una sola cosa: ¿Recibieron el Espíritu por las obras de la ley o por la predicación? ¿Tan insensatos son? Comenzando por espíritu, ¿terminan ahora en carne? ¿Han pasado en vano por tales experiencias? ¡Pues bien, en vano sería! El que les otorga, pues, el Espíritu y obra milagros entre ustedes, ¿lo hace porque ustedes observan la ley o porque tienen fe en la predicación?”.

Refiriéndose a los judaizantes que reclaman la herencia de Abrahán, él expresa: “La Escritura, previendo que Dios justificaría a los gentiles por la fe, anunció con antelación a Abrahán esta buena nueva: *En ti serán bendecidas todas las naciones*”³³. Así, pues, los que son creyentes son bendecidos con Abrahán el creyente”. Lo que, aceptémoslo, acaba de una vez con los razonamientos de sus competidores.

Él confirma su ventaja: Cristo pagó para librarnos de la maldición de la Ley, convirtiéndose él mismo en maldición por nosotros, puesto que está escrito: *Maldito el que penda de un madero*”³⁴. Esto para que la bendición de Abrahán llegara a los paganos en Jesucristo y, que de esta manera, recibiéramos, por la fe, el Espíritu, objeto de la promesa”.

Una advertencia solemne:

“En otro tiempo, cuando ustedes no conocían a Dios, servían a los que en realidad no son dioses. Mas, ahora que han conocido a Dios, o mejor, que él los ha conocido, ¿cómo retornan a esos elementos sin fuerza ni valor, a los cuales quieren volver a servir de nuevo? Andan observando los días, los meses, las estaciones, los años. Me hacen temer no haya sido en vano todo mi afán por ustedes.

“Les ruego que se hagan como yo, pues yo me hice como ustedes. Ningún agravio me hicieron. Pero bien saben que una enfermedad me dio ocasión para evangelizarlos por primera vez; y, no obstante la prueba que suponía para ustedes mi cuerpo, no me

³³ Gn 12, 3

³⁴ Dt, 21, 23.

mostraron desprecio ni repulsa, sino que me recibieron como a un ángel de Dios: como a Cristo Jesús. ¿Dónde están ahora los parabienes que se daban? Pues yo mismo puedo atestiguarles que se hubieran arrancado los ojos, de haber sido posible, para dármelos. ¿Es que me he vuelto enemigo de ustedes diciéndoles la verdad?

“El celo que esos muestran por ustedes no es bueno; quieren alejarlos de mí para que muestren celo por ellos. Bien está procurarse el celo de otros para el bien, siempre, y no sólo cuando yo estoy entre ustedes, ¡hijos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en ustedes. Quisiera hallarme ahora en medio de ustedes para poder acomodar el tono de mi voz, pues no sé cómo habérmelas con ustedes”³⁵.

Habría que citar todo de esta Epístola a los Gálatas. ¡Cómo nos extraña este Pablo intratable que, al dictar, se hace humilde al reconocer la insuficiencia de su estilo! ¡Cómo siente malestar contra los que vinieron a causar angustia entre ellos! “Comenzaron bien su carrera, ¿quién les puso obstáculo para no seguir a la verdad? Semejante persuasión no proviene de Aquel que los llama. Un poco de levadura fermenta toda la masa. Por mi parte, confío en el Señor que ustedes no pensarán de otra manera; pero el que los perturba llevará su castigo, quienquiera que sea”³⁶.

Una pregunta: ¿a cuáles gálatas ha dirigido Pablo una carta de esta clase donde la invectiva se alterna con la declaración de amor? Galacia se extiende en un vasto territorio. Es evidente que la gran mayoría de la población no ha conocido nunca este texto famoso. Las Iglesias establecidas en Iconio, Listra, Derbe, Antioquía de Pisidia, siguen siendo de muy poca estatura como para ser destinatarios privilegiados. La hipótesis más verosímil es la de que Pablo hizo llevar el texto por uno de sus discípulos a los diferentes episcopos, quienes lo difundieron verbalmente. Jürgen Becker señala que se trata de “la única carta *encíclica* de las manos de Pablo” y también del “testimonio más antiguo que presenta de manera explícita el mensaje del apóstol relativo a la justificación”.

³⁵ Estos pasajes de la Epístola a los Gálatas son tomados de 1, 1-12; 3, 1-5; 8.13; 4, 8-20.

³⁶ Ga 5, 7-10.

Hay unas fórmulas de la Epístola a los Gálatas que sería imperdonable no citar:

“Vivo, pero no yo, es Cristo quien vive en mí”³⁷. “Ustedes, hermanos, han sido llamados a la libertad”³⁸. “Porque toda la ley encuentra su cumplimiento en esta única palabra: *amarás a tu prójimo como a ti mismo*”³⁹.

Es imposible leer la Epístola a los Gálatas sin ser arrebatado por el torrente de Pablo y no unirse a él en su ardiente deseo de ser escuchado. El asunto es una cuestión de vida o muerte para los gálatas pero igualmente para él. ¿Cómo habrá podido el amanuense seguir la vehemencia de su pensamiento? Uno sólo puede volver a tomar aliento en el momento de la conclusión. Se ve a Pablo casi arrancando su estilete al escribiendo:

“Miren con qué letras tan grandes les escribo de mi propio puño. Los que quieren ser bien vistos en lo humano, esos les fuerzan a circuncidarse, con el único fin de evitar la persecución por la cruz de Cristo. Pues ni siquiera esos mismos que se circuncidan cumplen la ley; sólo desean verlos circuncidados para gloriarse en la carne de ustedes. En cuanto a mí, ¡Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo! Porque nada cuenta, ni la circuncisión, ni la incircuncisión, sino la creación nueva. Y para todos los que se sometan a esta regla, paz y misericordia, lo mismo que para el Israel de Dios.

“En adelante nadie me moleste, pues llevo sobre mi cuerpo las señales de Jesús. Hermanos, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con su espíritu. Amén”⁴⁰.

Todo esto es algo impetuoso, inhumano, admirable. Uno no puede menos de estar de acuerdo con Renan cuando, sobre esta Epístola, escribe que se la puede “comparar, salvo el arte de escribir, a

³⁷ Ga 2, 20.

³⁸ Ga 5, 13.

³⁹ Ga 5, 14. Jesús pronunció palabras semejantes (Mc 13, 31) presentadas por él como el mandamiento “más grande”, y tomadas, por otra parte, del Levítico.

⁴⁰ Ga 6, 11-18.

las más bellas obras clásicas” y que en ella, “su naturaleza impetuosa está trazada con letras de fuego”.

Entre Pablo y los judaizantes, ¿quién ganó? En este asunto, cada uno se deja llevar según sus preferencias. La mayoría cree que la victoria de Pablo fue completa y busca la demostración de ésta en el hecho de que, sus relaciones con los gálatas nunca fueron interrumpidas. Sin embargo, uno de los últimos comentaristas de Pablo –y de los más expertos–, Simón Legasse, tiene sus dudas: “La Primera Epístola de Pedro incluye, entre sus destinatarios, a los pagano –cristianos de Galacia”. Hasta la caída de Jerusalén, en el año 70, la Iglesia judaizante mantendrá en la región una especie de autoridad celosa. Es preciso esperar hasta fines del siglo I, para que judaizantes y pagano-cristianos se arriesguen a una reconciliación, pero ésta –uno queda estupefacto– se llevará a cabo en detrimento de Pablo, quien será, durante un siglo, echado al olvido. Igualmente, en Corinto, la Iglesia, con un cinismo increíble, jurará que es a Pedro, lo mismo que a Pablo, a quienes debe su origen.

En el momento en el cual la Iglesia se preocupará de hacer el escrutinio entre los textos auténticos de su historia y los apócrifos, será cuando ella volverá a dar a Pablo su importancia, al reconocer a sus escritos el valor de fundamentos de la teología cristiana.

En la prisión, Pablo libró este último combate –¡y qué combate!–. Bastantes indicios permiten pensar que, en el momento mismo en el cual él dictaba la Epístola a los Gálatas, su vida se encontraba en peligro. Él mismo recordará el papel crucial desempeñado por sus amigos tejedores de tiendas: “Saluden a Prisca y Áquila, colaboradores míos en Cristo Jesús. Ellos expusieron sus cabezas para salvarme. Y no soy yo sólo en agradecérselo, sino también todas las Iglesias de la gentilidad”⁴¹. ¿Lo habrán ayudado a evadirse? Algunos lo piensan así.

No es un jefe de Iglesia rodeado de la veneración de sus fieles el que deja Éfeso, sino un hombre abatido.

CAPÍTULO XI

El camino de Jerusalén

Alrededor del tarsense casi quincuagenario, un puñado de fieles costea el mar. La ruta ribereña pasa por Esmirna, evita Pérgamo para extenderse alrededor del golfo de Edremit. Se dirigen hacia Tróade. El pequeño hombre ha decidido regresar a Macedonia, luego a Acaya, esa especie de isla falsa unida a Grecia del Sur por el istmo de Corinto.

Él no ocultó que su meta sería enseguida Jerusalén. Y se le oyó murmurar:

–Cuando esté allí, es necesario que me vaya para Roma¹...

¿Habrá presentado que la *Urbs*, algún día, sería el punto de reunión de los cristianos? Su apostolado siempre ha sido considerado como una eterna marcha hacia delante. El camino de Damasco lo proyectó en todas las direcciones del mundo. A todos los países aún no alcanzados por Cristo, él los ve como en espera de su venida.

Escribirá a los romanos: “Ahora que ya no tengo campo de acción en estas regiones y que, desde hace años, tengo un vivo deseo de ir a donde ustedes...”².

Una nueva obsesión acompaña al hombre que camina. A raíz de la conferencia de Jerusalén, había surgido la idea de una gran colecta a favor de la Iglesia madre. En nombre de la comunidad de Antioquía, Pablo y Bernabé se habían ofrecido para recolectar los fondos. Aparte de lo que se hubiese dicho, la promesa no figuraba

⁴¹ Rm 16, 3-4.

¹ Hch 19, 21.

² Rm 15, 23-24. La frase no está terminada.

entre las condiciones para un acuerdo de paz. A título personal, Pablo se considera comprometido.

En Éfeso, había tomado la decisión de pasar a la acción: la colecta incluiría las Iglesias del Asia Menor y de Grecia. Pablo quiere olvidar que la Iglesia de Jerusalén es la responsable de sus últimas desgracias: esta colecta debe concretizar la profecía de Isaías sobre la unidad de los creyentes.

¿A quiénes debe ella enviarse? Pablo mismo lo especificó: a los santos —es decir, los cristianos— “que están en la pobreza”³. Anteriormente, en la sociedad judía, se encontraban pocas personas muy ricas y pocas muy pobres. De siglo en siglo la brecha se fue profundizando. En la época de Pablo, en Jerusalén pululan los mendigos, entre los cuales hay que colocar a estos galileos llegados en pos de Jesús y que, después de su crucifixión, permanecieron obstinadamente en la ciudad. Continúan siempre allí, sus familias mueren de hambre. La Iglesia madre los ayuda de la mejor manera posible pero sus medios siguen siendo muy precarios. Pablo repite que el deber de las otras Iglesias, dondequiera se encuentren, es el de ayudar a la Iglesia madre: “Lo tuvieron a bien, y debían hacérselo; pues si los gentiles han participado en sus bienes espirituales, ellos a su vez deben servirles con sus bienes temporales”⁴.

Lanzado en cuerpo y alma a esta misión, Pablo propuso a los corintios el ejemplo de los macedonios, quienes, “en medio de las múltiples necesidades que han padecido”, y a pesar de su “pobreza extrema”, han “desbordado en tesoros de liberalidad”. ¡Que los corintios los imiten!

Desgraciadamente, los corintios no estaban listos para ello. Lejos de eso. A cada comunidad, Pablo dirigió instrucciones tan conminatorias que parecían órdenes de un jefe militar: él iba a ahorrar semana tras semana y atesorar, esperando hasta que él en persona —él solo, Pablo— viniese a controlar las operaciones y escoger los transportadores que él mismo conduciría a Jerusalén. Tal comportamiento está en contradicción total con las costumbres prac-

ticadas hasta entonces por las sinagogas, para la transferencia de las contribuciones anuales destinadas al Templo: los notables de cada ciudad se encargaban de ello y, hasta el momento de su expedición, ellos mismos administraban las sumas recolectadas. Así como algunos se han mostrado a favor del principio de la colecta, otros han puesto en tela de juicio la pretensión de considerarse el único responsable de la operación. Lo más grave es que, los críticos provienen tanto de los convertidos de origen judío como de los “temerosos de Dios”.

A decir verdad, esta nueva crisis cubre otras amarguras, más antiguas y además contradictorias. Pablo no había nunca, hasta entonces, aceptado la ayuda financiera de los corintios cristianos y, en vez de encontrar en esto un motivo de admiración, éstos se mostraron ofendidos. ¿Con qué derecho rehusaba él un regalo espontáneo que podría permitirle existir sólo para su misión? ¿Quiere él vivir del trabajo de sus manos? ¿No es esto orgullo?

A pesar de la fuerte respuesta de Pablo —¿acaso no soy libre? ¿No soy apóstol?—, esta actitud había desencadenado una hostilidad que jamás se extinguiría. Es el colmo que los mensajeros que él despacha regularmente a Corinto, después de haberse alejado, sean llamados a solicitar una ayuda financiera, la cual les será, además, concedida. Los corintios ya no entienden nada —pongámonos en su lugar— y su ira se acrecienta, otro tanto.

Se le reprocha ahora a Pablo, haber fijado a los cristianos de Corinto, sin consultarlos, un monto desproporcionado respecto a sus medios. Que las comunidades vean que se les rehúsa todo control, escandaliza y, pronto, levanta la sospecha de posibles desvíos. En resumen, se instala en Corinto un clima deletéreo, del cual Pablo es informado a la mayor brevedad. Se le ve incomprendido, decepcionado. Como siempre que se encuentra en dificultades, quiere convencer por escrito. Recuerda a los corintios que fueron ellos los primeros que aceptaron el proyecto. ¿Van ahora a correrse de su compromiso? El estratega le gana aquí al combatiente. Afirma que sólo deseaba dar una opinión. Los corintios fijarán, ellos mismos, la cantidad de su contribución. Otros transportadores serán escogidos, uno de ellos por las Iglesias de Asia, al cual “elogiarán”. Y del mismo modo que ustedes sobresalieron en todo: en fe,

³ 2Co 8, 7-9.

⁴ 2Co 2, 12-13.

en palabra, en ciencia, en todo interés y en la caridad que les hemos comunicado, sobresalgan también en esta generosidad. No es una orden; sólo quiero, mediante el interés por los demás, probar la sinceridad de su caridad. Pues conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por ustedes se hizo pobre a fin de que se enriquecieran con su pobreza”⁵.

¿Bastará esta carta? A Tito, siempre en Corinto, se le encarga de defender su contenido.

Pablo camina siempre. Todos los paisajes que atraviesa evocan una parte de su pasado. Antes de que se dibuje el paraje de Tróade, ¿es posible que el Helesponte, el mar Egeo, el golfo de Endremit, el monte Ida, hayan removido algo en él? No importa, volverse a encontrar con Tito en Tróade, es lo que le preocupa ante todo.

Pero Tito brilla por su ausencia. La inquietud de Pablo se acrecienta: “Llegué, pues, a Tróade para predicar el Evangelio de Cristo, y aunque se me había abierto una gran puerta en el Señor, mi espíritu no tuvo punto de reposo, pues no encontré a mi hermano Tito”⁶.

¿Por qué éste no asiste a la cita?

A falta de Tito, aparece Lucas. Éste es, así, el médico, siempre fiel pero demasiado absorbido por sus otras preocupaciones, para no ser intermitente.

Al llegar de Filipos, acaba de atravesar el mar Egeo para reunirse con un pequeño grupo que se encontraba ya en Tróade y del cual él nos hace saber los nombres: Sópatros, de Berea; Aristarco y Segundo de Tesalónica; Gayo, de Doberes; Timoteo, Tíquico, Trófimo, de la provincia de Asia: con toda evidencia, una reunión de los “transportadores” de los fondos de la colecta.

Lucas recordará haberse detenido en Tróade durante unos ocho días. El tiempo suficiente para ser testigo de un incidente que no olvidará: “El primer día de la semana, estando nosotros reunidos para la fracción del pan, Pablo, que debía marchar al día siguiente, conversaba con ellos y alargó la charla hasta la medianoche. Había

abundantes lámparas en la estancia superior donde estábamos reunidos. Un joven, llamado Eutico, estaba sentado en el borde de la ventana; un profundo sueño lo iba dominando a medida que Pablo alargaba su discurso”. Lucas, como se ve, no ha perdido ninguna de sus cualidades de cronista, sin exceptuar la ironía. En el siglo XVIII, Jonathan Swift, autor famoso de los *Viajes de Gulliver*, pero también deán de San Patricio en Dublín, escogerá como tema de uno de sus sermones: “Del sueño en la iglesia”, y se referirá al accidente de Eutico para demostrar que san Pablo –inclusive él– adormecía a sus oyentes.

Otro detalle vivido: bajo el efecto del discurso soporífico, el desafortunado Eutico cae del tercer piso. Se le cree muerto. Pablo se precipita y, tomándolo en sus brazos, grita para tranquilizar a los que están desesperados:

–¡No se preocupen! ¡Está vivo!

“Subió luego; partió el pan y comió; después platicó largo tiempo, hasta el amanecer. Entonces se marchó. Trajeron al muchacho vivo y se consolaron no poco”⁷.

¡Y Tito nada que llega! No soportando más la espera, Pablo se embarca antes del momento previsto. Pasando de nuevo a Europa, desembarca en Nápoles como ya lo ha hecho. Ya no se trata de esperar a Tito. Pablo detesta que le queden mal.

Ninguna indicación sobre el itinerario que va a seguir. Se debe creer que se fue primero a Filipos donde, después de tantas trabas, puede por fin encontrar algo de consuelo. ¡Queridos filipenses! Aún a estos fieles ejemplares, él les manifiesta la inquietud latente en adelante: “¡Atención a los perros, atención a los obreros malos; atención a los falsos circuncisos”⁸.

Vuelve a partir, entra en contacto de nuevo con las comunidades de Tesalónica y Berea. ¿Avanzó hasta las costas del Adriático? “Así, desde Jerusalén, en todas direcciones hasta el Ilírico, he dado cumplimiento al Evangelio de Cristo”⁹.

⁵ 2Co 8, 7-9.

⁶ 2Co 2, 12-13.

⁷ Hch 20, 7-12.

⁸ Flp 3, 2.

⁹ Rm 15, 19.

Sin que podamos seguir sus huellas realmente, él va, viene, se detiene, predica, exhorta, debate. La inquietud lo consume: ¿dónde se halla Tito? ¿Qué hace Tito? En la Segunda Epístola a los Corintios, volverá sobre este período difícil: “En llegando a Macedonia, no tuvo sosiego nuestra carne, sino, toda suerte de tribulaciones: por fuera, luchas; por dentro, temores”¹⁰.

¡Y, por fin, ahí está Tito! ¡Y las noticias son buenas! El fiel entre los fieles, ha negociado nuevas reglas para la colecta. Puso fin a la crítica haciendo, a la vez, reconocer –éxito notable– la autoridad exclusiva de Pablo. Obtuvo, inclusive, que los fieles reconquistados desaprobaban públicamente a los judaizantes.

Pablo no tarda en testimoniar su gozo y su gratitud a los corintios: “El Dios que consuela a los humillados, nos consoló con la llegada de Tito, y no sólo con su llegada, sino también con el consuelo que ustedes le han proporcionado”¹¹. Como están avergonzados, ¡los convertidos de Corinto lloran!”. Ahora me alegro. No por haberlos entristecido, sino porque aquella tristeza los movió a arrepentimiento. Pues, se entristecieron según Dios, de manera que de nuestra parte no han sufrido perjuicio alguno. En efecto, la tristeza según Dios produce firme arrepentimiento para la salvación; mas la tristeza del mundo produce la muerte. Miren qué ha producido entre ustedes esa tristeza según Dios: ¡qué interés y qué disculpas, qué enojo, qué temor, qué añoranza, qué celo, qué castigo!”.

Conclusión lacónica en el perfecto estilo del apóstol: “En todo han mostrado ustedes que eran inocentes en este asunto”¹².

Al releer la misma Epístola, es imposible no admirarse ante este hombre inquebrantable que se deja llevar, en el mismo momento en el que la crisis se esfuma, a confiar que su corazón sigue apesadumbrado y su alma desencantada:

“¡Ojalá pudieran ustedes soportar un poco mi necesidad! ¡Sí que me la soportan! Celoso estoy de ustedes con celos de Dios. Pues les tengo desposados con un solo esposo para presentarlos cual

casta virgen a Cristo. Pero temo que, al igual que la serpiente engañó a Eva con su astucia, se perviertan sus mentes apartándose de la sinceridad con Cristo.

Pues, cualquiera que se presenta predicando otro Jesús del que les prediqué, y les proponga recibir un Espíritu diferente del que recibieron, y un Evangelio diferente al que abrazaron ¡lo toleran tan bien!

Gemir durante mucho tiempo, no le parece bien. Se sacude para reencontrar lo natural: “Sin embargo, no me juzgo en nada inferior a esos superapóstoles”¹³. Pues si carezco de elocuencia, no así de ciencia”¹⁴.

Pablo pasa el invierno 55-56 en Macedonia. Su resolución está decidida: él mismo llevará el importe de la colecta a Jerusalén. Su decisión de pasar a Corinto, ¿se debe al deseo de supervisar el monto de los fondos o al de examinar el nivel de su popularidad?

Sin duda que la estación prohíbe aún la navegación, porque él escoge la vía terrestre. Atraviesa Tesalía de norte a sur, bordea la costa del Ático, siguiendo necesariamente el desfiladero de las Termópilas. ¿Continuará hacia Atenas? ¡Jamás! Sin poder escapar a la gran sombra de Edipo, pasa por Tebas. Después de la fortaleza de Eleuteros, el camino desciende hacia Eleusis. Y ahí está en el istmo que no tiene secretos para él.

En Cencreas, a donde llega al comenzar el verano, ¿cómo no lo va a emocionar el querido recuerdo de Prisca y de Áquila? La pareja amiga ha regresado a Roma. Sus pasos reencuentran naturalmente el camino de la ciudad alta, tantas veces recorrido desde su primera estadía. De la gran ciudad, nada ha cambiado. El calor se transforma a medio día en un horno. Obsesiva, siempre, la cima del Acrocorinto. Irritante, el templo erótico que allí se encuentra levantado.

Se pregunta: ¿Cuál será la acogida que le tienen reservada?

Cayo le abre los brazos. Pablo dirá de él que fue su “anfitrión y el de toda la Iglesia”. El hombre le está vinculado por un lazo sa-

¹⁰ 2Co 7, 5.

¹¹ 2Co 7, 6-7.

¹² 2Co 7, 9-11.

¹³ Los judaizantes.

¹⁴ 2Co 11, 1-5.

grado: él lo bautizó con sus propias manos. Reconfortado por la retractación de los judaizantes, el apóstol no piensa sino en una reconciliación general. El verano va a ser consagrado a ésta. Pablo trata de utilizar un antiguo procedimiento mencionado ya por el Deuteronomio: si dos ancianos están en abierto conflicto, pueden exigir un arbitraje. ¿Existe, por parte de Pablo, la aurora de una capitulación? De ninguna manera. Él es siempre Pablo: anuncia sin miramientos que no considera el arbitraje sino defendiéndose con pies y manos. Esta posición del apóstol que se creía juiciosa, va a producir el peor de los efectos: los judaizantes vuelven a tomar ventaja.

Pablo ha perdido la partida. Corinto ya no es su ciudad. Cuando, en el otoño, alista su maleta y llega al puerto de Cencreas, ¿cómo se le va a imaginar sino desesperado? Le serán necesarias varias semanas para reencontrar la paz del alma. El invierno ha comenzado, ya no se puede viajar.

Él siente la necesidad de redactar una nueva Epístola que pondría orden en sus certezas. Hasta ese momento, siempre ha obrado con urgencia: ya la fe de sus ovejas debía ser animada, ya debía disputar vivamente con adversarios. Cada vez ha ido a lo esencial, golpeando una y otra vez, hundiendo el clavo de su doctrina. ¿La forma? Sin importancia. En Cencreas, dispone de tiempo. Va a elaborar una exposición como su maestro Gamaliel le ha enseñado a componerla. Allí dirá todo lo que él cree.

Antes de ponerse a trabajar, solicita que venga el escribiente Tersio. Dicta. Poco a poco se va a forjar, según Lutero, “el corazón y la médula de todos sus libros”. Pablo redacta la Epístola a los Romanos: el monumento indiscutible de su correspondencia.

¡Qué inspiración, ya, desde las primeras líneas!: “Pablo, siervo de Cristo Jesús, apóstol por vocación, escogido para el Evangelio de Dios, que había ya prometido por medio de sus profetas en las Escrituras Sagradas, acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne, constituido Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro, por quien recibimos la gracia y el apostolado, para predicar la obediencia de la fe a gloria de su nombre

entre todos los gentiles, entre los cuales se encuentran ustedes también, llamados de Jesucristo, a todos los amados de Dios que están en Roma, santos por vocación, a ustedes gracia y paz, de parte de nuestro Padre y del Señor Jesucristo”¹⁵.

Del gran, del grandísimo san Pablo. Lo que falta, es el equivalente de lo que figura en el encabezamiento de todas las demás epístolas: la dirección *praescriptio* a una Iglesia. La razón para ello es muy sencilla: la Iglesia romana aún no existe.

¿Quién introdujo el cristianismo en Roma? No olvidemos el gran movimiento que, varias veces al año, atraía a Jerusalén a los judíos de la Diáspora: ¿por qué los de Roma habrían de abstenerse de él? Habiendo partido para orar en el Templo, volvieron de allí no hablando sino de Jesús, el Mesías por fin encarnado. Se apresuraron a hacer parte de esto en la sinagoga más cercana, molestando a unos, irritando a otros. Ninguna organización aparente se estableció. Se cree hoy en el desarrollo de pequeños grupos independientes, dentro de los cuales se habrían formado corrientes de fe, un poco dispersas, lo que, en ausencia de toda jerarquía, no es de extrañarse.

¿Quién informó a Pablo sobre la existencia de cristianos en Roma? Un pasaje de la Epístola explica que, queriendo ir a España, tendría necesidad de una ayuda, probablemente financiera. Otro –la comparación entre los débiles y los fuertes– parece indicar un cierto conocimiento de las especificidades religiosas de la *Urbs*. ¿Le habrán informado Áquila y Priscila? Nada de esto revela la identidad de los destinatarios. ¿A quién se dirige?

Dieter Hildebrandt, de quien me agrada el poder de análisis y la originalidad, formuló al respecto una hipótesis que resume en una sola frase: esta “montaña”, este “macizo de cimas inaccesibles” no se habrían nunca destinado solamente a los romanos. Y nuestro autor entrega a los lectores uno de sus resúmenes que tanto encantan: “Por su título, ella es una de las más grandes apariencias falsas de la literatura de su tiempo”.

Él se explica. Hacía falta, en la obra paulina, un escrito que se dirigiera a la Ciudad por excelencia, centro del mundo, quintaesen-

¹⁵ *Rm* 1, 1-7.

cia del poder, hogar de la civilización. Sin que la Epístola hubiese sido destinada a algún grupo romano, *ad Romanos*, era preciso que el título se concediera a esta grandeza y a este deslumbramiento. Tal es, por otra parte, el primado que le ha otorgado la posteridad. Que los Padres de la Iglesia la hayan situado en el primer lugar, cuando debería estarlo en el último, refuerza el razonamiento.

No llevemos, sin embargo, demasiado lejos la paradoja. Conciérne a los romanos con el mismo título que a los filipenses, los corintios o los gálatas. La diferencia está en que Pablo, conocía a cada uno de sus corresponsales, salvo a los romanos. Por tanto, él no tuvo ninguna necesidad, según su antigua costumbre, de polemizar con éstos, ni tampoco de imponerles su autoridad. De ahí el tono extremadamente nuevo, del cual se ha podido decir, comparándolo con el de la Epístola a los Gálatas, que esta última “era el Ródano antes del lago Lemán; la Epístola a los Romanos, el mismo río después de Ginebra”¹⁶.

¿Dónde está el tiempo en el cual Pablo arrastraba en el lodo a aquellos que le “faltaban”? ¿Donde a la menor oposición, su cólera o su amargura se desencadenaban?

Comenzamos a ver claro: en la imposibilidad de dar un rostro a aquellos que lo leerán, Pablo se dirige a varios públicos a la vez. Un exegeta lo ve “con un ojo dirigido hacia los judeo-cristianos, el otro hacia los creyentes venidos del paganismo”. No está seguro de que estos dos grupos sean los únicos destinatarios. Pablo se dirige alternativamente a los paganos y a los cristianos pero se percibe que los judíos de tradición –tan numerosos en Roma– están sin cesar en el marco de su pensamiento. Más aún, se ven surgir a los judaizantes, peligro constante del cual él puede captar que lo ha, como en otras partes, precedido en Roma. ¿A quién se dirige la Epístola? A todos ellos.

A los cristianos, Pablo da naturalmente la prioridad: “Doy gracias a mi Dios por Jesucristo, por todos ustedes: en todo el mundo se proclama que ustedes creen”¹⁷. Volvemos a encontrar su gusto

¹⁶ TEB: Introducción a la Epístola a los Romanos.

¹⁷ *Rm* 1, 8.

en forzar el trazo: “Incesantemente me acuerdo de ustedes, rogándole a Dios siempre en mis oraciones, si es de su voluntad, encuentre por fin algún día ocasión favorable de llegarles hasta ustedes”¹⁸. Luego amplía su propósito: “Pues no quiero que ignoren, hermanos, las muchas veces que me propuse ir a ustedes –pero hasta el presente me ha sido impedido– con la intención de recoger también entre ustedes algún fruto, al igual que entre los demás gentiles. Me debo a los griegos y a los bárbaros; a los sabios y a los ignorantes: de ahí mi ansia de llevarles el Evangelio también a ustedes, habitantes de Roma”¹⁹.

A primera vista, uno poco se puede explicar que, hablando a paganos, conceda tanta importancia a los asuntos hebreos. A decir verdad, él es fiel a sí mismo: no puede anunciar el mensaje que regenerará la humanidad, sino presentando a su iniciador Jesús como judío, hijo del Dios de los judíos. Dicho de otra manera, los paganos, al aceptar a Jesús, deben admitir al mismo tiempo al judaísmo. Excepto, claro está, las reglas obligatorias que ya se saben.

Contrariamente a la crítica del siglo XIX que veía en la Epístola a los Romanos un escrito doctrinal, la del siglo XX discierne en ella un proyecto de conciliación. Los conflictos detestables que desgarran la cristiandad, ¿amenazan a los convertidos de Roma? Pablo pudo haberlo temido. De ahí esa evocación que asombra: “Acójense los unos a los otros, como Cristo los acogió, para la gloria de Dios”²⁰.

Fue inmensa la influencia histórica de la Epístola a los Romanos. No tanto en la época en la cual se escribió cuanto en el porvenir. En el siglo V, cuando se abren las grandes controversias sobre la gratuidad de la salvación, se acude a ella para poner punto final. En el siglo XVI, se convierte en el epicentro de la Reforma de Lutero. Calvino descubre allí los temas de su doctrina: “Quienquiera que ha llegado a su verdadera inteligencia, tiene como abierta la puerta para entrar hasta el más secreto tesoro de la Escritura”²¹.

¹⁸ *Rm* 1, 9-10

¹⁹ *Rm* 1, 13-15.

²⁰ *Rm* 15, 7.

²¹ No sabría recomendar demasiado la lectura de la introducción a la Epístola a los Romanos, presentada por el equipo de la *Traducción ecuménica de la*

Todos los lectores de la Epístola a los Romanos se sienten impresionados por una estructura particularmente rigurosa. Lo cual no significa, por otra parte, que ella contendría –como a menudo se ha sostenido– una suma teológica, un verdadero “compendio de la doctrina cristiana”: demasiadas lagunas, dicen hoy en día los exegetas.

Imposible entrar con detalles en la argumentación paulina contenida en la Epístola; habría que citarla completamente. De hecho, se puede dividir en dos partes: la primera (I a IX) propone al cristiano los medios para obtener la salvación; la segunda (IX a XIV) busca las razones por las cuales tantos judíos contemporáneos de Jesús rechazaron esta salvación que se les ofrecía.

Los cuatro primeros capítulos ilustran la voluntad de Dios de no imponerse a los hombres, sino dejarse descubrir por ellos. Si algunos han reconocido su bondad, muchos otros la han ignorado, lo cual lo ha ofendido y ha provocado su ira:

“En efecto, la cólera de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia; pues lo que de Dios se puede conocer, está en ellos manifiesto. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables; porque, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias”²².

Pablo reconoce que los paganos han podido experimentar la presencia de Dios, pero él juzga que, no habiendo sacado de ella ninguna consecuencia salvífica, merecen, consecuentemente, la ira de Dios. ¿Los judíos? Recibieron tantos favores del Creador que, en el

Biblia. Como se sabe, este gran trabajo nació de una voluntad: presentar una traducción francesa de la Biblia común a las diversas confesiones cristianas. En el espíritu de sus inspiradores, la Epístola a los Romanos fue considerada como un examen, convencidos como estaban de que “la traducción ecuménica de la Biblia no se encontraría con obstáculos insalvables si la Epístola a los Romanos podía ser presentada en una versión aceptada por todos”. La apuesta teológica era considerable. Según la fórmula afortunada del pastor Boegner, “el texto de nuestras divisiones” se debía convertir en el “texto de nuestro encuentro”.

²² Rm 1, 18-21.

momento en que transgreden la Ley, se les debe rehusar toda indulgencia. “Pero si tú, que te dices judío y descansas en la ley; que te glorías en Dios; que conoces su voluntad; que disciernes lo mejor, amaestrado por la ley, y te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que andan en tinieblas, educador de ignorantes, maestro de niños, porque posees en la ley la expresión misma de la ciencia y de la verdad... pues bien, tú que instruyes a los otros, ¡a ti mismo no te instruyes! Predicas: ¡no robar!, y ¡robas! Prohíbes el adulterio, y ¡adulteras! Aborreces los ídolos, y ¡saqueas sus templos! Tú que te glorías en la ley, transgrediéndola deshonras a Dios. Porque, como dice la Escritura, *el nombre de Dios por vuestra causa, es blasfemado entre las naciones*. Pues la circuncisión, en verdad, es útil si cumples la ley; pero si eres un transgresor de la ley, tu circuncisión se vuelve incircuncisión”²³.

Con una verdadera obstinación, Pablo vuelve al caso de sus hermanos judíos: “¿Entonces qué? ¿Tenemos nosotros los judíos, alguna superioridad? ¡De ninguna manera! Porque ya lo hemos establecido: todos: tanto judíos como griegos, están bajo el imperio del pecado”²⁴. Lo que desemboca en la demostración paulina más llena de sentido: “Sabemos que todo lo que dice la ley, lo dice a aquellos que están bajo la ley, a fin de que toda boca se cierre y que el mundo entero sea reconocido culpable delante de Dios. Por eso *nadie será justificado delante de Dios* por las obras de la ley; la ley, en efecto, sólo da el conocimiento del pecado. [...] Es la justicia de Dios por la fe en Jesucristo para todos aquellos que creen, porque no hay diferencia: todos han pecado, están privados de la gloria de Dios pero están justificados gratuitamente por su gracia en virtud de la liberación cumplida en Jesucristo”²⁵.

Pablo se inclina hacia el caso de Abrahán, *cuya fe le fue reputada como justicia*: “Pero, ¿en qué condiciones lo fue? ¿Antes o después de su circuncisión? No después, ¡sino antes!”²⁶. Siempre la paradoja de la propuesta a los paganos de una religión nueva a través de

²³ Rm 2, 17-25.

²⁴ Rm 3, 9.

²⁵ Rm 3, 19-24.

²⁶ Rm 4, 10.

una religión antigua que no conocen. A menos que esto dé razón a los comentaristas que sostienen que la Epístola a los Romanos no habría sido escrita sino para conciliar, en Roma, a los judaizantes con los pagano-cristianos.

En el mismo capítulo III, algunas palabras en apariencia sin brillo se van a revelar de pronto como el Everest del pensamiento de Pablo: “Porque pensamos que el hombre es justificado por la fe, independientemente de las obras de la ley”²⁷.

Llegamos a lo que los teólogos han llamado: “La justificación por la fe”. Al sustituir la ley por la fe, como fuente de salvación, es a una revolución a la que Pablo invita al género humano. Sin embargo, quince siglos de cristianismo van a poner entre paréntesis esta posición capital.

¿Por qué? Porque la justificación por la fe era demasiado radical para ser seguida. Porque la naturaleza humana está hecha de tal modo que, un hombre que no confía plenamente en la gracia divina, creerá siempre, si lleva una vida conforme a los mandamientos, que será salvado. La Iglesia de Roma se dedicó a componer el catálogo de reglas estrictas que el cristiano debía obedecer. Los “mandamientos” se inscribieron paralelamente a los que Moisés promulgó.

Bastó con que un monje alemán llamado Lutero, furioso porque se comerciaba con las indulgencias, leyera atentamente la Epístola a los Romanos, para que se persuadiera de haber encontrado la respuesta: la fe es esencial, las obras son accesorias.

Quizás el asunto no fuese tan claro como él lo supuso. Pablo agrega: “Entonces, ¿por la fe privamos a la ley de su valor? ¡De ningún modo! Más bien, la consolidamos”²⁸. A esta aparente contradicción, Lutero opondrá este veredicto: “La fe cumple todas las leyes. Las obras no cumplen la ley, bajo ningún título”.

Alrededor de este tema, se irá paulatinamente más lejos. En el siglo XX, hubo revolucionarios militantes que apelaron a san Pablo.

²⁷ Rm 3, 27-28.

²⁸ Rm 3, 31.

Otros no dudaron en compararlo con Lenin. Hay que volver siempre a Talleyrand: “Todo lo que es exagerado es insignificante”.

Los capítulos V a VIII se ocupan de manera directa, de todo lo que debe saber un convertido o un pagano listo a convertirse. El bautismo le permite al creyente escapar del pecado, ya que Jesús, al ofrecerse en la cruz, borró la culpa de Adán y otorgó la vida eterna tanto a judíos como a paganos.

El capítulo IX vuelve sobre los paganos, quienes, sin estar buscando la fe la recibieron, “mientras Israel, buscando una ley de justicia, no llegó a cumplir la ley. ¿Por qué? Porque la buscaba, no en la fe sino en las obras”²⁹.

Los capítulos X y XI proponen otras reflexiones sobre lo que acerca u opone a paganos y judíos. El XII vuelve sobre las obligaciones a las cuales debe someterse un cristiano para agradar a Dios: “La caridad de ustedes sea sin fingimiento; detestando el mal, adhiriéndose al bien; amándose cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros; con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; sirviendo al Señor; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. Bendigan a los que los persiguen, no maldigan. Alégrese con los que se alegran; lloren con los que lloran; tengan un mismo sentir los unos con los otros; sin complacerse en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; no se complazcan en su propia sabiduría. Sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos los hombres; en lo posible, y en cuanto de ustedes dependa, en paz con todos los hombres”³⁰.

El XIII invita al cristiano a someterse a las autoridades “porque toda autoridad viene de Dios”. Hay que dar a cada uno lo que le es debido: “Los impuestos, el temor, el respeto”. El cristiano debe estar convencido de la certeza del regreso muy próximo de Cristo: en esto, Pablo no ha variado. El XIV preconiza acoger “al que sea débil en la fe, sin criticar sus escrúpulos”, y prescribe no juzgar al hermano: “Feliz el que no se condena a sí mismo al ejercer su dis-

²⁹ Rm 9, 30-32.

³⁰ Rm 12, 9-21.

cernimiento". El XV recomienda el amor entre los cristianos, fuente de felicidad espiritual: "Que el Dios de toda esperanza los colme de gozo y de paz en la fe, a fin de que ustedes rebocen de esperanza por el poder del Espíritu Santo".

Pablo regresa a su proyecto inmediato, el viaje a Jerusalén, y no disimula en lo más mínimo que teme los peligros: "Les suplico, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu Santo, que luchen juntamente conmigo en sus oraciones rogando a Dios por mí, para que me vea libre de los incrédulos de Judea, y el socorro que llevo a Jerusalén sea bien recibido por los santos; y pueda también llegar con alegría a ustedes por la voluntad de Dios, y disfrutar de algún reposo entre ustedes. El Dios de la paz sea con todos ustedes. Amén"³¹.

Considerar la Epístola a los Romanos como el testamento de Pablo, no es de ninguna manera una imaginación sin base: textos de esta dimensión, nunca los volverá a escribir.

Después de habernos elevado tan alto, nos sentimos algo mal en volver a lo de la colecta. Desprenderse de tantas ideas sublimes, ¡para escuchar el tintineo de las monedas de oro o de plata! Pero es que él se reafirma en su colecta. En adelante, ella va a sobreponerse a todo. Cuanto más se acerca la partida, tanto más se acrecienta en él la angustia de la cual Lucas relatará tantas señales. Él está perfectamente consciente: los judíos lo odian, ellos son todopoderosos en Jerusalén. Y hacia Jerusalén es a donde va.

¿Nadie, pues, le ha desaconsejado semejante viaje tan provocador y tan peligroso? La respuesta hiere nuestros tímpanos: lo han hecho diez, veinte veces. A él le da lo mismo, no ha querido escuchar nada.

Se han extrañado de que no haya tomado el mar en Ceneas. Un estudio sobre la climatología del mar Egeo ha mostrado que los vientos del norte que, durante la canícula, soplaba en el Mediterráneo oriental, habría hecho insostenible la travesía³². Ya no se cree, tampoco, en el "complot" que menciona Lucas: "Como los judíos tramaron una conjuración contra él cuando estaba a punto de em-

barcarse para Siria, entonces tomó la determinación de volver por Macedonia"³³. Lo cierto es que debió recorrer setecientos diez kilómetros hacia el norte. ¿Será que comienza a cansarse de las marchas a pie? Varios transportadores partieron de antemano. Éstos lo esperan en Asia.

En el episodio que sigue, Lucas pasa del "él" al "nosotros": nos tenemos que referir a un testigo ocular. Tanto se ha examinado, discutido, contradicho este relato, que se ha terminado por desconcertar totalmente al lector. Se pretende absolutamente que Lucas haya edificado aquí una especie de puesta en escena –algo, además, clásico en la antigüedad– propia para adaptar los acontecimientos descritos al retrato que él quiere imponer de Pablo. Parece que él ignorara todo acerca de la colecta, dicen los contradictores, y no hace alusión de ésta –de paso– sino una sola vez. ¿Pudo Lucas participar en este viaje sin comprobar que la remesa de los fondos a la Iglesia de Jerusalén, era el único fin del apóstol? Él insiste en mostrar a Pablo celebrando la Pascua y firme esencialmente en encontrarse en Jerusalén en Pentecostés. Ahora bien, en la Epístola a los Gálatas, Pablo condenó con fuerza el calendario de las fiestas hebreas que los judaizantes querían introducir en Galacia. Lucas no era infalible, eso es todo. Al escribir mucho tiempo después de la muerte de Pablo, quiso, con el fin de servir de ejemplo a las generaciones futuras, mostrar al apóstol yendo deliberadamente a afrontar el peligro. ¿Habremos de dudar por eso de todo lo que narra?

Confieso con franqueza que encuentro en Lucas una verdad que me satisface. El encadenamiento de las circunstancias, las precisiones entregadas sin cesar, los pequeños detalles que suenan a certeza, me incitan a tomarlo por guía principal. Con la libertad, naturalmente, de tratar de controlar al máximo lo que diga.

La participación de la colecta se va a llevar a cabo en Asos, en la costa norte del golfo de Edremit. Conocemos a través de Flavio Josefo, las reglas que se cumplían en tal ocasión: se reducían las diferentes monedas en oro, las cuales se repartían entre los diferentes transportadores. Se cosían las piezas en los vestidos de cada uno,

³¹ Rm 15, 30-33.

³² O'CONNOR, J. Murphy.

³³ Hch 20, 3. El término "los judíos" en la Escritura, designa a los judíos que no se han convertido en cristianos.

teniendo cuidado en que no sonaran al menor gesto. Todo ruido intempestivo debía ser excluido.

Se conocen las etapas del viaje que comienza: de Asós, el barco se dirige a Mitilena, puerto de la gran isla de Lesbos, desde donde él llega, en una etapa, a la isla de Quío, patria de Homero. Una etapa en Samos, frente al monte Mical. Una escala en Trogillón y se arriba a Mileto.

El impulso de esta gran ciudad situada a algunas leguas de Éfeso, antaño metrópolis de Ionia, data del tiempo de Alejandro. La exportación de los productos de un país situado detrás de sus costas, colmado por la naturaleza, y los peregrinos del santuario de Apolo Didimenén, hicieron la riqueza de sus cuatro puertos. Es inútil buscarlos hoy en día: los aluviones del Meandro han empujado la ciudad poco a poco al interior de sus tierras. Solamente las gradas del teatro edificado en los siglos II y III, dan fe de una grandeza desaparecida.

“Pablo, dice Lucas, estaba decidido a evitar la escala de Éfeso para no perder tiempo en Asia”³⁴. ¿Perder tiempo? Lo cierto es que Pablo no tenía ganas de arrojarse a la boca del lobo. Que haya deseado encontrarse con algunos de sus fieles y que los haya llamado para que se reunieran con él, nada más natural. Lucas se empeña en reconstruir, una vez más, las conversaciones que él habría tenido delante de ellos:

–Saben cuál ha sido siempre mi conducta respecto a ustedes, desde el día de mi llegada a Asia. He servido al Señor con toda humildad, entre lágrimas y en medio de pruebas que me han valido los complots de los judíos. No he descuidado nada de lo que podía serles útil: al contrario, he predicado, los he instruido, tanto en público como en privado; mi testimonio ha llamado a judíos y griegos a que se conviertan a Dios y que crean en nuestro Señor Jesús.

“Miren que ahora yo, encadenado en el espíritu”³⁵, me dirijo a Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá; solamente sé que en cada

³⁴ Hch 20, 16.

³⁵ Se proponen otras traducciones: “Encadenado por el Espíritu”, lo cual significaría que el Espíritu Santo lo mueve, o aun: “Encadenado en espíritu”.

ciudad el Espíritu Santo me testifica que me aguardan prisiones y tribulaciones. Pero yo no considero mi vida digna de estima, con tal que termine mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido del Señor Jesús, de dar testimonio del Evangelio de la gracia de Dios”.

“Y ahora yo sé que ya ninguno de ustedes, entre quienes pasé predicando el Reino, volverá a ver mi rostro. Por esto les testifico en el día de hoy que yo estoy limpio de la sangre de todos, pues no me acobardé de anunciarles todo el designio de Dios.

“Tengan cuidado de ustedes y de toda la grey, en medio de la cual los ha puesto el Espíritu Santo, como vigilantes, para pastorear la Iglesia de Dios, que él se adquirió con la sangre de su propio hijo.

“Yo sé que, después de mi partida, se introducirán entre ustedes lobos crueles que no perdonarán al rebaño; y también que de entre ustedes mismos se levantarán hombres que hablarán cosas perversas, para arrastrar a los discípulos detrás de sí. Por tanto, vigilen y acuérdense que durante tres años no he cesado de amonestarlos día y noche con lágrimas a cada uno de ustedes. Ahora los encomiendo a Dios y a la Palabra de su gracia, que tiene poder para construir el edificio y darles la herencia con todos los santificados.

“Yo de nadie codicié plata, oro o vestidos. Ustedes saben que estas manos proveyeron a mis necesidades y a las de mis compañeros. En todo les he enseñado que es así, trabajando como se debe socorrer a los débiles y que hay que tener presentes las palabras del Señor Jesús, que dijo: ‘Mayor felicidad hay en dar que en recibir’”³⁶.

Pablo calló. Su emoción era intensa: “Rompieron entonces todos a llorar y arrojándose al cuello de Pablo, le besaban, afligidos sobre todo por lo que había dicho: que ya no volverían a ver su rostro. Y fueron acompañándole hasta la nave”³⁷.

Vientos favorables hasta Cos. Al día siguiente llegan a Rodas y –al tercer día– Pátara, en la costa de Licia. Al proseguir el barco su viaje hacia diferente destino, se toma otro que se dirige a Tiro, don-

³⁶ Hch 20, 18-35.

³⁷ Hch 20, 37-38.

de se desembarca después de una navegación de seis a siete días. Allí existe ya una Iglesia cristiana que muestra, al acoger a Pablo, inquietud sobre su suerte casi igual a la de sus compañeros. Todos tratan de hacerle cambiar de idea respecto a su ida a Jerusalén. Durante toda una semana, parece que él no escucha nada. Al cabo de los siete días, pide permiso para ausentarse, fleta una nave que aborda en Tolemaida, allí donde se levantará el San Juan de Acre de los cruzados. Al día siguiente, Pablo y los suyos vuelven a partir hacia Cesarea –cincuenta y cinco kilómetros de recorrido a pie– donde, durante varios días, van a residir en casa del diácono Felipe, uno de los Siete de Esteban: de modo que nos hallamos ante enemigos irreductibles reconciliados.

Surge, una mañana, en un estado de excitación extrema, un tal Agabo, calificado como “profeta de Judea”. Blande teatralmente una correa con la cual ata los pies y las manos de Pablo y jura que los judíos de Jerusalén obrarán de la misma manera para entregarlo a manos de los paganos: el Espíritu Santo se lo ha anunciado.

Viendo sus temores confirmados, Lucas y los demás compañeros conminan a Pablo a retroceder. Él se limita a responder:

–¿A qué viene que lloren y aflijan mi corazón? Estoy listo, no solamente a que me aten sino hasta ¡morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús!

Es imposible convencerlo. “¡Que se haga la voluntad del Señor!”. Pablo se despide. El pequeño grupo emprende el camino hacia Jerusalén.

Subir a Jerusalén no es sólo una imagen. En un recorrido de cien kilómetros, han subido un desnivel de 800 metros. Aunque Pablo no se alarma fácilmente –el lector bien lo sabe–, es difícil creerlo, en el momento de atravesar una vez más la puerta de la Ciudad sagrada, indemne ante toda emoción. Su escolta lo sigue sin apresurarse demasiado: todos se sienten pesados por los cinturones forrados en oro. Se alojan en casa de un tal Nasón de Chipre, “un discípulo de los primeros tiempos”.

Apenas Pablo hace conocer su llegada, cuando Santiago, hermano del Señor, lo invita a que se presente ante él, a lo cual el tarsense responde a la mañana siguiente. Durante algunos momentos, rei-

na una verdadera cordialidad. Los ancianos escuchan con fervor a Pablo relatar lo que él ha llevado a cabo entre los paganos por el servicio de Dios.

No obstante, aquellos que han leído las Epístolas de Pablo –sería raro que una minoría, al menos, no haya llegado a Jerusalén– no han dejado de sentirse molestos por el hecho de que el “décimo tercer apóstol” no parece considerar la práctica de la ley como algo fundamental y, en lo referente a la circuncisión, haya erigido como regla, la simple tolerancia que le había sido concedida. El jefe de la Iglesia de Jerusalén, ¿no ha emprendido la ofensiva judaizante? Pablo admite que él no es ya súbdito de la ley (1Co 9, 20-21; Flp 3, 8-9). A favor de los gentiles, él da la preferencia a Cristo sobre la ley. Uno solo de sus comportamientos sería suficiente para denunciarlo como renegado.

Santiago no parece haber querido sacar todas las consecuencias de una comprobación tan grave. La indulgencia de su acogida –señalada por Lucas– es una prueba de ello. A sus ojos, Pablo debe ser una persona original, uno de esos personajes incontrolables, sobre cuyos errores uno está tentado –más que ante ningún otro– a cerrar los ojos. Además, ¿cómo minimizar el trabajo realizado? El biógrafo de Santiago se muestra extrañado por el silencio de Lucas acerca de la colecta: ni una sola palabra sobre su organización, los problemas que ella supuso y ahora sobre su remesa. ¿Será que Santiago no la aceptó? “Lucas no habría, sin duda, dejado de mencionar su aceptación, la cual habría constituido un testimonio suplementario a favor de la unidad de la Iglesia. Es posible, sin embargo, que Santiago, antes de tomar una decisión concerniente a la colecta, haya pedido a Pablo manifestar su fidelidad a la ley”³⁸.

Lucas, en desquite, muestra que las primeras felicitaciones fueron seguidas por la expresión de una inquietud nacida de la ignorancia del mismo Pablo: él no comprende que su reputación es detestable no sólo entre los cristianos de Jerusalén, casi unánimemente judaizantes, sino entre todos los judíos. La desgracia, se le dice, es que los unos y los otros están perfectamente al corriente de la doctrina que él preconiza:

³⁸ BERNHEIM, Pierre-Antoine.

–Tu enseñanza llevaría a todos los judíos que viven entre los paganos a abandonar a Moisés; les dirías no volver a circuncidar a sus hijos y no seguir ya las reglas. ¿Qué hacer? Ellos van a saber, sin duda alguna, que tú estás ahí³⁹.

Alguien –¿Santiago?– encuentra la solución: es necesario que Pablo cumpla una purificación. De casualidad, cuatro hombres se preparan, igualmente, a purificarse, rito que los obliga a dedicarse a la oración en el Templo durante siete días y a raparse la cabeza. Que Pablo se una a ellos y se encargue de entretenerlos la semana que viene.

–Todo el mundo comprenderá que los rumores que corren sobre ti, no significan nada, y que tú te conformas también, a la observancia de la ley.

Pablo se reúne con el consejo. Cuando se despide de Santiago, ¿piensa que lo está viendo por última vez? En compañía de los cuatro hombres designados, va al Templo para fijar la fecha en la cual la ofrenda podrá ser presentada y la purificación obtenida.

Se terminan los siete días. En el Templo –¡el colmo de la mala suerte!–, unos judíos de Asia lo reconocen. La cólera los subleva. ¡Es Pablo! Se apoderan de él, incitan a la muchedumbre:

–Israelitas, ¡ayúdenos! ¡Este es el hombre que lucha contra nuestro pueblo y la Ley y este lugar, con las enseñanzas que lleva por todas partes y a todos! Ha llegado hasta traer griegos al Templo y profanar así este santo Lugar⁴⁰.

En la ciudad, Pablo estaba acompañado por Trófimo de Éfeso, uno de sus ocho compañeros de viaje. Algunos se apresuraron a deducir que Pablo lo había conducido al Templo y hasta lo había introducido al atrio donde sólo entran los judíos.

No nos perdamos: hasta aquí hemos visto a judaizantes que se apoderan de Pablo, pagano-cristiano. En Jerusalén, son los judíos fieles a la tradición de Moisés, los que se apoderan de un renegado.

Es preciso conocer el marco en el cual el enfrentamiento –es sólo uno– se produce. El lector ya sabe que el Templo de Jerusa-

lén se compone de dos partes: el atrio de los gentiles a donde todo el mundo puede ir, y el recinto sagrado donde sólo penetran los judíos.

Éste se halla rodeado de un muro bajo compuesto de piedras, el *soreg*, que marca el límite que no se puede traspasar si no se es judío. De tramo en tramo se lee, en griego y en latín, esta prohibición: “No está permitido a ningún extranjero pasar la barrera y penetrar en el recinto del santuario. Quienquiera sea cogido haciéndolo, será responsable de la muerte que ello acarreará”. Es una orden categórica. Pablo es acusado, no solamente de traición a su religión sino –más grave aún– de haber violado deliberadamente el recinto sagrado al introducir allí a un pagano.

Se excluye que Pablo haya podido mostrarse culpable de semejante provocación. Para él, el Templo sigue siendo un lugar sagrado y lo inverosímil salta a los ojos. Cuando más, se puede suponer que condujo a un compañero, demasiado cerca del pequeño muro. Después de lo cual, el rumor se pudo crear, de esos que las multitudes aceptan con tanta más avidez, cuanto más falsos son.

Lucas, que en materia de cifras, le gusta ampliar, nos dice que “toda la ciudad se amotinó” y que “el pueblo llegó en masa”. Traduzcamos así: aquel día, había mucha gente en el Templo y reaccionaron vigorosamente.

Se apoderan de Pablo y lo arrastran fuera del templo, cuyas puertas se cierran inmediatamente. Lo aporrean a golpes. ¿Se le va a conducir a una puerta de la ciudad para lapidarlo fuera de los muros? La suerte de Pablo está en que todo se desarrolló a dos pasos de la fortaleza Antonia: la noticia llega hasta el tribuno de la cohorte: “Toda Jerusalén está revuelta”.

Se conoce el nombre de este tribuno: Claudio Lisias. Comandante de la cohorte acuartelada en la fortaleza Antonia –unos seiscientos hombres–, ordena inmediatamente a uno de los centuriones reunir el efectivo de una compañía y mantener alejados a los manifestantes. Siempre la *Pax romana*, el orden que nadie tiene el derecho de infringir. Para Pablo, el resultado es positivo: dejan de golpearlo. El tribuno que acude ordena cargar con cadenas al su-

³⁹ Hch 21, 21-22.

⁴⁰ Hch 21, 28.

jeto que causa tanto ruido. Las preguntas que éste hace, lo muestran, al menos, perplejo:

—¿Quién es este hombre? ¿Qué hizo?

Las respuestas brotan de todas partes, se cruzan, se contradicen. Es imposible entender algo en medio de tanta gritería. Para dar por terminado el asunto, el tribuno ordena que hagan entrar a Pablo a la fortaleza.

Cuando el destacamento se dispone a subir las escaleras, la multitud trata de arrancarle el prisionero para lincharlo. Formándole una barrera con sus cuerpos, los soldados lo toman, lo levantan por encima de sus cabezas y lo precipitan en la fortaleza, cerrando de inmediato las puertas. Entonces crece en la plaza un clamor furibundo:

—¡Mátenlo!

CAPÍTULO XII

El hombre encadenado

Contigua al ángulo noroeste del templo, la fortaleza Antonia, la *Antonia*, como se la llama en Jerusalén, aplasta el barrio con sus torres —la más elevada mide 37 metros— y con sus enormes mura-llas. Desde lo alto del recinto del Templo, los peregrinos pueden descubrir sus cuarteles, las oficinas, la residencia del tribuno, los patios internos. La cohorte romana, a la cual se agrega un contingente de caballería, se entrena allí cada día: mil hombres. Se trata, en su mayoría, como en todas las provincias administradas por un procurador, de tropas auxiliares reclutadas en el lugar mismo. Sólo se aceptan aquí no judíos.

La gran escalera que permite pasar directamente de la Antonia a la explanada del Templo, ha sido concebida —claro está— como una garantía contra toda clase de desorden.

El motín que acaba de estallar es la mejor prueba de esto. El tribuno Lisias no sabe qué pensar: ¿Por qué razón este hombre pequeño y calvo provoca semejante problema?

A un momento dado, él creyó que se trataba de ese judío de Egipto que, proclamando por su cuenta el Reino de Dios, había sublevado contra los romanos a miles de zelotes, opositores irreductibles de los ocupantes. Nadie puede decir lo que le sucedió al impostor después de su fracaso. Al menor motín, se le cree ver reaparecer.

—¿Puedo decirte una palabra?

El hombre se dirige a él. En griego.

—¡Sabes griego!

Pablo lo confirma y, declarando su identidad, formula una petición que se agrega a la perplejidad del tribuno:

—¡Te ruego me autorices hablarle al pueblo!

Contra toda expectativa, el tribuno acepta. Se reabren las puertas. Qué imagen tan increíble la de este prisionero cargado de cadenas que se levanta para arengar a una multitud furiosa, difícilmente contenida por los legionarios romanos. La sorpresa es tan grande que todos se callan. “Se hizo un gran silencio”, dice Lucas.

—Hermanos y padres, escuchen la defensa que ahora hago ante ustedes. Soy judío, nacido en Tarso, en Cilicia, pero fue aquí, en esta ciudad, donde fui educado...

Sigue un largo discurso en el cual Pablo expone las principales fases de su vida, la historia de su conversión y de su vocación, comprendido en ésta su encuentro con Jesús resucitado en el camino de Damasco. Vuelve sobre su regreso a Jerusalén:

—“Estando en oración en el Templo, caí en éxtasis; y le vi a él que me decía: ‘Date prisa y marcha inmediatamente de Jerusalén, pues no recibirán tu testimonio acerca de mí’. Yo respondí: ‘Señor, ellos saben que yo andaba por las sinagogas encarcelando y azotando a los que creían en ti; y cuando se derramó la sangre de tu testigo Esteban, yo también me hallaba presente, y estaba de acuerdo con los que le mataban y guardaba sus vestidos’. Y me dijo: ‘Marcha, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles’.

Le estuvieron escuchando hasta estas palabras. Vociferaban, agitaban sus vestidos y arrojaban polvo al aire”. Siempre los gritos de muerte:

—¡Quita a ese de la tierra!; ¡no es justo que viva!¹

Exasperado, el tribuno corta en seco. Da la orden de introducir de nuevo a Pablo a la fortaleza. Ahí están los dos, frente a frente, en la humedad de los cuatro muros de piedra. Sumido entre el desdén y la incredulidad, el tribuno quiere asegurarse de la verdad: hay que sacarle al hombre su secreto. Si es que hay alguno. Antes de retirarse, ordena que se las arreglen con el buscapleitos: la flagelación precede casi siempre a la interrogación de un sospe-

choso. Esta vez, ella se lleva a cabo rápidamente: se desnuda al prisionero, se le ata, ya un legionario ha tomado el mango del látigo, cuando Pablo —se le adivina expresándose con una calma deliberada— lanza una pregunta al centurión de servicio:

—A un ciudadano romano, que ni siquiera ha sido juzgado, ¿tiene usted el derecho de aplicarle el fuste?

De repente, el centurión detiene el brazo del soldado listo a pegarle y se precipita en poner al corriente al tribuno:

—¡Qué ibas a hacer! ¡El hombre es ciudadano romano!

¡Ciudadano romano! El tribuno mide prontamente el riesgo que iba a asumir. ¡Algo que podía comprometer su ascenso! Acude a donde Pablo:

—Dime, ¿eres verdaderamente ciudadano romano?

—Sí.

—Yo tuve que pagar una fuerte suma para adquirir este derecho.

—Yo lo tengo de nacimiento.

Que no se hable ya de flagelación. Pablo pasará la noche en una celda de la fortaleza².

Todo indica que, por su parte, el tribuno debió dormir mal. No puede liberar, por propia iniciativa, a un hombre que ha suscitado el odio del pueblo, pero, ¿tiene derecho a dejarlo en prisión sin juzgarlo? Ya que el hombre es judío, ¿por qué no conducirlo delante de la autoridad que parece la más competente: el Sanedrín?

La más alta instancia judicial y religiosa del país no reside ya en el Templo sino fuera del recinto, muy cerca de la torre de Herodes. Cálculo evidente del poder romano. En caso de dificultad, la fuerza pública podrá, más fácilmente, acceder a este lugar.

Se le han quitado las cadenas a Pablo. Ahí lo tenemos, llevado ante setenta y un personajes penetrados de su derecho de “decir” la Torá. El sumo sacerdote Ananías, ocupa su cargo desde hace diez años y goza de una consideración real.

¹ Hch 22, 17-23.

² Hch 22, 25-28.

Se le hace saber al acusado que él mismo debe exponer su defensa. Lucas nos muestra a Pablo con “los ojos fijos en el Sanedrín”. La imagen es hermosa. Evoca al hombre desarmado frente a una jauría que desea su perdición y que la mantiene en respeto por la fuerza de su mirada. Pablo levanta la voz:

–Hermanos, yo me he portado con entera buena conciencia ante Dios, hasta este día...

Ananías reacciona brutalmente: ¡Este hombre ha mentido! La tradición manda que a un mentiroso se le golpee en la boca. Ananías ordena que se proceda. Por la fuerza de su voz, Pablo hace retroceder al hombre que se le aproxima. Él truena:

–¡Dios te golpeará a ti, pared blanqueada! ¿Tú te sientas para juzgarme conforme la Ley y mandas, violando la Ley, que me golpeen?

De entre los setenta y un presentes se levantan protestas horroizadas:

–¡Tú insultas al sumo sacerdote de Dios!

La voz de Pablo se suaviza:

–No sabía, hermanos, que fuera el Sumo Sacerdote; pues está escrito: *No injuriarás al jefe de tu pueblo*.

El Sanedrín parece calmarse: el hombre, al menos, conoce las Escrituras. Es claro, sin embargo, que las reacciones no son las mismas en todos los bancos. La asamblea se divide entre saduceos y fariseos. Pablo se ha dado cuenta desde su ingreso: “Los saduceos, comprueba Lucas, sostienen, en efecto, que no hay resurrección, ni ángel, ni espíritu; mientras que los fariseos profesan todo eso”³. Ha llegado el momento de tomar partido:

–Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseo; ¡por esperar la resurrección de los muertos se me juzga!

“¡Un buen altercado!, resume Lucas. Los saduceos se escandalizan pero la réplica de los fariseos no es menos vehemente:

–Nosotros no hallamos nada malo en este hombre. ¿Y si acaso le habló algún espíritu o ángel?

³ Hch 23, 8.

Los dos clanes están listos a irse a las manos. Se adivina al tribuno al colmo de la alarma. ¿Y si su prisionero hubiese pagado las consecuencias del enfrentamiento? Una orden breve y los legionarios sacan precipitadamente a Pablo de la sala. Uno cree escuchar la voz abrumada del tribuno:

–¡Que regrese a la fortaleza!

El informe sobre la audiencia que acabamos de leer, ¿contendría tantos detalles si Lucas no hubiese sido su testigo? Se pueden hacer muchas preguntas y no cabe duda sobre eso: ¿tenía el jefe de una guarnición romana, el poder de convocar al Sanedrín? ¿Es posible que Pablo no haya reconocido al Sumo Sacerdote que presidía? ¿Habría, Ananías, consentido la presencia del tribuno durante el interrogatorio de Pablo? Objeciones que no impiden que el conjunto –comenzando por los diálogos– parezca verdadero.

Una vez divulgado, el asunto del Sanedrín va a reactivar la cólera de los judaizantes. Cuarenta de ellos se reúnen al alba y juran hacer pasar a Pablo, judío desleal, de esta vida a la otra. Se comprometen con juramento, “a no comer ni beber nada antes de haber matado a Pablo”. La táctica imaginada es tan vieja como la historia: hay que interceptar a Pablo, llevarlo a un lugar seguro y terminar de una vez por todas. Estos conspiradores son ingeniosos. Una delegación de los “defensores de la Ley” se hace recibir por un Sanedrín aún no repuesto por lo que le ha sucedido y lo invita insistentemente a que le solicite a Claudio Lisias una nueva comparecencia del tarsense: el tribuno había confiado al Sanedrín la misión de juzgar al renegado y, el comportamiento escandaloso del acusado impidió a la asamblea cumplir bien con su tarea. Los sacerdotes están convencidos. ¿Por qué iría el tribuno a rehusar una nueva comparecencia? Para los judaizantes, la suerte de Pablo está echada.

Se equivocan. Aparece en esta historia fértil en sorpresas, un joven que sólo hemos podido entrever en las primeras páginas de este libro: el sobrino de Pablo que reside en Jerusalén. ¿Cómo se ha enterado del complot? La sola certeza es la de que él pudo introducirse en la fortaleza y prevenir a su tío. Pablo reaccionó de inmediato. A uno de los centuriones le ordena:

–Conduce a este muchacho al tribuno; él tiene algo que comunicarle.

Por el tono empleado, el centurión comprende que no debe discutir. Acompaña al sobrino a donde el tribuno. En unos momentos, el asunto es expuesto. Se le añade una alerta:

–Sobre todo, no les hagas caso: son más de cuarenta los que le preparan una celada... Las disposiciones están ya ordenadas, sólo esperan tu asentimiento.

Este Lisias es un hombre de decisiones. Con el pretexto de una amenaza que podría comprometer la seguridad del imperio, hace transferir a Pablo a Cesarea, a manos del Procurador de Judea, detentor del poder judicial supremo en la provincia. A dos centuriones convocados al instante, les da sus instrucciones:

–Tengan preparados para salir a Cesarea, desde las nueve de la noche, doscientos soldados, setenta de caballería y doscientos lanceros. Que alisten también monturas para conducir a Pablo sano y salvo al gobernador Félix⁴.

La importancia de semejante escolta, poco creíble *a priori*, puede explicarse por el número de cuarenta conspiradores anunciados, que habría, sin duda, que disipar a la fuerza. Lisias se toma el tiempo de escribir al procurador Félix para exponerle todo el problema. Así entrega a Pablo un *elogium* que, hasta la llegada a Cesarea, podrá ser mostrado a cada responsable romano.

Pablo cabalga toda la noche. El alba aparece cuando, a mitad de camino entre Jerusalén y Cesarea, se detienen en Antipátrida, otra de las fundaciones de Herodes el Grande. Allí puede Pablo reposar algunas horas.

Habiendo desaparecido todo peligro, se hace devolver a la mayor parte de la escolta a Jerusalén. Sólo el destacamento de caballería acompañará al apóstol hasta Cesarea.

En el siglo IV a.C., el rey de Sidón funda un puerto modesto que poco a poco se rodeará de una ciudad que se llamó Torre de Estradón. En el 63, Pompeyo le otorga la autonomía y, siete años después, el Emperador Augusto la obsequió a Herodes el Grande,

quien descubrió allí un astillero a su medida. Inmensos trabajos hicieron surgir del mar una escollera, detrás de la cual fue cimentado un puerto de veinte brazas de profundidad, “más espacioso que el Pireo”, que puso los barcos al abrigo de las más poderosas tempestades. Fueron necesarios doce años para terminar la ciudad. El palacio real fue edificado en mármol blanco. Herodes la hizo capital de su reino y, en honor de César Augusto, la bautizó Cesarea. Su esplendor maravilló a los contemporáneos.

Cuando Pablo –encadenado– penetra en la ciudad, el palacio de Herodes es ya la residencia oficial de los procuradores romanos de Judea. El que la ocupa se llama Antonio Félix.

Liberado por el emperador Claudio, hermano de aquel Palas que había conducido hasta el rango supremo a Agripina y Nerón, Félix es descrito por Tácito, como “cruel y desenfrenado, que ejerce el poder real con un alma de esclavo”. A petición del exsumo sacerdote Jonatán, en el 53, él se convierte en procurador de Judea. Su brutalidad respecto a la población hizo que nacieran en varias ocasiones, problemas graves. Su única proeza: haber sabido aplastar el increíble “ejército” reunido en el desierto por ese “judío de Egipto” con el cual Ananías había confundido, de manera extraña, a Pablo. ¡Qué película se podría rodar con esta odisea inverosímil! El judío de Egipto en cuestión, se anunciaba como otro Josué y predecía que él haría caer los muros de Jerusalén; el procurador había masacrado a cuatrocientos partidarios de aquel, y había capturado a otros doscientos que fueron vendidos como esclavos de inmediato. Los demás, para huir al desierto, habían batido las marcas establecidas en Olimpia.

La reputación del procurador era tan mala que Tácito lo acusó igualmente de haber ejercido el bandidaje por cuenta propia, reclutando a varios de estos *sicarios* que, armados del pequeño puñal (*sica*) que los piratas ilirienses habían puesto de moda, se vendían al mejor postor. Flavio Josefo consagra varias páginas a este asunto. En cuanto a Suetonio, muestra a Félix como “marido de tres reinas”: la primera sin importancia; la segunda era nadie menos que la nieta de Antonio y Cleopatra; la tercera, la joven y encantadora Drusila, hija de Agripa I y hermana de Agripa II. El procurador la arrebató a su primer marido, el rey de Emesa, con la ayuda de un

⁴ Hch 23, 17-24.

mago llamado Simón. Sin la más mínima preocupación por el esposo legítimo, Félix se apresuró a hacerla su consorte.

Cuando el apóstol extiende su *elogium* al procurador, se puede creer que Félix lo haya leído sin alegría: ¿por qué Lisias le iba a infligir semejante molestia? Termina por admitir que el tribuno no podía obrar de otra manera. A Pablo le dice:

–Te oiré cuando estén presentes también tus acusadores.

Prueba de que tomó conciencia de lo especial que era este prisionero, lo va a custodiar en su propio palacio, encadenado pero con posibilidad de desplazarse. Varios de sus discípulos se le unirán y se instalarán en la ciudad.

Cinco días después llega una delegación de judíos de Jerusalén, con el sumo sacerdote Ananías a la cabeza. Se hizo acompañar de un abogado llamado Tértulo. Se puede pensar que algunos discípulos del apóstol fueron autorizados a asistir a la audiencia, lo que permitió a Lucas, una vez más, presentarnos la escena como un periodista profesional. Tértulo abre fuego desdeñando de manera ostensible a Pablo y dirigiéndose únicamente a Félix:

–Gracias a ti y a las reformas que te preocupaste de llevar a cabo a favor de este pueblo, gozamos de una paz completa. En todo y siempre las reconocemos, excelentísimo Félix, con todo agradecimiento. Pero para no molestarte más, te ruego que nos escuches un momento con tu característica clemencia. Hemos encontrado a esta peste de hombre que provoca altercados entre los judíos de toda la tierra y que es el jefe principal de la secta de los nazoreos⁵. Ha intentado, además, profanar el Templo, pero nosotros le apresamos. Interrogándole, podrás tú llegar a conocer a fondo todas estas cosas de que le acusamos.

Unánime, la delegación judía confirma que esos son exactamente los hechos que se le reprochan a Pablo. A una señal del procurador, Pablo toma entonces la palabra: la tarea es difícil. Como lo hizo el abogado, él sólo se dirige a Félix:

–“Yo sé que desde hace muchos años vienes juzgando a esta nación; por eso con toda confianza voy a exponer mi defensa. Tú mismo lo puedes comprobar: No hace más de doce días que yo subí a Jerusalén en peregrinación. Y ni en el Templo, ni en las sinagogas ni por la ciudad me han encontrado discutiendo con nadie ni alborotando a la gente. Ni pueden tampoco probarte las cosas de que ahora me acusan.

En cambio te confieso que según el Camino, que ellos llaman secta, doy culto al Dios de mis padres, creo en todo lo que se encuentra en la Ley y está escrito en los Profetas y tengo en Dios la misma esperanza que éstos tienen, de que habrá una resurrección, tanto de los justos como de los pecadores. Por eso yo también me esfuerzo por tener constantemente una conciencia limpia ante Dios y ante los hombres. Al cabo de muchos años he venido a traer limosnas a los de mi nación y a presentar ofrendas. Y me encontraron realizando estas ofrendas en el Templo después de haberme purificado, y no entre tumulto de gente. Y fueron algunos judíos de Asia... –que son los que debieran presentarse ante ti y acusarme si es que tienen algo contra mí; o si no, que digan éstos mismos qué crimen hallaron en mí cuando comparecí ante el Sannedrín, a no ser este solo grito que yo lancé estando en medio de ellos: ‘Yo soy juzgado hoy por ustedes a causa de la resurrección de los muertos’”⁶.

Pablo ha concluido. ¿Convenció a Félix? Se intercambiarán otras palabras, fortaleciendo ya a la acusación, ya a la defensa. Lo que el procurador retiene de todo esto, es que Pablo es un cristiano y no de los menores. Al encontrar que todo va muy lentamente, pone fin a los debates bruscamente sacando a la delegación judía:

–Cuando baje el tribuno Lisias juzgaré el asunto de ustedes.

Da la orden al centurión presente de custodiar a Pablo en prisión, en el palacio, pero, no obstante las cadenas que ya no le quitarán, el régimen de su cautiverio no tendrá una dureza inútil. Sus fieles podrán cuidarlo.

⁵ Es la única vez, en el Nuevo Testamento, que los cristianos son llamados “nazoreos” como Jesús. (Nota de la TEB).

⁶ Hch 24, 10-21.

Los siglos y la arena han engullido la ciudad de Cesarea. Después de la Segunda Guerra Mundial, los vestigios de la escollera de Herodes se desmoronaron poco a poco tras el asalto de las olas. En 1946, se emprendieron excavaciones que el Estado de Israel, desde su creación, prosiguió activamente. El resultado salta a la vista. Lo que aparece ante nuestros ojos es un pasado yuxtapuesto: las murallas levantadas por San Luis se mezclan con los residuos del recinto de Herodes; los vestigios de la catedral cristiana se apoyan sobre fundaciones herodianas; lo que queda del hipódromo romano está flanqueado por las huellas de una calle bizantina. Al exhumar el teatro romano, en 1961, se descubrió una inscripción que precisaba que el edificio estaba dedicado a Tiberio por el *prae-fectus* Poncio Pilato: el documento epigráfico más antiguo referente a este procurador.

Todo el lugar sugiere, sobre un fondo de mar y de cielo, nimboado con una luz resplandeciente, una especie de sed de vivir venida de la profundidad de las épocas. Tal fue el marco en el cual Pablo vivió su encarcelamiento. La belleza de un paisaje no compensó nunca la privación de la libertad. La monotonía de este cautiverio sólo se vio interrumpida por algunos acontecimientos. Poco después de la partida de la delegación venida de Jerusalén, Pablo es convocado por Félix en sus apartamentos y, por primera vez, descubre a la bellísima Drusila. Siendo judía, ésta parece ignorar todo acerca de los cristianos. Que ella haya querido interrogar a uno de los dos, es explicable. Que el siempre enamorado Félix, se haya plegado a esto, tampoco es de extrañar. Que Pablo haya respondido gustosamente a las preguntas, que se tratase de justicia, de dominio de los instintos y del juicio que cada ser humano debe esperar de Dios, no puede sorprender. Interesados a primera vista, Félix y Drusila poco a poco se inquietaron. La continencia, sobre todo, no les convenía de ninguna manera. Félix interrumpió de una vez:

—Retírate. Te volveré a llamar en otra ocasión⁷.

Alguna segunda intención culpable, ¿habría atormentado a Félix?

⁷ Hch 24, 25.

A raíz del enfrentamiento entre Pablo y sus acusadores, se evocó la colecta. ¿Creyó el procurador que Pablo había escondido alguna parte? O bien, ¿se imaginó que los amigos de Pablo la habrían guardado como posesión de ellos? En este caso ellos podrían “rescatar” al prisionero. “Él no esperaba menos, dice Lucas, sino que Pablo le daría dinero; por eso lo hacía venir y frecuentemente hablaba con él”⁸.

Pasa un año. Veo a Pablo ejercitándose, ante todo, en dominar su impaciencia. En materia de colonización, la regla básica no ha sufrido nunca modificación alguna: hacer sentir su fuerza pero evitar provocar enfrentamientos. Pablo ha debido esperar que la presión de Jerusalén llegaría a su fin. Él está lejos de todo, encadenado, ¿cómo se le puede temer? Se le va a olvidar y el procurador lo pondrá en libertad.

Sin embargo, todos los informes que van a llegar a Félix le prueban que la situación de Pablo preocupa siempre a los judíos puros y duros del Sanedrín, y también a los cristianos judaizantes.

Se ensaya entonces una increíble alianza entre los judíos para quienes Jesús no es nada, y otros que consideran al nazoreo como el Mesías anunciado por Dios. Las relaciones ya estrechas que se ven cada vez más fuertes, entre el sumo sacerdote y Santiago, permiten estar convencidos de ello. Esta especie de unión sagrada contra Pablo, no puede ser desconocida por Félix. Todo lo que él puede hacer es abrir de par en par las puertas de su palacio a los discípulos del tarsense, que entran y salen como si estuvieran en su casa.

Se dice que la esperanza hace vivir, pero puede suceder que ella mate. En el curso del segundo año, uno se imagina a Pablo que ya no resiste, que clama al Señor, furioso de que no le responda. La vida de Pablo estuvo sembrada de visiones: ni los Hechos ni las Epístolas señalan alguna en ese tiempo.

Frente al mar cuya belleza le aparece en adelante como un insulto, al no soportar más los muros de mármol blanco del palacio de Herodes, soñando quizás con disponer de la fuerza de Sansón

⁸ Hch 24, 26.

para hacer caer las columnas, se le ve literalmente rabioso, errando de sala en sala, acusando a todos, a sus discípulos lo mismo que a los judíos ortodoxos y más aún a los judaizantes. Sólo encuentra consuelo en la sinagoga donde, parece, se le deja ir y donde, de pronto, parecido a un cordero, por el *taliss* que ha echado sobre sus hombros, recita con un sollozo la palabra de Dios.

No se siente aliviado sino con la redacción de mensajes que dirige a las Iglesias que ha fundado –¿cómo iba a abstenerse?– y con la visita de los fieles llegados a veces de lejos, tanto de Macedonia como de Asia. El yugo de Félix sobre Palestina se vuelve cada vez más insoportable. En sus *Antigüedades*, Flavio Josefo denunciará su mala administración lo mismo que su antisemitismo. Las autoridades de Jerusalén multiplican sus quejas a Roma, donde ellas disponen de fuertes influencias. Félix ha traspasado los límites. Corre gran riesgo. Aunque Palas haya prácticamente perdido su crédito, él logra salvar la vida de su hermano que, en el 59 ó 60 –se discute la fecha–, fue reemplazado por Porcio Festo.

Solamente tres días después de su llegada a la provincia, el nuevo procurador se dirige a Jerusalén. Como prueba de que el odio contra Pablo no se ha calmado de ninguna manera, los sumos sacerdotes y los notables se precipitan a denunciar la increíble indulgencia que ha disfrutado el prisionero por parte de Félix: “Con insistencia, le pidieron insidiosamente, como un favor, el traslado de Pablo a Jerusalén: en realidad le querían tender una emboscada para matarlo en el camino”⁹. Festo, que descubrió la trampa, les recuerda que el lugar de detención de Pablo debe seguir siendo Cesarea a donde él mismo se alista a ir. Más bien, ¿por qué no lo acompañan?

–Si hay algo irregular en el caso de este hombre, justedes se quejarán contra él!

Los judíos notables le tomaron la palabra. Al mismo tiempo que Festo, varios de ellos se ponen en camino. Al día siguiente de su llegada a Cesarea, el nuevo procurador da la orden de llevarle a Pablo. Lucas describe perfectamente a “los judíos que bajaron de

Jerusalén, en círculo alrededor de él”, que multiplican las acusaciones aunque son incapaces de justificarlas. Muy tranquilo en apariencia, Pablo no modifica en nada su defensa.

–No he cometido delito alguno ni contra la Ley de los judíos, ni contra el Templo, ni contra el emperador.

Pregunta de Festo:

–¿Aceptas subir a Jerusalén para que tu caso sea juzgado allí en mi presencia?

Con una prontitud que impresiona, Pablo delata la trampa:

–Estoy ante el tribunal del César, que es donde debo ser juzgado. A los judíos no les he hecho ningún mal, como tú muy bien sabes. Si, pues, soy reo de algún delito o he cometido algún crimen que merezca la muerte, no rehúso morir; pero si en eso de que estos me acusan no hay ningún fundamento, nadie puede entregarme a ellos; ¡apelo al César!

¡Un verdadero golpe teatral! No sabemos nada de la deliberación que siguió pero se la adivina como tempestuosa. Cuando el consejo vuelve a su puesto, el procurador zanja el asunto:

–Has apelado al César, al César irás¹⁰.

Hay exegetas que han puesto en duda el relato del proceso que debemos a Lucas. Afirman que el apelar al emperador, raramente tenía efecto; si se le hubiera practicado a menudo, los tribunales romanos no hubieran podido afrontar la multitud de casos. A lo cual se puede responder que, esta apelación era un derecho reconocido y que la *Lex Valeria*, las leyes *Porcia* y *Julia* garantizaban la suerte de los ciudadanos romanos. El mismo Félix, ¿no había enviado a Roma, para que fuese juzgado allí, al bandido Eleazar? El hecho de que Lucas trate sin cesar de engrandecer el personaje de Pablo no anula esta realidad: la apelación al emperador podía invocarse y lo fue.

Algún tiempo después, el rey judío Agripa II es anunciado en Cesarea donde desea permanecer en compañía de su hermana Berenice. Esta última se encontrará pronto con Tito, hijo de Vespasiano, y la pasión que se apoderará de ellos mutuamente, los inmortalizará. Festo expone al rey, a la vez, el caso de Pablo y la

⁹ Hch 25, 2-3.

¹⁰ Hch 25, 5-12.

decisión que éste ha tomado. Interesado, Agripa desea escuchar a este prisionero poco común. “Con gran pompa, acompañados de oficiales superiores y de notables de la ciudad”, Agripa y Berenice entran a la sala de audiencias a la cual se hace venir a Pablo. De inmediato, el rey pide al prisionero que exponga su caso. Conocemos el discurso del tarsense, bastante largo y naturalmente salido del estilo de Lucas. ¿Quién se va a extrañar de que éste comience con un relato de las misiones del apóstol entre los paganos y el recuerdo de sus exhortaciones a “volverse a Dios viviendo de una manera que corresponda a esta conversión? Él continúa:

–Con el auxilio de Dios hasta el presente me he mantenido firme dando testimonio a pequeños y grandes sin decir cosa que esté fuera de lo que los profetas y el mismo Moisés dijeron que había de suceder: que el Cristo había de padecer y que, después de resucitar el primero de entre los muertos, anunciaría la luz al pueblo y a los gentiles.

Para Festo esto ya es demasiado. Alza la voz:

–Pablo, ¡estás loco! ¡Las muchas letras te hacen perder la cabeza

Pablo no hace caso a Festo. Se dirige a Agripa:

–Bien enterado está de estas cosas el rey, ante quien hablo con confianza; no creo que se le oculte nada, pues no han pasado en un rincón. ¿Crees, rey Agripa, a los profetas? Yo sé que crees.

Agripa prefiere bromear:

–Por poco, con tus argumentos, haces de mí un cristiano.

Pablo se enerva:

–Quiera Dios que por poco o por mucho, no solamente tú, sino todos los que me escuchan hoy, llegaran a ser tales como yo soy, a excepción de estas cadenas.

La audiencia se termina. Agripa no disimula que Pablo lo ha convencido de su inocencia:

–Este hombre no ha hecho nada digno de muerte o de prisión. Podría ser puesto en libertad si no hubiera apelado al César¹¹.

El verano del 60 se acaba; muy pronto la navegación será prohibida. Festo quiere irse rápido. Va a aprovechar un barco anclado en Adramitio, puerto de Asia Menor, que parte hacia Licia. Importante: Lucas utiliza de nuevo el famoso “nosotros”. Seguirá siendo testigo ocular hasta la llegada a Roma. Su relato del viaje contiene tantas precisiones sobre la navegación antigua que, el Almirante Nelson, conocedor del Mediterráneo, llegará hasta pretender, que allí había aprendido su oficio.

Cuando, siempre encadenado, Pablo se embarca, encuentra a bordo de la nave, a otros prisioneros amontonados allí por razones que se ignoran, y que deben ser igualmente transferidos a Roma. Varios soldados están encargados de su vigilancia. Los comanda un centurión llamado Julio, de la cohorte Augusta. Aristarco, un macedonio de Tesalónica y, claro está, Lucas, han obtenido la autorización para seguir a su maestro.

Primera escala en Sidón, hoy Saida, ciudad libanesa. Julio autoriza a Pablo a que baje a tierra para que se encuentre con los cristianos que allí residen. Felicidad, fervor. Cuando se dirigen hacia Chipre, vientos contrarios obligan a darle la vuelta a la isla hacia el occidente. Se debe luchar contra éstos a lo largo de las costas de Cilicia y de Panfilia. Son necesarios quince días para alcanzar el puerto de Mira, destino final del barco.

¿Qué hará el centurión con su cargamento humano? Por suerte, una nave que proviene de Alejandría y que hace ruta hacia Italia, entra en el puerto: probablemente uno de los barcos cargados de ese trigo de Egipto que alimenta a Roma y a Italia. El que embarca a Julio y sus prisioneros, tiene capacidad para unas quinientas toneladas, y con viento de popa, puede cubrir unas seis millas marinas (unos once kilómetros) por hora¹². Al embarque, se cuentan –tripulación, pasajeros, prisioneros y soldados– doscientas setenta y seis personas a bordo.

Siempre los vientos contrarios: “Durante muchos días la navegación fue lenta y a duras penas llegamos a la altura de Gnido. Como el viento no nos dejaba entrar en puerto, navegamos al abrigo de Creta por la parte de Salmone; y costeándola con dificultad,

¹¹ Hch 26, 22-32.

¹² DREYFUS, Paul.

llegamos a un lugar llamado Puertos Buenos, cerca del cual se encuentra la ciudad de Lasea”, hoy Kali Limenea. Aquellos cuya memoria está llena de las imágenes recibidas de los Hechos de los Apóstoles y que tratarán de encontrar estos puertos allí –creyéndolos famosos– se preparan a una cruel decepción: enormes tanques llenos de petróleo jalonan hoy la costa.

De acuerdo con el plan de navegación concebido en Cesarea, están bastante atrasados. Habida cuenta del mal tiempo, es peligroso no sujetarse a la regla –*mare clausum*– que prohíbe la navegación. Se origina un debate entre los que desean volver al mar y los que estiman prudente no hacerlo sino en marzo. Sorprendiendo a la tripulación y a los soldados, Pablo interviene:

–Amigos míos, pienso que la navegación va a traer consigo daños y pérdidas notables no sólo para el cargamento y el barco, sino también para nuestras personas¹³.

Advertencia motivada y ¡cuánto! En la Segunda Epístola a los Corintios, Pablo evoca los tres naufragios a los que escapó por poco, sin que hayamos podido situar el lugar ni la época. En el curso de uno de ellos tuvo que nadar durante “un día y una noche en el abismo”. El capitán no está lejos de compartir esta opinión y también la sobrecarga que representa el armador: no olvidemos el rico cargamento de trigo. Estimando –lo que es cierto– que el puerto no está acondicionado para la estación del invierno, la mayoría decide, sin embargo, buscar otro lugar donde echar el ancla. Parece posible llegar a Fénix, al sur de Creta. Allí se pasará el invierno al abrigo de los vientos más peligrosos, los del norte.

Se levantan anclas. Adiós.

Una brisa suave que sopla por el sur, hincha las velas. Los optimistas se alegran. Todo cambia cuando están mar adentro. Se desencadena un huracán gigantesco, de los que los marinos llaman *euraquilon*. Es aterradora la velocidad con la cual el barco es arrastrado hacia el sur. Imposible remontar con el viento, escasamente se tiene el tiempo de recoger la vela. “Dejándonos llevar, dice Lucas, íbamos a la deriva”. Así sucede hasta que alcanzan, a cuarenta

kilómetros al sur de Creta, una pequeña isla rocosa llamada Cauda. Bajo su abrigo, el viento pierde algo de su fuerza. Se aprovecha el momento para izar a bordo el bote atado en la popa y cuyos saltos furiosos provocan el riesgo de romper la amarra. Otra parte de la tripulación rodea de cuerdas el barco para protegerlo de las violentas olas que, sin detenerse, golpean el casco.

Apenas se alejan de la isla cuando la violencia de los vientos empuja de nuevo la nave hacia el sur. ¿Van a ser arrastrados a la costa de África? “Al día siguiente, prosigue Lucas, como seguíamos siendo sacudidos violentamente por la tempestad, se arrojó carga al mar, y al tercer día, con sus propias manos arrojaron al mar el aparejo de la nave”. Hay que comprender esto: la nave se ha vuelto algo así como un pecio. Esto dura catorce días y catorce noches. “Ni el sol ni las estrellas se mostraban”. En medio de cien tareas agobiantes, nadie come sino lo que esté a la mano. Sobre el puente barrido por las aguas furiosas, es preciso ver a Pablo que se levanta de repente. En el estrépito del viento, hay que oírlo gritar:

–Les recomiendo que tengan buen ánimo. ¡Ninguna de sus vidas se perderá!; solamente la nave. Pues esta noche se me ha presentado un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien doy culto, y me ha dicho: ‘No temas Pablo; tienes que comparecer ante el César; y mira, Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo’. Por tanto, amigos, ¡ánimo! Yo tengo fe en Dios de que sucederá tal como se me ha dicho¹⁴.

Al cabo de la décima cuarta noche, siguen a la deriva. Imposible guiarse por las estrellas: el cielo está totalmente opaco. ¿Qué hacer? “Hacia la media noche presintieron los marineros la proximidad de la tierra. Sondearon y hallaron veinte brazas; un poco más lejos sondearon de nuevo y hallaron quince brazas. Temerosos de que fuésemos a chocar contra algunos escollos, echaron cuatro anclas desde la popa y esperaban ansiosamente que se hiciese de día”. Desde las primeras luces del alba, los soldados de Julio se dieron cuenta de que los marineros bajaban el bote al mar, con la intención evidente de desertar del barco. Decididamente

¹³ Hch 27, 10.

¹⁴ Hch 27, 22-25.

promovido al rango de experto, Pablo manda al centurión y a los soldados que se opongan a eso:

—Si esos hombres no permanecen a bordo, ¡ustedes no se podrán salvar!

Los soldados se precipitan, repelen a los marineros y adoptan una solución radical: cortan las cuerdas del bote, el cual desaparece rápidamente de su vista.

Entre los restos miserables del naufragio, flotando por los golpes del viento y de las corrientes, se balancean entre la esperanza y la angustia. Una vez más, Pablo toma la palabra: Hace ya catorce días que, en continua expectación, están ustedes en ayunas, sin haber comido nada. Por eso les aconsejo que tomen alimento, pues les conviene para su propia salvación.

“Diciendo esto, relata Lucas, tomó pan, dio gracias a Dios en presencia de todos, lo partió y se puso a comer. Entonces todos los demás se animaron y tomaron también alimento. [...] Una vez satisfechos, aligeraron la nave arrojando el trigo al mar”¹⁵. ¡Pobre sobrecarga!

Se hace de día. Hay a la vista una tierra que los más experimentados no reconocen. Se distingue una bahía, al fondo de la cual se adivina una playa. El capitán resuelve encallar el barco. Se abandonan las anclas en el mar, se largan los remos de la parte de atrás que sirven de timón, se iza la pequeña vela de la proa y se dirigen hacia la playa. Mucho antes de llegar allí, un terrible choque hace temblar el casco: ¡se ha golpeado un banco de arena! La proa se hunde profundamente. Bajo los golpes de las olas, la popa se disloca. Si no saltan al agua, corren el riesgo de permanecer cautivos de la nave que se despedazará sobre los tercios. En cuanto a la suerte que será reservada a los prisioneros, los soldados reaccionan con furia:

—¡Hay que matarlos a todos! Si no, se van a escapar nadando.

En medio de crujidos siniestros, Julio se opone a ello violentamente. Ordena a los que saben nadar que salten al agua y lleguen a tierra. Los demás no tendrán más que agarrarse a los restos. “Fue

a sí como todos se encontraron en tierra sanos y salvos”¹⁶. De las doscientas setenta y seis personas a bordo, ni una sola víctima.

Esta isla que nadie reconoció, es Malta. El barco recorrió, pues, más o menos cuatrocientas setenta millas (ochocientos setenta kilómetros) desde la salida de Creta. La acogida de los malteses es ejemplar. Los habitantes de una aldea se precipitan ante los naufragos y ayudan a los nadadores a salir a tierra. Una lluvia helada comenzó a caer. Los malteses corren a buscar leña y encienden una gran hoguera para que los naufragos se puedan calentar. Pablo recoge una brazada de ramas secas sin darse cuenta de que una víbora se enrolla en su brazo. Se contenta con sacudir al animal en el fuego sin que lo haya mordido. Un grito de estupor y de admiración de estos malteses paganos:

—¡Es un dios!

Un tal Publio, a quien los Hechos designan como el “primer magistrado de la isla” y que vive cerca de allí, se presenta. Romana desde el 218 a.C., Malta pertenece a la provincia de Sicilia. Publio debe ser el administrador delegado del pretor; hay inscripciones que atestiguan que existía “un jefe de municipio de los malteses”. Publio se aflige, se preocupa y lleva a los naufragos a su morada donde pueden cambiarse, secarse, retomar fuerzas. Los alojará durante tres días.

No se sabe mucho sobre dónde toda esta gente fue acogida enseguida. ¿En la “gruta de san Pablo” que se muestra hoy? Le fue necesario a la tripulación, a los prisioneros y a sus guardianes, esperar la llegada de la primavera: tres meses. En el siglo XXI, Malta sigue completamente impregnada del recuerdo de san Pablo. El sitio donde se supone desembarcó se llama *Saint Paul's Bay* (Bahía de san Pablo) y el turista no cesa de encontrar en su ruta iglesias, capillas y estatuas del santo.

¿Quién halló el barco necesario para la repatriación de doscientas setenta y seis personas? Probablemente el centurión Julio, aunque extrañamente, Lucas no vuelve a mencionar su nombre. Parece haberse esfumado del horizonte del cronista, lo mismo,

¹⁵ Hch 27, 33-38.

¹⁶ Hch 27, 44.

además, que los soldados romanos y sus prisioneros. Que el lector se tranquilice: existen varias versiones del Nuevo Testamento de las cuales los Hechos de los Apóstoles son parte integrante. Se distingue un texto llamado “antioqueno”, otro denominado “alejandrino” y un tercero al que se le nombra “occidental”. Ahora bien, en este último se reencuentra al centurión perdido de vista. Hasta se le ve escoltando a Pablo hasta Roma y, una vez llegado a su destino, entregándolo al “prefecto del pretorio”.

Pablo tiene cincuenta y tres años cuando, a comienzos de marzo del 61, se embarca a bordo de una nave puesta bajo el signo de los *dios-cures*, dicho de otra manera, Cástor y Pólux. Teniendo su puerto de matrícula en Alejandría, es un transportador de cereales que, probablemente a consecuencia de alguna avería o de un atraso imprevisto, se vio forzado a invernar en Malta, sin haber podido entregar su cargamento en Italia. Hay que figurarse un barco literalmente cargado más allá de lo razonable, de mercancías y pasajeros. Se navega hacia Sicilia.

Para llegar a Siracusa –sesenta millas náuticas– no han debido gastar más de veinticuatro horas. Allí se detienen tres días. Los árboles están en flor, el aire suave, la multitud se apresura al ágora o a las puertas del teatro. ¿Va Pablo a disfrutar de este sitio –“la más bella de todas las ciudades griegas”– que suscitó el entusiasmo de Cicerón? Apostemos a que su interés debió conducirlo a la comunidad cristiana, fundada por un discípulo de Pedro y cuya vitalidad no puede menos que seducirlo.

Habiendo tomado el mar, se costea, para arribar por el suroeste de Italia, a Rhegium, hoy Regio di Calabria. No lejos de aquí, hacia el norte, los marinos localizan los famosos remolinos que arrastran, de Caribdis a Cila, las embarcaciones que se dejan caer en la trampa. La escala sólo dura un día. Al día siguiente, al penetrar al golfo de Nápoles, ¿habrá Pablo evocado las *Geórgicas* que Virgilio compuso en estas costas?

Llevados por un buen viento del sur, los viajeros recorrerán en menos de dos días los trescientos cincuenta kilómetros que los separan de Puteoli, llamado también Pozzuoli, puerto que los contemporáneos de Pablo alaban como “el primer puerto franco de Roma

y de Italia, la gran estación de transporte de Egipto y del Oriente”: doscientas mil toneladas de cereales, sobre todo egipcios, se desembarcaban allí cada año. Más cosmopolita aún que sus homólogas del Mediterráneo, la ciudad acoge desde hace mucho tiempo, a todos los pueblos del Oriente –entre los cuales a muchos judíos– quienes poco a poco implantaron allí sus almacenes e introdujeron sus dioses.

Sorpresa: van a encontrar en Pozzuoli, a una pequeña comunidad cristiana¹⁷. “Encontramos allí, dice Lucas, a hermanos que nos invitaron a pasar en su casa una semana”¹⁸. Aprovechando del descanso que el centurión quiso proporcionar a sus prisioneros, Pablo puede, pues, permanecer varios días con estos hermanos en Cristo. Después de lo cual, prisioneros y guardianes debieron ponerse en camino en dirección a esta *Urbs* que Pablo había esperado tan ardientemente descubrir cuando, tres años antes, dirigió a los romanos la Epístola en la cual había tanto de él.

Para seguir las huellas de Pablo por los caminos que el grupo encadenado va a emprender, lo mejor es tomar como guía al poeta Horacio. Al dirigirse a Brindisi, estigmatiza a “los posaderos astutos” de la *Via Appia*: en la etapa, tuvo que enfrentar su vulgaridad, las camas donde bullen los insectos dañinos, una comida infame. Poder dormir es un prodigio. Y se trataba de un viajero de prestigio y comodidad. ¿Cómo sería la suerte que les esperaba a los prisioneros?

Custodiado de cerca y encadenado, Pablo avanza hacia Roma. Cómo no recordar esa Epístola a Filemón, no tan antigua, en la cual se puede discernir un gemido: “Sí, yo Pablo, que soy un anciano...”. ¿Dónde están los tiempos en los cuales él caminaba alegremente hacia aquellos que quería convertir? Se sentía entonces capaz de enfrentar todos los obstáculos, así fueran de Satanás o de los hombres. Tres años antes, estaba seguro de ganar a los romanos a la verdadera Luz y de afrontar victoriosamente, entre ellos, a esos judaizantes que en todas partes lo obstaculizaban. ¿Qué pasa en esta ruta por donde se arrastra?

¹⁷ Unas excavaciones han permitido descubrir, entre los graffiti que adornaban los muros de una taberna, la imagen de un crucificado.

¹⁸ *Hch* 28, 14.

Para llegar a Roma, pasando por Capua, hay que recorrer doscientos cincuenta kilómetros. A pie, como siempre. No podemos, tampoco, apartarnos del itinerario de Pablo: toma, en primer lugar, la *Via Campana* que abandona en Capua para seguir por esta *Via Appia* que, abierta en el 312 a.C., por iniciativa del censor Apio Claudio, suscitó el entusiasmo –¿o la ironía?– de Tito Livio: “El nombre de Appio será celebrado por las generaciones futuras, porque él construyó una calle”.

A lo largo de esta marcha forzada, no todo es siniestro: la primavera cubre de flores los cerezos y los manzanos, el aire se perfuma. Pablo tiene todo el tiempo para contar las famosas *milliariae*, esos mojones erigidos en cada milla romana. Enormes cilindros de piedra, cada uno mide cerca de dos metros de altura y pesa por lo menos dos toneladas. ¿Qué viajero no los ha contado? Primero para calcular el camino que se dejó atrás, luego para calcular la ruta que aún queda por recorrer.

Por un puente llamado Tirenus –del cual Cicerón hace alusión en sus cartas– la Vía pasa por Gargliano, lugar que mucho más tarde ilustrarán las tropas francesas del general Juin, durante la Segunda Guerra Mundial. Sobre las mismas riberas costea la ciudad de Mintorno, de la cual subsisten el foro, el acueducto, las termas y el teatro. Bajo la guardia siempre vigilante del centurión, llegan a Formia, donde Cicerón fue asesinado, luego Itri. Encerradas en un desfiladero estrecho, y separadas por un barranco, dos rutas paralelas se extienden por varios kilómetros.

Pablo camina.

Más allá de Fundi, la *Via Appia* evita el gran lago vecino. Enormes bloques de piedra la protegen de los desperfectos de esta extensión de agua particularmente caprichosa. Cuando la Vía trepa por la colina de Anxur, donde, sobre las alturas que dominan a terracita, un templo célebre está dedicado a Júpiter, Pablo busca más bien un poco de aire antes que la imagen del rey del Olimpo.

Costean el golfo de Gaeta. ¿Cuántas millas todavía antes de Roma? Una vez entran al Latium, todos temen la prueba de la travesía de los famosos pantanos Pontinos, desde donde vuelan millares de mosquitos. Antes de que el emperador Augusto hubiese

hecho cavar allí un canal, eran casi infranqueables. Desde entonces, se instala a los viajeros en una chalana tirada por mulas, a Pablo y sus compañeros lo mismo que los demás. ¿Al fin un poco de descanso?

En el Foro de Apio, ¿quiénes son estos desconocidos que avanzan frente a la comitiva? Se presentan como enviados de la Iglesia de Roma. Lucas, quien relata el episodio, es de nuevo criticado por los exegetas: ¿cómo pudieron ser informados estos cristianos romanos acerca de la llegada del prisionero? ¿Por qué habrían de recorrer en su honor sesenta y cinco kilómetros de ida y otros tantos de vuelta? Yo respondería con una gran sencillez a estos incrédulos: ¿y por qué no? En las Tres Tabernas, a cuarenta y nueve kilómetros de Roma, una nueva delegación: “Cuando los vio, Pablo dio gracias a Dios: recuperó la confianza”¹⁹.

Después de Albano, la vía se ensancha hasta cuatro metros. Las losas se vuelven enormes. Si Pablo tiene sed, puede beber agua en las fuentes levantadas a una y otra parte del camino. En cuanto a las maravillosas estatuas de mármol que jalonan en adelante el camino, es de pensar que él habrá desviado la mirada ante la desnudez de éstas.

Pablo de Tarso, encadenado en medio de otros prisioneros, entra a Roma por la Puerta Capena, no lejos del Circo Máximo y de los palacios imperiales.

¹⁹ Hch 28, 15.

CAPÍTULO XIII

Pablo y Nerón

Entra en escena aquí Lucius Domitius Aenobarbus, convertido por adopción en Tiberio Claudio Nero y a quien llamamos Nerón. Acaba de cumplir los veinte años. Más tarde, Suetonio lo ha descrito para la posteridad: de talla media, “los ojos azules, el cuello grueso, el estómago prominente, las piernas delgadas”. “Tez naturalmente roja”, según Luciano de Somosata. Cabellos “dorados” para los aduladores, “pelirrojo” para los demás.

Incapaz de discernir entre sus ambiciones desordenadas, este joven no sabe mucho si debe aspirar al imperio del mundo o hacerse admirar como el artista más grande de su tiempo. No es todavía uno de los hombres más odiados de la historia. Pero no está lejos de serlo.

Cojeando en medio de los prisioneros, Pablo no se interroga, seguramente, acerca de tal dilema. Su calvario está por terminar. ¡Cuán viejo se siente!

Los demás, devoran con sus ojos las Siete colinas. Desde ellas, después de que la loba amamantara a Rómulo y Remo, se esparció la leyenda de Roma. A las maravillas que rodean a Pablo, él sólo dirigirá una mirada triste y vaga. Desde el fin de la República, la *Urbs* se ha modificado profundamente. Encargado por Augusto de la edilidad, Agripa modificó las fuentes, construyó las primeras termas, levantó el panteón. El templo de Apolo domina el Palatino. En el Campo de Marte, el altar de la Paz (*Ara pacis augustae*) y el mausoleo de Augusto cantan la magnificencia del primer emperador. Para ganarse el favor de los ciudadanos y el de la plebe, se construyó un teatro y una biblioteca. A raíz de su advenimiento, Augusto

había encontrado una ciudad de piedra y ladrillo; a sus sucesores, les legó una ciudad de mármol¹.

¿Lo más sorprendente? Estos magníficos monumentos están perdidos, incrustados, ocultos en un laberinto insensato: una anarquía de “calles angostas, sinuosas, zigzagueantes, como si hubiesen sido trazados sin una regla². La rapidez con que se propagará el incendio del 64 será debida esencialmente –Tácito lo confirma– a este amontonamiento.

Los guardias redoblan la vigilancia. Nada más propicio, para facilitar la evasión de un prisionero, que estas calles obstructivas: carruajes, literas, sillas de manos, jinetes y peatones mezclados, como un río que corre a lo largo del día, un alboroto que nunca se extingue, ni siquiera cuando llega la noche: Romanos, ¡escuchen la queja de Juvenal!

Un anciano habla solo: dormir, dormir y dormir.

¿Dónde están los judíos de Roma? Filón los muestra, a principios del siglo I, domiciliados al otro lado del Tíber, en particular en un barrio célebre por su suciedad, el Transtévere. En medios de curtidurías, de escombros, de fábricas de cuerdas, de proletarios vestidos con andrajos, que practicaban todos los pequeños oficios de la época: “buhoneros o vendedores de elementos para prender fuego, como los describe el erudito Carlos Perrot; mendigos y cuentistas populares, como esa mujer que vende sueños y enseña a sus hijos a pedir en un buen sitio; charlatanes o estafadores”. Raros son los que escapan a este sub-proletariado y evaden estos turgorios *ante litteram*: tejedores de tiendas, pero también maestros de escuela, actores, inclusive un poeta llamado Menófilo, a quien Marcial acusa de haberle robado sus versos.

La mayoría de estos judíos son hombres libres. “Llevados a Italia como prisioneros de guerra, explica Filón de Alejandría, fueron luego liberados por sus dueños, sin haber sido obligados a alterar ninguna de sus tradiciones”³. De esta abundancia, Flavio Josefo en-

trega la explicación: los judíos que llegaron como esclavos fueron rescatados por los judíos libres⁴. Casi no se encuentran judíos en las clases altas, aunque se cita a Popea, la esposa de Nerón, considerada como una “simpatizante”, y Fulvia, esposa de un senador, favorecedor de la causa judía. Ovidio se divierte con estas mujeres que afectan reunirse el día del sabbat⁵. Las investigaciones confirman que los judíos romanos eran, en su mayoría, “financiera y culturalmente pobres”.

El centurión sabe a dónde va: debe conducir a toda su gente al Foro imperial, más exactamente al cuartel general de la guardia pretoriana. Al momento de separarse, uno es libre de imaginar, de los prisioneros a los guardias, alguna que otra broma lo mismo que cierta efusión. Todo indica que el caso de Pablo ha sido examinado de cerca por el prefecto del pretorio encargado de los extranjeros. La calidad de ciudadano romano del prisionero, lo pone al abrigo de la encarcelación en una prisión de la ciudad, perspectiva temible con toda razón. “Cuando llegamos a Roma, dice Lucas, Pablo había obtenido la autorización de tener un domicilio personal, con un soldado para custodiarlo”⁶. ¿Es el efecto del estatus excepcional del que él gozaba en calidad de apelante al emperador?

Aunque se le haya perdonado la cárcel, Pablo sigue cargado de cadenas. Nunca se las quitarán⁷. ¿Tendremos que recurrir aún a

⁴ *Antigüedades*, 17, 134.

⁵ *Ars amatoria*, 1, 76.

⁶ *Hch* 28, 16.

⁷ ¿Se debe admitir la posibilidad de un viaje a España en el transcurso de los dos años de detención de Pablo en Roma? Los que la admiten recordaron la Epístola a los Romanos en la cual Pablo anunciaba que, después de su visita a Roma, contaba con ir a evangelizar España. El proyecto no tenía en cuenta con que él pudiera llegar allí –como fue el caso– con las cadenas del prisionero. Otros se refieren al texto de Clemente de Roma, que evoca a Pablo ocupado en enseñar la justicia “hasta los límites del poniente”: ¿Se trataría de España? Estos cálculos tampoco se sostienen. ¿Cómo admitir que las autoridades romanas, desde el encarcelamiento de Pablo en Cesarea, hayan tomado tantas precauciones para custodiarlo bajo su poder y luego lo hayan dejado partir para evangelizar a España? Habría que imaginar a Pablo, vigilado permanentemente por un guardia, embarcándose hacia España provisto de la

¹ Roux, Georges.

² Carcopino, Jérôme.

³ *Legatio ad Caium*, 155.

los *Hechos de Pablo*, de los cuales sabemos que son los únicos que palian los silencios de otros informadores? Ellos evocan también el domicilio particular del que Pablo dispone en Roma: “Una granja en la cual enseñaba, en compañía de los hermanos, la palabra de verdad”.

Ha habido a menudo extrañeza sobre el hecho de que, prefiriéndola a los cristianos, Pablo haya querido en primer lugar reunirse con la comunidad judía de Roma. Desde el comienzo de sus misiones, así ha obrado. ¿Por qué iba a cambiar? Tres días después de haber tomado posesión de su domicilio, invita a los “judíos notables” a que se encuentren con él. Hay que leer atentamente el raro discurso que les dirige:

—Hermanos, yo, sin haber hecho nada contra el pueblo ni contra las costumbres de los padres, fui apresado en Jerusalén y entregado en manos de los romanos, que, después de haberme interrogado, querían dejarme en libertad porque no había en mí ningún motivo de muerte. Pero como los judíos se oponían, me vi forzado a apelar al César, sin pretender con eso acusar a los de mi nación. Por este motivo les llamé a ustedes para verlos y hablarles, pues precisamente por la esperanza de Israel llevo yo estas cadenas.

La respuesta de los judíos es de las más claras:

—Nosotros no hemos recibido de Judea ninguna carta que nos hable de ti, ni ninguno de los hermanos llegados aquí nos ha referido o hablado nada malo de ti. Pero deseamos oír de ti mismo lo que piensas, pues lo que de esa secta sabemos es que en todas partes se la contradice⁸.

Otras reuniones tendrán lugar entre Pablo y aquellos con los que permanece tan cercano. ¡El desea tanto convencer a estos judíos! ¡Se siente tan de acuerdo con ellos! Sus oraciones son las suyas, su amor a Dios es el suyo. ¿Irán por fin a admitir que el Dios de los judíos ha llevado al colmo la compasión por su pueblo al enviarle a su propio Hijo? Que ellos lo hagan y el judaísmo conquistará el mundo. “Pablo les iba exponiendo el Reino de Dios, dando testimo-

nio e intentando persuadirles acerca de Jesús, basándose en la Ley de Moisés y en los Profetas, desde la mañana hasta la tarde. Unos creían por sus palabras y otros en cambio permanecían incrédulos, estando en desacuerdo entre sí mismos”⁹.

Desgarradora, la última respuesta de Pablo. Aunque los visitantes se retiran, él salmodia un texto del profeta Isaías:

*Ve a encontrar a este pueblo y dile:
Escucharán bien, pero no entenderán,
mirarán, pero no verán.
Porque se ha embotado el corazón de este pueblo,
han hecho duros sus oídos, y sus ojos se han cerrado*¹⁰.

El lector se ha encontrado tantas veces con Lucas que leerá con gratitud, estoy seguro, las últimas líneas de los Hechos de los Apóstoles que el cronista ha redactado: “Pablo permaneció dos años enteros en una casa que había alquilado y recibía a todos los que acudían a él; predicaba el Reino de Dios y enseñaba lo referente al Señor Jesucristo con toda valentía, sin estorbo alguno”¹¹.

Nada más.

Un inmenso punto de interrogación: eso es lo que nos deja Lucas. Tan acusado a menudo de haber “puesto demasiado en escena” a Pablo, cierra su libro sin acabarlo. Las explicaciones que se han presentado de este silencio son de una gran ingenuidad: Lucas habría interrumpido por falta de pergamino o porque habría encontrado su libro demasiado largo. Sonríamos. Algunos pretenden que el final se perdió, lo cual no tiene ningún sentido cuando se conoce el cuidado con el cual los cristianos de ese tiempo conservaron los escritos de los primeros años de la era apostólica. Otros proponen que Lucas, de regreso al Oriente, habría ignorado lo que le sucedió a Pablo. ¿De veras? El anuncio de la muerte de Pablo, acontecimiento más considerable a los ojos de Lucas que ningún otro en el mundo, ¿no le habría llegado a él a toda prisa, gracias a las múltiples idas y venidas por el Mediterráneo, de las que te-

autorización del prefecto del pretorio y, una vez cumplida su tarea, regresar por propia voluntad a hacerse decapitar en Roma. Inverosímil.

⁸ Hch 28, 17-22.

⁹ Hch 28, 23-25.

¹⁰ Is 6, 9-10.

¹¹ Hch 28, 30-31. Hay que leer “obstáculo” en sentido figurado.

nemos las huellas, o por los vínculos epistolares tan numerosos entre el Occidente y el Oriente?

Queda una explicación que no tenemos derecho de excluir. Los que la defienden recuerdan que el plan de los Hechos de los Apóstoles, fijado según el uso de la época, se puede leer desde el capítulo 1, versículo 8. Lucas muestra a los discípulos tomando una comida con Jesús resucitado y haciéndole esta pregunta: “Señor, ¿es ahora el tiempo en el que vas a restablecer el Reino de Israel? Él responde: “No corresponde a ustedes conocer el tiempo y los momentos que el Padre ha fijado por su propia autoridad; *pero ustedes van a recibir un poder, el del Espíritu Santo que vendrá sobre ustedes; serán entonces mis testigos, en toda la Judea y Samaria, y hasta las extremidades de la tierra*”¹². Los presentadores de la TEB¹³ han explicado este pasaje así: “De Jerusalén y de los judíos al mundo entero y a los paganos, tal debe ser *el espacio* del testimonio apostólico, y tal es el plan de los Hechos”. Lucas, en efecto, conduce a su héroe, de Jerusalén a Antioquía, del Asia Menor a Grecia y, por fin, hasta Roma. Según Francisco Brossier, en el momento en que Pablo llega a Roma, “el término de la ruta anunciada por Lucas alcanza su cumplimiento”.

A sus ojos, su obra está acabada.

En el transcurso del año 62, un mensaje llevó a Roma una noticia propia para sumir a la población cristiana en la aflicción y el terror: Santiago, “hermano de Jesús”, había muerto en Jerusalén, lapidado por orden del sumo sacerdote Anán. Veo el dolor de Pablo alimentándose con sentimientos violentos muy opuestos: el respeto hacia el hombre excepcional, en cuyas venas corre la sangre de Jesús, y el amargo rencor que no nos sentimos con derecho a reprocharle. Al acordarnos de las relaciones estrechas que mantenía Santiago con los sumos sacerdotes y el Sanedrín, ¿cómo explicar un acontecimiento tan inesperado? Flavio Josefo ha suministrado una explicación clara y convincente.

La muerte en Jerusalén del procurador Festo, parece estar en el origen de todo. Desde que se le informó a Nerón, éste designó

para reemplazarlo a un tal Albino. Debido a la lentitud de los medios de transporte, varios meses separaron la muerte de Festo y la llegada de Albino a Judea.

Ahora bien, durante este tiempo, Agripa II, rey de Galilea y de Perea, se encontró con la obligación de nombrar a un sumo sacerdote nuevo. Escogió a un tal Anán, a quien Josefo presenta como dotado “de un carácter orgulloso y de un valor notable”, pero también “adepto de la doctrina de los saduceos que son inflexibles en su manera de ver si se les compara con los demás judíos”. Según Anán, había que poner fin al error de los sumos sacerdotes fariseos que creyeron poder mantener relaciones cordiales con Santiago: se trataba de un traidor a su religión. A los traidores sólo se les puede infligir la suerte que merecen: la muerte.

Se sabe que los procuradores romanos no toleran ningún desacato a una prohibición formulada hace mucho tiempo. Los judíos no tienen derecho a realizar ejecuciones capitales. Aquí interviene la fatalidad: ningún procurador se encuentra en Jerusalén para que les recuerde esto. Volvamos a dar la palabra a Josefo: “Anán, creyéndose beneficiar de una ocasión favorable entre la muerte de Festo y la llegada de Albino, reúne un Sanedrín y lleva ante él a Santiago, hermano de Jesús llamado Cristo, y a algunos otros, acusándolos de haber transgredido la Ley, y los hace lapidar”. Lo que Anán no podía prever, es la emoción general que la ejecución de Santiago iba a suscitar, no sólo entre los judíos convertidos al cristianismo sino entre los educados en la sola Ley de Moisés: “Todos aquellos habitantes de la ciudad que eran los más moderados y observaban la Ley de la manera más estricta, se sintieron muy molestos, dice Josefo, y enviaron a solicitar secretamente al rey que ordenara a Anán no volver a obrar de esa manera porque, en otra ocasión, ya se había conducido injustamente. Algunos de ellos fueron inclusive al encuentro de Albino que venía de Alejandría y le comunicaron que Anán no tenía derecho de convocar el Sanedrín sin su autorización. Albino, persuadido por sus palabras, escribió encolerizado a Anán amenazándole con vengarse de él. Por este motivo, el rey Agripa le despojó del gran pontificado que había ejercido durante tres meses e invistió con éste a Jesús, llamado de Damnaoios”.

¹² Hch 1, 6-8.

¹³ Traducción ecuménica de la Biblia.

La vida pública de Pablo se habrá pues desarrollado entre dos lapidaciones: la de Esteban y la de Santiago.

Para descubrir el “fin” del cual Lucas nos ha privado, es preciso recurrir a un texto –cuya redacción se sitúa en los años 80–, el que debemos a Clemente de Roma, sucesor de Pedro y considerado papa. “A causa del celo y de la discordia, Pablo mostró cuál es el precio de la paciencia: encadenado siete veces, exilado, lapidado, se convirtió en heraldo del Señor desde el levante hasta el poniente, y recibió como premio de su fe, una gloria resplandeciente. Después de haber enseñado la justicia al mundo entero, hasta los límites del poniente, dio su testimonio delante de las autoridades, [otra traducción: “fue sometido al suplicio delante de los que gobernaban”], y fue así como dejó el mundo para entrar al lugar santo y se volvió para nosotros un ilustre modelo de paciencia”¹⁴.

Cuando se lee a Clemente, no se puede dudar de que Pablo haya muerto en Roma. Según Jürgen Becker, “no existe en toda la Iglesia primitiva, testimonio alguno que contradiga esta localización en Roma”. Es preciso, sin embargo, esperar más de un siglo para que encontremos la confirmación de esto. Entre los años 200 y 213, Tertuliano de Cartago, fundador de la primera teología en lengua latina, relata el martirio de Pedro y Pablo bajo Nerón, el primero crucificado a imagen de Jesús, el segundo decapitado como Juan Bautista. En el 313, Eusebio de Cesarea confirmará: “Se cuenta que, bajo el reino [de Nerón], Pablo fue decapitado en la misma Roma, y que de manera semejante Pedro fue crucificado allí, y este relato está confirmado por el nombre de Pedro y de Pablo que, hasta el presente, se da al cementerio de esta ciudad”¹⁵.

¿Nada más acerca de la muerte de nuestro héroe? No nos desanimemos. Volvamos a los *Hechos de Pablo*. Según sus comentaristas, Willy Rordorf y Rodolphe Passer, “el autor de los *Hechos de Pablo* reunió tradiciones locales sobre el apóstol y sus colaboradores”.

El autor de los *Hechos de Pablo* relata con detalles el fin del apóstol. Ya se le vio especificar que Pablo recibía a los fieles –sin duda también a los curiosos– en una granja. No escogió el lugar a la li-

gera: no se encontraba ninguna granja en la Roma imperial, pero estas abundaban en los arrabales a donde arrastraban a los vagabundos que sólo contaban con “un montón de paja” por todo su haber. Juvenal sólo vio allí a “músicos charlatanes y jugadores de dados”. Lo que nos conduce a esta pregunta: ¿No habrá Pablo aparecido ante las autoridades como una especie de marginado? ¿Y los discípulos que lo seguían como sospechosos? Suetonio subraya la hostilidad que levantaban, en Nerón, los que se asociaban por razones filosóficas o religiosas. Por el agravio de ser filósofos, afirma Tácito, hombres políticos fueron acusados. Los mismos estoicos serán sospechosos de demonología. Después de haberse beneficiado, durante dos años de una tolerancia evidente, ¿habrá sido éste el motivo por el cual Pablo fue arrestado finalmente?

En el momento en el que Pablo fue llevado ante Nerón, ¿lo creyó éste al servicio de un rey que “derribaba todas las realezas” y que, como consecuencia, amenazaba su propio poder? Pablo habría declarado con fuerza al emperador que él se equivocaba completamente:

–No estamos al servicio, como tú lo crees, de un rey que viene de la tierra, sino de un rey que viene del cielo, de un rey vivo que viene como juez, a causa de las impiedades cometidas en el mundo. ¡Feliz el hombre que crea en él, porque vivirá por toda la eternidad!

A raíz de estas palabras, juzgadas por Nerón como intolerables, Pablo habría sido conducido a la muerte. Se encuentra aquí el anuncio de la tradición que han ratificado las Iglesias cristianas: Pablo fue ejecutado, según el derecho que le reconocía su ciudadanía, “por la espada”. Eusebio de Cesarea sitúa la ejecución de Pablo entre julio del 67 y junio del 68. Los autores modernos juzgan que, la época más probable debería situarse al día siguiente del incendio de Roma.

Del 18 al 19 de julio del 64, hacia medianoche, se desencadenó el incendio más célebre de la historia. El fuego se apoderó verticalmente de la colina del Palatino, en un barrio donde los venteros habían almacenado gran cantidad de mercancías y de materiales inflamables. El viento lo atizó con rapidez. La estructura de made-

¹⁴ Carta de la Iglesia de Roma a la Iglesia de Corinto.

¹⁵ Historia Eclesiástica, II, 25, 5.

ra del vecino Circus Maximus, las numerosas habitaciones también de madera, favorecieron el brasero que pronto se convirtió en un mar de llamas. Las casas privadas, los inmuebles de varios pisos, los edificios públicos, todo arde, todo se desploma. Tácito describió a los siete mil bomberos y soldados encargados, impedidos de obrar a causa de la violencia misma con que se propagaba el incendio. Mostró a las mujeres, los ancianos, los niños, “lanzando gritos desgarradores, buscando cómo salvarse de las llamas o acudiendo a socorrer a sus vecinos”, y chocando con las multitudes venidas de otras partes: “Las gentes que echaban una última mirada a sus bienes que abandonaban, eran presa de las llamas que salían a su encuentro, cuando creían huir con seguridad, entonces era el momento en que se encontraban invadidos por el fuego”.

La sospecha subsiste en todos los espíritus: dando vía libre a su locura naciente y persuadido de que una nueva urbanización se hacía indispensable en Roma, Nerón habría querido hacer tabla rasa e incendiar la ciudad. Suetonio lo muestra, a penas llegado de su villa de Antium –tres o cuatro horas a caballo–, precipitándose a la cima de la Torre de Mecenas y sin pensar en disimular su alegría: “Entusiasmado por la belleza del espectáculo de las llamas, vistiendo su traje de teatro”, se pone a declamar los versos célebres que evocaban la toma de Troya. Hoy ya no se cree en una voluntad deliberada: los estragos del incendio hicieron del emperador la principal víctima de la catástrofe, al destruir la colección de obras de arte, pasión de su vida, desaparecida al mismo tiempo que su palacio.

Roma ardió durante seis días y siete noches. Una vez apagadas las últimas llamas, la acusación surgió espontáneamente de las gentes del pueblo “porque, dice Tácito, no se pudo callar la opinión difamadora según la cual el incendio había sido ordenado”. Gritan pidiendo venganza. Hay temor de que pronto Nerón sea señalado. El emperador toma la delantera y ordena a Tigelín, prefecto del pretorio, buscar a los culpables. La respuesta no se hace esperar: fueron los cristianos los que prendieron el fuego. El episodio nos es familiar, quizás mucho más por la lectura de *Quo Vadis*, excelente best-seller, o el recuerdo de las adaptaciones que de éste se han hecho para el cine, que por la consulta razonada de los autores an-

tiguos. Tácito describe los arrestos masivos de cristianos, la decisión implacable de hacer de su suplicio un espectáculo. Describe a estos desgraciados, cubiertos con pieles de bestias y entregados en el circo a perros hambrientos, mientras Nerón, en su carro de carreras, busca las aclamaciones. A algunos se les crucifica en los jardines del Vaticano. Se lleva el refinamiento al colmo cuando, llegada la noche, las víctimas expiatorias, embadurnadas con materiales inflamables, son convertidas en teas.

Si se puede pensar que Pablo, a causa de su residencia forzada en las afueras de la capital, escapó al incendio, y si fue ejecutado poco tiempo después, no se puede creer que su muerte fuese una de las consecuencias de la abominable represión. Todo indica que fue inculpado como “fautor de novedades inquietantes”, término que por entonces se utilizaba demasiado. Si hubo un proceso regular –algo que ignoramos–, la condenación pudo ser pronunciada en virtud de la ley imperial sobre la *majestatis* que Nerón había vuelto a poner en uso desde el año 62.

Tradiciones respetables asocian el recuerdo del martirio de Pablo al de Pedro. Habrían sido ejecutados al mismo tiempo o a algunos días de distancia: Pablo decapitado, Pedro crucificado y, por humildad, clavado a petición suya, con los pies en alto.

No se pueden leer sin emoción las palabras que las primeras Iglesias, en cada aniversario de la muerte de Pablo, repetían fielmente: “Él se levantó, se volvió hacia el Oriente y oró largo tiempo en estos términos: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu... Terminó su oración en hebreo para estar en comunión con los Patriarcas. Luego tendió su cuello, sin decir palabra”¹⁶.

La costumbre era la de enterrar al condenado no lejos del lugar de la ejecución, pero no se rehusaba entregar el cadáver a los padres y a los amigos. Desde el siglo II, se situó el martirio de Pablo en las puertas de Roma, ad *Aguas Salvias*, en el camino de Ostia. En el siglo XIX, excavaciones practicadas en este sitio encontraron un cementerio pequeño. Las inscripciones de algunas tumbas remontaban a la República romana, lo que demostraba la antigüe-

¹⁶ Traducción según el papiro de Hamburgo. Cf. BASLEZ, Marie-Françoise.

dad del lugar. Que los restos de Pablo hayan sido depositados allí es algo que está confirmado por una carta del sacerdote romano Gayo, escrita hacia el año 200: “Puedo mostrarte los trofeos de los Apóstoles. Si vienes al Vaticano o a la ruta de Ostia, encontrarás los trofeos de los fundadores de esta Iglesia”. La palabra trofeo designa aquí un sarcófago con una capillita encima.

En el siglo IV, cuando el emperador Constantino, al convertirse a la religión de Cristo, llevará tras de sí a todo el imperio y se volverá a buscar la tumba de Pablo, estarán convencidos de haberla encontrado y, en su sitio, se hará edificar una basílica. Los sucesos de Constantino, Valentiniano II, Teodosio el Grande, Honorio, tomarán a pecho ampliarla y enriquecerla. La basílica definitiva, designada como “la de los tres emperadores”, medirá ciento veinte metros de longitud y sesenta metros de anchura. Durante catorce siglos se celebrará allí la memoria de san Pablo.

El 16 de julio de 1823, dos carpinteros trabajan en el techado. Una imprudencia: el fuego se prende, se propaga, la basílica arde, sólo quedan ruinas calcinadas. Se decide inmediatamente construir una nueva. En el transcurso de los trabajos se descubre en el piso una placa quebrada de mármol que lleva tres palabras: Paulo Apostolo Mart. Está fechada en el siglo IV y nos conduce de nuevo a Constantino.

Menos antigua, desafortunadamente, pero supremamente más suntuosa, la nueva basílica cuenta con ochenta columnas de granito y de alabastro, trescientas variedades de mármol y vitrales de ónice. Terminada en 1854, se convirtió en San Pablo extra muros, y desde entonces será frecuentada por todos los que veneran la memoria del “Apóstol de las Naciones”.

Lo que impresiona es el rápido olvido en el cual parece haber caído Pablo de Tarso. Reducido, en sus últimos años, a la inactividad, no pudo sostener con la fuerza de antaño, las ideas que habían convencido a tanta gente y habían horrorizado a muchas personas.

En vida, éstas ya habían perdido algo de su alcance. Después de su muerte, la comunidad cristiana de Roma, golpeada cruelmente, tiene otras preocupaciones. Parece, además, que la corriente judaizante ha ganado. El pequeño grupo que se había formado alrede-

dor de Pablo se dispersa. ¿Qué queda de la tendencia paulina? Los discípulos que conocemos mejor, como Timoteo y Tito, no harán hablar más de ellos. Las Iglesias que él fundó en Macedonia y en Galacia corren peligro. Las de Corinto y Éfeso pasan a la autoridad de aquellos que él había combatido ardientemente. No se le crea leyenda alguna, mientras que Pedro se convierte en una fuente inagotable de inspiración novelesca. “No tiene leyenda el que quiere”, comentó Renan. No sin crueldad e injusticia.

Reconozcámoslo: se avanza a tientas en los años que siguen a la muerte de Pablo. Los obstáculos se multiplican: documentos tardíos, textos controvertidos. Todo lo que ha sobrevivido es “el éxito de una larga historia de transmisión material”¹⁷.

Un episodio espantoso confundió las pistas: la toma de Jerusalén por los romanos. La rebelión latente de los judíos contra el ocupante contagió a toda la Judea. En septiembre del 66 –dos años después de la muerte de Pablo–, un gobernador insurrecto es proclamado en Jerusalén. Así comienza esta *Guerra judía*, contada con una fuerza extraordinaria de evocación por Flavio Josefo. Vespasiano dedicará tres años a aplastar a los insurgentes de Galilea, luego los de Judea. Después de su ascenso al imperio, su hijo Tito emprende, frente a Jerusalén, un sitio que dura cuatro meses. En el verano del 70, sólo queda una ciudad en ruinas, el Templo incendiado, un bosque de crucificados. De los archivos, nada.

¿Qué les sucedió a los cristianos de Jerusalén? Eusebio de Cesarea afirma que dejaron la ciudad antes de la guerra, “de tal manera que los hombres santos abandonaron completamente la metrópolis real de los judíos y toda la tierra de Judea”. Según Flavio Josefo, todos los insurgentes judíos de Siria –sobre todo los de las ciudades– fueron masacrados. Que se haya hecho una diferencia entre los judíos de tradición y los judíos cristianos es poco verosímil. A raíz de la segunda revuelta de Judea (132-135), dirigida por Barko-hba y aplastada tan cruelmente como la primera, se “hacía sufrir a los cristianos, y sólo a ellos, el último suplicio si no renegaban y blasfemaban del nombre de Cristo”¹⁸.

¹⁷ GEOLTRAIN, Pierre.

¹⁸ San Justino.

La desaparición, en esta región del mundo, de las últimas comunidades cristianas que habían mantenido relaciones “constantes y hasta conflictivas” con el judaísmo, tendrá como consecuencia última, una separación agravada de las dos comunidades de mismo origen y tan cercanas la una de la otra. Cerca de veinte siglos de marcha antagonista, generadora de odio y de tragedias, ¡mientras reclamaban pertenecer al mismo Dios y a la misma Palabra! Después de la peor masacre de los judíos, en la historia, se instaurará un diálogo, primero “en voz baja”¹⁹, y poco a poco fortalecido por la voluntad de algunos.

Estas tragedias no impidieron, a fines del siglo I y a comienzos del siguiente, la aparición de escritos que surgieron en varias regiones del imperio: de Roma –muy pocos–, de Siria, de Palestina, de la provincia de Asia. Ninguno de Jerusalén –con razón evidente–, ni de Alejandría, lo cual nos priva de toda información acerca del primer cristianismo egipcio. El censo de estos escritos –entre los cuales los Evangelios– será largo y difícil. Poco a poco, los discípulos de Pablo recobran la confianza: reúnen y publican las Epístolas que conocemos.

No cabe duda de que las comunidades destinatarias de las cartas de Pablo, las hayan conservado como posesión propia. Se debe admitir que, conforme a la voluntad misma de Pablo, hayan sido copiadas profusamente. Hacia el año 150, Justino, apologista cristiano de lengua griega, definió los Evangelios, a los cuales asoció las cartas de Pablo, como las “memorias de los apóstoles”²⁰. El que se descubran en ellas extrapolaciones, e inclusive una amalgama de cartas diferentes para componer una sola, no es de extrañar. Pasará lo mismo con los textos de los Evangelios. A principios del siglo III, Orígenes comprueba: “Es un hecho evidente hoy en día que existe entre los manuscritos una gran diversidad, ya debido al descuido de los escribientes o a la audacia perversa de las gentes que corrigen el texto, o hasta al hecho de que haya quienes agregan o suprimen según su capricho, constituyéndose en correctores”. Se

debe a Pierre Geoltrain un análisis muy sutil de esta transmisión de los textos fundadores. La memoria oral juega el papel principal. No olvidemos que los primeros predicadores estaban seguros de que verían muy pronto a Jesús, lo cual hizo más lento el paso de lo oral a lo escrito. El asunto se complica cuando “la memoria colectiva oral se desplaza en el espacio”. Al referirse a la memorización constante en la antigüedad y particularmente en el mundo judío, los exegetas más optimistas quieren convencerse de que “la transmisión oral no altera el fondo ni la forma de la palabra transmitida”.

A las dificultades que presenta la exactitud del texto, se añadirá la de su fecha. A veces se tendrá que esperar hasta el siglo XX, para que se llegue a probabilidades, rara vez a certidumbres.

Los historiadores modernos consideran que la religión cristiana se formó realmente después del 70, cuando se consumó la ruina del Templo de Jerusalén, y los reformadores fariseos, desde entonces encargados del destino religioso de Israel, la “expulsaron” –el término es de Etienne Trocmé– del judaísmo. Que los judeo-cristianos hayan sentido dolorosamente este rechazo y que hayan tratado de escapar de él, es algo evidente. Si, en sus Evangelios, Mateo y Juan multiplican los ataques en contra de los fariseos, no lo hacen sin razón. La revisión de las Epístolas de Pablo, olvidadas por toda una generación, puede ser tenida igualmente como una de las señales de esta resistencia. Al publicar los Hechos de los Apóstoles diez años después de la caída de Jerusalén, Lucas se presenta como un elemento activo del “regreso” de Pablo.

Cuando llegue el tiempo de los grandes concilios –el de Nicea, en el 325, fija los términos centrales (completados en el 381 en Constantinopla) del *Credo*–, el pensamiento de Pablo se impone por sí mismo. Se ha hablado de una “glorificación”, cuando se trata, más bien, de una reconquista. Ésta va a conocer aún eclipses. En el siglo IV, san Agustín hace de Pablo su maestro, pero en el transcurso de la Edad Media, la cristiandad latina exalta a san Pedro en detrimento de san Pablo. Ni siquiera se le construyen iglesias. El pescador del lago de Tiberíades, que camina sobre las aguas, habla mucho más a la imaginación de la gente buena, que el apóstol filósofo que demuestra en griego que la fe se hace por jus-

¹⁹ LUSTIGER, Jean-Marie.

²⁰ Justino es el autor del *Diálogo con Trifón*, polémica con un judío. Fue canonizado.

tificación y no por las obras. Ya no se estudian las Epístolas sino en algunos monasterios

Nuevo “retorno” en la época del Renacimiento. A una sociedad culta, Gutenberg da acceso a los grandes textos y se redescubre el alcance y la fuerza de las Epístolas. En 1515, un religioso católico alemán, maestro de Filosofía en la Universidad de Erfurt, que pertenece al convento de los agustinos de Wittemberg, y profesor en la universidad del mismo nombre, se sumerge, para hacer una exégesis profunda, en la Epístola a los Romanos. Se detiene en el capítulo 3, versículo 28, que dice así: “Porque pensamos que el hombre es justificado por la fe, sin las obras de la ley. ¿Acaso Dios lo es únicamente de los judíos y no también de los gentiles? ¡Sí, por cierto!, también de los gentiles; porque no hay más que un solo Dios”. En el versículo 31: “Entonces, ¿por la fe privamos a la ley de su valor? ¡De ningún modo! Más bien la consolidamos”.

Martín Lutero acaba de descubrir, como principio teológico dominante, la doctrina de la salvación por la fe: Dios no exige del hombre la justicia, sino que la ofrece gratuitamente al creyente en Cristo. “Pues bien, mantenemos que, el hombre se justifica sin las obras de la Ley. Solamente por la fe”²¹. Sólo le bastarán dos años para difundir en Wittenberg sus noventa y cinco tesis.

Ha nacido la Reforma. Se lleva a cabo bajo el signo de Pablo. Por una especie de inversión táctica, Roma eleva a Pablo al rango de Pedro, sin que llegue, sin embargo, a hacer de él un santo popular. En el siglo XVIII, ciertos espíritus fuertes comenzaron a afirmar que el fundador del cristianismo no es Jesús, sino Pablo. Lo que abre campo a un debate siempre actual.

¿Lo es?

Para responder, hay que preguntarse, no solamente acerca del autor de las Epístolas sino sobre las repercusiones de lo que él predicó. Hay que confrontar al judaísmo y al cristianismo. Y a Jesús

²¹ El adverbio “solamente” hará correr ríos de tinta, ya que no está en san Pablo. Lutero deberá luchar durante años para demostrar que la añadidura de la palabra era necesaria para que el texto en alemán fuera plenamente comprendido.

con Pablo. No es poco. Reimarus, en el siglo XVIII, Nietzsche en el XIX, no cuentan para nada.

Esta tesis de Pablo fundador, ha sido sostenida en nuestros días, por protestantes liberales, no para magnificar a Pablo sino para reprocharle haber edificado una religión derivada de la Torá, colmada de reglas desagradables, y de haber sustituido al hombre Jesús por una reconstrucción “que no tiene nada de humana”.

Judíos innovadores, reconsiderando el anatema decretado por sus antepasados, consideran hoy en día al condenado del Gólgota como a “un auténtico profeta judío, cuyo mensaje se inscribe a las maravillas en el marco de la religión de sus padres”, como nos lo hace saber el protestante Etienne Trocmé: “Si el cristianismo rompió más tarde con el judaísmo, fue porque Pablo lo helenizó y privó de sus raíces judías. El tarsense es, pues, el verdadero padre de esta religión nueva, en la cual Jesús no habría podido reconocerse”. Michel Quesnel, director del departamento de investigaciones en el Instituto católico de París, acepta que el discurso de Pablo está “construido con conceptos filosóficos y teológicos inspirados en el mundo griego, extraños a la predicación histórica de Jesús, y muy a menudo, ausentes de los textos evangélicos”. Ciertamente, se busca en vano en los Evangelios, las palabras redención, justificación, conciencia, libertad; pero, ¿habrá que reprochar a Pablo el que las haya introducido en el vocabulario de la Iglesia?

¿Fundador del cristianismo?

Apenas se formula la pregunta cuando uno vuelve al hijo del carpintero. Hay nombres –jamás citados por Pablo– que brotan de nuestra memoria. Nazaret, Belén, Cafarnaún, Jordán, Tiberíades. Imágenes: los pescadores, sus barcas y sus redes, la multiplicación de los panes, el ciego curado, la resurrección de Lázaro, los mercaderes del Templo, la comparencia ante el Sanedrín, la crucifixión. Palabras ausentes de las Epístolas: “Ámense los unos a los otros como yo los he amado”; “No juzguen y no serán juzgados”; “Pidan y se les dará, busquen y encontrarán, golpeen y se les abrirá”; “Que el que esté sin pecado lance la primera piedra”; “Vengan a mí todos los que sufren y están agobiados”; “Bienaventurados los pacíficos porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los

que sufren porque serán consolados. Bienaventurados los corazones puros porque ellos verán a Dios. ¿Sabe Pablo, solamente, que Jesús suplicó a su Padre perdonar a sus verdugos: “porque no saben lo que hacen”? ¿Sabe que el hijo de María se mostró hombre entre los hombres: “Padre, ¿por qué me has abandonado?”. Siempre releeremos las parábolas llenas de ovejas, de semillas, de cosechas y de frutos de la vid. Aunque seamos llevados a concluir que Jesús y Pablo no practicaban exactamente la misma religión, mezclaremos nuestras lágrimas con las de las hijas del Calvario.

¿Puede existir otro fundador del Cristianismo que no sea Cristo?

Escucho y a la crítica, pienso en el desdén: “Es suficiente un cristianismo sensible? De estas palabras, de estos signos, de estos gestos que a usted le gustan, va usted a negarle a otros el derecho de prolongar su sentido? ¿San Agustín debería haber callado?”.

Quizás si Saulo hubiese seguido a Jesús en Galilea, no se hubiese convertido nunca en Pablo. De pronto habría sido mejor que él no lo hubiese conocido: lo hubiera narrado como lo hicieron Marcos, Mateo, Lucas y Juan, pero no habría buscado en lo más íntimo, el mensaje revelado en el camino de Damasco. Los cristianos no lo designarían hoy como una de las columnas de la Iglesia. Su pensamiento admiraría menos a los filósofos y no iluminaría a aquellos que buscan. Si las Epístolas de san Pablo son leídas en cada misa católica, si los reformados apelan a él con fuerza, es porque él fue lo que debía ser.

Nadie puede negar que Pablo haya contribuido, más que ningún otro, a la expansión, no sólo de la palabra de Jesús sino de la idea que él se formó acerca de ésta.

Imposible poner en duda la iniciativa de su apostolado con los gentiles ni de negarle un valor que raya en el heroísmo, una obstinación en la cual, cada una de sus etapas, confirma el resultado positivo. Sin tregua, él se expone deliberadamente: a la prisión, a la tortura, a la muerte. Pascal no quería creer sino en las “historias cuyos testigos se hacen matar”. Él es uno de estos testigos. Lo que no le impide, en cada momento, contradecir la imagen del santo tradicional. Él, que quiere conquistar las multitudes se entrega a exposiciones doctas tan arduas que sólo los filósofos griegos o los

rabinos convertidos han podido captar todo el sentido. Tiene tanto afán en convencer, siente tanto que tiene la razón, que uno de sus mejores comentaristas lo ve no tomando siquiera el tiempo de articular su razonamiento: “Vibra, se acalora, piensa en mil cosas a la vez, amplía el sentido de las palabras”²². Al querer ir directamente a lo esencial, se pierde en el camino, “dejando al adversario desorientado si no convencido”. Sin embargo, no deja de abrir inmensas perspectivas. Su personalidad es avasalladora. Sus epístolas siguen siendo documentos únicos que demuestran a la vez, “una voluntad interior, un misticismo impresionante, un genio sintético”²³. En la Epístola a los Romanos, inscribe su mensaje en la eternidad.

El Pablo de los Hechos, al hablar a los ancianos de Mileto antes de su último viaje a Jerusalén, se presenta como profeta de su propia muerte y, pensando en sus discípulos, agrega estas palabras conmovedoras:

– Vigilen y acuérdense que durante tres años no he cesado de amonestarlos día y noche con lágrimas a cada uno de ustedes²⁴.

Con lágrimas: la imagen de un Pablo que llora para hacer admitir sus certezas, ¿desvanecerá un poco la del apóstol inflexible e intolerante que se ha impuesto hasta en la iconografía? No han faltado pintores que lo han disfrazado con una espada. Para explicar esta tontería, han creído tener que referirse a la Epístola a los Efesios:

“Reciban, en fin, el casco de la salvación y la espada del Espíritu, es decir, *la Palabra de Dios*”²⁵, texto tomado, además, del profeta Isaías. Nada demuestra que Pablo haya buscado hacer triunfar la implacable imagen de los benditos y los malditos, de los cuales Dante sacará partido, como ya lo sabemos.

En la misma Epístola a los Efesios, anuncia que todos los hombres se salvarán en Cristo y que, por consiguiente, una sola Iglesia deberá reunir en su seno a judíos y a cristianos.

²² AMIOT, F.

²³ TROCMÉ, E.

²⁴ Hch 20, 29-31.

²⁵ Ef 6, 17.

Pablo andará siempre, en los caminos de nuestro espíritu. Lo veremos, loco eterno de Dios, anunciando en todas partes, a través del Asia y de Europa, a Aquel que reconciliará a los hombres con los demás y, a cada uno consigo mismo; combatiente cuando escribe; furioso cuando atacan sus ideas, de las cuales está seguro, tenerlas de Dios; tierno con Filemón; desesperado por los gálatas; angustiado por los corintios. Dígase lo que se diga, piénsese lo que se quiera: humano.

En el momento de dejarlo, me pregunto: ¿lo traté como convenía? Me ha irritado y lo dije. Me decepcionó y también lo dije. ¿Era esta la manera como yo debía enfrentar, no a este gran santo sino a este gran hombre? ¿No debería haber tratado de elevarme a su grandeza, en vez de traerlo a mi debilidad?

Su personalidad apabulla. Entre los judíos y los cristianos de su tiempo, su pensamiento se agiganta. Para que se convirtiera en religión, el mensaje de Jesús tenía necesidad de él. Pablo fue el apóstol de su universalismo. Él lo dijo: “He competido en la noble competencia, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe”²⁶.

ANEXO

²⁶ 2Tm 4, 7.

El martirio de san Pablo

Según los *Hechos de Pablo*

Me pareció útil poner ante los ojos del lector, el relato de la muerte de Pablo, tal como lo presentan los *Hechos de Pablo*. Existen numerosos fragmentos de este texto apócrifo del siglo II. Los más antiguos fueron publicados en 1698 en Oxford. Se conocen hoy cuarenta y ocho manuscritos, de los cuales, once han permitido la sabia edición de la obra *Escritos apócrifos cristianos* (1997) bajo la dirección de François Goyon y Pierre Geoltrain.

La importancia histórica de los *Hechos de Pablo* ha sido a menudo subrayada: ellos recogieron tradiciones orales que permiten precisar la imagen que se habían formado de Pablo, menos de un siglo después de su muerte, los cristianos de la época.

Se podrían, igualmente, juzgar las razones que hicieron expulsar los *Hechos de Pablo* de los textos reconocidos como canónicos. Paralelamente a informaciones que se pueden considerar como aceptables, el autor se deja llevar por lo “maravilloso” que, con toda evidencia, ha hecho que los autores de la selección definitiva los rechazaran. El mejor ejemplo de esto es, sin duda, la leche que corre del cuello decapitado de Pablo y, sobre todo, el paralelismo atrevido con la muerte y la resurrección de Jesús.

El texto que se va a leer proviene de una versión siríaca de los *Hechos de Pablo* que guarda detalles ausentes en otros manuscritos. La adquisición (1896) por la biblioteca universitaria de Heidelberg, de papiros encontrados en el Alto Egipto, ha permitido su publicación. Él ha sido objeto de una traducción por Fr. Nau (*Revista del Oriente cristiano*, 1898).

Mis queridos amigos, Lucas de Judea y Tito de Dalmacia residían en Roma y esperaban que Pablo viniese a reunirse con ellos. Después de haber escapado del mar, Pablo llegó a Roma con el centurión que había sido enviado con él de Cesarea, a donde el emperador César. Nuestro Señor lo había prometido cuando se le apareció a Pablo y le dijo: “Así como has dado testimonio de mí en Jerusalén, darás testimonio de mí en Roma”. Por entonces Nerón no estaba en Roma. Pablo tomó, pues, una casa en el campo¹, fuera de la ciudad y allí permaneció hasta la llegada del emperador, que había partido lejos, a fin de dar testimonio ante él.

Lucas, Tito y los hermanos que habían sido convertidos por la predicación de Pedro, vinieron a reunirse con Pablo en su morada. Este, al verlos, se llenó de un gran gozo, predicó continuamente la palabra divina y muchos hombres entraron a la Iglesia de Dios. La fama de Pablo se extendió por toda la ciudad de Roma porque de allí se contaron los signos, los prodigios y los milagros que Dios hacía por sus manos. Curaba todas las enfermedades y, muchos hombres de la casa de Nerón creyeron en el Mesías, gracias a la predicación de Pablo. Roma estaba alegre, y se reunían día y noche alrededor del apóstol para escuchar sus santas palabras.

Al cabo de un tiempo bastante largo, Nerón volvió a Roma. Éste tenía un joven copero llamado Patroclo, a quien quería mucho. Este muchacho, al oír hablar a Pablo, salió de la ciudad una noche para ir a escuchar al lado de él, la palabra de Dios. Pablo estaba ya rodeado de una numerosa multitud a la que él instruía; de modo que Patroclo, no pudiendo acercarse, se subió al techo de una casa alta desde donde pudiera oír las palabras del apóstol. Éstas le agradaron mucho; pero como la predicación se alargó y duró hasta después de media noche, el diablo, que odia el bien, hizo caer a Patroclo en un profundo sueño, luego lo empujó e hizo caer al suelo. El joven se mató en el acto y, el Emperador, al saber su muerte, se afligió y se apoderó de él una profunda tristeza, porque lo quería mucho.

Pablo, viendo en espíritu lo que pasaba, dijo a la multitud que lo rodeaba: “Hermanos míos, nuestro adversario el demonio ha querido tentarnos; fuera de esta asamblea encontrarán a un muchacho, tráiganmelo”. Salieron cuatro hermanos, encontraron al joven como lo había predicho Pablo y lo llevaron al santo apóstol. Cuando reconocieron que este muerto era Patroclo, se sintieron ofuscados, porque sabían que el emperador Nerón lo estimaba mucho. Entonces Pablo dijo a la multitud: “No teman, hermanos míos, sino oren y supliquen a Nuestro Señor Jesucristo, para que tenga piedad de nosotros y resucite a este muchacho; es la hora de mostrar nuestra fe”. Al oír esto la multitud, se tranquilizó e invocó a Nuestro Señor Jesucristo con lágrimas y súplicas. Inmediatamente el joven se despertó y salió de la muerte como de un sueño, y el pueblo, viendo este prodigio, alabó al Dios Mesías y fue confirmado en la fe. Pablo envió a Patroclo a donde su señor, el emperador Nerón.

Nerón, como lo dijimos, estaba afligido por la muerte del joven Patroclo. Cuando se levantó, se dirigió al baño y antes de salir de allí, Patroclo regresó y se alistó para servir la mesa como de costumbre, ya que el emperador no lo había reemplazado todavía. Cuando salió del baño, sus siervos vinieron y le dijeron: “Señor, Patroclo vive, ha vuelto a su oficio y está, como de costumbre, al lado de la mesa de tu majestad”. Cuando Nerón vio a Patroclo, se alegró mucho y le dijo: “¿De modo que estás vivo?”, luego añadió: “¿Quién te resucitó?”. Y el muchacho, lleno de fe y de confianza en el Mesías, respondió: “Fue Jesucristo, rey eterno, quien me resucitó”. El emperador continuó: “¿Este rey debe, pues, reinar siempre y destruir a todos los reyes de la tierra? Patroclo abrió los labios y dijo: “Él destruye todos los reinos de la tierra y del cielo y permanece solo por la eternidad; no hay nadie fuera de él, ninguna palabra está por encima de la suya, y ningún reino puede evitar su mano”. Nerón, a estas palabras, le dio un golpe en la cara y le dijo: “¿Tú también, Patroclo, crees que él es rey?”. Y Patroclo respondió al César: “Sí, yo también creo en él, porque él me resucitó”. A estas palabras, cuatro eunucos que el emperador quería mucho y que le servían en su palacio, llamados Barsabas, Justo, Festo y Cesto, avanzaron y dijeron: “Nosotros también, desde ahora, somos los soldados de este rey eterno, Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios”.

¹ En la traducción del texto a partir de cuatro manuscritos griegos por Willy Rordorff, se lee: “también él alquiló, fuera de Roma, una granja”.

Entonces se apoderó del emperador Nerón una rabia violenta; los hizo castigar con diversos suplicios y los hizo encarcelar. En esta ocasión, se llenó de cólera y en su furor ordenó que todos los que se llamaran los soldados de este rey eterno, que es Jesucristo, serían matados por la espada. Apenas salió este edicto de la boca del emperador, los satélites y los soldados se esparcieron por toda la ciudad de Roma, arrestaron a muchos de los que creían en Jesucristo y los trajeron encadenados. Pablo estaba con ellos; los soldados lo habían arrestado con los demás sin conocerlo y los condujeron a todos delante del emperador. Las miradas de todos se dirigían al santo apóstol, y esta dirección de todas las miradas hacia él, mostró a Nerón que él era Pablo, el soldado del Mesías. Nerón hizo que se acercara y le dijo: “¿Eres tú, oh hombre, un soldado de este gran rey eterno?”. El apóstol san Pablo respondió: “Soy el siervo del gran rey Nuestro señor Jesucristo, nuestro Dios”. El emperador le dijo: “Estás encadenado y en mi poder, dime, ¿por qué has venido a mi imperio y a mi capital, lo mismo que Pedro mandado a matar por orden de Agripa, con el fin de seducir aquí, a soldados para su gran rey eterno?”.

San Pablo le respondió delante de todo el pueblo: “César Nerón, has de saber y comprender bien que, no solamente en tu imperio tomamos soldados para nuestro gran rey, sino en todo el universo, porque Nuestro Señor Jesucristo nos ha ordenado no cerrar a nadie la puerta de su bondad, a fin de que todos los hombres puedan entrar en la vida eterna. Deberías también convertirte en un soldado de nuestro gran rey, cuyo reino no puede perecer, mientras que tu riqueza y tu poder no subsistirán y no te pueden salvar, si no comienzas a adorar y reverenciar a nuestro gran rey eterno, quien te dará el reino y la vida eterna. Sucederá necesariamente que él juzgará a todos los pueblos al final de los tiempos; dará la vida eterna a todos aquellos que creyeron en él; en cuanto a aquellos que no creyeron, los condenará con los pecadores a la gehena y a los sufrimientos eternos”.

El emperador se llenó de cólera al oír estas palabras; no creyó en ninguna de ellas y ordenó que se quemaran vivos a todos los que creían en Nuestro Señor Jesucristo. En cuanto a Pablo, lo condenó, según la ley de los romanos, a que se le cortara la cabeza.

Dos soldados fueron encargados de golpearle y cortarle la cabeza; uno se llamaba Longino, el otro Cesto. Llevaron a Pablo en medio de una muchedumbre numerosa que lo acompañó frente a, y detrás de él, para ver el fin de su ilustre mártir. Él les hablaba y ríos de palabras de vida brotaban de él.

En ese día, por la operación de Satanás, una cantidad innumerable de aquellos que creían en Nuestro Señor, fue entregada a la muerte en la ciudad de Roma. Porque eran numerosos los que habían creído en Nuestro Señor Jesucristo, después de la predicación de Pedro y Pablo. Una multitud enorme se reunió en la puerta del palacio del emperador, gritando: “César Nerón, ¡tú has hecho perecer la fuerza de Roma!”. Al oír esto, César prohibió a los soldados seguir matando cristianos, y también se llevó a Pablo ante él. Al verlo, el tirano se molestó porque los soldados no lo habían matado. Pablo le dijo: “En este siglo precedero, yo no vivo sino por mi rey, mi maestro y mi Dios Jesucristo, pero cuando tú me hayas cortado la cabeza, me apareceré a ti, a fin de que conozcas que no estoy muerto, sino que vivo para mi rey y mi Señor Jesucristo, quien vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos y devolverá a cada uno sus obras buenas o malas”. A estas palabras, el emperador César montó en cólera e hizo señas a dos centuriones de traer a Pablo y de ejecutar la sentencia que había sido pronunciada contra él.

Estos dos oficiales, Longino y Cesto, llevaron enseguida a Pablo ante el emperador para cortarle la cabeza. En el camino, le preguntaron a Pablo: “¿Dónde está ese rey en el cual tú crees, en el que tienes confianza y esperanza y que te prohíbe aficionarte a los dioses de los romanos?”. El santo apóstol les dijo: “¡Oh hombres que están hundidos en el error más profundo y no obtienen ninguna ventaja de sus penas, sálvense del fuego que caerá sobre todo el universo y quemará a todos los malos como ustedes que no han servido a su buen maestro y Dios Jesucristo, olvidado en el mundo! Porque nosotros no somos, como ustedes lo creen, los soldados de un dios de la tierra, sino que somos los servidores y también los soldados de este rey del cielo cuya gloria no será destruida y cuyo reino no cesará, que es el rey poderoso y honrado del universo, cuyo poder no tiene límites y que vendrá al final de los tiempos para juzgar a todo el mundo. Felices entonces los que habrán

creído en él, porque él les dará la vida eterna”. Al oír estas palabras, de los soldados se apoderó un gran temor; cayeron a los pies de Pablo y le suplicaron en estos términos: “Te lo rogamos, ayúdanos, y haznos el favor de enseñarnos a ser los fieles servidores de tu Dios; te dejaremos huir e ir a donde tú quieras”. Pero Pablo respondió: “Yo no soy un mercenario ni un servidor que huye de su maestro, sino un servidor leal de mi Señor y de mi rey Jesucristo. Si debo morir no huiré, como me lo aconsejan ustedes, sino que yo vivo por mi rey eterno que amo, voy hacia él y entraré con él en la gloria de su Padre”. Los centuriones le dijeron: “¿Y cómo podremos nosotros revivir, cuando hayamos sido entregados a la muerte?”. Tales fueron las palabras de Longino y de Cesto.

El emperador envió a otros dos centuriones para ver si Pablo había sido matado; lo encontraron vivo y el santo apóstol les dijo: “¡Oh hombres, soldados del error, crean en el Dios vivo que resucitará de la tumba para la vida eterna a todos aquellos que crean en él”. Los centuriones respondieron: “Si cuando estés muerto te vemos revivir, crearemos en tu enseñanza”. Volvieron enseguida a donde el emperador y le dijeron que Pablo vivía. Ahora bien, Cesto y su compañero Longino pedían a Pablo la curación de su alma. Pablo les respondió: “Si el Señor lo quiere, vayan mañana, antes del alba a la tumba donde habrán colocado mi cuerpo; allí encontrarán en oración a dos hombres llamados Lucas y Tito, y yo estaré en medio de ellos y, les darán a ustedes el signo del Mesías Jesús, nuestro verdadero Dios”. Y Pablo se volvió hacia el Oriente y oró en hebreo, luego, cuando hubo terminado su oración, predicó a la multitud la palabra de Dios y muchos creyeron en el Mesías. Pablo lucía un exterior agradable, su figura irradiaba la gloria del Mesías y era amado de todos los que lo veían.

Cuando el Emperador supo por los dos centuriones, que ellos habían encontrado a Pablo vivo, se enojó y mandó enseguida a otro oficial cruel para que cortara la cabeza de san Pablo con toda rapidez. Pablo tendió la cabeza sin decir palabra a este verdugo que la cortó sin misericordia y, ¡oh prodigio admirable el que Dios llevó a cabo en el cuerpo puro de su santo apóstol!, salió de su cuerpo leche con sangre que se derramó por los vestidos del verdugo que había cortado su venerada cabeza. A la vista de tal prodigio, la mul-

titud que lo rodeaba se puso a alabar a Dios y muchos creyeron en Nuestro Señor Jesucristo.

El verdugo regresó a donde el Emperador que estaba rodeado en ese momento de todos los príncipes de Roma y les contó el prodigio. Ante este relato, todos fueron invadidos de un gran temor. A la novena hora, san Pablo se reveló en espíritu y se apareció al Emperador y a todos los filósofos y jefes del ejército que rodeaban su trono. Él dijo al Emperador: “César Nerón, he aquí a Pablo, el soldado del rey eterno, no estoy muerto, sino que vivo para el rey eterno nuestro Señor y nuestro Dios Jesucristo. En cuanto a ti, serás agobiado de innumerables males, porque has derramado la sangre de muchos inocentes, y esto se cumplirá contra ti en pocos días...”. Cuando Pablo terminó de hacerse oír y desapareció del Emperador, lo mismo que de todos los que lo rodeaban, se apoderó de éste un gran miedo, de modo que ordenó liberar a todos los que creían en Nuestro Señor Jesucristo.

En cuanto al copero Patroclo con los cuatro eunucos, Barsabas y sus compañeros, y los centuriones Longino y Cesto, siervos del Emperador, fueron desde por la mañana a la tumba de san Pablo como él les había dicho. Al acercarse a la tumba encontraron a dos hombres que oraban, y vieron en medio de ellos, al apóstol Pablo en una gran gloria sin fin. Cuando Lucas y Tito vieron aproximarse a los servidores del Emperador, se llenaron de temor humano y huyeron, pero éstos corrieron detrás de ellos y les dijeron: “No teman nada de nosotros. No queremos el mal, sino que les pedimos que nos den la vida eterna, como Pablo que ora en este momento en medio de ustedes nos lo prometió ayer”. Lucas y Tito se alegraron mucho con estas palabras, hablaron a los servidores la palabra de Dios y les dieron el signo del Mesías Jesús, el rey eterno, nuestro dueño, y fueron verdaderos cristianos.

En cuanto a la cabeza del bienaventurado apóstol san Pablo, fue cortada por el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios, en la gran Roma, el tercer día anterior a las calendas de julio, según los romanos. Lo que entre los egipcios significa el 5 del mes de abib, y entre los sirios el 29 Khaziran, es decir, el mismo día y el mismo mes en los que san Pedro, príncipe de los apóstoles, cumplía tres años de su partida de este mundo, bajo el emperador

Nerón; siendo Jesucristo, nuestro Señor, nuestro Dios y nuestro Salvador, al cual sea la gloria, el honor, la adoración y el poder, con su Padre bueno y bendito, y con el Espíritu vivo y santo, ahora y por los siglos de los siglos.

Fin del martirio del santo elegido y apóstol Pablo. ¡Que su oración nos ayude!

Fuentes

Quiero citar ante todo a los promotores y editores de la Traducción ecuménica de la Biblia (TEB) que llevaron a buen fin un proyecto vislumbrado desde el siglo XVII y retomado varias veces después sin haber alcanzado su meta: la oferta a la disposición del público, de una traducción en lengua francesa de la Biblia común a las diversas confesiones cristianas: católica, protestante, ortodoxa. Se puede medir la amplitud del trabajo emprendido y los esfuerzos que se debieron llevar a cabo para que sean superadas las divisiones y, sin que ninguna Iglesia abdique sus posiciones, llegar a un entendimiento sin reticencia. Emprendido desde 1963, el proyecto vio la luz del día en 1972, en cuanto al Nuevo Testamento; en 1975 en lo referente al Antiguo. En 1987, los dos Testamentos enriquecidos con un notable cúmulo de notas, fueron reunidos en un solo volumen (Ediciones du Cerf).

Era lógico que el presente libro hiciera referencia a semejante texto cuya objetividad no puede ser puesta en tela de juicio. Las citas literales de las Epístolas de Pablo y de los Hechos de los Apóstoles, necesarias para la información de los lectores, se tomaron exclusivamente de esta traducción¹.

En el transcurso de esta obra, indiqué el carácter complementario de las Epístolas y de los Hechos. Me uní al método expuesto, desde 1950, por J. Knox, según el cual, en caso de alguna divergencia entre Pablo y Lucas, naturalmente el texto del apóstol –protagonista– prevalece sobre el del cronista. El lector debe comprender

¹ Esto vale para la edición original francesa. Para la presente traducción se acudió a la Biblia de Jerusalén. (Nota del traductor).

que estas dos fuentes asociadas, representan una excepción casi única en la Antigüedad. Que Pablo, al dirigirse a las comunidades, aparezca regularmente en escena con extensos pasajes autobiográficos –a título ejemplar o no– es un privilegio del cual muy pocos personajes de la época hicieron beneficiar a su posteridad. Otra suerte insigne: un contemporáneo, Lucas, del que sabemos se preocupó por verificar con testigos la exactitud de los acontecimientos que narra y de las frases que cita, estuvo adherido a Pablo, lo acompañó en varios de sus viajes y nos dejó un documento de un valor incomparable. Sobre los Hechos de los Apóstoles, me referiría al sabio prefacio de Jean-Robert Armogathe, de la traducción de Hugues Oltramare (1998 y 2001) y al estudio esclarecedor de Esteban Trocmé: *Le "Livre des Actes" et l'Histoire (El "Libro de los Hechos" y la Historia)* (1957).

El nombre de Etienne Trocmé me conduce a subrayar lo que debo al equipo del *Mundo de la Biblia*, al cual él pertenecía y cuyos trabajos enriquecen constantemente los fenómenos únicos al ayudarse de una vasta documentación, principalmente arqueológica. La recolección reciente de Pierre Geoltrain, de los trabajos de una treintena de especialistas franceses y extranjeros para la composición de la obra *Origines du christianisme (Orígenes del cristianismo)* (París, 2000), debe ser considerada como el espejo de los conocimientos actuales acerca de este gran tema, en especial sobre san Pablo; será designada en las fuentes con las iniciales O.C.

Entre los autores del pasado, quisiera detenerme en Flavio Josefo. Totalmente ajeno al mundo cristiano, el escritor de las *Antigüedades judías*, de *La Guerra de los judíos* y de su propia autobiografía, nos presenta informaciones inestimables sobre el marco en el cual se desarrolla esta historia y los personajes que allí se mueven.

Agregaría que me he referido muy a menudo, excepción hecha de las obras clásicas como el famoso *Saint Paul (San Pablo)* de Ernesto Renan (1869) o de estudios de referencia, a trabajos recientes.

El número de títulos consagrados en todos los idiomas a san Pablo es inmenso. Me detuve en una elección, dando preferencia en la mayoría de los casos, a las obras en lengua francesa (comprendidas las traducciones).

Obras sobre san Pablo

ALLO, E. B. *Paul apôtre de Jésus Christ (Pablo apóstol de Jesucristo)*, 1942.

GUIGNEBERT, Ch. *Le Christ (Cristo)*, 1943, 1944, tomo XXIX bis de la colección La Evolución de la humanidad, centrado en gran parte en San Pablo.

HOLZNER, Joseph. *Paul de Tarse (Pablo de Tarso)*, traducción francesa, 1950 (en parte novelesca).

ROPS, Daniel. *Saint Paul conquérant du Christ (San Pablo conquistador de Cristo)*, 1952.

RICCIOTI, Giuseppe. *Saint Paul apôtre (San Pablo apóstol)*, traducción francesa, 1952.

GAMBIER, Padre J. *Saint Paul (San Pablo)*, 1962.

CANTINAS, J. *Vie de Saint Paul apôtre (Vida de san Pablo apóstol)*, 1964.

DHORME, E. *Saint Paul (San Pablo)*, colección Memorial de los siglos, 1965.

BORNKAMM, Günther. *Paul, apôtre de Jésus-Christ (Pablo, apóstol de Jesucristo)*, traducción francesa, 1971.

COLSON, Jean. *Paul, apôtre martyr (Pablo, apóstol mártir)*, 1971.

ARMOGATHE, Jean-Robert. *Paul ou l'impossible unité (Pablo o la unidad imposible)*, 1980.

BRETON, Stanislas. *Saint Paul (San Pablo)*, 1988.

HUBAUT, Michel. *Paul de Tarse (Pablo de Tarso)*, 1989.

DREYFUS, Paul. *Saint Paul (San Pablo)*, 1990.

- BASLEZ, Marie-Françoise. *Saint Paul* (San Pablo), 1991.
- LEGASSE, Simon. *Paul apôtre* (Pablo apóstol), 1991, 2000.
- SAFFREY, H-D. *Histoire de l'apôtre Paul* (Historia del apóstol Pablo), 1991 y 1997.
- HILDEBRANDT, Dieter. *Saint Paul, une double vie* (San Pablo, una doble vida), traducción francesa, 1994.
- BECKER, Jürgen. *Paul, l'apôtre des Nations* (Pablo el apóstol de las Naciones), traducción francesa, 1995.
- LECLERC, Gérard. *Saint Paul* (San Pablo), 1997.
- MARGUERAT, Daniel. *Paul de Tarse* (Pablo de Tarso), 1999.
- BURNET, Régis. *Paul* (Pablo), 2000.

Índice de nombres

- | | |
|--|---|
| Abrahán, 24, 25, 34, 72, 122, 141, 145, 185, 217, 219, 235 | Águila, 174-175, 188, 191-192, 194-195, 222, 229, 231 |
| Acaico, 206 | Aratos, 28, 181 |
| Agabo, 242 | Aretas III, 76-77 |
| Agripa II, 11-12, 252, 259, 277 | Aretas IV, 77-78 |
| Agripina, 91, 205, 253 | Aristarco, 199, 201-202, 226, 261 |
| Agustín, 78, 285, 288 | Aristides, 168 |
| Albino, 277 | Aristófanes, 85, 96 |
| Alejandro Magno, 17, 69, 146, 151, 157, 163, 166-167 | Aristóteles, 96 |
| Aminta, 127 | Arquipo, 202 |
| Anán, 276-277 | Artenodoro, 19 |
| Ananías 69-70, 72-73, 249-251, 253-254 | Ateneo, 195 |
| Anás, 48 | Augusto, 15, 22-23, 31, 37, 81, 90, 107, 111, 112, 120, 127-128, 130, 252-253, 268, 271 |
| Andrés (san), 65 | Barkohba, 283 |
| Antíoco XIII, 96 | Bartolomé (san), 65 |
| Antípater, 20 | Benjamín, 19, 25 |
| Antonio Félix, 253 | Benjamín de Tudela, 108 |
| Apiano, 21 | Berenice, 259-260 |
| Apolo, 109, 195, 207, 240, 271 | Bernabé 88, 93-95, 97-98, 100-101, 103, 105, 107-108, 110, 112-119, |
| Apolonio de Tiana, 155 | |
| Appio Claudio, 268 | |

121, 124-127, 129-134, 137, 139, 141, 143, 145-146, 223	David, 37, 55, 122	Fidias, 196, 203	Ireneo (san), 154, 207
Boegner, 234	Demetrio, 200-201	Filemón, 202-203, 290	Isaac, 25, 55
Boecio, 19	Demóstenes, 50, 85, 158	Filón de Alejandría, 20, 22, 50, 54, 121, 184, 172	Isaías, 44, 224, 275, 289
Británico, 205	Diógenes, 176	Filostrato, 155	Jacob, 25, 55, 70
Bruto, 15, 21, 158	Dion Casio, 15	Flaco, 22	Jasón, 158, 164, 166
Byron (lord), 157	Dionisio el Areopagita, 170	Flavio Josefo, 20, 22, 26, 35-36, 41, 54, 63, 95, 105, 107, 121, 138-139, 239, 253, 258, 272, 276, 283, 302	Jenofonte, 19
Caifás, 48, 55, 63	Drusila, 253, 256	Floro, 20	Jerjes, 107
Calígula, 11, 91, 95	Elías, 44	Fortunato, 206	Jerónimo (san), 19, 21, 113, 207
Calvino, 233	Eliécer, 43	Francisco de Asís (san), 71	Jesús, 277
Caravaggio, 64	Elimas, 111-112	Fulvia, 273	Jonatán, 26, 253
Casandro, 163	Epafras, 202	Galión, 11, 187-189	José (san), 39
Casio, 15, 21	Epiménides, 28	Gamaliel, 29, 41-45, 47, 49, 61, 95, 124, 230	Juan (san), 47-49, 62, 65, 83, 139- 140, 142, 196, 285, 288
Cefas, 68, 75, 88, 113, 142-143, 208	Esquilo, 85	Gayo, 201, 208, 226, 282	Juan Crisóstomo (san), 83
Celio, 15	Esteban (san), 14, 52, 54-57, 59-63, 87, 92, 95, 97, 122-123, 133, 144, 152, 545, 248, 278, 302	Germánico, 91	Juan el Bautista, 44, 278
Cicerón, 15, 17, 22, 28, 40, 114, 121, 130, 166, 169, 179, 266, 268	Estéfanos, 177, 206, 208	Glubb Pacha, 38	Juana de Arco, 71
Ciro, 17, 22	Estrabón, 17-18, 22, 130, 169, 195, 198	Gutenberg, 286	Judas de Gamala, 43
Claudio, 11-12, 91, 95, 129, 175, 187, 205, 253, 271	Eunice, 132	Heráclito, 192	Judas, 70, 73, 141-142
Claudio Lisias, 245, 251	Eurípides, 85, 97, 161-162	Herodes el Grande, 20, 27, 35, 37, 40, 42, 76, 95, 107, 249	Juin, 268
Clemente de Roma, 273, 278	Eusebio (san), 207	Herodes Agripa I, 95	Julia Augusta Félix, 37
Cleopatra, 17, 253	Eusebio de Cesarea, 278-279, 283	Herodías, 77	Julio, 261, 263-265
Constantino, 282, 285	Eutico, 227	Herodoto, 192	Julio César, 176
Cornelio, 89, 103	Evodia, 158	Hillel el Anciano, 42	Justino (san), 283-284
Cornelio Hispano, 22	Febe, 179, 206	Homero, 109, 177, 192, 240	Juvenal, 96, 104, 179, 272, 279
Creso, 196	Felipe, 54, 62, 87, 242	Honorio, 282	Lenín, 237
Crinágoras, 177	Felipe II, 158, 166-167	Horacio, 160, 169, 179, 267	Libanos, 35
Cuirio, 15	Festo Porcio, 12, 43, 259-261, 277, 295		Lidia, 30, 114, 158-159, 196
Darío III, 146			Lisímaco, 197
			Loida, 132

Lucas (san), 16, 21, 30, 45, 47-48, 51-53, 56, 60, 63, 65-69, 74-75, 81-83, 85, 88, 94-96, 108, 121, 126	Noé, 72	Publio, 265	Swift Jonathan, 227
Luciano de Samosata, 271	Octavio, 15, 19, 21, 158	Reimarus Hermann Samuel, 287	Tabita, 153
Lucio de Cirene, 101	Onésimo, 202	Rubens, 64	Tácito, 114, 253, 272, 279-281
Lucio, 158	Orígenes, 19, 21, 154	Rufo, 24	Tales, 193
Lustiger, 286	Ovidio, 169, 273	Salomón, 55	Talleyrand, 237
Lutero Martín, 112, 230-231, 236, 286	Palas, 253, 258	Santiago, 67, 74, 88-90, 93-95, 98, 138-142, 193, 205-206, 214, 216-217, 243-244, 257, 276-278	Temístocles, 168
Mahoma, 129	Papías (san), 208	Sara, 72	Teodosio el Grande, 282
Manaén, 101	Párménas, 54	Segundo, 165, 226	Teófilo, 154
Marcial, 109, 272	Patiscus, 15	Seján, 81	Terencio, 85
Marcos (san), 84, 103, 105, 107, 114-116, 145, 193, 288	Pausanias, 166, 169	Seleuco I, 96	Tersio, 224
María (santa), 39, 89, 204	Pedro (san), 47-49, 62, 65, 68, 75, 84, 88-90, 93-95, 98, 111, 122, 138-145, 153, 156, 183-184, 193-194, 205, 207, 222, 266, 278, 281, 283, 285-286, 294, 296-297, 299	Selim, 129	Tertuliano de Cartago, 51, 154, 278
Mateo (san), 65, 68, 84, 183, 288	Pericles, 132	Séneca, 36, 104, 188	Tértulo, 254
Menandro, 28	Pitágoras, 190	Sergio Paulo, 111-113, 121	Tessaloníki, 163
Menófilo, 272	Platón, 85, 207	Seva, 200	Tiberio, 16, 21-22, 31, 43, 81, 91, 120, 126
Midas, 151	Plinio, 33, 76, 195	Sila, 22	Ticio Justo, 184
Miguel Ángel, 64	Plinio el Joven, 155	Silas, 141-142, 145, 147, 149, 151, 156, 159-162, 164, 166-167, 169, 179-180	Tigelín, 280
Moisés, 14, 26, 43, 51, 55-56, 72, 92, 123, 140, 212, 236, 244, 260, 274, 277	Plutarco, 195	Simeón, 101	Timoteo, 132, 148-149, 152, 156, 162, 164, 166-167, 169, 178-180, 184, 188, 191, 194-195, 199, 202, 206, 214-215, 226
Nabucodonosor, 22	Polibio, 169	Simón, 207, 254	Tíquico, 226
Nelson, 261	Pompeyo, 17, 34, 69, 81, 96	Síntique, 158	Tirano, 198
Nerón, 188, 205, 253, 271, 273, 276, 278-281, 294-297, 299-300	Poncio Pilato, 11, 43, 45, 256	Sócrates, 28, 52	Tito, 139, 149, 215, 226-228, 259, 294, 298-299
Nicanor, 54	Popea, 273	Sófocles, 85	Tito, 283
Nicetas de Paflagonia, 51	Praxiteles, 196	Solimán el Magnífico, 129	Tito Livio, 268
Nicolás, 54, 92	Priscila (o Prisca), 174-175, 190-191, 194-195, 231	Solón, 168	Tomás (santo), 65
Nietzsche Federico, 15	Prócoro, 54	Sopatros (o Sosipatros), 158	Trófilo, 226, 244
	Propercio, 169	Sóstenes, 188	Tucídides, 85
		Suetonio, 175, 253, 271, 279-280	Tutmosis III, 69

Valentiniano II, 282

Verne Julio, 103

Verres Cayo, 115

Vespasiano, 20, 259, 283

Virgilio, 85, 266

Zebedeo, 95

Índice de lugares

Acaya, 174, 181, 187, 195, 223

Acrocorinto, 176, 178-179, 229

Acrópolis, 115, 170

Actium, 120

Adana, 33-34, 146

Adonis (río), 23-24, 36

Adramitio, 261

Akaba (puerto de), 76

Alaadin Capii, 129

Albania, 157

Albano, 269

Alejadría, 18-20, 22, 26, 35, 50, 54,
91, 96, 121, 184, 194, 261, 266,
272, 277, 284

Aliakmon (río), 166

Amatonta, 109-110

Amatus, 109

Anfípolis, 162

Anatolia, 59, 113-114, 117, 129, 193,
216

Anti-Líbano, 37, 69

Antioquía (de Siria), 34-36, 91-99,
103-104, 120, 176, 179

Antioquía (de Pisidia), 52, 54, 119-
121, 124, 126, 128-129, 134, 150,
165, 167, 195, 199, 220

Antipátrida, 252

Antonia (fortaleza), 40, 245, 247

Apolo Didimenén (santuario de),
240

Appia (vía), 157, 267-268

Appio (foro de), 268

Arabia, 63, 75-76, 78-79, 81, 83, 86-
87

Argos, 169

Artemisa (templo de), 196-197, 200-
201, 204

Asos, 239

Ataleia, 113-114, 136

Atenas, 18, 168-170, 172-173, 175-
176, 184, 228

Auschwitz, 164

Axios, 166

Bab Sharqui, 69

Belén, 38-39, 287

Berea, 166-167, 169, 226-227	Delos (isla sagrada), 20, 192	Fongari (monte), 156	Jalvac, 126
Beritus (Beirut), 37	Derbe, 133-134, 147, 120, 171, 220	Formia, 268	Jerusalén, 13-14, 20, 23, 27, 30-31, 34, 37-42, 44-47, 50, 52, 59-63, 66-67, 71, 73-76, 78-79, 83, 86-94, 97, 107, 120, 122-123
Biblos, 37	Djebel Druzo (macizo del), 69	Gaeta (golfo de), 268	Jordán (valle), 64, 287
Bitinia, 114, 151, 156	Ebla, 34	Galilea, 44, 77, 88, 95, 110, 122, 207	Jordania, 38, 77
Brindisi, 157, 267	Edesa, 157	Galilea (lago de), 64	Judea, 19-20, 37, 43, 61
Cabo Malé, 155	Edom, 76	Gamala, 80	Karnak, 69
Cafarnaún, 64, 287	Edremit (golfo de), 223, 239	Gareb (colina de), 44	Kerti Hüyük, 133
Campana (vía), 268	Éfeso, 18, 20, 30, 113, 150-151, 189, 191-192, 194-195, 198-203, 205-206, 215, 222, 240, 244, 283	Gaza, 37	Kidnos, 191
Caná, 86	Egeo (mar)Éfeso, 155, 157-158, 214, 226, 238	Gerasa, 81	Laodicea, 36
Cangités (riachuelo), 158	Egina (isla), 174	Glifada (puerto de), 169	Lárnaca, 109
Capua, 268	Egipto, 20, 22-23, 51, 55, 69, 81, 84, 87, 111, 121-122, 155, 247, 253, 261, 267, 293	Golán, 64	Lesbos, 240
Capri, 81	Egnatia (vía), 157, 188	Gólgota, 45, 287	Libano, 16
Cencreas, 174-177, 179, 206, 229-230, 238	Egridir (lago de), 119	Gordio, 151	Licaonia, 30, 127, 150, 195
Cesarea Marítima 33, 37, 66	Eleusis, 169, 173, 22	Grecia, 22, 96, 153, 155, 157, 163, 167, 169, 174, 223-224, 276	Licos (valle), 195
Cestrus, 195	Eleuteros (fortaleza de), 229	Giscal (provincia de Judea), 19, 21	Listra (Hatursaray), 129-134, 148, 150, 171, 195, 220
Chipre, 88, 98, 101, 107, 111, 113, 145, 155, 193, 242, 261	Esmirna, 223	Harán, 54	Macedonia, 152, 156, 162-163, 166-168, 180-181, 199, 223, 228-229, 239, 258, 283
Cidno, 17, 18	España, 18, 37, 155, 164, 273	Hebrón, 37	Magaraçik, 104
Cilicia, 14-17, 33-34, 37, 42, 90, 104, 146, 194, 248, 261	Esparta, 42	Hermón (monte sagrado), 64	Magnesia, 195
Circo Máximo, 269	Estradón (torre de), 252	Hierápolis, 199	Malta (isla de), 195
Citium, 109	Eubea (isla de), 168	Hindou Kouch, 96	Meandro (valle de), 195
Colosas, 199, 202	Euripe (estrecho de), 168	Iconio (Konya), 127-128, 132, 1634, 148, 150, 195, 220	Mecenas (torre de), 280
Corinto, 14, 18, 30, 158, 169, 173-179, 184, 186-189, 195, 198-199	Famagusta, 107	Ida (monte), 226	Mesopotamia, 55, 81, 87, 111, 155
Crasea (arrabal de), 176	Filadelfia, 81	Idalión, 109	Mical (monte), 240
Currium, 109	Filipos, 11, 127, 156-157, 159-160, 162, 164, 167-168, 198, 203, 226	Isos (golfo de), 146	Midas Sehri (Ankara), 151
Damasco, 15, 57, 62-64, 66, 68-69, 72-76, 78-79, 81-83, 87, 90, 98		Israel, 185, 221, 237, 244, 256, 274, 276, 285	
		Itri, 268	

Mileto, 240, 289	Salamina (puerto de), 107	Tebas, 169, 229	Tralas, 195
Mintorno, 268	Salamina (isla griega), 109, 168	Termópilas (desfiladero de las), 229	Tróada, 152, 155-156
Mitilena, 240	Salomón (templo de), 40, 56	Tesalónica, 14, 156-158, 162-163, 165-168, 180-182, 198, 226-227	Trogillón, 240
Nazaret, 31, 44, 124, 287	Samaria, 87, 95, 139, 276	Tíber, 22	Turquía, 15-16, 119, 128
Olivos (monte de), 39, 75	Samos, 192, 240	Tingi (Tánger), 81	Vermion (monte), 166
Olimpia, 253	Samotracia, 155-156	Tinos o Tenos (isla griega), 190	Vinicio, 111
Oronte (valle de), 103-104	San Juan de Acre, 242	Tiro, 241	Wadi Mûsa, 77
Pafos, 109, 111-113	San Pablo (gruta de), 265	Tolemaida, 242	Yugoeslavia, 163
Palatino (colina de), 271, 279	San Pablo extra muros, 282	Tracia, 26	
Palestina, 21, 25, 28, 34, 41, 95, 145, 258	Sardes, 20		
Panfilia, 87, 127, 261	Sarus (río), 34		
Panorma, 192	Sebaste, 150		
Pátara, 241	Seleucia (puerto de Antioquía), 96, 101, 103-104		
Pedias, 108	Sharón (llanura de), 37		
Peloponeso, 169, 174	Siloé (piscina de), 56		
Pérgamo, 114, 151, 223	Silpios, 65		
Perge, 137	Sinaí, 72		
Persia, 22	Siros (isla griega), 191		
Petra, 77	Sultán Dag (macizo rocoso de Turquía), 119, 128		
Ponto (reino del), 87, 114	Siracusa, 266		
Quío (isla de), 155, 240	Siria, 16, 23, 34, 37, 63, 69, 77-78, 81, 90, 120, 137, 146, 167, 176, 193, 239		
Rhegium, 266	Tarso, 14-19, 21, 23, 29-31, 33-34, 37-39, 50, 55-57, 61-62, 69-70, 75-76, 83, 90-91, 94, 101, 120, 134, 146-147, 155, 168, 175, 194, 202, 248		
Rodas, 155, 241	Tasos (isla), 157		
Roma, 14-15, 17-18, 20, 22, 35, 63, 81, 96, 107, 128, 169, 175, 231, 236	Taurus, 15		

Índice

Abreviaturas de los textos citados	9
Acontecimientos contemporáneos de la vida de san Pablo	11
Capítulo I Una ciudad que no carece de fama	13
Capítulo II La piedra angular	33
Capítulo III El camino de Damasco	59
Capítulo IV Quince días para conocer a Jesús	81
Capítulo V Donde Saulo se convierte en Pablo	103
Capítulo VI A la conquista de Anatolia	117
Capítulo VII Bajo el signo de la circuncisión	137
Capítulo VIII Más allá del Egeo	155
Capítulo IX Corinto	173
Capítulo X Pasiones y combates en Éfeso	191
Capítulo XI El camino de Jerusalén	223
Capítulo XII El hombre encadenado	247
Capítulo XIII Pablo y Nerón	271
Anexo	291
El martirio de san Pablo según los <i>Hechos de Pablo</i>	293
Fuentes	301
Obras de san Pablo	293
Índice de nombres	305
Índice de lugares	311